

ARCHIVOS

de historia del movimiento obrero y la izquierda

Buenos Aires - Año VIII - n° 15 - Septiembre de 2019

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda es una publicación científica de historia social, política, cultural e intelectual, que tiene como objetivo impulsar la investigación, la revisión y la actualización del conocimiento sobre el movimiento obrero y la izquierda, tanto a nivel nacional como internacional.

Es una publicación semestral, con doble referato externo y anónimo. Las colaboraciones deben ser originales y no estar sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación.

Archivos es una publicación del Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas (CEHTI) y del Proyecto Ubacyt “Historia del movimiento obrero y las izquierdas en la Argentina, 1880-1983: experiencias, identidades y culturas políticas”, radicado en el Instituto de Historia Argentina y Americana “Dr. Emilio Ravignani”, Facultad de Filosofía y Letras (UBA-Conicet).

La revista se encuentra indexada en el Catálogo de **Latindex** (Sistema Regional de Información en Línea para Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal) y en **Clase** (Citas Latinoamericanas en Ciencias Sociales y Humanidades, de la UNAM). También es miembro de **Latinoamericana** (Asociación de revistas académicas de humanidades y ciencias sociales), de **Redlatt** (Red Latinoamericana del Trabajo y los Trabajadores), de **LatinREV** (Red Latinoamericana de Revistas Académicas en Ciencias Sociales y Humanidades de FLACSO Argentina), de **MIAR** (Matriz de Información para el Análisis de Revistas) de la Universitat de Barcelona, y de **Biblat**, portal especializado en revistas científicas de la UNAM.

Correo postal: Rodríguez Peña 336, 6° 65 (C1020ADH) CABA - Argentina

Sitio web: www.archivosrevista.com.ar

Correo electrónico: archivosrevistadehistoria@gmail.com

Facebook: CEHTI - RevistaArchivos • Twitter: [@ArchivosRevista](https://twitter.com/ArchivosRevista)

CEHTI: Sitio web: www.cehti.com.ar

Facebook: Centro de Estudios Históricos de los Trabajadores y las Izquierdas

Director y Editor Responsable

Hernán Camarero (UBA - Conicet)

Secretarios de Redacción

Diego Ceruso (UBA - Conicet) • **Hernán Díaz** (UBA)

Comité Editor

Cristian Aquino (UBA) • **Sabrina Asquini** (UBA - Conicet) •
Alejandro Belkin (UBA - Conicet) • **Hernán Camarero** (UBA - Conicet) •
Laura Caruso (Universidad Nacional de San Martín - Conicet) •
Natalia Casola (UBA - Conicet) • **Diego Ceruso** (UBA - Conicet) •
Hernán Díaz (UBA) • **Mercedes López Cantero** (UBA - Conicet) •
Martín Mangiantini (ISP Joaquín V. González) •
Ezequiel Mermis (UBA - Conicet) • **Antonio Oliva** (Universidad Nacional
de Rosario) • **Leandro Molinaro** (UBA) • **Lucas Poy** (UBA - Conicet) •
Alicia Rojo (UBA) • **Gabriela Scodeller** • (Universidad Nacional de
Cuyo - Conicet) • **Silvana Staltari** (Universidad Nacional de Tres de
Febrero - UBA) • **Paula Varela** (UBA - Conicet)

Consejo Asesor

• **Marcel van der Linden** (IISH, Amsterdam) • **Bernhard H. Bayerlein**
(Ruhr-University Bochum. *The International Newsletter of Communist
Studies*, Alemania) • **Ricardo Melgar Bao** (INAH, México) •
Daniel James (Indiana University, Estados Unidos) • **Rossana Barragán**
(IISH, Amsterdam) • **Carlos Herrera** (Université de Cergy-Pontoise,
Francia) • **Claudio H.M. Batalha** (Centro de História Social da Cultura,
Unicamp, Brasil) • **Reiner Tosstorff** (Johannes Gutenberg. Universität
Mainz, Alemania) • **David Mayer** (IISH, Amsterdam) •
Massimo Modonesi (Universidad Nacional Autónoma de México) •
Sergio Grez Toso (Universidad de Chile) • **Julio Pinto Vallejos**
(Universidad de Santiago de Chile) • **Sebastian Budgen** (*Historical
Materialism*, Inglaterra) • **Rodolfo Porrini** (Universidad de la República,
Uruguay) • **Victor JEIFETS** (Universidad Estatal de San Petersburgo,
Rusia) • **Immanuel Ness** (City University of New York, EE.UU.) •
Gilles Candar (Société d'Études Jaurésiennes, Francia) •
Rolando Álvarez Vallejos (Universidad de Santiago, Chile) •
Nicolás Iñigo Carrera (UBA-Conicet. PIMSA) • **Cristina Viano** (UNR)
• **Omar Acha** (UBA-Conicet) • **Victoria Basualdo** (Conicet, AEyT de
FLACSO) • **Alejandro Schneider** (UBA, UN La Plata) •
Silvia Simonassi (UNR) • **Gabriela Águila** (UNR - Conicet)

ISSN 2313-9749

Impreso en Imprenta Dorrego, av. Dorrego 1102 - CABA

Diseño de tapa: Fernando Lendoiro

Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda
Buenos Aires - Año VIII - n° 15 - Septiembre de 2019

Índice

Dossier:

“La izquierda judeo-progresista en Sudamérica”

Presentación del dossier	
<i>Nerina Visacovsky</i>	7
Icufistas en el Río de La Plata: orígenes y devenir de una identidad étnico-política	
<i>Nerina Visacovsky</i>	17
Silencios y olvidos sobre los judíos progresistas chilenos (1938-1964)	
<i>Valeria Navarro-Rosenblatt</i>	37
La izquierda judía progresista en Brasil: el caso de Rio Grande do Sul (1950-1970)	
<i>Airan Milititsky Aguiar</i>	53
Anexo	
Instituciones judeo-progresistas - ICUF (1941-1970)	71

Artículos

Izquierda peronista como cultura política (1955-1973)	
<i>Valeria A. Caruso</i>	77
El Partido Comunista argentino y sus organizaciones de masas en relación con el movimiento de derechos humanos	
<i>Marianela Scocco</i>	99

El papel de las luchas previas en la trayectoria de una empresa pesquera recuperada por sus trabajadores (Necochea, 2004-2011)
María Luciana Nogueira 119

Transformaciones de la clase trabajadora uruguaya en tiempos de dictadura (1973-1985)
Sabrina Álvarez y Álvaro Sosa 143

Comunicaciones

Sobre espías y revoluciones en el Río de La Plata
Daniel Lvovich 163

Crítica de libros

El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914
(de Josep Fontana)
por Martín Mangiantini 169

El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983) (de Marina Franco)
por Natalia Casola 172

Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria
(de Enzo Traverso)
por Antonio Oliva 176

DOSSIER:

**La izquierda judeo-progresista
en Sudamérica**

Presentación del dossier

El dossier que aquí presentamos¹ reúne trabajos sobre el movimiento judeo-progresista en Argentina, Uruguay, Brasil y Chile durante el siglo XX. Desde los años 30, en tiempos de Frente Popular y lucha antifascista, varias organizaciones israelitas laicas de habla ídich adherieron al *Yiddisher Kultur Farband* (YKUF) fundado en París en septiembre de 1937. Y más tarde al *Idisher Cultur Farband* (ICUF) fundado en Buenos Aires en abril de 1941. Orientadas por la política del Partido Comunista, las entidades adheridas a esta Federación se expandieron notablemente durante las décadas del 40 y el 50. En distintos barrios y localidades con presencia de inmigración judía de izquierda se desarrollaron bibliotecas, centros culturales, teatros, escuelas, cooperativas, clubes juveniles, círculos femeninos y actividad editorial y de prensa. En un primer momento, los inmigrantes buscaron replicar las experiencias políticas y culturales del viejo hogar europeo; posteriormente, con la aparición de una generación de hijos nativos, y al calor de las transformaciones de los años 60, la red icufista² iría adoptando el castellano o el portugués para incluir a la juventud e integrarse plenamente a la vida nacional.

Los artículos que integran este dossier dan cuenta de una identidad muy difundida, pero escasamente explicada desde su complejidad étnico-política. Se trata de instituciones que propagaron un judaísmo laico, no sionista y en línea política con el Partido Comunista. Esta red ha comenzado a recibir atención por parte de los investigadores a partir de

1. Los autores agradecemos el apoyo permanente y el espacio editorial brindado por la revista *Archivos* y el CEHTI para la publicación de este dossier.

2. Si bien el judeo-progresismo incluyó propuestas institucionales que excedieron la adhesión formal al ICUF, podemos decir que, en Sudamérica, la red “icufista” y la “judeo-progresista” se superponen y por su similitud ideológica las consideramos equivalentes.

la caída de la URSS y cuando, con el paso del tiempo, “ser comunista” o hablar francamente de ello dejó de implicar poner en riesgo la vida, propia o ajena. Es decir, un renovado interés por la recuperación de archivos y la distancia temporal con el fenómeno soviético han permitido una fructífera recolección de fuentes documentales y testimoniales que dieron origen a nuevos trabajos (Visacovsky, 2015: 24). Sin embargo, el judeo-progresismo no se ha constituido todavía como un campo autónomo de estudios, y en ese sentido se direcciona nuestra propuesta. La red institucional icufista o la federación ICUF, aún aparecen colateralmente en otros estudios de inmigración judía, de comunismo y de educación o cultura, debido a sus experiencias vanguardistas en esas áreas.

Entonces, el icufismo como objeto de estudio ha producido distintos abordajes disciplinares y temáticos. Aquello nos ha inclinado a la necesidad de reunir esas dimensiones divorciadas para comprenderlo desde una mirada integradora. En este camino, observamos que no sólo su carácter multifacético ameritaba una contemplación desde distintos ángulos, sino que los vínculos entre grupos, asociaciones y países tornaban imprescindible reconstruir las redes transnacionales. Así también, quienes estamos abocados a la reconstrucción de esta identidad, dónde se cruzan elementos étnicos e ideológicos que no pueden ser escindidos, nos encontramos frente a grandes desafíos. En primer lugar, la dificultad que implica abordar ese gran universo cultural y político construido, al menos hasta los años 60, en idioma ídish. En segundo lugar, la indispensable tarea de priorizar abordajes nacionales para establecer semejanzas y diferencias entre países. Y, por último, desafiar la tendencia predominante que se ha ocupado únicamente de los conflictos emanados entre sionismo y comunismo, y no de lo que la conjunción judeo-progresista significó en la vida real de las personas. En ese sentido, nuestro aporte aquí consiste no sólo en explicar los grandes discursos que modelaron esa identidad, sino en develar las actuaciones de redes de individuos concretos, politizados, contradictorios, con historias familiares, emociones, y conmovidos por un mundo cambiante y proyectos utópicos (Elias, 2006). Los trabajos que siguen a continuación se inclinan en ese sentido y no sólo asumen los tres desafíos recién señalados, sino que nos incitan a pensar acerca del valor incalculable de la perspectiva comparada para formular nuevas hipótesis de investigación.

Para contextualizar estas experiencias, es preciso mencionar antes ciertos hitos que resultaron clave en la conformación de esta identidad. Los Congresos de Cultura Ídish que fundaron el ICUF se suscitaron en una coyuntura marcada por la lucha antifascista, pero a la vez se plantearon como continuaciones de otras experiencias previas. Principalmente nos referimos al Congreso de Czernowitz (Ucrania), celebrado entre el

30 de agosto y el 4 de de septiembre de 1908, liderado por reconocidos escritores socialistas como Iztkoj Leibush Peretz, Sholem Asch y Jaim Zhitlovsky, entre otros. Frente a la “erudición” de las elites judías que utilizaban el hebreo, el alemán o el ruso y menospreciaban el idioma de las grandes masas del este europeo, en Czernowitz se declaró al idish como idioma nacional del pueblo judío. Aquello significaba el triunfo político de una vanguardia intelectual secularizada que, influenciada por la Ilustración, se había propuesto construir “cultura” en el idioma cotidiano de los cinco millones de judíos que vivían confinados en la Zona de Residencia del imperio zarista. La difusión literaria del idish constituía la clave para sacar a las masas del analfabetismo y, además, involucrarlas con causas socialistas y emancipatorias. Posteriormente, hacia la década del 30, expresiones similares, reivindicatorias de la cultura popular idishista, surgieron como bandera de lucha frente al dramático avance del fascismo y el antisemitismo. Así, se realizaron encuentros de escritores judíos en 1934, en Moscú; en abril de 1935, en Nueva York; y en agosto de 1935, en Vilna. Paralelamente, dos acontecimientos de la izquierda internacionalista convergieron en esa coyuntura histórica. Por una parte, el “Primer Congreso de Escritores en Defensa de la Cultura”, realizado entre el 21 y el 25 de junio de 1935 en París.³ Por otra, el VII y último congreso de la *Komintern*, realizado en Moscú en agosto de 1935, dónde se llamó a constituir Frentes Populares. De acuerdo a esto último, las secciones idiomáticas de habla idish de la Tercera Internacional buscaron construir alianzas con los socialistas del Bund, el sionismo socialista de Linke Poale Sion y la “burguesía judía progresista” en general. En esta nueva etapa de colaboración de clases, los comunistas de habla idish se integraron a un movimiento antifascista más amplio que les permitió crecer notablemente, pero cuyo precio fue soslayar las tensiones preexistentes, derivadas de un mundo de “explotadores y explotados”.

Cabe destacar también que, en América del Norte, la organización

3. Allí participaron 230 delegados de 38 países quienes fundaron la Federación Internacional de Escritores en Defensa de la Cultura. La *intelligentsia* antifascista francesa, encabezada por Romain Rolland, André Gide, André Malraux y Henri Barbusse entre otros, recibieron a figuras como Sinclair Lewis, Upton Sinclair, Heinrich y Thomas Mann, Bertolt Brecht, Bernard Shaw, Selma Lagerlof, Ilya Ehrenburg y Máximo Gorki. Entre los latinoamericanos, Raúl González Tuñón y Pablo Neruda. Existe una versión que indica que fue Ilya Ehrenburg y otros escritores judíos participantes en ese congreso quienes, al terminar, resolvieron que era imperioso hacer un evento similar, pero con escritores exclusivamente de habla idish, cuya identificación con la URSS estaba en su cúspide en tanto se había establecido como el idioma oficial de la Región Autónoma de Birobidyán. Además, existía una preocupación por la “asimilación” idiomática de los inmigrantes y sus hijos en América y países del occidente europeo (Gliksberg, 2008: 6).

International Workers Order, creada en 1930 e integrada por diversos grupos étnicos, tenía su fortaleza en los miembros de la Jewish People Fraternal Order (JPFO) en Estados Unidos y la United Jewish People's Order (UJPO) en Canadá. Sus dirigentes e intelectuales, radicados en Nueva York y Toronto, proyectaron y financiaron junto con los europeos la fundación del Yiddisher Kultur Farband en 1937. Entonces, mientras en los países americanos los gobiernos combatían el “internacionalismo comunista”, en la Francia liderada por el socialista judío León Blum, París fue el epicentro del idishismo de izquierda. En definitiva, el surgimiento del ICUF encuentra sus raíces en una convergencia de ideas y luchas tanto étnicas como políticas.

A mediados de 1936, el inicio de la Guerra Civil Española movilizó acciones solidarias entre grupos judíos de todo el mundo, que entendieron la defensa de la causa republicana como un primer acto de resistencia contra el antisemitismo.⁴ A pesar de los numerosos conflictos entre socialistas, anarquistas, sionistas y comunistas, estos últimos lograron predominar con su llamado a la unidad e invitaron al Primer Congreso de la Cultura Judía. Y esa convocatoria, no sólo fue exitosa porque los comunistas iban siendo cada vez más, sino porque en su propuesta recogían las tradiciones decimonónicas del *Idishkait* europeo, porque la URSS estaba jugando un rol decisivo en el apoyo a los republicanos y porque las Leyes de Nüremberg, de septiembre de 1935, ya no admitían seguir autofragmentándose.

Entonces, entre el 17 y el 21 de septiembre de 1937 en París, 104 delegados provenientes de 23 naciones⁵ en representación de 677 orga-

4. A partir del 17 de julio 1936, al estallar la Guerra Civil Española y con el llamado a conformar Brigadas Internacionales que la *Komintern* realizaría en septiembre de ese año, las acciones solidarias en defensa de la República potenciaron la movilización frentepopulista judía. El fascismo había sido definido por el VI Congreso de la *Komintern* (julio de 1928), como una demagogia social que, entre sus múltiples formas de captar a las masas y los intelectuales para explotar su descontento, inyectaba “antisemitismo” en la sociedad (Crespo, 2010: 41). Se calcula que, hasta abril de 1939, cerca de 35.000 voluntarios de más de 50 países participaron de las Brigadas Internacionales y cerca de 4.000 eran de origen judío. Además, aquellos judíos socialistas que venían de Polonia formaron la compañía Naftali Botwin, creada como unidad judía en el batallón Palafox XIII de la Brigada Dombrowsky. La sobrerrepresentación de voluntarios judíos en España descansa principalmente en la tesis de que los judíos no sólo fueron a combatir a Francia, sino a sus aliados Hitler y Mussolini, y que fue ese el primer gran acto de resistencia judía contra el fascismo. Esta interpretación contribuye a desmitificar una supuesta “pasividad judía” frente al genocidio nazi (Zaagsma, 2017: 2).

5. Los países eran Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Brasil, Canadá, Checoslovaquia, Cuba, Dinamarca, Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Holanda, Italia, Letonia, Lituania, México, Palestina, Polonia, Rumania, Sudáfrica, Suiza y Uruguay. La

nizaciones se reunieron en la Sala Wagram y en el Palace de la Mutualité. La comisión anfitriona estuvo encabezada por el escritor francés Haim Slovēs, y los discursos generales, a cargo de Moishe Olguin, Joseph Opatoshu, Alexander Mukdoni, H. Leivik, Rubin Saltzman y Kalman Marmor, entre otros. Se trataba de reconocidos intelectuales, quienes ofrecieron diagnósticos de los acuciantes problemas para el idioma y la cultura ídish.⁶ Asimismo, los delegados expusieron la situación específica en sus países. Por Brasil disertó Menajem Kopelman, y por Argentina y Uruguay, Pinie Katz.⁷ Durante los cuatro días del Congreso, trabajaron en comisiones de literatura, teatro, arte, escuelas, universidad y ciencias, organización y estructura del YKUF y redacción de un “Manifiesto”. Ese documento final propuso combatir el fascismo y el antisemitismo generando instituciones educativas, culturales y un intenso trabajo de prensa y editorial en ídish, mientras cada comisión elaboró un listado de tareas comunes que los delegados impulsarían en los países representados. En cuanto a su estructura, la Federación determinó que la Dirección Central del YKUF estuviera radicada en París con dos subdirecciones en Nueva York y Varsovia. Así también se resolvió crear un fondo colectivo, solicitando a cada sección nacional enviar un porcentaje de sus recaudaciones, a cambio de libros y revistas culturales. Sin embargo, debido a la tragedia que asolaba a Europa, aquella diagramación internacionalista quedó desmembrada. Pero volvamos la mirada a lo que sucedió, a partir de entonces, en Sudamérica.

En Argentina, país con mayor inmigración judía de la región, el delegado Katz y un pequeño grupo trabajaron incansablemente para cumplir cada punto acordado en el Manifiesto. Desde noviembre de 1937, y no exentos de conflictos ideológicos y financieros, el comité ejecutivo de la sección nacional del YKUF (aún integrado por socialistas, sionistas y comunistas) organizó encuentros con instituciones de las provincias y países limítrofes para brindar conferencias culturales e incentivar la formación de una red judeo-progresista. Sus ideales de izquierda y su mundo idishista los unían, pero las disputas se generaban entre quienes

delegación rusa fue la gran ausente. La norteamericana que había sido liderada por el escritor Jaim Zhitlovsky, quien no pudo viajar por estar enfermo, era la más potente y numerosa con 11 delegados representando a 442 organizaciones (Kornecki, 2005).

6. *Primer Congreso Universal de la Cultura Judía*; París, 17 a 21 de septiembre de 1937. Edición original: *Ershter Alveltlekhjer Idisher Kultur Kongres*, París, Comité Central del YKUF, 1937. Traducido del ídish por Kornecki (2005).

7. Pinie Katz había llevado un informe producido por el “Comité Preparatorio” que había iniciado sus tareas a mediados de 1936, cuando llegó la carta de invitación. Ese comité estuvo integrado por S. Glazerman, J. Botoshansky, L. Zhinitzky, L. Groisman, J. Goldszer, S. Drúcaroff, S. Wasserman, I. Kovenski, W. Kuper, M. Lev y A. Moscovich (Gliksberg, 2008: 7).

querían crear una federación argentina similar, pero políticamente independiente del YKUF, y quienes, por el contrario, acataban los acuerdos internacionalistas direccionados por la línea comunista. Estos últimos lideraron finalmente y, en abril de 1940, editaron el primer número de la *Revista ICUF*. Con una abnegada actitud militante, los icufistas alentaron proyectos para construir teatros, escuelas, una editorial propia, y replicaron el Congreso de la Cultura Judía en Buenos Aires.⁸ El 11 de abril de 1941, con 57 instituciones representando a 8.900 asociados de Argentina, Uruguay, Brasil y Chile, se creó el ICUF local y se declaró a Pinie Katz su presidente honorario.

Como veremos en este dossier, las instituciones adheridas constituyen el corazón vital de la historia judeo-progresista y tuvieron diferentes destinos y períodos de duración, según las características de cada localidad. En cambio, las federaciones sólo tuvieron efecto en coyunturas muy favorables. En Buenos Aires, por ejemplo, el ICUF sigue vigente, aunque perdió la fortaleza que supo tener en los años 50. En Montevideo, la organización ICUF actuó hasta 1968, cuando la fusión de varias instituciones en una sola hizo que su existencia perdiera sentido. En Brasil, el ICUF se creó en 1950 en un congreso realizado en Río de Janeiro con 75 delegados y se disolvió durante el régimen dictatorial, en 1970. En Chile, tratándose sólo de una entidad, no tuvo lugar esta conformación federativa. No obstante, lo que queremos analizar aquí es cómo los ideales planteados por el icufismo encarnaron en estas colectividades *idishistas* del sur. Para eso elegimos un orden diacrónico en la presentación de los trabajos. El primero, de nuestra autoría, se ocupa de los orígenes y el devenir del icufismo en el Río de la Plata entre la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría, planteando que las experiencias institucionales reflejan la construcción de una identidad modelada en un campo de tensiones entre la pertenencia étnica, los lineamientos del Partido Comunista y la aspiración colectiva de integración nacional, argentina y uruguaya. A continuación, Valeria Navarro-Rosenblatt recrea la historia de la Sociedad Progresista Israelita (1938), luego devenida Centro Cultural Scholem Aleijem (1951) en Santiago de Chile, e indaga en los problemas vinculados a la memoria histórica que impidieron conocer más sobre la existencia de esas entidades. La ausencia, lejos de ser casual, responde a una batalla ideológica donde el sector sionista triunfó y, deliberadamente, marginó a los progresistas de la historia judía chilena. No obstante, la autora adjudica también este “olvido” a la falta de transmisión por parte de

8. Actas del Comité Preparatorio de la Federación ICUF en Argentina (1937-1940). Traducido del idish por Isaac Rapaport, Centro Documental y Biblioteca (CeDob) Pinie Katz, 2019.

los propios activistas. Finalmente, el trabajo de Airan Milititsky Aguiar se ocupa de mostrar una faceta central de la historia icufista, a través del *Club de Cultura* de Porto Alegre de Río Grande do Sul. El autor nos perfila el trayecto de una entidad fundada por los inmigrantes judíos comunistas en 1950 que, acorde a sus principios universalistas, abrió sus puertas a la izquierda brasileña, para convertirse en su refugio durante la dictadura de 1964 y volverse emblema cultural de la ciudad.

Los tres artículos desarrollan procesos con rasgos similares, que podrían ser intercambiables, pero, al mismo tiempo, revelan particularidades autóctonas que brindan interesantes perspectivas analíticas. Sólo para ofrecer algunos ejemplos entre los múltiples posibles, podemos notar cómo, después de la Revolución Rusa de 1917, los “judíos-bolcheviques”, en distintos grados, fueron acusados de propagar el “peligro rojo” en los cuatro países estudiados. Sin embargo, en Argentina, donde la presencia idishista en el movimiento obrero era más intensa, fueron mayores las movilizaciones, y también las consecuencias represivas que sufrieron. En los cuatro casos, los años 50, signados además por el bienestar económico y el ascenso social de los sectores medios, marcaron la consagración del desarrollo institucional y la definitiva ruptura con el sionismo. El movimiento pudo generar actividades para niños y jóvenes en los sitios más poblados, y se concentró en acciones culturales de adultos donde el entorno era más limitado. En todos los países, las entidades funcionaron como espacios de contención para militantes y simpatizantes comunistas. Mientras en Brasil actuaron como semillero de cuadros dirigentes que se incorporaron a la política nacional; en Argentina el proceso fue inverso, y más bien resultaron receptoras de militancia judeo-comunista. Esto es menos claro en Chile y Uruguay, donde la izquierda idishista fue más reducida. La condición de estas entidades como “semilleros culturales” o “vanguardias pedagógicas” es un común denominador en las cuatro naciones.

En los años 60, la acelerada transformación del icufismo, a raíz de la aparición de la juventud, el pasaje al castellano o al portugués, la pérdida de activistas y el surgimiento de nuevos espacios de participación, afectaron a todo el conjunto. Naturalmente, si bien existen factores coyunturales que explican el cierre, la fusión o la continuidad de las instituciones, aquello no puede comprenderse sólo desde circunstancias nacionales o internacionales, por lo cual cada una amerita su análisis específico. No obstante, y por último, los tiempos de las dictaduras cívico-militares con imprints anticomunistas y antisemitas (Brasil desde 1964, Argentina en 1966 y 1976, Uruguay y Chile desde 1973) fueron devastadoras para toda la red judeo-progresista.

En nuestros países, y más allá de las directivas de los Partidos Comunistas, la intensa ligazón emocional del icufismo con el mundo soviético

fue un elemento fundamental en la conformación de esa identidad. Si la Unión Soviética había salvado a los judíos de las “garras del nazismo”, ser idishista, laico y comunista era casi una condición natural, al menos hasta mediados de los años 50. Sin embargo, a partir de la creación del Estado de Israel en 1948 y con el paulatino crecimiento del sionismo y la difusión del hebreo como idioma oficial de la nueva nación, el concepto de “judaísmo” entró en crisis. Tanto para la opinión pública como para varios de sus protagonistas, “lo judío” comenzó a asociarse a “lo sionista” o “lo religioso”. Por ese motivo, cuando en los años 70 el idish y los idishistas empezaron a desaparecer, las nuevas generaciones se enfrentaron con un conflicto todavía no resuelto: ¿cómo se expresa la identidad judía sin idioma, sin religión y sin sionismo? Esa y otras preguntas aún navegan en los debates del movimiento judeo-progresista, que trata de explicarse y explicar cómo se entiende esa identidad en el siglo XXI. El problema, claro está, excede nuestro análisis, pero siempre es útil recordar al genial Isaac Deutscher cuando reflexionaba:

Si no es la raza, ¿qué es entonces lo que hace judío a alguien?; ¿la religión?, soy ateo; ¿el nacionalismo judío?; soy internacionalista. Por lo tanto, no soy judío en ningún sentido. Y, sin embargo, soy judío a causa de mi solidaridad incondicional con los perseguidos y exterminados. Soy judío porque siento la tragedia judía como mi propia tragedia; porque siento el pulso de la historia judía; porque me gustaría hacer todo lo posible por la seguridad y autorrespeto de los judíos. (1969: 51)

Como todo movimiento, el judeo-progresismo ha sido dinámico y ha cambiado de acuerdo a las coyunturas nacionales e internacionales a lo largo del siglo XX. En este dossier nos proponemos reconstruirlo teniendo en consideración la mirada de los propios sujetos y formulando un análisis que permita alejarnos de formas estereotipadas y, a menudo, estigmatizadas. Por eso, tanto el estudio exhaustivo de casos institucionales, con sus protagonistas y sus conflictos, como el abordaje de dimensiones culturales y educativas, además de las partidarias, nos han convencido de la condición indisociable de elementos étnicos y políticos para dar cuenta de esa identidad. Finalmente, el “futuro socialista” como motor ideológico de toda aquella experiencia no pudo haber sido tal sin el componente asociacionista, solidario y utópico que caracterizó a esos colectivos obreros y revolucionarios.

Nerina Visacovsky

Bibliografía

- Crespo, Horacio (2010), “La Internacional Comunista”, en Alexandra Pita González (coord.), *Intelectuales y antiimperialismo: entre la teoría y la práctica*, México: Universidad de Colima, pp. 15-47.
- Deutscher, Isaac (1969), *Los judíos no judíos*, Buenos Aires: Kikiyon.
- Elias, Norbert (2006), *Sociología fundamental*, Barcelona: Gedisa.
- Gliksberg, Isaac (2008), “Um aporte valioso”, en ASA, n°114, septiembre-octubre, Río de Janeiro, pp. 6-7.
- Kornecki, Vladimir (2005), *Notas para la historia de ACIZ*, Archivo ACIZ, Montevideo, traducida del idish.
- Rapaport, Isaac (2019), *Actas del Comité Preparatorio de la Federación ICUF en Argentina (1937-1940)*, Centro Documental y Biblioteca (CeDob) Pinie Katz, traducida del idish.
- Visacovsky, Nerina (2015), *Argentinos, judíos y camaradas. Tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos.
- Zaagsma, Gerben (2017), *Jewish volunteers. The international brigades and the Spanish Civil War*, London: Bloomsbury Academic.

Marcel
van der Linden

Trabajadores y trabajadoras del mundo

Ensayos para una
historia global del
trabajo



¿Cuáles son las características de la clase obrera a nivel mundial? ¿Cómo pueden delimitarse los contornos de esa clase? ¿Qué factores fueron determinantes en su conformación? ¿Qué formas de acción colectiva desarrollaron trabajadores y trabajadoras a lo largo del tiempo y cuál fue la lógica de su desenvolvimiento? ¿De qué forma las contribuciones de la antropología, la sociología y otras ciencias sociales pueden ser útiles para el desarrollo de una historia global del trabajo? Se trata de algunas de las preguntas que aborda esta obra ambiciosa, que propone un conjunto de reflexiones para construir una historia global del trabajo liberada de eurocentrismo y nacionalismo metodológico. El libro se apoya en una vasta bibliografía, proveniente de diversas regiones, épocas y disciplinas, con el objetivo de ofrecer argumentos y herramientas conceptuales que integren la historia del trabajo asalariado a la historia de la esclavitud, del trabajo forzado y del trabajo doméstico y presten atención a los desarrollos divergentes pero interconectados que se produjeron a escala global. Esta es la primera versión en español de un libro que, desde su primera edición en inglés en 2008, se ha constituido en una referencia internacional de los estudios contemporáneos sobre la historia de la clase trabajadora.

Icufistas en el Río de La Plata: orígenes y devenir de una identidad étnico-política

Nerina Visacovsky

CeDoB Pinie Katz - Unsam - Conicet.
nerivisa@gmail.com

Title: Icufistas in the Río de La Plata: origins and becoming of an ethnic-political identity.

Resumen: Este trabajo da cuenta de los orígenes y el devenir del movimiento judeo-progresista en el Río de la Plata entre la Primera Guerra Mundial y el inicio de la Guerra Fría. Frente al avance del fascismo y el antisemitismo, en los años 30, se constituyó internacionalmente el Idisher Cultur Farband (ICUF), liderado por intelectuales judíos comunistas de habla idish. Vistas en conjunto, las experiencias institucionales reflejan la construcción de una identidad tanto étnica como política. En tanto “judías” se proponían transmitir el patrimonio cultural idishista, pero en tanto “progresistas” postulaban su anhelo de integración a un socialismo universalista. La investigación demostró que esa identidad se modeló en un campo de tensiones entre la pertenencia étnica, los lineamientos del Partido Comunista y la aspiración colectiva de integración nacional, argentina y uruguaya.

Abstract: This work gives an account of the origins and evolution of the progressive Jewish movement in the Río de la Plata between the First World War and the beginning of the Cold War. Against the advance of fascism and anti-semitism, in the thirties, the Yiddisher Kultur Farband (YKUF) was established internationally. Taken together, institutional experiences reflect the construction of an ethnic and political identity. As “Jews” they intended to transmit the yiddishist cultural heritage, but as “progressive”, they postulated their yearning for integration into a universalist socialism. The research work showed that this identity was modeled in a field of tensions between ethnicity, the guidelines of the Communist Party and the collective aspiration for an argentinian and uruguayan national integration.

Recepción: 2 de abril de 2019. **Aceptación:** 24 de agosto de 2019.

“Deseamos intensamente existir, pero al mismo tiempo queremos poderosamente dejar de ser...”

H. Leivik¹

Introducción

Desde finales del siglo XIX, y sobre todo entre las dos guerras mundiales, arribaron al continente americano grandes contingentes de población judía *ashkenazi* que, mayoritariamente, provenían de Europa Central y del Este. Si bien traían diferentes oficios, formación educativa o ideas políticas, tenían en común un perfil secular, su idioma ídish,² sus tradiciones y una capacidad asociativa que se plasmó en diversas acciones cooperativas, solidarias y político-culturales. Entre los sectores obreros radicados en el Río de La Plata, hubo quienes militaban o simpatizaban con el anarquismo, el socialismo, el sionismo socialista y el comunismo. Algunos traían consigo su experiencia política europea, y otros la adquirieron en la nueva tierra. En un primer momento, debido a la dificultad idiomática, activaron y divulgaron sus ideas en ídish, pero a medida que la integración social iba dando sus frutos y una generación nativa aparecía en escena, esos sectores asumieron como propias las causas de las izquierdas locales. Nos interesa identificar la red de instituciones autodenominadas “judeo-progresistas”, adheridas al Ídisher Cultur Farband (ICUF),³ que heredaron el trabajo germinal de las secciones idiomáticas de la *Komintern*, se opusieron al sionismo y, entre las décadas del 30 y 50, construyeron importantes instituciones educativas, deportivas y culturales. La creación del ICUF les brindó un marco ideológico e instaló las máximas que darían contenido al trabajo de sus entidades adheridas: defender la cultura progresista ídish, bregar por la paz y unidad de los pueblos, y luchar contra el fascismo, el racismo y el antisemitismo.

Estas instituciones, que llamaremos “icufistas” o “judeo-progresis-

1. Discurso pronunciado en ídish durante el “Primer Congreso Universal de la Cultura Judía” celebrado en París, 17 a 21 de septiembre de 1937. Traducido en Kornecki (2005).

2. Idioma surgido en el siglo X con la diáspora judía afincada en la zona europea del este alemán. Brevemente, es una lengua que se escribe con caracteres hebreos, pero cuyo vocabulario y fonética fusiona elementos eslavos, semíticos, romances y principalmente germánicos.

3. Federación de Entidades Culturales Judías. Establecida en París (1937) y en Nueva York (1938) con el nombre Yiddisher Kultur Farband (YKUF), y en Buenos Aires (1941) como Idisher Cultur Farband (ICUF). Para aliviar la lectura, usaremos la denominación ICUF en todos los casos.

tas” indistintamente,⁴ fueron multidimensionales desde sus orígenes. Nacieron con la llegada de los inmigrantes y se fortalecieron durante la Segunda Guerra Mundial. Si bien con las masivas migraciones a América existía la posibilidad de que el idish se perdiera, a partir del genocidio judío, los inmigrantes concibieron con profundo compromiso su conservación y transmisión. Por eso, numerosas entidades idishistas se expandieron hasta inicios de los años 60. La educación y la cultura constituyeron los principales motores de esa experiencia que se asumía tanto étnica como política. La actuación de la Unión Soviética y su Ejército Rojo durante la guerra habían conmovido a gran parte de la izquierda judía que produjo un sincretismo entre su adhesión al comunismo, su lucha contra el antisemitismo y la defensa de su acervo cultural-idiomático.

Entonces, en tanto “judíos”, los icuvistas se proponían transmitir su patrimonio idishista, pero en tanto “progresistas”, ligados al Partido Comunista, postulaban su anhelo de construir el socialismo junto a las masas locales. Aquello último requería consustanciarse con la realidad nacional (argentina y uruguaya) y latinoamericana, lo cual sólo era posible procesando un urgente pasaje al castellano. La hipótesis central que orienta este artículo es que esa identidad se constituyó en un campo de tensiones entre el nacionalismo judío y los lineamientos del Partido Comunista. Y que, además, se materializó en una vasta red institucional cuya agenda internacionalista nació en París, pero fue virando hacia temas nacionales con la aparición de las segundas generaciones. Para decirlo en pocas palabras, los inmigrantes judíos progresistas fusionaron procesos de integración al país receptor, militancia o simpatías por el comunismo y (hasta los años 60) la preservación del legado idishista.

En trabajos anteriores, habíamos considerado a la “Asociación Cultural Israelita Zhitlovsky” de Montevideo (de ahora en más, ACIZ) como una de las adheridas al ICUF argentino (Visacovsky, 2015). La investigación posterior develó que aquello no era exactamente así. La cercanía geográfica entre Buenos Aires y Montevideo, hablar el mismo idioma (a diferencia de Brasil) y la condición diez veces menor de la colectividad uruguaya, propiciaban una permanente integración. Sin embargo, desde 1941 a 1968 existió una Federación ICUF de Uruguay que se propuso representar al ACIZ y a otras cuatro entidades montevidéanas.

En este artículo describiremos brevemente los procesos de inmigra-

4. Los conceptos “judeo-progresismo” o “icufismo” (por identificarse con la Federación ICUF) son utilizados por los protagonistas indistintamente para manifestar su pertenencia, o la de otros y, al mismo tiempo, diferenciarse del sionismo. Esto ha sido así en Argentina y Uruguay; sin embargo, otras variantes deben considerarse a nivel regional. Por ejemplo, en Chile, el “Centro Progresista Judio Meretz” se asume como entidad sionista de izquierda.

ción y las tres principales corrientes de la izquierda judía durante los años 20. A continuación, en el contexto de mediados de la década del 30, y al calor de los Frentes Populares, nos detendremos en la creación del ICUF. Finalmente, señalaremos las principales tensiones que los icufistas experimentaron durante la Guerra Fría a la hora de conciliar su condición étnica, las directivas del Partido Comunista y el ánimo colectivo de integración nacional, argentina y uruguaya, respectivamente.

Inmigración judía rioplatense

Entre las distintas colectividades que arribaron al continente a partir del siglo XIX, los judíos provenientes de Europa Central y del Este se radicaron masivamente en Norteamérica (se calcula que hasta 1924, dos millones atravesaron las puertas de Ellis Island en Nueva York). Entre los países latinoamericanos, Argentina, y en menor grado Brasil, Uruguay y México, fueron los destinos principales (Avni, 1983). Es importante señalar que cuando nos referimos a la “colectividad judía” estamos hablando de grupos con un pasado religioso común, pero muy diferentes improntas idiomáticas y culturales según su lugar de procedencia.⁵ Asimismo, hay que considerar que cuando el inmigrante ingresaba al país, las autoridades le preguntaban por la ciudad o país de origen y no por su religión (Raicher, 2003: 18). Esto ha dificultado construir cálculos y registros exactos de la población judía, en tanto miles de habla ídich entraban en calidad de “rusos”, “ucranianos”, “lituanos” o “polacos”; y otros, ya integrados a las naciones occidentales, como “franceses” o “alemanes”, por ejemplo. Teniendo en cuenta esto se estima que al iniciar la década del 30 en Argentina se registraban 191.000 judíos y en 1947, cerca de 273.000 (Jmelnizky y Erdei, 2005:16-24) y que los de habla ídich representaban las cuartas quintas partes del total registrado (Visacovsky, 2015). En el caso uruguayo, se calcula que en 1925 había 6.000 judíos en una población de 1.786.000 personas y que en 1938

5. Entre mediados de siglo XIX y hasta la segunda posguerra, entre los judíos que arribaron a la Argentina y el Uruguay existían significativas diferencias debido a: 1) el idioma y costumbres del país o ciudad de procedencia, 2) el período de arribo y lugar de radicación, 3) la ocupación laboral, 4) la posición económica, 5) el nivel de estudios alcanzados, 6) las ideas políticas, 7) el nivel de secularización. El cruce de estos factores ha producido una gran cantidad de perfiles inmigratorios. En cuanto a su lugar de procedencia, se los puede clasificar en tres conjuntos: a) los *ashkenazies*, provenientes del Imperio Ruso, que dominaban varios idiomas pero su lengua materna era el ídich; b) los *sefaradtes*, provenientes del Imperio Otomano y zona mediterránea, hablantes del judeo-español o ladino; c) los judíos europeos occidentales de los Imperios Alemán y Austro-Húngaro u otros llegados de Francia, Holanda o Italia, idiomática y culturalmente identificados con esos países.

ascendían a 25.000 en poco más de dos millones de habitantes.⁶ Cerca de un 70% eran idishistas (Porzecanski, 1990: 24).

En Argentina, a pesar de la existencia de pequeñas colectividades israelitas francesas y alemanas, se considera el desembarco del vapor *Wesser*, en agosto de 1889, como el hito inicial, con el arribo de 825 inmigrantes judíos de Kamenetz-Podolsk, en Ucrania (Avni, 1983). Luego, en 1891, con el vapor *Pampa* comenzaron los contingentes organizados bajo acuerdos de colonización agraria entre gobiernos provinciales y la Jewish Colonization Association (JCA). Se trataba de familias muy pobres que vivían en aldeas y escapaban de la miseria y los *pogroms* antisemitas del Imperio Zarista, donde, hasta 1914, 5 millones de judíos vivían confinados en la “Zona de Residencia”⁷ (Gilbert, 1978). Más tarde, en el período de entreguerras, llegaron judíos desde centros urbanos,⁸ sobre todo polacos y lituanos, radicándose masivamente en Buenos Aires.

Tal como otras colectividades de italianos y españoles, los israelitas buscaron oportunidades de progreso y ascenso social a través de la educación, el comercio y la industria (Devoto, 2004). Por eso, a pesar de aquella memorable gesta que Alberto Gerchunoff consagró en *Los gauchos judíos* (1910), promediando la mitad de siglo XX, el 80% de la colectividad vivía en Rosario, Santa Fe, Córdoba y, enfáticamente, la Capital Federal (Visacovsky, 2015: 36). Los judíos porteños se radicaron en los barrios de Once, Villa Crespo y Paternal, donde se dedicaban al comercio, exitosamente movilizándolo con la venta ambulante y a plazos de los *cuénteniks*. Los obreros y artesanos se concentraban en los rubros de la confección, sastrería, talleres de costura y otras ramas del vestido como calzado, peletería y gorrería. En Paternal abundaban los carpinteros, ebanistas y lustradores. Con el arribo de los polacos textiles, después de la Primera Guerra, crecieron el tejido y la marroquinería (Bilsky, 1989; Camarero, 2007). En los años 20, las fábricas y pequeños talleres originaron asentamientos periféricos en la zona metropolitana de la Provincia de Buenos Aires: Avellaneda, Lanús, Valentín Alsina y General San Martín, entre los distritos principales.

6. El momento de mayor concentración judía en Uruguay se registró en 1971, con 54.000 judíos en una población censada de 2.921.000. Esa cifra se redujo a 23.000 en 1992, pero, aún así, es muy significativo notar que en América Latina, Uruguay es el país con mayor índice de representación de esta colectividad con respecto a su población total (Raicher, 2003: 18-19).

7. Región comprendida en los actuales países de Polonia, Lituania, Ucrania, Rumania y Bielorrusia.

8. Esta nueva etapa de grandes arribos se relaciona también con el cierre de fronteras en Estados Unidos según leyes de cuotas de inmigración establecidas en 1921 y 1924. Esto produjo el desvío de muchos barcos hacia destinos al sur, o directamente, los inmigrantes buscaban los puertos latinoamericanos que permitían la libre entrada.

En Uruguay, se registraba el ingreso de 93 judíos hasta 1907. Por ese entonces, los gobiernos batllistas habían abierto las puertas a una inmigración no selectiva, confiando en solucionar la grave escasez de población y mano de obra. Aunque varios cruzaban desde Argentina⁹ o Brasil, después de la Primera Guerra Mundial, Montevideo comenzó a ser recomendado como “el mejor destino americano” porque, a diferencia de Nueva York o Buenos Aires, las autoridades no pedían más que un simple pasaporte (Raicher, 2003: 15-16). Esta apertura continuó al menos hasta mitad de la década del 30, aunque los proyectos de colonización agraria fueron escasos y de corta duración (Porzecanski, 1990). Entonces, radicados en los barrios del Centro, Goes y Unión de Montevideo, los judíos se dedicaron al comercio, los oficios artesanales o se emplearon como obreros en la incipiente industria liviana (Raicher, 2003: 20).

Di Linke

Durante las tres primeras décadas del siglo XX, *di linke* (“la izquierda”, en ídish) compartían las reivindicaciones de la clase obrera local y se habían integrado a sindicatos en las ramas de textiles y madereros. Sin embargo, la dificultad idiomática con el castellano los mantenía socializando en circuitos de su propia colectividad (Bilsky, 1989). En paralelo a las jornadas de trabajo, hombres y mujeres socialistas, anarquistas, sionistas y comunistas, dedicaban su tiempo libre a crear instituciones para “esclarecer a las masas judías y elevarlas culturalmente”. Entonces, la edición de publicaciones en ídish, los centros de ayuda y comedores para coterráneos, las bibliotecas, escuelas, teatros y cooperativas, constituían instancias que les permitían activar y militar en su propio idioma; vincularse a proyectos políticos internacionales; desarrollar medios para integrarse y aprender el castellano; ayudar a los recién llegados en su proceso de inserción; y transmitir el legado cultural idishista a las nuevas generaciones. Los *linke* eran muy parecidos entre sí; venían de los mismos pueblos, hablaban en ídish, eran laicos y marxistas. Todos apostaban a “progresar” en la nueva tierra americana, pero la divergencia en sus proyectos políticos les impedía

9. Durante los gobiernos de José Batlle y Ordóñez (1903-1907 y 1911-1914) y Claudio Williman (1907-1911) se permitió la entrada a inmigrantes socialistas y anarquistas que Argentina expulsaba de acuerdo con su Ley de Residencia 4.144 de 1902. Asimismo, después de 1917 se permitió el ingreso a inmigrantes provenientes de Rusia y, desde 1928, pudieron efectuar el trámite de nacionalización uruguaya (Raicher, 2003: 9).

forjar instituciones conjuntas (caso argentino), o sostenerlas en el largo plazo (caso uruguayo).

Las líneas de izquierda surgidas en Europa y consolidadas en esta región durante la primera mitad del siglo XX tuvieron su expresión en la prensa y las redes institucionales. En primer lugar, los “bundistas”, del Partido Obrero Judío Bund (Unión),¹⁰ creado en Vilna en 1897, fundaron en 1908 el grupo *Avangard* (La Vanguardia). Defendieron el idish y se opusieron tanto al territorialismo sionista como al unipartidismo leninista. En el Río de La Plata, su ideario coincidió con los Partidos Socialistas, pero, hasta la Segunda Guerra Mundial, respondían a las directivas del Bund de Polonia (Laubstein, 1997). En los años 30 abrieron escuelas idishistas complementarias en Buenos Aires, replicando el modelo polaco. En Montevideo, al ser muy pocos, desarrollaron escuelas junto a los comunistas. En segundo lugar, los “Linke Poale Sionistas”, sector de izquierda del movimiento Poale Sion (Trabajadores de Sion), que siguiendo al ucraniano Dov Ber Bórojev planteaban la necesidad de reunir al pueblo judío en un mismo territorio como paso previo a la revolución socialista. Con posiciones radicalizadas o reformistas, fueron judíos laicos, pero nacionalistas y, más tarde, serían activos promotores de la migración al Estado de Israel y los movimientos *kibbutzianos*. En los años 20, crearon escuelas obreras *Bórojev*, laicas y contestatarias, que fueron clausuradas por “comunistas” a inicios de los años 30. Empero, al final de esa década renacieron con el nombre “Sholem Aleijem” y adoptaron el modelo pedagógico de sus pares en Polonia. Después de la Segunda Guerra se integraron a otros movimientos sionistas juveniles de base marxista como Hashomer Hatzair (Joven Guardia) o “Mordejai Anilevich”.¹¹ La tercera línea, la marxista-leninista (base del judeo-progresismo) surgió cuando el sector internacionalista del *Bund* se fraccionó y un significativo grupo adhirió a la *Komintern*. Así, nació en 1921 la *Ídishe Sektzie des Komunistishes Partei*, conocida como la *Idsektzie* en el Río de la Plata (*Yevsektzia* para los rusos). Es preciso destacar que judíos anarquistas que habían participado de las luchas sindicales a principio de siglo¹² también se sumaron a la *Idsektzie*. Las

10. Forma abreviada de *Algemejner Yidisher Árbeter Bund fun Rusland, Poyln un Lite*: Unión General de los Trabajadores Judíos de Rusia, Polonia y Lituania.

11. Después de la creación del Estado de Israel, los *linkepoalesionistas* se integraron a los partidos de la izquierda israelí que orientaron la coalición liderada por David Ben Gurión. Entidades como las escuelas Scholem Aleijem Central, la emblemática Sociedad Hebraica y el diario *Nueva Sion* fueron en Buenos Aires los principales referentes de la izquierda sionista (Toker y Weinstein, 1999). Para el caso uruguayo, ver el trabajo de Graciela y Víctor Ben Dror (2016).

12. En Buenos Aires, varios acontecimientos indican el protagonismo judío en el anarquismo: la página en idish que desde el año 1908 salía en el diario *La Protesta*

influencias del pasado anarquista y bundista en el sector comunista son muy evidentes, tanto en la prensa como en los contenidos de enseñanza de sus escuelas complementarias idishistas (*árbeter shuln*) de los años 20 (Visacovsky, 2015: 69).

Entre las primeras iniciativas de la izquierda judía sobresale la actuación del “Centro Literario y Biblioteca Israelita Max Nordau” de la ciudad de La Plata, fundado el 20 de junio de 1912. Allí se organizó la “Primera Convención Israelita de Cultura en la República Argentina”, en noviembre de 1915. Inspirados en las bases del famoso congreso idishista de Chernovitz en 1908, se reunieron delegados representando a catorce asociaciones de Santiago del Estero, Tucumán, La Pampa y Santa Fe, entre otras localidades. Fue un encuentro federal, pero también plural, porque había sectores anarquistas y también religiosos. Por los socialistas de *Avangard* coordinaban Pinie Wald y el obrero gráfico Máximo Rozen (Sak, 2000: 107), quien más tarde sería el máximo líder de la *Idsektzie* (Camarero, 2007: 301). Allí acordaron defender la cultura idishista y desarrollar acciones para promover la integración al país. Esto implicaba crear escuelas para niños y bibliotecas populares en idish, pero también dictar cursos nocturnos de castellano, historia política, economía y estudio de la Constitución Nacional para adultos.¹³ Posteriormente, estas acciones entroncaron con el impulso de la *Komintern* y su *Idsektzie* en los años 20.

En Buenos Aires, en 1929, la federación escolar *Arbeter Shul Organizatie*, declaraba el éxito creciente de sus *árbeter shuln*, ocho “estrellas rojas” brillando en los barrios de Once, Paternal, Villa Crespo, Villa Devoto, Avellaneda y Valentín Alsina. Siempre complementarios a la escuela estatal obligatoria, esos *shules* obreros constituían parte de un entorno más amplio de bibliotecas y centros socio-culturales que funcionaban en casas particulares o habitaciones alquiladas. Asimismo, también allí se realizaban las reuniones del proyecto de colonización en Birobidyán, conocido como PRO-COR,¹⁴ la comisión ejecutiva de la *Idsektzie*, o la actividad de prensa ídish, entre otras.

(Díaz, 2016); el atentado al jefe de policía Ramón Falcón, responsabilidad del judío ucraniano Simón Radowitzky en 1909; las fatídicas jornadas de la Semana Trágica, en enero 1919, cuando además de la represión obrera generalizada, tuvo lugar un violento *pogrom* antisemita perpetrado por fuerzas policiales y civiles (Katz, 1980; Wald, 1998). El “maximalismo ruso” que agitaba a la clase trabajadora era asociado a la presencia judía y anarquista en la región. En Montevideo, los anarquistas de habla ídish tuvieron gran actuación en las huelgas obreras (Díaz, 2019) y fueron precursoras, en 1925, del Centro Morris Winchevsky, antecesor de la institución ACIZ.

13. Comisión Directiva, *Max Nordau. Publicación 80 Aniversario*, La Plata, 1992, pp. 2-4.

14. La “Sociedad de Ayuda a los Colonos Israelitas en la Rusia Soviética”, conocida

En Argentina, a partir del golpe cívico-militar del 6 de septiembre de 1930, bajo los efectos de la crisis de *Wall Street* y los ecos del fascismo europeo desafiando a las democracias liberales, avanzaron los sectores nacionalistas más conservadores, concentrados en las Fuerzas Armadas, la Iglesia Católica y las elites tradicionalistas. Esta configuración perduró durante el mandato de Agustín P. Justo iniciado en 1932 y encontró su ápice con un nuevo golpe de estado en 1943. Ese período se caracterizó por la represión policial al comunismo y su proscripción en determinadas provincias, se reprimieron las organizaciones obreras en general y se clausuraron tanto las escuelas idishistas de la *Idsektzie*, como las *Bórojov* del *Linke Poale Sion*, entre decenas de organizaciones obreras. Pero, a pesar de las persecuciones y la ola represiva, la adhesión al comunismo crecía en la “calle judía” por varios motivos. En primer lugar, a diferencia del Partido Socialista, la *Komintern* permitía a sus militantes utilizar el idioma idish, y los reconocía parte de un movimiento internacionalista de masas. En segundo término, las noticias acerca de los derechos igualitarios para las minorías en la URSS y el crecimiento del proyecto Birobidyán se vivían como reparaciones históricas, después de tantos padecimientos sufridos en la “Zona de Residencia”. Así es que no sólo crecían las simpatías por el comunismo entre los grupos de izquierda idishista, sino que, además, la *Idsektzie* era la más numerosa entre las secciones idiomáticas que integraban el Partido Comunista argentino (Camarero, 2007: 297-311) y fue la única que logró montar redes escolares marxistas para niños y jóvenes.

En Montevideo, durante los años 20, el sector marxista-leninista constituyó un núcleo mayor y más activo que el de *bundistas y linke-poalesionistas* (Schonebohm 1991: 59). Sin embargo, al ser una colectividad más pequeña, al comienzo actuaban juntos en las movilizaciones y organizaciones. Algunos indicadores, no obstante, permiten observar el liderazgo de la *Idsektzie* en dos emblemáticos barrios obreros: Centro y Goes. Los primeros inmigrantes judíos rusos habían fundado un Idish Kultur Center y una Biblioteca Sholem Aleijem entre 1917 y 1918. Esas dos iniciativas se unificaron en 1925 y adoptaron el nombre de Centro Cultural “Morris Winchevsky” (llamado “el Morris”). Desde allí se incentivaba a los obreros idishistas a participar de la actividad

por su sigla PRO-COR, trabajaba ligada a la *Idsektzie*. Además de las campañas para recaudar dinero, y aunque los permisos soviéticos eran limitados, algunas familias se postularon para viajar a Birobidyán en 1929. En 1941, la República Judía soviética contaba con 128 escuelas primarias que enseñaban ruso e idish, varios diarios y teatros en idish, y 27 granjas colectivas israelitas. En 1959, según el censo local, se registraban 14.200 judíos viviendo allí, de los cuales un 40% hablaba idish. En 1976 se calculaban en menos de 12 mil, un 15% de la población que se reconocía judía en la URSS (Gilbert, 1978).

sindical de sastres, carpinteros, zapateros, trabajadores del cuero y textiles (Porzecanski, 1990: 88) y también se organizó un comedor popular. Entre 1925 y 1934, el Morris ocupó locales que compartía con el Partido Comunista del Uruguay (Schonebohm, 1991: 67). La actitud internacionalista y antirreligiosa se hacía evidente en proclamas como la de 1926, donde se invitaba a los obreros judíos a integrar un “Comité Unificado anti-Yom Kipur” junto con “la Sección Judía del Partido Comunista” y boicoteaban la concurrencia de los niños a las escuelas sionistas. En 1931, informaban contar con 284 socios aportantes y convocaban a colaborar con el “Comité Pro-Refugiados Políticos de Socorro Rojo Internacional” (MA-POR) y la campaña financiera “Un tractor para Birobidyán” del PRO-COR. En 1929, el Morris ayudó a la creación del Club Obrero Avanguard del barrio de Goes y entre 1931 y 1932 se abrieron escuelas obreras (*árbeter shuln*) en los dos barrios. En 1936 tenían una matrícula de 200 alumnos y un programa escolar que difundía las gestas obreras y rechazaba la historia judeo-religiosa por su condición “reaccionaria”. Las dos fechas celebradas con devoción eran el 1° de Mayo, día del trabajador, y el 7 de noviembre, inicio de la Revolución bolchevique.¹⁵

Paralelamente, la colectividad israelita uruguaya desarrolló otras organizaciones de ayuda a los inmigrantes, donde también actuaban los simpatizantes comunistas (Leibner, 2011: 185). Especialmente reivindicada por el judeo-progresismo fue la fundación de la “Primera Cooperativa Judía de Ayuda Mutua en Villa Muñoz” (Goes) en 1925. En sus orígenes nació en una sinagoga, pero más tarde sionistas y progresistas que la integraban se disputaron su control. Finalmente, los segundos ganaron su dirección y en 1938 la convirtieron en el Banco Israelita Uruguayo. Con su ayuda financiaron escuelas, bibliotecas, un proyecto agrario e incluso comprarían el legendario Café Vaccaro de Goes para actividades culturales. Asimismo, en 1929 se creó un Fondo de Previsión (en 1941, Mutual Israelita del Uruguay, MIDU) para brindar asistencia médica y subsidios a 700 socios en caso de enfermedad, fallecimiento o algún tipo de urgencia familiar. La MIDU, además, tramitó la compra y construcción de un cementerio judío laico, una inédita experiencia en Sudamérica, donde los idishistas podían ser enterrados sin rituales religiosos y respetando su adscripción política marxista. Más adelante, hacia 1962, la MIDU construiría su propio servicio y sanatorio de salud. En definitiva, la cooperativa de crédito (luego Banco) y el fondo de previsión (luego MIDU) con sus ramificaciones, surgieron en la década del 20, los judíos comunistas centralizaron su conducción en los años de la Segunda Guerra y lograron una notable expansión de allí en más.

15. Documentos traducidos del idish en Kornecki (2005: 26-28).

Pero volviendo al escenario de 1933, mientras el fascismo avanzaba en Europa, en Uruguay iniciaba la dictadura de Gabriel Terra y se creaba un “Frente contra el Antisemitismo en Alemania” encabezado por el Centro Morris Winchevsky e integrado por las instituciones uruguayas antes mencionadas. En Argentina, comenzaba a funcionar la “Organización Popular contra el Fascismo y el Antisemitismo”¹⁶ y varios intelectuales y activistas se habían sumado al Socorro Rojo Internacional para ayudar a las víctimas de la represión obrera iniciada por José Félix Uriburu en 1930, continuada por Justo en 1932 y con especiales brotes antisemitas hacia 1936 y 1937. Las resonancias de la Guerra Civil Española reeditaron el mito judeo-bolchevique y el gobierno prohibió la prensa y el uso del ídish en actos públicos, calificando al idioma como “código secreto” para transmitir “ideas disolventes”. El golpe militar de 1943 agudizó la represión obrera y potenció la xenofobia y el nacionalismo autoritario pro-fascista en el gobierno. Durante ese año, entre otras medidas, se suspendió la actividad de los partidos políticos, se clausuraron todos los diarios “progresistas” y se decretó, a nivel nacional, la enseñanza religiosa en la escuela estatal. En Uruguay no faltaron las expresiones antisemitas durante esa época (Feldman, 2001), pero no hubo políticas estatales de censura y persecución. Durante los años de la Segunda Guerra, la neutralidad uruguaya tenía un sesgo democrático e identificado con los países aliados (Raicher, 2003: 100) y el catolicismo no tenía los rasgos integristas de la Iglesia argentina. En definitiva, en ambos países, en los años de la Segunda Guerra, los sectores idishistas de todas las tendencias de izquierda fueron parte activa del frente antifascista y se sumaron a organizaciones más amplias, con frecuencia, lideradas por comunistas.

La Federación ICUF: del frentepopulismo a la Guerra Fría

En su VII y último congreso, realizado en Moscú entre el 25 de julio y el 20 de agosto de 1935, la *Komintern* llamó a constituir Frentes Populares para combatir al fascismo (Crespo, 2010). En ese marco, las secciones idiomáticas de habla ídish en cada país, buscaron construir alianzas con los socialistas del Bund, el Linke Poale Sion y la “burguesía judía progresista”. Esta misión era particularmente difícil después de las agresiones durante el Tercer Período (1928-1935), donde la línea de “clase contra clase” había enfrentado a los dirigentes de aquellas

16. Liderada por Pinie Katz y la colaboración de Simón Gordon en Buenos Aires y Mina Fridman Ruetter, desde Rosario. Esa organización, publicaba las revistas *Af der waj*, en ídish, y *En guardia*, en castellano. En 1935 editaron en ídish dos libros: *El plan de Hitler* y *El libro pardo del fascismo*.

corrientes. Sin embargo, frente al avance del antisemitismo en Europa, la movilización frentepopulista liderada por los comunistas encontró eco en “la calle judía”. Así fue que, desde 1936, los principales intelectuales idishistas europeos y americanos comenzaron a organizar el Primer Congreso de la Cultura Judía, que se realizó en París, entre el 17 y el 21 de septiembre de 1937. Mientras el mundo se polarizaba frente al conflicto en España, representantes de 23 países, reunidos en aquel Congreso, crearon la Federación ICUF. El referente y miembro de la *Idsektzie* en esos años, Pinie Katz, actuó como delegado en París, representando a 5 organizaciones uruguayas y 22 argentinas. A su retorno, él y otros activistas rioplatenses trabajaron por difundir el icufismo entre las organizaciones existentes y crear otras nuevas.¹⁷ En el Manifiesto del ICUF se acordó luchar contra el fascismo y defender la cultura y el idioma ídich. Para ello había que crear escuelas, teatros, literatura y fomentar las artes “llamando a la unidad de las fuerzas progresistas”. El escenario era complejo, porque si bien había acuerdo en la necesidad de unir a los *linke*, el enfrentamiento ideológico existente, que más tarde se potenció por el pacto germano-soviético,¹⁸ dificultaba el logro de acciones conjuntas. Por otra parte, el ICUF se había estructurado con una dirección en París, dos secretarías en Nueva York y Varsovia y secciones nacionales en el resto de los países. Sin embargo, la guerra lo alteró todo y, en el marco de esa tragedia y a pesar de que Nueva York centralizó las tareas, las secciones sudamericanas ganaron autonomía. El 11 abril de 1941 tuvo lugar un Congreso de la Cultura Judía en Buenos Aires, donde, replicando el evento de 1937, se constituyó el *Idisher Cultur Farband* en Argentina. Participaron 57 instituciones representando a 8.900 asociados de Argentina, Uruguay, Brasil y Chile. Los uruguayos también crearon su propia Sede ICUF en Montevideo, para coordinar el trabajo de las organizaciones afines.¹⁹

17. El listado de instituciones adheridas puede verse en los cuadros anexos del presente dossier.

18. En cuanto a eso, en líneas generales, mientras los comunistas entendieron que se trataba de una estrategia de Stalin para salvar a la Unión Soviética de las potencias capitalistas, que esperaban verla desplomarse a manos de los nazis, los *bundistas*, liderados por Polonia, con la firma de este pacto habían llegado al punto máximo de aversión hacia los bolcheviques. Sin embargo, la gran convocatoria que generó el congreso del ICUF en Buenos Aires (abril 1941), acontecida antes de la ruptura de aquel pacto (junio 1941), muestra que, si bien ese acuerdo profundizó diferencias existentes, no fue la causa que determinó el éxito (o eventual fracaso) del movimiento icufista en la calle judía.

19. La Federación ICUF de Uruguay se disolvió en 1968 cuando las entidades se fusionaron y ACIZ concentró la actividad de los progresistas (Schonebohm, 1991: 65). Sin adhesión formal, Montevideo funcionó integrada a la red argentina. Desde los

Poco tiempo después, en el campo internacional, la conformación de los Aliados, la resistencia del Ejército Rojo en el frente oriental y la Batalla de Stalingrado entre junio de 1942 y 1943, produjeron nuevas valoraciones internacionales con respecto a la URSS. Al finalizar la guerra, en 1945, los soviéticos habían perdido “27 millones” de hombres²⁰ pero se coronaban “los salvadores de la humanidad”, y así los verían de allí en más los icufistas. Entonces, bajo el signo de los Frentes Populares, durante las décadas del 40 y 50, gran parte de la “burguesía” y el “obrerismo” judío simpatizaron con el comunismo y los icufistas ganaron popularidad llegando incluso a obtener un 35% de representación en la Asociación Mutual Israelita Argentina (AMIA)²¹ y subsidios para cinco de sus escuelas. Sin embargo, desde la creación del Estado de Israel en 1948, las organizaciones sionistas fueron paulatinamente hegemonizando el campo comunitario. El centralismo de Israel como nuevo horizonte nacional para los judíos “de la diáspora”, la adopción y enseñanza del hebreo moderno y la convocatoria enfática a migrar al nuevo Estado (“hacer la *alía*”) se volvieron los objetivos de la mayoría de las instituciones. Los icufistas no acordaban con aquello ni con la vía belicista para solucionar los conflictos en Medio Oriente, pero apoyaron la creación de Israel y realizaron importantes colectas (Campaña Popular) para financiar la construcción de escuelas, casas y hospitales allí. Mientras la Unión Soviética había colaborado con el surgimiento del

años 50 fueron particularmente activos los encuentros entre organizaciones juveniles y femeninas. La Federación de Instituciones Juveniles Israelitas Argentinas (FIJIA) y Federación de Instituciones Juveniles de Judíos Uruguayos (FIJJU) organizaron encuentros deportivos y culturales, que más adelante se llamarían “Icufiadas”. La Organización Femenina del ICUF (OFI), fundada en 1947 sobre la base de los círculos de lectura (*leien craizn*), invitó a las comisiones femeninas uruguayas a participar en su Primer Congreso de la Mujer Judía, celebrado en Buenos Aires en 1957 y en su revista *Di Ídishe Froi* (La Mujer Judía). Entre las segundas y terceras generaciones fueron frecuentes los encuentros de Kinder-clubes y otras instancias pedagógicas.

20. Eric Hobsbawm (2007: 51) afirmaba que las bajas en los territorios soviéticos, como todas las cifras exactas de la segunda guerra mundial son meras especulaciones. En diversas ocasiones, fuentes oficiales han llegado a calcular 7, 11, 20 o 30 millones. Elegimos la cifra de 27 millones porque es la que utilizaban los icufistas en sus discursos y publicaciones.

21. En las primeras elecciones de 1949, con un padrón de 40.000 socios, votaron 10.000 y se presentaron tres listas; los sionistas sacaron 5.085 votos, los independientes 1.236 y los progresistas 3.474. En las de 1951, con dos listas y 11.901 votantes, el sionismo sacó 7.857 sufragios y el progresismo 4.046 (AMIA, 1996: 115-123). Cabe mencionar que, dado que la colectividad judía argentina se estimaba en 300.000 personas, los icufistas sostenían, con evidentes razones, que los resultados de las elecciones de AMIA no eran representativos del pensamiento político judío en Argentina.

estado israelí, las aguas estaban más calmas, pero en cuanto el gobierno de David Ben Gurión se alineó con Estados Unidos, las tensiones entre sionistas y progresistas renacieron.

Por otra parte, durante la década del 40, la vida judía en la URSS contaba con gran reputación. Las obras de los escritores idishistas a favor del socialismo y la Revolución de Octubre, el desarrollo de Biro-bidyán, las causas antifascistas y la integración de los judíos a las más altas esferas de la sociedad, eran tópicos exhibidos por los icufistas para señalar los caminos del “progreso humano” y “el hombre nuevo”. Sin embargo, el armonioso idilio con el estalinismo de posguerra comenzó a entrar en crisis a medida que llegaban las noticias de las purgas. Para empezar, se supo del extraño accidente automovilístico del director teatral idish Salomón Mijoels en Minsk, en 1948. A pesar de haber sido enterrado con todos los honores, pronto circuló la versión de que se trataba de un asesinato a las órdenes de Stalin. Posteriormente, se supo de los procesos de Praga, donde Rudolf Slánský y otros diez dirigentes judíos checoslovacos, por una parte, y trece escritores judíos del Comité Antifascista, por otra, habían sido juzgados injustamente y asesinados en agosto de 1952. A eso le siguió el supuesto “complot de los médicos judíos” de 1953, denunciados por Stalin antes de morir. Aquellos hechos fueron tomados como argumentos centrales de la campaña internacional contra el “antisemitismo soviético”, lanzada por el sionismo entre 1952 y 1953.

En el marco de aquella confrontación, el ICUF fue expulsado de la AMIA. Los progresistas, sin embargo, sostenían que la condena a la URSS era una pantalla, porque la verdadera finalidad de los “reaccionarios sionistas” era quitarles niños de sus escuelas que, para entonces contaban con 1500 alumnos y un reconocido prestigio pedagógico. Aquella excomunión, o “*jerem*”, se originó con una proclama de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) convocando a repudiar a la URSS por los juicios antisemitas de Praga. En la asamblea del 18 de diciembre de 1952, los dirigentes del ICUF, Joel Linkovsky y Mijl Raizman, rechazaron firmar ese documento, mientras DAIA y AMIA informaron a sus asociados que “no se debía enviar niños judíos a escuelas identificadas con la política soviética”. Varios indicadores permiten concluir que existía un profundo desacuerdo preexistente, y que los sionistas estaban esperando un conflicto internacional como el de 1952 para alejar a los progresistas de las organizaciones centrales y las posiciones de poder (Zadoff, 1994: 412-414). Así, al iniciar 1953, los icufistas perdieron sus cargos en la Comisión Directiva y los subsidios para sus escuelas.

En el marco de la guerra fría, la lógica de “amigos y enemigos” colocaba a los judíos-progresista en un complejo campo de tensiones. El sionismo los acusaba de “sectarios comunistas” y el Partido Comu-

nista argentino, en ocasiones, de “sectarios judíos”. Desde el triunfo del peronismo en Argentina, el PC, en su XI Congreso de 1946, había comenzado a cuestionar a sus militantes o simpatizantes judíos que no lograban integrarse con las masas trabajadoras. Sobre todo, durante el peronismo, la defensa de la cultura idishista era interpretada por la dirigencia del PC como un “sectarismo europeo”. Retrospectivamente, varios activistas interpretaron que esa conjunción entre la demanda forzada del partido para que se “acriollasen”, y la excomuniación de las organizaciones judías centrales, ganadas por el sionismo, empobrecieron al movimiento icufista. Sin embargo, mientras algunos abandonaron el ICUF por su incondicional alineamiento con el PC, otros conservaron su idealismo pro-soviético anudado a la Segunda Guerra Mundial y concentraron en la figura del “traidor Beria” toda la responsabilidad por las purgas estalinistas. La prensa, a cargo de la Comisión Israelita del PC-ICUF, logró instalar banderas muy efectivas para evitar quiebres en las instituciones; la causa de Julius y Ethel Rosenberg, acusados de espionaje y ejecutados en Estados Unidos en 1953, fue presentada como el máximo símbolo del antisemitismo capitalista; mientras la lucha por la paz en Medio Oriente reafirmaba el reconocimiento del Estado de Israel, pero cuestionaba su rol como base del “imperialismo yanqui” y opresor del pueblo palestino. Poco tiempo después, a raíz de las declaraciones “secretas” de Nikita Jruschov en 1956, durante el XX Congreso del PCUS, tanto en Argentina como en Uruguay, algunos simpatizantes o militantes desilusionados del estalinismo se alejaron definitivamente del PC (Leibner, 2011: 186). Sin embargo, para varios otros, los procesos conocidos como el “deshielo” y “la vuelta a Lenin” renovaron la creencia de que existía allí “un socialismo genuino”, que solo necesitaba ser reencauzado.

En síntesis, la colectividad judeo-argentina institucionalizada tomaría en la segunda mitad de los años 50 la forma del escenario internacional, ubicándose a cada lado de “la cortina de hierro”. A medida que la guerra fría se intensificaba, los circuitos institucionales se volvían más irreconciliables; sionistas, de izquierda a derecha, por un lado, y progresistas, por el otro. Sin embargo, el impulso expansivo de la red icufista, con su fuerte impronta cultural y educativa seguía permeando en las segundas generaciones. Su nueva condición de sectores medios se reflejaba en el crecimiento de edificios y mayor afluencia de niños y adolescentes a las actividades educativas no formales: *kinder clubes*, jardines de infantes y colonias. Esto sucedía porque la propuesta era de excelencia y porque, en buena parte, las redes de socialización resistían las disidencias partidarias.

La matriz icufista y sus instituciones

Tal como se había planteado en los Congresos del ICUF, que siguieron realizándose cada dos, tres o cuatro años, la cultura y la educación constituían los grandes pilares del movimiento. En Argentina, en 1946, la red contaba con 9.000 asociados y en 1955, con 20.000 en todo el país (Visacovsky, 2015). No contamos con cifras exactas para Uruguay, pero el semanario *Unzer Fraint*, publicado sin interrupciones a lo largo de cuarenta años en Montevideo (1935-1976) y leído asiduamente por el público icufista, tenía un tiraje de 5.000 ejemplares, mientras las contribuciones para el “Palacio ACIZ” inaugurado en 1950 provinieron de 1.200 aportantes (Schonebohm, 1991: 67). Aquella expansión, además, era posible porque buena parte de los obreros idishistas habían progresado económicamente y podían aportar tiempo o dinero (o ambas cosas) al desarrollo institucional. En este punto, también los emprendimientos cooperativos cumplieron un rol fundamental. En Montevideo, el Banco Israelita del Uruguay; en Argentina, una serie de cajas de crédito propias (más tarde, independizadas y convertidas en Banco Credicoop).

Mientras varias instituciones funcionaban en inmuebles alquilados, otras habían logrado comprar y arreglar edificios. Un ejemplo emblemático en Argentina fue el Palacio Cultural y Deportivo I.L. Peretz en la zona textil de Villa Lynch. La obra se realizó en etapas: comenzó en 1943 con aulas y una cancha de básquet, en 1947 inauguraba un teatro para 400 personas, la biblioteca, salas para el jardín de infantes, y terminaría en los años 60 inaugurando un edificio de cinco pisos con pileta olímpica. Otro ejemplo fue el Palacio I.L. Peretz de Lanús, otro distrito fabril, donde en 1956 se logró construir un edificio de cuatro pisos para la escuela y un gran teatro en zona céntrica. En 1950 se logró comprar el predio de la colonia *Zumerland* en la localidad de Mercedes y en ese año también se inauguró el monumental Teatro IFT en el barrio de Once, símbolo y referente del arte dramático judeo-progresista y el teatro independiente, cuyo impacto cultural trascendió a otras provincias y países limítrofes. En Uruguay, en 1950, se inauguraba el “Palacio ACIZ”, con un edificio de seis pisos para la escuela, varios patios, biblioteca y un teatro para 500 personas. Iniciativas como estas se multiplicaban en otras provincias y, si bien la atmósfera ideológica de izquierda caracterizaba a los “palacios progresistas”, éstos se brindaban abiertos a todo público. A nadie se preguntaba allí por su pertenencia étnica o su inclinación política, eran instituciones judeo-progresistas, pero también eran instituciones “de y para el barrio”.

Debido a su potencial formativo, las instancias educativas constituyeron la actividad más preciada para la dirigencia. En Argentina, los quince *shules* que existían en los años 50 funcionaron como escuelas

idiomáticas no formales, complementarias a la estatal obligatoria. Algunos tuvieron jardín de infantes (*kinder-gortn*) y dos de ellos (Zhitlovsky de Villa del Parque y Peretz de Villa Lynch), un secundario de tres años con orientación pedagógica, denominado *Mittl-shul* (Visacovsky, 2015: 168). Asimismo, las generaciones jóvenes, en línea con las teorías pedagógicas que circulaban en el entorno comunista (Carli, 2005; Visacovsky, 2017) focalizaron su interés en *kinder clubes*, y otras actividades recreativas entre las que se destacó la colonia *Zumerland*.

En cuanto al trabajo cultural, entre 1946 y 1980 el ICUF Buenos Aires publicó cerca de 82 títulos con su propia editorial. Hasta 1958, abundaron las traducciones de clásicos del castellano al idish, como la laboriosa versión de *Don Quijote* de Miguel Cervantes Saavedra, que realizara Pinie Katz. Posteriormente, desde 1958, las traducciones se hicieron a la inversa, las obras más famosas de la literatura idish, como los cuentos de Scholem Aleijem, fueron publicadas al español. Así también más de 35 títulos de autores soviéticos se tradujeron del ruso al idish bajo el sello Heimland (Patria). En cuanto a la prensa, si bien todo el arco idishista desarrolló un trabajo destacado, la línea comunista fue especialmente prolífica (Dujovne, 2008: 123). En 1940 salió la revista *ICUF*, en los años 50 apareció mensualmente *Aporte*, redactada por la juventud de FIJIA; y entre los 50 y 60 la Organización Femenina del ICUF editó *Di ídishe froi*. Desde el Consejo de Escuelas del ICUF (*Shul Rat*) se publicó *Kindervelt* y cuentos en idish para niños. Así también, en todas las épocas salieron semanarios o revistas mensuales ideológicamente afines, editadas por miembros de la Comisión Israelita del Partido Comunista (antes *Idsektzie*). Hasta 1940, fueron *Avangard*, *Vida Obrera*, *Di Presse*, *Der Roiter Shtern*, *Naie Erd*, *In Gang*, *Naivelt*, y *Af der Vaj* entre las principales. Durante la Segunda Guerra, se publicaron *Di Voj* (*La Semana*) y *Folkshtime* (*La Voz del Pueblo*) y en la posguerra salieron *Der Veg* (*La senda*) y luego *Haint* (*Hoy*). Bajo la dirección ideológica de Rubén Sinay, en 1951 comenzó *Tribuna* (bilingüe) y desde 1968 y hasta finales de los años 80, la revista *Tiempo* en castellano. *Renovación* en los 60 y *Unzer Lebn* (*Nuestra Vida*), con la dirección de Tzalel Blitz, completan el mapa de las más leídas por el icufismo.²² En los años 20, en Montevideo, cuando aún no había imprentas en idish, las publicaciones se mandaban a editar a Buenos Aires. Esto cambió en la década del 30, cuando la *Idsektzie* uruguayaya sacó el primer número de *Tzum Oktiaber* (*Hacia Octubre*), un semanario en sintonía con *Der Roiter Shtern*. Ambos fueron los antecedentes del emblemático semanario *Unzer Fraint*, publicado

22. Comité Especial, *50 Años de la prensa judía progresista en la Argentina 1923-1973*, Buenos Aires, 1973 (la publicación contiene errores que fueron enmendados por la autora de acuerdo a otra documentación).

entre 1935 y 1976 bajo la dirección de Abraham Jeruzalimsky y Moïshe Richter en su primera etapa y el periodista Mario Chiz en la segunda.

En definitiva, el movimiento institucional y la prensa judeo-progresista se expandieron por etapas hasta los años 60 y 70. Para entonces, comenzó un proceso de recambio generacional; los jóvenes celebraban la revolución cubana, defendían la educación laica, el reformismo universitario, y manifestaban intereses que estaban más allá de la institución idishista. Paralelamente, las crisis internacionales del comunismo y las transformaciones sociales y económicas del período obligaron a los icufistas a un urgente *aggiornamento*, y las actividades en idish fueron las grandes perdedoras. Empero, el pleno pasaje al castellano permitió incorporar a un público más vasto, no exclusivamente judío, y dar sentido al lema internacionalista que orientó su devenir: construir instituciones cuyo transitar fuera “desde lo particular hacia lo universal”.

Reflexiones finales

En Buenos Aires y Montevideo, durante los años 20, las escuelas y centros culturales idishistas habían sido “obreros” marxistas-leninistas y, aunque restringidas sus libertades en los años 30, pudieron en los 40, en el marco frentepopulista, renacer como instituciones judías “laicas” y comenzar un camino ascendente en cantidad de público, recursos y organización. A finales de la década del 50, los judíos progresistas ya formaban parte de los sectores medios rioplatenses, y acompañaban el desarrollo de una generación de hijos nativos que ingresaba a la universidad. La década del 60 se abrió con vertiginosas transformaciones juveniles (Manzano, 2017): la revolución sexual, el nuevo rol de la mujer en el mercado de trabajo, la música rock, las modas y el consumo interpelaban al viejo *shule* idishista de posguerra. Asimismo, la adopción del hebreo como idioma oficial israelí, en detrimento del idish, había traído consecuencias negativas para toda actividad en esa lengua, en el país y el mundo. Finalmente, la Guerra Fría, las crisis del comunismo estalinista a nivel internacional y el anquilosado Partido Comunista habían producido el desplazamiento de la juventud intelectualizada hacia otras fuerzas políticas de izquierda (Altamirano, 2001). Tanto en Buenos Aires como en Montevideo, la juventud “progresista” se inclinó a participar de otros espacios sociales y políticos donde “lo judío” dejaba de ser una marca diferencial.

La anhelada integración social que traían los inmigrantes daba por fin sus frutos, pero al mismo tiempo se perdía la cultura idishista y se debilitaban las características étnicas de las instituciones. Los icufistas discutieron estos problemas en su IX Congreso de 1968. Una posibilidad de enfrentar el desinterés por los *shules* era convertirlos en escuelas

modernas, tal como estaban construyendo los sionistas, subsidiados por AMIA y organizaciones israelíes. Sin embargo, crear escuelas que “compitieran” con la estatal iba en contra del principio universalista e igualitario del progresismo. Además, crear escuelas privadas formales no sólo era financieramente inviable, sino que alentaba conductas “elitistas” y cercenaban las vías de integración garantizadas por las leyes 1.420 de 1884 en Argentina, y 3.441 de 1909, en Uruguay. Entonces se resolvió, en cambio, fortalecer las instancias recreativas para continuar la transmisión ideológica (Visacovsky, 2015: 147-153).

Finalmente, la reconstrucción de los orígenes y el devenir de esta identidad judeo-progresista nos ha permitido observar que las tensiones entre la pertenencia étnica, los lineamientos del Partido Comunista y la aspiración colectiva de integración nacional experimentada por los inmigrantes fueron comunes en ambos países. Sus intentos de resolución, heredados por las nuevas generaciones, instalaron procesos contradictorios que, sin embargo, existían embrionariamente en su propia génesis.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2001), *Peronismo y cultura de izquierda*, Buenos Aires: Temas.
- AMIA (1996), *Comunidad Judía de Buenos Aires, 1894-1994*, Buenos Aires: Milá.
- Avni, Haim (1983), *Argentina y la historia de la inmigración judía, 1810-1950*, Jerusalén: Universitaria Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalén.
- Ben Dror, Graciela y Víctor (2016), *Sionismo radical socialista a orillas del Río de la Plata: El Movimiento Mordechai Anielewicz en Uruguay, 1954-1976*, Yad Yairi: Rehovot.
- Bilsky, Edgardo (1989), “Etnicidad y clase obrera: la presencia judía en el movimiento obrero argentino”, *Estudios Migratorios Latinoamericanos*, año IV, n° 11, Buenos Aires, pp. 27-47.
- Camarero, Hernán (2007), *A la conquista de la clase obrera. Los comunistas y el mundo del trabajo en la Argentina, 1920-1935*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Carli, Sandra (2005), *Niñez, pedagogía y política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Crespo, Horacio (2010), “La Internacional Comunista”, en Alexandra Pita Gonzalez (coord.), *Intelectuales y antiimperialismo: entre la teoría y la práctica*, México: Universidad de Colima, pp.15-47.
- Devoto, Fernando (2004), *Historia de la inmigración en la Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Díaz, Hernán (coord.) (2019), *Espionaje y revolución en el Río de la Plata. Los archivos secretos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*, Buenos Aires: CEHTI-Imago Mundi.
- Díaz, Javier (2016), “El anarquismo en el movimiento obrero judío de Bue-

- nos Aires (1905-1909)", *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, n° 8.
- Dujovne, Alejandro (2008), "Cartografía de las publicaciones periódicas judías de izquierda en Argentina, 1900-1953", *Revista del Museo de Antropología*, Córdoba, año 1, pp. 121-138.
- Feldman, Miguel (2001), *Tiempos difíciles. Inmigrantes judíos en el Uruguay 1933-1945*, Montevideo: Universidad de la Republica.
- Gilbert, Martin (1978), *Los judíos de la URSS. Su historia en mapas y fotografías*, Jerusalén: La Semana Publicaciones.
- Hobsbawm, Eric (2007), *Historia del Siglo XX*, Buenos Aires: Crítica.
- Jmelnizky, Adrián y Ezequiel Erdei (2005), *La población judía de Buenos Aires*, Buenos Aires: JOINT-AMIA.
- Katz, Pinie (1980), *Páginas selectas*, Buenos Aires: ICUF.
- Kornecki, Vladimir (2005), *Notas para la historia de ACIZ*, Archivo ACIZ, Montevideo, traducida del idish.
- Laubstein, Israel (1997), *Bund. Historia del movimiento obrero judío*, Buenos Aires: Acervo Cultural.
- Leibner, Gerardo (2011), *Camaradas y compañeros. Una historia política y social de los comunistas del Uruguay*, Montevideo: Trilce.
- Manzano, Valeria (2017), *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Porzecanski, Teresa (1990), "Los inmigrantes judíos al Uruguay. Transculturación e ideologías de izquierda", en AA.VV., *Ensayos sobre judaísmo latinoamericano*, Buenos Aires: Milá, pp. 84-103.
- Raicher, Rosa Perla (2003), "El Comité Uruguayo Pro Palestina Hebrea (1944-1948). Su acción y cauces de pensamiento", *Judaica Latinoamericana*, Jerusalén: Amilat-Magnes-Universidad Hebrea, pp. 230-243.
- Sak, Benito (2000), *Toda una historia*, Buenos Aires, mimeo.
- Schonebohm, Dieter (1991), "Judíos de izquierda en Montevideo: La comunidad progresista", *Hoy es Historia*, año VIII, n° 44, pp. 59-70.
- Toker, Eliahu y Ana Weinstein (1999), *Trayectoria de una idea, Nueva Sión: 50 años de periodismo judeo-argentino con compromiso*, Buenos Aires: Fundación Mordejai Anilevich.
- Visacovsky, Nerina (2015), *Argentinos, judíos y camaradas. Tras la utopía socialista*, Buenos Aires: Biblos.
- (2017), "Entre odas a Sarmiento y la fe bolchevique: Aníbal Ponce y sus marcas en la cultura comunista", *Claves. Revista de Historia*, vol. 3, n° 5, Montevideo, pp. 38-70.
- Wald, Pinie (1998), *Pesadilla. Una novela de la Semana Trágica [1929]*, Buenos Aires, Ameghino.
- Zadoff, Efraim (1994), *Historia de la educación judía en Buenos Aires, 1935-1957*, Buenos Aires: Milá.

Silencios y olvidos sobre los judíos progresistas chilenos (1938-1964)

Valeria Navarro-Rosenblatt

Universidad Católica Silva Henríquez. Santiago de Chile
vnavarro@ucsh.cl

Title: Silences and forgetfulness about Chilean progressive Jews (1938-1964)

Resumen: El presente artículo sigue la trayectoria de las dos instituciones progresistas judías existentes en Chile: la Sociedad Progresista Israelita (1938-1951) y el Centro Cultural Scholem Aleichem (1951-1964). Junto con explorar las actividades e ideas principales de cada una, la pregunta que persiste a lo largo del artículo es: ¿por qué se generó un silencio en torno al mundo progresista judío chileno? Las respuestas no son sencillas, ambas instituciones enlazan entre sí la historia del progresismo judío latinoamericano, la política comunista durante la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría, y la historia chilena, cada una con sus matices y eventos importantes.

Palabras claves: progresismo judío – Sociedad Progresista Israelita – Centro Cultural Scholem Aleichem – judíos comunistas – Chile

Abstract: An important question underlines the following pages, why a cover of silence covered the experience of progressive and communist Jews in Chile? This article follows two Jewish progressive institutions from Chile: Sociedad Progresista Israelita (1938-1951) and Centro Cultural Scholem Aleichem (1951-1964). These two institutions gathered the main questions of Jews in the country: how to face the crucial events of international and national politics, during the Second World War and the Cold War. By revealing how the institutions worked and the type of activities in which they expressed their ideology, we can start to find the answer to why, in the Jewish Chilean context, their progressive voice was silenced.

Keywords: progressive Jews – Sociedad Progresista Israelita – Centro Cultural Scholem Aleichem – communist Jews – Chile

Recepción: 10 de agosto de 2019. **Aceptación:** 24 de agosto de 2019.

En 1956 se publicó el libro *Historia de la colectividad israelita de Chile* (Senderey, 1956) como parte de las celebraciones del cincuentenario de la vida judía organizada en el país. Al revisar las páginas de esta obra observamos anécdotas, reflexiones, fechas y las actividades que caracterizan a los diferentes grupos inmigrantes, como su vida social, deportiva y cultural.¹ De forma paralela, ese mismo año, una institución judía comunista conocida como el Centro Cultural Scholem Aleichem se encontraba en uno de sus momentos más productivos y activos sin embargo, no aparece ningún rastro o presencia de esta organización en el libro de Senderey.

La *Historia de la colectividad israelita* evitaba hacer mención a la palabra “comunistas” o cualquiera de sus acepciones, prefiriendo el uso del eufemismo “progresistas”, para englobar a la izquierda y a quienes estaban en agrupaciones distintas a las instituciones centrales judías. Este silencio significó que el Centro Cultural, en su momento de mayor apogeo, fuese excluido de la narrativa sobre la historia judía chilena. Un silencio que resuena en la actualidad cuando nos preguntamos por la relación entre los chilenos judíos y los comunistas, los chilenos judíos y los socialistas.

El presente artículo explora la experiencia del mundo progresista y comunista chilenos, a través de la trayectoria y relevancia de la institución judía progresista, en un inicio llamada Sociedad Progresista Israelita (SPI), y posteriormente Centro Cultural Scholem Aleichem (CCSA). Se busca retratar la vinculación del mundo judío chileno con la ideología comunista, su desarrollo cultural a través del idish y su inicial cercanía a la Unión Soviética, a lo largo de las décadas de 1930 a 1960. Interesa evidenciar cómo la sociedad progresista fue un colectivo de iniciativas y actividades que se reflejó en la diversidad del judaísmo chileno.

Hay que mencionar que la colectividad judía chilena se formó en la primera década del siglo XX, con la llegada de judíos sefardíes provenientes del Imperio Otomano y ashkenazíes del Imperio Zarista. Hacia 1930 había aproximadamente 3.700 personas que declaraban profesar la fe judía. En 1940 la cifra había aumentado a 8.600, por el influjo de los refugiados alemanes ante la persecución nazi (Matus, 1993). Para 1950 había cerca de 30.000 judíos en Chile. Las primeras organizaciones se establecieron a partir de 1906-1920, y a partir de la declaración Balfour de 1917 la colectividad judía chilena se había caracterizado por su fuerte identificación con la causa sionista (Navarro-Rosenblatt: 2018).

En la medida que las fuentes disponibles lo permitan, el presente artículo trazará la historia de la institución mencionada. Desde sus

1. El libro fue un encargo del Comité Representativo, el cual le entregó a Moisés Senderey los documentos necesarios para realizar la obra.

inicios como Sociedad Progresista Israelita, entre las décadas del 30 y el 40, cuando la actividad se centró en la figura de Jacobo Pilowsky, fundador de la sociedad. En un segundo momento, como Centro Cultural Scholem Aleichem, durante los años 50 y 60, cuando se transformó, cambio de nombre y se vinculó con el contexto nacional, plasmando sus actividades en el periódico *Tribuna Judía*.

De acuerdo con Elizabeth Jelin (2002), la memoria es un proceso en continua construcción y reinterpretación. Aquello que en un momento consideramos como fijo, nos muestra que aún existe flexibilidad, posibilidades de descubrimiento y sorpresas en la historia. En especial cuando pensamos en el mundo judío chileno, que se constituye, en gran parte, por lo que se ha transmitido en la historia “oficial” o la historia de los organismos centrales de la institucionalidad judía. El libro *Historia de la colectividad israelita de Chile* a lo largo de los últimos 50 años, se ha convertido en referencia necesaria para toda investigación sobre la vida judía en Chile. Es la “historia oficial”, la referencia *sine quanon*, el inicio de toda historia posterior sobre los judíos chilenos.² La ausencia del SPI y el CCSA en este libro borró a dichas instituciones del canon de lo judío chileno, relegándolo a memorias familiares y a anécdotas inconexas de la historia judía y chilena.

Explorando la memoria, los silencios y los olvidos en la narrativa “oficial” del colectivo judío chileno, se busca valorar la experiencia de la Sociedad Progresista Israelita (SPI) y el Centro Cultural Scholem Aleichem (CCSA). Las memorias, y archivos familiares destacan entre las fuentes que permiten recuperar aquello que fue silenciando en la década de los 50, un silencio que fue fortaleciéndose con los años y con los traumas posteriores vividos por la sociedad chilena. Tal como explica Steve J. Stern, la historia oral permite revelar qué procesos llevan a las personas a contar su verdad como lo hacen, y qué es lo que se encuentra dentro de la memoria colectiva (2009, 31),³ así lo oral suple una narración para aquellos fragmentos que construyen al mundo judío progresista chileno, dispersos e inconexos en archivos internacionales, y en los recuerdos de las familias.

De este modo, para ir más allá de esta historia “oficial”, se debe buscar y preguntar de forma activa por posibles lagunas o silencios, en especial en la transmisión de la memoria entre distintas generaciones. A veces basta con verbalizar esa pregunta para abrir los silencios, traer las

2. Para comprender la celebración del cincuentenario de la Colectividad Judía Chilena, revisar Navarro-Rosenblatt (2018: 69–91).

3. Stern explica a través de la metáfora de la caja de la memoria para explicar aquello que entra en el espacio de la memoria colectiva como un discurso oficial o como fragmentos sueltos.

instituciones dejadas en la retaguardia, activar la memoria y recuperar parte de esa historia oculta o perdida. En otras ocasiones, la pregunta genera más incertidumbres al evidenciar el espacio dejado por aquello que efectivamente quedó sin transmitir de una generación a otra y cuya ausencia, ahora revelada, marca mayores misterios, o tristezas más profundas. La historia judía chilena presenta muchos hitos relevantes que se revelan si se les pone en diálogo con la historia nacional, pero esta búsqueda tiene que ser intencionada, gestada desde la pregunta y memoria activa (Jelin, 2002).

La historia del SPI y CCSA revela ambos tipos de reacciones: frente a la pregunta activa por la institución, encontramos aquellos descendientes que conocen su historia, dispuestos a hablar y otros que descubren un vacío significativo en la transmisión de la memoria colectiva, de su familia y su entorno. Así, para la familia Pilowsky/Peliowsky,⁴ hablar del SPI y el CCSA es traer a la vida algunos de los momentos más activos y profundos de la vida judía de sus miembros. Jacobo Pilowsky, su hermano Beinisch Peliowsky y sus hijos, fueron miembros activos de la organización y atesoran sus recuerdos como parte importante de su ser judío chileno. Por otra parte, para las familias Brodsky o Zimmerman, la existencia del Scholem Aleichem la institución en la cual participaron sus padres no se recuerda y es una pregunta que abre interrogantes. Sus casos serán explicados con detalle en este artículo, como muestra de un problema más general.

La Sociedad Progresista Israelita y el Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile

La Sociedad Progresista Israelita fue fundada en 1938, en el centro de Santiago de Chile, y aparece en los registros históricos disponibles en ese año, cuando su presidente, Jacobo Pilowsky, escritor idishista comunista, publicó una nota en el periódico *Mundo Judío* criticando la pasividad y autoproclamación del “Comité Central” (de la colectividad israelita) que se adjudicaba ser la voz oficial de los judíos en Chile.⁵ La carta decía representar alrededor de cien personas judías progresistas. Bajo el espectro de la amenaza nazi y la creciente persecución a los judíos en Europa, Pilowsky lideró este colectivo entre 1938 y 1950 y la SPI desarrolló actividades culturales sobre la situación de la Unión Soviética o sobre los escritores judíos de la época. Pilowsky mantuvo

4. Los primeros que llegaron a Chile fueron Jacobo Pilowsky y dos de sus hermanos. Beinisch llegó varios años después y al registrar su nombre lo escribieron con otras vocales. Esta es la razón por la cual el apellido se escribe distinto.

5. Más detalle se puede encontrar en Valeria Navarro-Rosenblatt (2017).

un nexo directo con la colectividad israelita de Chile, promoviendo la colaboración entre distintos sectores políticos para hacer frente en conjunto a la amenaza nazi, y en particular para organizar mejor la ayuda hacia los refugiados judíos que llegaban a Chile.

No se conoce mucha información sobre el origen y funcionamiento interno del SPI, sólo se han podido relevar algunos actos importantes. Un pequeño registro literario nos indica cómo pueden haber sido las reuniones semanales de esta institución: Beinish Peliowski (2005), hermano de Jacobo Pilowsky, relata en sus memorias *Amores congruentes, el inmigrante integrado* cómo se reunían en casas de los dirigentes, tomaban té, conversaban y jugaban naipes. Luego enfatiza: “La Sociedad Progresista tiene reuniones abiertas. [...] el trabajo que desarrolla es fundamentalmente cultural”, entre ellas, charlas y actos sobre literatura y actualidad. Asimismo, la preocupación sobre los sucesos internacionales aparecía en todos los espacios progresistas de la época.

En abril de 1941 Pilowsky asistió en Buenos Aires al Congreso que fundó la Federación de Entidades Culturales Judías (Idisher Cultural Farband, conocida como ICUF). La iniciativa había comenzado el año 1937 en París, en un Congreso de Cultura Judía, donde se acordó la creación de federaciones para nuclear a la población judía “progresista” de cada país. En la fundación del ICUF en Argentina participaron representantes de Uruguay, Brasil y Chile, que estuvo representado por Jacobo Pilowsky en nombre de la SPI. En dicha ocasión el ICUF se declaró “judeo-progresista” y funcionó como una más entre las organizaciones antifascistas de la época. Ese fue el comienzo de una continua relación entre Pilowsky con el icufismo argentino que se mantendrá durante los años de la SPI y continuará cuando, en 1951 se convirtió en Centro Cultural Sholem Aleichem.

Después del congreso de 1941, al regresar a Chile, en un banquete organizado para recibirlo, Pilowsky realizó una presentación explicando las razones por las cuales era importante adherir a esta iniciativa internacional en contra del fascismo, que ya comenzaba a manifestarse en América Latina. Pilowsky difundió lo experimentado en Argentina y el significado de la participación de la SPI en el marco de ICUF.

Desde sus inicios, la SPI tuvo una relación ambivalente con el “Comité Central”, que a partir de 1940 pasó a llamarse “Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile”. Esta institución reunía a los representantes de todas las organizaciones judías chilenas, incluyendo distintas regiones del país, y tenía un marcado carácter sionista. A partir de 1938, Pilowsky actuó como presidente y representó la voz de los judíos progresistas en la prensa y en cada reunión referida a temas como la inmigración judía y el avance del nazismo. La colaboración entre la SPI y el Comité Representativo durante este periodo refleja la política

internacional frente-populista, también acordada en el ICUF de París. En Chile, la SPI buscó agruparse con otras fuerzas judeo-progresistas, y llamaba a la unidad a instituciones como la Asociación de Jóvenes Israelitas (AJI), Poalei-Sion, Liga pro-Palestina (hebrea) o Bicur Joelim. Esta convocatoria a la unidad dentro de la colectividad judía incentivada por la SPI demuestra la fortaleza que tenía en su entorno la línea comunista que, con los Frentes Populares a partir de 1935, promovía la formación de alianzas antifascistas en Francia, España y también Chile (Gómez Chamorro, 2010: 82-84). Durante el conflicto internacional, la Sociedad Progresista Israelita fue incluida en el listado de organizaciones pertenecientes al Comité Representativo entre 1940 y 1952. Esto significaba que ciertos representantes de la SPI asistían periódicamente a las reuniones directivas del organismo central, presentando la voz y la opinión del mundo judeo-progresista. Asimismo, la SPI mantuvo una presencia importante en el *Vaad Hajinuj* (Comité de Educación), porque fueron los gestores del área cultural ídish en el Instituto Hebreo.

Durante los años de la Segunda Guerra, la SPI mantenía una profunda preocupación por asistir a los inmigrantes judíos recién llegados a Chile, y al mismo tiempo desarrollaba actividades sociales y culturales. Entre 1939 y 1951 se realizaron una serie de conferencias, eventos y fiestas que mostraban la multiplicidad de intereses e iniciativas de sus miembros.⁶ El 1 de mayo de 1939, por ejemplo, la SPI celebró su primer aniversario junto al día del trabajador. En los siguientes años, la celebración conjunta de ambos acontecimientos tomó una dimensión de festejo y reivindicación de la cultura ídish de izquierda en Chile. En esas ocasiones se ofrecían banquetes familiares acompañados de música, literatura y teatro en idish. Una invitación de agosto de 1939 convoca a la comunidad a participar de un “banquete de despedida” al presidente Jacobo Pilowsky, quien viajaba a Estados Unidos. Cabe mencionar que Pilowsky mantenía una fuerte relación con el idishismo norteamericano, en especial con el área teatral. A su regreso, en marzo de 1940, la SPI realizó un té en su honor en la calle Nueva de Matte 138, y en diciembre Pilowsky brindó una conferencia sobre sus “Impresiones de viaje por Estados Unidos y Canadá”. Esta secuencia de eventos, con un claro protagonismo de esta figura, dan cuenta de su lugar como referente intelectual para el judeo-progresismo chileno.

En el marco de un trabajo común con otras fuerzas antifascistas, la SPI formó parte del conjunto de organizaciones chilenas que actuaron en solidaridad con los republicanos durante la Guerra Civil Española. La SPI se sumó al Movimiento pro Emancipación de la Mujer Chilena

6. YIVO (acrónimo de la letra hebrea que nombra al Institute for Jewish Research), RG-116, Chile. Territorial Collection, Carpeta Sociedad Israelita.

(MEMCH), la Sociedad de Escritores de Chile (SECH), la Federación de Estudiantes de Chile, la Federación de Estudiantes Secundarios, la Asociación Médica de Chile, el Colegio de Abogados, la Confederación de Trabajadores de Chile y la Asociación de Empleados de Chile, entre otras. La SPI fue la única organización judía que estableció un vínculo entre la situación de los judíos refugiados, la persecución en Europa y los eventos en España. Incluso antes de la llegada de refugiados españoles y judíos a Chile, la SPI fomentó una campaña en favor de unir fuerzas para la movilización colectiva. En noviembre de 1938, a partir del llamado de Pilowsky a boicotear el rol “representativo” del Comité, como antes se ha referido, y en el contexto de la “Noche de los Cristales Rotos” en Alemania, la SPI lideró una manifestación para crear conciencia entre los judíos chilenos del peligro nazi y, mediante un folleto que repartió masivamente, convocó a una reunión a realizarse el 30 de enero de 1939 para tratar diversos temas: lucha anti-hitlerista, inmigración, defensa del pequeño comerciante judío y ayuda a España Gobiernista.⁷ La SPI criticaba la “apatía” de los judíos chilenos que permanecían “impasibles” frente a “la desgarradora tragedia” sufrida por “las víctimas de la locura parda”. La apatía manifestada, probablemente en referencia al Comité Representativo, es un indicador de que, a pesar del llamado a la unidad, persistía una profunda disputa entre ambas instituciones. Para enfrentar al nazismo, la SPI insistía con el trabajo conjunto y un boicot a nivel nacional de los productos alemanes.⁸

En cuanto al problema de la entrada de inmigración judía en esos años, la SPI señalaba que la entrada de un judío a Chile era la oportunidad de “arrancar a uno más de los nuestros de las garras del fascismo alemán” y llamaba a la movilización, recordando el precepto judío: “Quien salva la vida de una persona, salva al mundo”. Las condiciones de Chile, además, eran propicias porque el gobierno del Frente Popular, liderado por Pedro Aguirre Cerda, entre 1938 y 1941, tenía posturas “menos limitadas y más desprovistas de prejuicios” que otros gobiernos de la región.⁹ La SPI también menciona las disputas internas a raíz del “affaire de la inmigración judía” de 1939-1940. Este conflicto se generó cuando se supo que cónsules y agentes chilenos en el extranjero pedían dinero a cambio de otorgar visas. El caso apareció en la prensa y derivó en una fuerte discusión en el Parlamento. El diputado comunista Natalio Berman (Nes-El, 1988), en línea con el progresismo chileno, fue

7. Folleto “San Diego 114”, en YIVO RG-116, Chile. Territorial Collection, Carpeta Sociedad Israelita.

8. YIVO, RG-116.

9. Una visión crítica de la actitud de los funcionarios del gobierno de Pedro Aguirre Cerda se puede encontrar en Schindler (2017).

uno de los más enérgicos en cuestionar la labor de los funcionarios “de dudosa moral”. El “affaire” terminó con el cierre de puertas para los refugiados judíos en el momento más trágico y necesario para salvarlos (Brahm, 2012). Este cierre de fronteras chilenas coincidió con una política generalizada en el continente americano. Por último, se puede presumir que el folleto de la SPI fue preparado y distribuido antes del 24 de enero de 1939, fecha en la que tuvo lugar un gran terremoto que destruyó varias ciudades del sur de Chile, como Chillán y Concepción. Por lo tanto, no se consideraba ni sabía aún la precariedad económica que surgiría pronto en Chile debido a ello.

El tercer punto de interés para la SPI, la “defensa del pequeño comerciante judío”, denunciaba cierta fobia antisemita “oportunistas”. La preocupación por el trabajo del “semanalero” judío refería a los vendedores ambulantes y a plazos, principal ocupación de los inmigrantes judíos en Santiago de Chile. A pesar de las favorables condiciones políticas que reconocía la SPI, denunciaba la existencia de prejuicios y estereotipos, potenciados a la luz del contexto europeo y la propaganda antiinmigración que circuló con el problema de las visas y la llegada de refugiados israelitas al país.

Finalmente, el folleto llamaba a la “ayuda de la España Gubernista”. El interés por la lucha republicana en el entorno judío significaba para la SPI reforzar la democracia y el compromiso de los judíos chilenos con la causa:

La cuestión española nos interesa a todos, sin distinción de credos políticos. En España se está jugando la suerte de la democracia y como consecuencia, el destino del pueblo judío. Hasta este momento, es muy poco lo que la colonia judía ha hecho en favor de la España leal. Es de lamentar que solamente nuestra sociedad haya colaborado en la ayuda a este pueblo heroico. No queremos ser los únicos; deberá crearse un Comité Pro-Ayuda a España Gubernista que represente a todas las sociedades judías.¹⁰

En los años 40, la SPI realizó numerosas charlas de temas de interés para sus miembros, denotando su pensamiento político pro-soviético. En 1940, cuando el conflicto en Europa había alcanzado ribetes internacionales y comenzaba la llamada “Guerra de Invierno” tras la invasión de la Unión Soviética a Finlandia, la SPI realizó una conferencia sobre “La nueva política de la URSS y el conflicto con Finlandia”. En abril de

10. Folleto “San Diego 114”, en YIVO RG-116, Chile. Territorial Collection, Carpeta Sociedad Israelita.

1941 se realizó un evento en honor a David Bergelson, por sus 30 años de creación literaria. Bergelson era en 1941 uno de los más famosos y populares escritores en idish, considerado como uno de los herederos de los tres clásicos: Scholem Aleichem, I.L. Peretz y Mendele Mocher Sforim (Appelfeld, 1996). En los años de la Segunda Guerra Mundial, Bergelson integró el Comité Antifascista Judío de la URSS, que buscaba reunir el apoyo de los judíos de otros países para el Ejército Rojo (Redlich, 1969; Rubinstein, 2001). En noviembre de 1944, la SPI invitaba a celebrar el 27 aniversario de la Revolución Rusa, actividad en la que habló César Godoy Urrutia, diputado comunista por el distrito de Santiago (en 1941 y 1948), y Jacobo Pilowsky, presidente de la SPI. La participación de Godoy muestra la conexión entre la Sociedad Progresista Israelita y el Partido Comunista Chileno. En esta ceremonia hubo actuaciones de artistas judíos de Buenos Aires que visitaban la ciudad y participaron en diversas instituciones como la Unión Israelita Polaca de Chile.¹¹ El 30 de abril de 1945 se celebró el “Día del Trabajo”, que también marcaba el noveno aniversario de la SPI. En dicha ocasión, participaron el diputado comunista Natalio Berman, Jacobo Pilowsky, Aaron Vantman, Oscar Halpern, Moisés Zimmerman (por la Unión Israelita Polaca), Lila Adler, y David Lacks. Las palabras de Berman muestran el rol de gestora de la unidad que había tenido la SPI porque “no ha escatimado ningún esfuerzo para lograr la sagrada unión, olvidando sus diferencias de toda índole y por haber facilitado la labor común de ayuda a las Naciones Unidas, labor que debe transformarse actualmente en ayuda directa a nuestras víctimas de Europa” (*Nueva Época*, 1945). Sin embargo, el dialogo entre los distintos sectores judíos chilenos se quebraría en el contexto de la Guerra Fría.

De la formación del Centro Cultural Scholem Aleichem al aniversario del levantamiento del Ghetto de Varsovia

En 1951 la SPI invitó a su último evento como tal, porque daba paso a la fundación de una nueva organización: el Centro Cultural Scholem Aleichem. La ceremonia tuvo lugar en octubre, en la nueva sede de la organización, situada en la calle París del centro de Santiago. La celebración incluyó la visita de Marie Rabinowitz, hija de Sholem Aleichem, y su esposo el escritor y periodista idish Ben Zion Goldberg. El programa artístico incluía fiesta y baile. El evento mostraba la expansión del sector progresista, pero a su vez estaba condicionado a otras circunstancias.

Por una parte, significaba el inicio de una nueva etapa, donde luego de

11. Archivo Central de la Historia del Pueblo Judío, colección Chile, carpeta 486, Unión Israelita Polaca.

catorce años finalizaba la política de diálogo y colaboración de la SPI con los sionistas del que fuera Comité Central, y luego Comité Representativo de la Colectividad Israelita de Chile. Como se explicó anteriormente, los años de funcionamiento de la SPI se corresponden con la época del Frente Popular y la colaboración entre partidos políticos, y también de organizaciones judías de distintas ideologías democráticas en Chile.

Por otra parte, la SPI estaba ligada al Partido Comunista Chileno que, ilegalizado, entró en la clandestinidad en 1948. Recordemos que esto se debió a la Ley de Defensa de la Democracia, o coloquialmente denominada “Ley Maldita”, del gobierno de Gabriel González Videla, que quitó autoritariamente a los militantes del padrón electoral y expulsó a los diputados comunistas de sus cargos (Casals: 2013). Si bien no contamos con documentación al respecto, con ayuda de otras fuentes, podemos suponer que la SPI tuvo que restringir su expresa adhesión al comunismo y su ligazón con la militancia. Entonces el cambio de nombre, adoptando el de “Scholem Aleijem”, referente indiscutido de la literatura idishista, y la inauguración de una nueva sede pudieron haber sido parte de aquel proceso.

En 1951, el enfoque ideológico que manifiesta el Centro Cultural Scholem Aleichem persiste en su simpatía y adhesión al mundo soviético. Las tensas relaciones con el Comité Representativo o la Federación Sionista disminuyen y en 1953 se cortan definitivamente, evidenciando el impacto de la Guerra Fría. Esto se expresa en la desaparición del CCSA del listado de instituciones judías del Comité Representativo. No contamos con un registro claro por el cual dar cuenta de esta separación, pero existen dos indicadores clave. Por una parte, el hebreo como idioma nacional y la política de migración al Estado de Israel, desde su creación en 1948, fue adoptada con énfasis por el sionismo, mientras el progresismo, afincado en la defensa del idishismo, rechazó adherir a esa transformación cultural. Entre 1953 y 1954 se discutió si en el Instituto Hebreo se debía o no enseñar idish, junto con el hebreo, pero en 1955 el programa de enseñanza incluía el hebreo y no el idish. Esto puede ser explicado por un cambio generacional en el que las nuevas generaciones nacidas en Chile no aprendieron el idish como parte de su educación judía. Así mismo el idish y los pequeños círculos culturales en este idioma en Chile mantenían una competencia con el mundo hebreo sionista (Kaczewiak: 2019, 10). En sus memorias, Beinish Peliowsky recuerda una conversación posterior a la Segunda Guerra Mundial en la que el autor presenta la rivalidad entre el idish y el hebreo, una disputa entre el nacionalismo burgués y una identidad cultural de las masas populares judías. Explica que “el yidish (sic) es un símbolo de lucha por el progreso, una bandera de lucha contra los sionistas. Ellos desprecian el yidish, el idioma materno de las masas judías, para realzar el hebreo”

(Peliowsky, 2005: 139). Para la década del 50, tras el establecimiento de Israel y la pérdida del mundo ídich por la Segunda Guerra Mundial, la disputa entre ambas fuerzas estaba inclinada hacia el hebreo. Este es uno de los primeros antecedentes para la posterior desaparición de las instituciones judías progresistas presentadas en este artículo.

Por otra parte, el juicio y asesinato de los trece escritores judíos en la Unión Soviética en agosto de 1952 y la campaña del “antisemitismo soviético” provocaron un cisma, tal como sucedió en diversas organizaciones judías comunistas del mundo.¹² Los hechos ocurridos en la Unión Soviética durante los últimos años de Stalin fueron desestimados por los militantes del Partido Comunista, quienes en particular negaron el carácter antisemita de los hechos. Este fue el hito que ocasionó el quiebre entre Jacobo Pilowsky, presidente de la SPI, y el Partido Comunista. Pilowsky deja su militancia en el partido y se aleja del Centro Cultural Scholem Aleichem, continuando una vida en los espacios judíos intelectuales. Posteriormente migra a Israel. Un caso relacionado, con matices distintos, tiene lugar en Argentina cuando en 1952 se termina de separar el ICUF de la AMIA/DAIA.

Mientras se alejaba de las instituciones sionistas chilenas, el Centro Cultural Scholem Aleichem profundizó sus lazos con el ICUF Argentina para fortalecer y nutrir su contenido cultural idishista con enseñanza del idioma, teatro, prensa y círculos de lectura femeninos.

El periódico *Tribuna Judía*, fundado en el año 1951, pronto se convirtió en la voz del Centro Cultural Scholem Aleichem. Los escasos números del periódico que se han podido consultar reflejan una cosmovisión y activismo ligados a la política cultural del Partido Comunista Chileno. En una editorial, *Tribuna Judía* se presenta a sí misma como un espacio necesario de la colectividad judía, que pueda reflejarla desde distintos ángulos y “sin espíritu estrecho ni partidista”.¹³ Esa falta de una publicación plural y “sin espíritu estrecho ni partidista” es un eufemismo en referencia a las discrepancias con los sectores sionistas que se expanden en de las instituciones. En el número 8, de marzo de 1954, *Tribuna Judía* denuncia la falta de espacio para la cultura ídich en la prensa tradicional, que se encontraba en manos de “sectores dominantes de la colectividad” y estima el suyo como “el único órgano progresista en el seno de la colectividad”, cuya tarea principal era “vincular estrecha-

12. Se trata del juicio y asesinato a 13 escritores el 12 de agosto de 1952 en la Unión Soviética que marcaban la cúspide de la cultura ídich. Asimismo, en 1953 se desarrolló el llamado “Complot de los Doctores”, en que se acusó a un grupo de doctores judíos de intentar asesinar a Stalin y otros líderes soviéticos.

13. “Tribuna Judía. Hacia Adelante”, *Tribuna Judía*, n° 8, marzo de 1954.

mente a los judíos de Chile con el pueblo chileno, del que lógicamente se considera parte integrante”.¹⁴

Desde la primera editorial *Tribuna Judía* se presentaba como espacio del progresismo y la cultura judía pero también como parte de la sociedad en general, y enfatiza en la libertad, la fraternidad y en que “no pueden sernos ajenos” los problemas de otros pueblos. El clima de gran preocupación, por la proscripción del Partido Comunista y por la pérdida de figuras como el poeta Pablo Neruda y otros que tuvieron que exiliarse, subyace en los contenidos de las notas principales de esta publicación. *Tribuna Judía* permite identificar algunos temas y actividades relevantes durante los principales años de actividad del CCSA, que incluía actos conmemorativos por el Levantamiento del Ghetto de Varsovia, círculos femeninos de lectura, clubes para jóvenes, actos por la paz, clases de idish para niños y jóvenes, y la difusión de obras teatrales en idish.

El teatro fue una de las principales actividades en esta nueva etapa. Entre noviembre de 1953 y marzo de 1954 *Tribuna Judía* dedicó numerosas páginas a la gira de la compañía teatral argentina del Idischer Folks Teater (IFT, Teatro Popular Judío), adherido a ICUF y vinculado al Partido Comunista. La presencia del IFT en Santiago fue un evento destacado por la prensa a nivel nacional: *El Mercurio*, *Las Últimas Noticias*, *La Nación*, *Mundo Judío*, *Las Noticias Gráficas*, *El Debate*, *Los Tiempos*, *Noticias de Última Hora*, *La Tercera*, y las revistas *Eva*, *Vistazo* y *Ecran*, es decir, la prensa chilena de distintas líneas editoriales. Por lo tanto, esa visita le generó al CCSA una gran difusión como organización cultural de la sociedad chilena, y también tuvo resonancia entre las instituciones judías. El grupo del IFT presentó la obra *Madre Coraje* de Bertolt Brecht, que representaba los costos humanos de la guerra en la sociedad. Brecht escribió su obra en 1939, frente al avance del fascismo en el mundo; pero el mensaje denunciaba la crueldad de toda guerra, y era también significativo en 1953, en el contexto de la Guerra Fría.

Los actores y actrices dieron charlas abiertas sobre los significados de su experiencia de trabajo artístico-comunitario con contenido social y su vinculación con el teatro argentino. A partir de la visita del IFT, e inspirados en esa compañía, se formó un grupo de teatro idish en el CCSA. En agosto de 1954 se presentó el “Conjunto teatral chileno-judío, Talía”, con obras de I.L. Peretz, y de Scholem Aleichem. De acuerdo con las palabras de *Tribuna Judía*, este grupo de teatro idish “ha cumplido un anhelo sentido dentro de la colectividad” porque ha despertado a la colectividad del “pesado letargo cultural” en el que se encontraba sumida. La labor de este grupo teatral chileno se extendió durante toda

14. *Tribuna Judía*, n° 8, marzo de 1954.

la década de 1960, presentando obras como *Di Yidische Froi fun Minsk*, *Man un Froi*, *Yurtsait-Lijt*, *Far Der Tir*, o *A Dokter*, entre otras.

El teatro fue una de las más relevantes actividades del CCSA, porque significó una acción concreta de difusión cultural ídich dentro del mundo judío chileno, pero también en el arte y cultura de Chile.

En 1964 se realizó la última actividad del Centro Cultural Scholem Aleichem que se ha registrado. El acto recordaba el 21° aniversario del Levantamiento del Ghetto de Varsovia y, como siempre, importantes personalidades harían uso de la palabra. El presidente de la CCSA, el arquitecto comunista Abraham Schapira, dio un discurso dónde retrató la ideología de la institución y su compromiso con el destino de las masas populares no judías. Schapira recogía el legado del SPI y los primeros años del CCSA; la lucha por la justicia social, la lucha de clases y la alianza entre los judíos y otras minorías para combatir la discriminación. En un claro mensaje contra el sionismo, argumentaba que era un deber para los judíos ser conscientes de las amenazas del fascismo encubiertas en el lenguaje del nacionalismo. Las palabras de Shapira fueron publicadas en el diario *El Siglo*, reconocido periódico comunista.

Después de este evento, no contamos con registros de actividades del Centro Cultural Scholem Aleichem. Sólo podemos hacer conjeturas identificando los principales eventos políticos que pudieron afectar a la organización y determinar su desaparición. Por una parte, 1964 fue un año de gran efervescencia política en Chile con las elecciones presidenciales que tuvieron un fuerte componente de anticomunismo en su propaganda. A través de los partidos políticos de centro derecha, como el Partido Democracia Cristiana, y de derecha, como el Partido Nacional, se llevó adelante una campaña de desprestigio en contra del mundo comunista y el comunismo chileno, que abarcó toda la prensa de derecha, en especial *El Mercurio* y *El Diario Ilustrado* (Casals, 2013: 48). En este contexto, se puede asumir que los miembros del Centro Cultural Scholem Aleichem dedicaron su energía a la campaña electoral de Salvador Allende. La política nacional chilena, por lo tanto, debe haber consumido parte del esfuerzo político de los miembros del Centro Cultural, alejándolos de las actividades étnico-culturales, como el teatro. Tras la elección del presidente demócrata-cristiano Eduardo Frei Montalva en 1964, la política chilena siguió un curso de radicalización y división política.

Conclusión: el silencio y sus olvidos

Con el paso de los años y la distancia temporal, la existencia de esta institución fue olvidada en la historia de la colectividad judía chilena. Dos procesos paralelos explican la memoria del Centro Cultural Scho-

lem Aleichem. Por una parte, hubo una acción deliberada de parte de la comunidad judía central de omitir la existencia de esta institución. Como se mencionó en la introducción, en 1956, cuando el Centro Cultural Scholem Aleichem se encontraba en sus años de prolífica actividad, también se celebraban los 50 años de la comunidad judía organizada en Chile (1906-1956). Desde el Comité Representativo se decidió realizar un libro conmemorativo sobre la vida judía en Chile. La obra fue encargada al escritor argentino Moisés Senderey y así nació el libro *Historia de la colectividad israelita de Chile*. A pesar de que en ese momento el CCSA estaba en plena actividad, no aparece mencionado. Más aún, cuando se menciona al que fuera el presidente de su predecesora, la Sociedad Progresista Israelita, Jacobo Pilowsky, se lo menciona como “progresista”, entre comillas, quizás un eufemismo para decir comunista o tal vez utilizado para no comprometerlo, debido a la ilegalidad del Partido Comunista Chileno. Esta ausencia es significativa porque “las borraduras y olvidos pueden ser producto de una voluntad política de olvido y silencio para ocultar y destruir pruebas y rastros, impidiendo así recuperaciones de memorias en el futuro” (Jelin: 2002). Esa voluntad de quitar de la memoria judía chilena al CCSA tuvo el fin de delimitar “lo judío” en la sociedad chilena. Para la comunidad organizada, en especial tras las persecuciones antisemitas en la Unión Soviética, era inconcebible que se incluyera a comunistas judíos, porque ellos habían negado los sucesos de 1952.

Sin embargo, una segunda arista del olvido del CCSA fue la falta de transmisión por parte de sus protagonistas, que no dejaron testimonios de sus actividades, ni siquiera en los entornos familiares. En una entrevista realizada al escritor Roberto Brodsky, se le preguntó sobre la participación de su padre, Moisés Brodsky, como presidente del Centro Cultural Scholem Aleichem. Para su sorpresa, ni Roberto ni ninguno de sus hermanos sabía de esta institución, ni del rol que tuvo su padre en ella. Esta ausencia del CCSA se repite en los hijos de otros de sus miembros. De igual forma, la familia Zimerman, hijos de Jacobo, uno de los gestores culturales del teatro idish, atesoraban las fotografías de su padre en las obras de teatro, pero no asociaban esta iniciativa con una organización judeo-comunista. En este sentido una parte de la historia, la militancia política de los integrantes del grupo de teatro, fue obviada y silenciada dentro del entorno familiar. La hija de Isidoro Lipfschitz, tampoco retiene en su memoria la importante disidencia que significó esta institución y su recuerdo son los cursos en idish que impartían.

El silencio en la historia que presentan las familias Brodsky, Lipfschitz y Zimerman es un reflejo de la falta de transmisión entre una generación y otra, donde lo que no se relata es aquello que produce un dolor. Por ejemplo, la vida de Moisés Brodsky en el Scholem Aleichem

está marcada en los años siguientes con una distancia entre lo judío y lo comunista, así como con la vorágine que significó para su familia los años 70 con el gobierno de Allende, el golpe de Estado y el posterior exilio y precariedad en Buenos Aires y Venezuela. Por lo que la experiencia del CCSA quedó tamizada por el dolor de la experiencia posterior. La misma vorágine unió a Beinish Peliowsky y su familia con la tragedia chilena, y al igual que los Brodsky los encaminó al exilio.

Elizabeth Jelin explica que en caso de olvido el silencio funciona como un elemento de protección luego de experiencias traumáticas. “También hay voluntad de silencio, de no contar o transmitir, de guardar las huellas encerradas en espacios inaccesibles, para cuidar a los otros, como expresión del deseo de no herir ni transmitir sufrimientos” (Jelin, 2002: 31). Este es el caso del silencio que imperó en el CCSA.

Es relevante, por lo tanto, revelar no sólo la existencia de las instituciones judías progresistas como la Sociedad Progresista Israelita y el Centro Cultural Scholem Aleichem, sino recalcar cómo el silencio existente fue parte también de los procesos históricos chilenos que marcaron la división entre izquierda y derecha. Si bien a partir de 1964 las instituciones judías progresistas dejan de funcionar, la participación de judíos de izquierda y comunistas en particular continuó en la política chilena, y tuvo relevancia en el gobierno de Salvador Allende. Luego del golpe de Estado de 1973, la vida judía comunista chilena y la izquierda judía en general sufrieron una profunda crisis, fomentando el silencio y el olvido sobre la experiencia judía comunista entre la década de 1930 y 1960.

Bibliografía

- Appelfeld, Aharon (1996), “Foreward”, en David Bergelson y Golda Werman, *The Stories of David Bergelson. Yiddish Short Fiction From Russia*, Syracuse: Syracuse University Press.
- Bethell, L. (2002), “Chile, 1930-1958”, en *Historia de América Latina*, vol. 15: *El Cono Sur desde 1930*, Barcelona: Crítica.
- Brahm, E. y J. Montes (2012), “El Frente Popular y la inmigración judía a Chile: de la apertura al cierre total”, *Revista Chilena de Derecho*, vol. 39, n° 3, pp. 909-917.
- Casals, Marcelo (2013), “La «larga duración» del autoritarismo chileno. Prácticas y discursos anticomunistas camino al golpe de Estado de 1973”, *Revista de Historia y Geografía*, n° 29, pp. 31-54.
- Gómez Chamorro, María Soledad (2010), “Factores nacionales e internacionales de la política interna del Partido Comunista de Chile (1922-1952)”, en Augusto Varas, Alfredo Riquelme y Marcelo Casals (eds.), *El Partido Comunista en Chile: una historia presente*, Santiago: FLACSO-USACH.
- Jelin, Elizabeth (2002), *Los trabajos de la memoria*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Kaczewiak, Mariusz (2019), "Yiddish in the Andes. Unbearable distance, devoted activists and building Yiddish culture in Chile", *Jewish Culture and History*, DOI: 10.1080/1462169X.2019.1658460.
- Lederhendler, Elie (ed.) (2000), *The Six-Day War and world Jewry*, Bethesda: University Press of Maryland.
- Matus, Mario (1993), *Tradición y adaptación. Vivencias de los sefaradíes en Chile*, Santiago: Comunidad Israelita Sefaradí de Chile y Universidad de Chile.
- Navarro-Rosenblatt, Valeria (2017), "The Untold History: Voices of Non-affiliated Jews in Chile, 1940–1990", en R. Rein, S. Rinke y N. Zysman (eds.), *The New Ethnic Studies in Latin America*, Leiden: Brill, pp. 128-147.
- (2018), "Construcción de una memoria histórica. La celebración del cincuentenario de la colectividad israelita en Chile," *Revista de Historia y Geografía*, n° 38, pp. 69–91.
- Nes-El, Moshé (1988), "Natalio Berman, un líder sionista en Chile", *Judaica Latinoamericana*, Jerusalén: Magnes.
- (2005), "Judíos en la política chilena", *Judaica Latinoamericana*, n° 5, Editorial Magnes-Universidad Hebrea de Jerusalén.
- Peliowski, Beinish (2005), *Amores congruentes, el inmigrante integrado*, Santiago: Frasis.
- Redlich, Shimon (1969), "The Jewish Antifascist Committee in the Soviet Union", *Jewish Social Studies*, vol. 31, n° 1.
- Rubinstein, Joshua (2001), *Stalin's Secret Pogrom, the postwar inquisition of the Jewish Anti-Fascist Committee*, New Heaven: Yale University Press.
- Schindler, J. (2017), *Más allá de la diplomacia. La inédita historia de Samuel del Campo*, Madrid: Príncipe.
- Senderey, Moisés (1956), *Historia de la colectividad israelita de Chile*, Santiago: Dos Ydische Wort.
- Stern, Steve J. (2009), *Recordando el Chile de Pinochet. En vísperas de Londres 1998*, Santiago: UDP.

La izquierda judía progresista en Brasil: el caso de Rio Grande do Sul (1950-1970)¹

Airan Milititsky Aguiar

Pontificia Universidad Católica de Rio Grande do Sul / Universidade Federal do Rio Grande do Sul
sereonada@hotmail.com

Title: The progressive Jewish left in Brazil: the case of Rio Grande do Sul (1950-1970)

Resumen: Entre 1950 y principios de la década del 60, el Club de Cultura de la ciudad de Porto Alegre en Brasil funcionó como un espacio de la izquierda judía de habla ídish para desarrollar actividades políticas y culturales. Ideológicamente adherido al Idisher Cultur Farband (ICUF) y ligado al Partido Comunista Brasileño, el Club de Cultura desde su fundación comenzó un proceso de permanente búsqueda de integración con la izquierda local. Al comenzar los años 60 se había convertido en un club porto-alegrense de la sociedad gaúcha, especialmente dedicado a la actividad teatral. El estudio del Club de Cultura muestra cómo la izquierda judía progresista, a través del activismo en sus instituciones, se integró a la sociedad brasileña.

Palabras clave: judaísmo brasileño – antifascismo – comunismo – ICUF

Abstract: Between 1950 and the beginning of the sixties, the Culture Club of the city of Porto Alegre in Brazil, functioned as a space for the Jewish left-wing yiddish speakers to develop political and cultural activities. Ideologically adhered to the Idisher Cultur Farband (ICUF) and linked to the Brazilian Communist Party, the Culture Club since its foundation began a process of permanent search for integration with the local left-wing. At the beginning of the sixties it had become an open club of Porto Alegre, especially dedicated to theatrical activity. The Culture Club study shows how the progressive Jewish left-wing, through activism in its institutions, was integrated into Brazilian society.

Key words: Brazilian Jews – anti-fascism – communism – ICUF

Recepción: 10 de junio de 2019. **Aceptación:** 24 de agosto de 2019.

1. Traducción del portugués: Nerina Visacovsky (CeDoB Pinie Katz-ICUF, Unsam-Conicet).

Nuestro frente de lucha es parte de la batalla general contra el fascismo, una lucha que debemos adaptar a nuestras condiciones específicas [...] y cuando enumeramos las encarnizadas luchas y conflictos que ocurren en todos los países, y principalmente en España, entre fuerzas reaccionarias, nazis y fascistas y fuerzas radicales, progresistas y auténticamente democráticas: una lucha de vida o muerte, nos enfrentamos al trasfondo político y social en el que se crearon el frente popular, el frente cultural, hijo legítimo del frente popular.

Convocatória para o Congresso de
fundação do ICUF, Paris, 1936.

A lo largo del siglo XX se desarrollaron, y aún existen, asociaciones mundialmente hermanadas y fundadas por inmigrantes judíos, conocidas como asociaciones “judeo-progresistas”. Esta vasta red implicó un importante clivaje dentro del judaísmo contemporáneo. Conocidos popularmente como *roit idn*, literalmente “judíos rojos” en ídish, varios miembros de estas asociaciones tuvieron destacado protagonismo en la vida cultural y política de diversos países, entre ellos Brasil. En este artículo describimos cómo se desarrolló la experiencia judeo-progresista brasileña, también identificada como “icufista” por su adhesión a la Federación *Idisher Cultur Farband*. Nos interesa especialmente ahondar en el caso de la institución Club de Cultura (CC), fundado en mayo de 1950 en Porto Alegre, Rio Grande do Sul, como parte de una red de instituciones cuyas prácticas y valores apostaron a la integración nacional y a convertirse en organizaciones abiertas a toda la sociedad.

El progresismo judío es el resultado de un largo camino cuyos comienzos se vinculan a un proceso de secularización de la vida judía y la politización de porciones significativas de población en Europa del Este. En esa región, que se extendió entre Polonia y Rusia, desde mediados del siglo XIX, comenzaron a surgir pequeñas organizaciones laicas, al margen de la vida religiosa.² En ese vasto territorio geográfico y dentro de un inmenso continente lingüístico ídish, surgirá una miríada de organizaciones sociopolíticas y culturales que, con el avance del anti-

2. Entre estas experiencias se debe destacar la importancia del *Algemeyner Yidisher Arbeter Bund en Lite, Poyln un Rusland (Bund)* en el origen del Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POS DR). Cabe recordar que Lenin admiraba los métodos de organización y trabajo clandestinos que había creado el Bund, que, incorporado al POS DR, le brindó apoyo.

semitismo en el este y luego el nazi-fascismo en el oeste, se extenderán en una nueva diáspora (*galut*).

En el proceso de consolidación de este movimiento idishista y secular europeo, surgieron dos prácticas sociales fundamentales para el progresismo: los círculos dramáticos y los círculos de lectura (*Dram-kraiz y Leien-Kraiz*). La literatura y el teatro ídich, con su particular cosmovisión e idiosincrasia, han brindado a las masas judías la oportunidad de ingresar a la cultura moderna, lejos del oscurantismo de los *peiot* (cabellos ondulados). Una gran obra literaria idishista, generalmente conocida y reconocida en la clásica tríada de Méndele Moscher Sforim, Isaac Leibush Peretz y Scholem Aleijem, abarca, sin embargo, una vasta producción y cantidades de autores en todo el mundo que incluyen también áreas científicas y especialmente filosóficas.³ Poco a poco, después del genocidio judío y el establecimiento del Estado de Israel en 1948, la literatura moderna y el idioma ídich fueron perdiendo territorio y en la actualidad ocupan un papel marginal en la cultura judía.⁴

En 1937, en estado molecular y dispersas por todo el mundo, buena parte de estas asociaciones adquirieron organicidad y buscaron un norte estratégico común organizando un frente de resistencia contra el fascismo. En la apertura del Congreso donde se fundó el Idisher Cultur Farband (ICUF) en 1937, en París, se dijo que se estaba gestando una lucha de vida o muerte entre dos mundos: el de la cultura y la libertad, y el de “la fuerza cínica del fascismo y la barbarie”.⁵ La fundación del ICUF, en una coyuntura global de confrontación al fascismo conocida

3. Baste recordar a Gershon Scholem y Walter Benjamin (1993: 130-131) cuando ambos creyeron que el hebreo no estaría lo suficientemente desarrollado para dar cuenta de su filosofía. En cambio, el ídich tenía una gramática y un léxico desarrollado gracias a su creciente uso cotidiano entre los siglos X y XX.

4. Abba Eban (1973: 305), ex ministro de Asuntos Exteriores de Israel, argumentó a este respecto: “Para los nuevos pioneros, el ídich llegó a simbolizar el exilio, la humillación. El retorno a la libertad significó un retorno concomitante al idioma de los antiguos hebreos, la creación de un vínculo entre el pueblo y la tierra, en una orgullosa afirmación de la gloria pasada. La antigua comunidad devota de Palestina vio el idioma hebreo como un idioma sagrado, reservado para la oración y el estudio. Muchos se negaron a usar el hebreo para fines cotidianos y se horrorizaron por esta profanación del lenguaje sagrado. Todos estos factores tuvieron que ser superados antes de que el hebreo pudiera convertirse en un elemento natural, no impuesto artificialmente, en la vida y la cultura nacional”. Por un lado, hubo un exterminio físico del judaísmo oriental en la Segunda Guerra Mundial; por otro lado, la construcción del Estado de Israel significó su exterminio espiritual.

5. Primer Congreso Universal de la Cultura Judía” celebrado en París, 17 a 21 de septiembre de 1937. Traducción en Vladimir Kornecki (2005).

como Frentes Populares,⁶ fue el comienzo de una vasta red de instituciones que se autodenominaron “judeo-progresistas”.

El contexto brasileño para los inmigrantes judíos

En Brasil, las asociaciones progresistas judías se remontan al primer cuarto del siglo XX, cuando oleadas sucesivas de inmigrantes ingresaron al territorio nacional. Cuando este proceso tuvo lugar, Brasil se estaba consolidando como una República (1889) bajo el liderazgo de fuerzas militares y una gran base social formada por la élite cafetera de San Pablo (Fausto, 2002: 235). La proclamación de la República operaba como una cierta sincronización entre la base económica y la superestructura política. En palabras de Caio Prado Junior, “con la República, el nuevo espíritu gobernante quebró resistencias y escrúpulos poderosos para estimular activamente la vida económica del país” (1962: 215). Poco antes de aquello, en los últimos días del Imperio, había surgido en el país una nueva figura en el escenario económico: el trabajador asalariado. La abolición de la esclavitud (1888) y el incentivo a la inmigración europea fueron las condiciones fundamentales para la industrialización de un país eminentemente agrario. Entre 1887 y 1930 entraron 3,8 millones de extranjeros a Brasil, destinados, sobre todo, a la labranza del café, principal producto agrario de exportación de la economía nacional (Fausto, 2002: 275). Sin embargo, más allá de la mano de obra, el ingreso de inmigración europea era visto como una forma de “blanquear” a la sociedad negra y mestiza de Brasil (Skidmore, 1998: 112-113). Ese crecimiento económico multiplicó el empleo urbano, llevando a las ciudades a crecer más rápidamente que la población rural en el resto del país (Fausto, 2006: 277-279).

A finales de siglo XIX en Brasil se suscitan varios procesos encadenados: junto a la entrada de capitales internacionales en actividades comerciales se produjo una mayor atracción de inmigración judía, en buena parte organizada por la Jewish Colonization Association (JCA o ICA).⁷ Asimismo, tendría lugar la construcción de ferrocarriles. En la zona de Río Grande do Sul, esa experiencia inmigratoria se inició en el año 1903 y los primeros grupos llegaron a la ciudad de Santa María, donde

6. En el informe al VII Congreso de la Internacional Comunista, Dimitrov consideró a la cultura como una de las principales tácticas de los frentes populares para defender los intereses económicos y políticos inmediatos de la clase trabajadora (Dassú, 1985: 293-316).

7. La JCA (o ICA): *Jewish Colonization Association*. Organización creada por el Barón Maurice de Hirsch a fines de siglo XIX para ayudar a los judíos de Europa Central a migrar a América.

actualmente se encuentra el Municipio de Itaara, antes conocido como Colonia de Philippson. Aunque son pocas las fuentes que testimonian acerca del activismo político y cultural de las colonias agrarias judías en Brasil, todavía un poco de aquella experiencia puede desprenderse de las memorias de intelectuales como el sociólogo Mauricio Tragtenberg, quien pasó su infancia en una colonia del interior del municipio gaúcho de Erechim y relata la intensa agitación política y cultural de sindicatos en el seno de la colectividad israelita. Es decir, a pesar del muy difundido “peligro rojo” que había que evitar con la entrada de inmigrantes al país, hay indicios de un intenso activismo político entre los judíos radicados en las colonias rurales.

El creciente proceso de urbanización e industrialización cambió significativamente al país. Así como en la Primera República (1889-1930) había una reducida clase obrera, era innegable la creciente importancia política del Partido Comunista Brasileiro (PCB), constituido en 1922 después de la victoria de los bolcheviques en Rusia, y las huelgas ocurridas entre 1917 y 1920 lideradas por los sectores anarco-sindicalistas, corriente mayoritaria del movimiento obrero brasileño hasta entonces. Si bien en su origen tuvo una conformación *sui generis*, la mayor parte de la militancia comunista era de base anarquista. El PCB es un caso especial porque, en otros países de la región, los Partidos Comunistas se conformaron como escisiones de los partidos socialistas. Astrojildo Pereira, uno de sus líderes fundadores, escribió en marzo de 1922:

O meio brasileiro é, porém, um meio singular. Nunca houve aqui partidos ou correntes sistemáticas propriamente socialistas. Todo o movimento proletário revolucionário no Brasil tem sofrido só a influência quase exclusiva de anarquistas. Assim, entre nós, a crise tem sido e é uma crise de anarquismo. Esta crise, latente desde o advento do bolchevismo, chega a um desfecho lógico, com a constituição do partido comunista composto, em sua quase totalidade, de elementos de formação anarquista (1980: 22).

El PCB fue el primer partido político *strictu sensu* de Brasil (Mazzeo, 1999: 23). En los primeros años del PCB cabe recordar la participación, a partir de 1927, de Leôncio Basbaum, judío ya nacido en el país, quien ocupó cargos en su Comité Central como responsable del sector financiero y luego director de la editorial partidaria Vitória (Basbaum, 1976). La creación del PCB coincidió con una revolución cultural que ocurría en Brasil en 1922 con la inauguración de la “Semana del Arte Moderno”, cuando las artes brasileñas, en sintonía con las vanguardias europeas,

se rebelaron contra el academicismo y se volcaron a desarrollar un arte auténticamente nacional (Nascimento: 2015).

Después de la inmigración organizada y promovida por la JCA, con el avance del antisemitismo en Europa, sucesivamente nuevos grupos de judíos arribaron a Brasil, no sólo a las colonias de Río Grande do Sul, sino a diferentes ciudades del vasto territorio brasileño, especialmente San Pablo y Río de Janeiro y regiones centrales del país. Su pico más alto se registró durante el ascenso del nazismo, en especial después de las Leyes de Nuremberg. En 1936, la judía representaba el 26,8% del total de la inmigración arribada al país (Lesser, 1995).

El crecimiento urbano y el surgimiento de nuevos actores, entre ellos los obreros, pusieron en jaque el poder de las oligarquías de la “República Velha”. La construcción de una hegemonía de la ciudad sobre el campo y el ascenso de las clases urbanas que se mostraban descontentas con el monopolio político de la oligarquía plantearon nuevas estructuras de poder (Ianni, 1991: 83). A fines de los años 20, esos nuevos actores: la burguesía industrial, las clases medias, el proletariado, los militares, los intelectuales y los estudiantes universitarios, se fueron enfrentando al poder oligárquico. A eso se sumaron los efectos de la crisis de 1929 en Wall Street. Ese fue el contexto de la “Revolución de 1930”. En cierta forma, la constitución de un populismo en Brasil se dio en el marco de nuevas condiciones sociales y políticas.

El ascenso de Getúlio Vargas al poder en 1930 instaló una nueva forma de encarar el gobierno. En esta etapa, el Estado comenzó a priorizar el desarrollo de las fuerzas productivas industriales. Al mismo tiempo, se generó un “Estado de compromiso”⁸ porque ningún grupo social ofrecía suficientes bases sociales para sostener su legitimidad. Para equilibrar esa deficiencia, el gobierno de Vargas desarrolló un Estado burocrático, evidenciado en un notable crecimiento del aparato estatal, que se tornó cada vez más centralizado e intervencionista (Fausto, 2000: 136). Esto se reflejó en las políticas internacionales del periodo. La política de “equidistancia pragmática” (Moura, 1980) de Vargas consistió en negociar hasta el límite el alineamiento con Estados Unidos o Alemania, en función del rumbo que tomaba la Segunda Guerra Mundial, oscilando entre uno y otro, a fin de obtener concesiones ventajosas para el desarrollo de industrias siderúrgicas y equipamientos militares.

En cuanto a la política inmigratoria, entre 1922 y 1937 ocurrieron asistemáticamente políticas de restricción a la entrada de inmigración judía al país. Pero a partir de 1937, la política restrictiva se sistematizó con la adopción de circulares secretas que calificaban a los judíos como

8. Expresión acuñada por Francisco Corrêa Weffort (1967). Actualmente la sociología brasileña utiliza ese concepto para definir al Estado post-oligárquico.

“amenaza a la Seguridad Nacional” (Carneiro, 2003: 117-118). Asimismo, la asociación entre judaísmo y comunismo fue fortalecida por diversos motivos en el imaginario de los grupos nacionalistas conservadores. Baste recordar, después del levantamiento comunista encabezado por Luis Carlos Prestes de 1935, la deportación y asesinato en la Alemania nazi de su esposa embarazada, Olga Benário, judía alemana, o el muy difundido mito de la “conspiración judía comunista” del Plan Cohen en vísperas del golpe de 1937 y la inauguración del Estado Novo.⁹ Cabe recordar aquí que el fracaso del levantamiento de 1935 liderado por el PCB generó un hundimiento de toda la actividad comunista en Brasil y Getúlio Vargas declaró el estado de sitio, llevando a miles de personas a prisión (Chilcote, 1982: 83).

En el contexto de aceleradas transformaciones durante los años 30, la colectividad judía, a lo largo del territorio nacional, comenzó a organizarse estableciendo sus clubes, sus sindicatos y sus asociaciones, pero el apogeo y mayor crecimiento ocurrió después de la Segunda Guerra Mundial. Si, por una parte, la victoria de los Aliados y los sucesos de la Unión Soviética fueron un impulso fundamental para ese desarrollo, por otra, la apertura política que implicó el fin de la era Vargas (1930-1945) y el restablecimiento del régimen democrático crearon un ambiente favorable al florecimiento del judeo-progresismo en Brasil. El PCB fue legalizado en 1945 y tuvo una amplia receptividad y apoyo social, aunque esta condición duro muy poco. Declarado ilegal por el Supremo Tribunal Federal por ser un “partido extranjero” fue nuevamente proscrito en 1947. En 1948, toda la bancada parlamentaria comunista electa en el poder legislativo fue expulsada de sus cargos (Chilcote, 1982: 100).

El período que se extendió entre 1945 y 1964 estuvo marcado por las políticas del desarrollismo y el fomento de la iniciativa privada. Al tiempo que el Estado intervenía para subsidiar áreas dónde el sector privado no incursionaba, estimulaba la entrada de capitales internacionales con la regulación estatal. Así, por ejemplo, son estos años donde se inicia la construcción de la nueva capital Brasilia (Skidmore, 1982: 119). El PCB, desde la ilegalidad, operaba de acuerdo a la estrategia frentepopulista, como partido pluriclasista para apoyar el desarrollo de las fuerzas democráticas de la burguesía nacional como etapa previa al socialismo (Mazzeo, 1999: 71-90).

9. La difusión de la existencia del “Plan Cohen” consistía en la creencia de una supuesta conspiración judía comunista que operaba para tomar el poder en Brasil, en vísperas del golpe de estado de 1937, cuando se instauró el Estado Novo. El capitán Olímpio Mourão Filho, oficial del Estado Mayor del Ejército y Jefe de la Acción Integralista Brasileira (AIB), fue uno de los mayores responsables de la divulgación del Plan Cohen, inspirado en los Protocolos de los Sabios de Sion. La AIB fue una organización extensa de carácter anticomunista, antiliberal, católica y antisemita.

La red judeo-progresista

El judeo-progresismo en Brasil, a diferencia de Argentina, no contó en sus inicios con un movimiento obrero judío significativo. Se fortaleció durante los años del Frente Popular, con la activa participación de la burguesía “progresista” brasileña. Para este sector también era importante lograr la plena integración con la sociedad brasileña. Entonces, desde un punto de vista estratégico, la integración propuesta por los comunistas en esa etapa establecía una forma de evitar el antisemitismo y, asimismo, la condición pluriclasista del partido les permitía participar en estructuras más amplias para mejorar su sociedad.

La asociación pionera de la izquierda judía brasileña fue la Biblioteca Israelita Brasileira Scholem Aleichem (BIBSA), constituida en 1915 en el medio de un magro y embrionario movimiento obrero judío. Pero después de la Segunda Guerra Mundial, en todas las ciudades brasileñas con presencia judía, los pequeños grupos se transformaron en instituciones. En Río de Janeiro, BIBSA creció e incorporó numerosos miembros y actividades, especialmente la escuela para niños, el *kinder club* y la colonia de vacaciones Kinderland organizada por las mujeres. En San Pablo, el Club Tsukunft (Futuro) que funcionaba desde los años 20, en 1949 inauguró también con éxito su escuela, el *kinder club* y el Palacio “Casa do Povo” (Casa del Pueblo) en el barrio del Bom Retiro; en Belo Horizonte, se creó la Unión Israelita (UIBH); en Niterói, la Biblioteca David Frishman, de 1922, llegó a contar con varias actividades en 1960; en Curitiba, la Sociedad Cultural Israelita Brasileira do Paraná (SOCIB) inauguró su propia sede en 1953.

El progresismo en Río Grande do Sul se remonta a la creación de la Liga Cultural Israelita en 1932, que fue predecesora del Club de Cultura (CC) de 1950. Su actuación tuvo lugar, contradictoriamente, en las instalaciones de la Sinagoga del Centro Israelita de Porto Alegre. Allí, un grupo de inmigrantes instaló su biblioteca ídich (en aquel momento, la única en Río Grande do Sul) y utilizó la estructura del templo para sus actividades, especialmente el *lein* y *dramkraiz*. La Liga estaba integrada por varias tendencias judías laicas, sionistas y bundistas. En los años de la segunda posguerra, las actividades izquierdistas que desarrollaba la Liga no agradaban a los administradores de la sinagoga que, primero, cerraron su biblioteca y, finalmente, los expulsó del templo. Sin embargo, el progresismo judío en Río Grande do Sul había sumado seguidores. Así, en 1950, teniendo como principal agitador y articulador a Henrique Scliar, darian vida al Club de Cultura (Aguiar, 2009: 71-74).

Estas instituciones apoyaron las directivas del Idisher Cultur Farband de Brasil, que en portugués se tradujo como “União Cultural Israelita Brasileira” y funcionó en Río de Janeiro entre 1950 y 1970.

Cada institución, en cada localidad, tiene su historia particular. Algunas no surgieron como expresiones progresistas y luego, previos debates internos, adhirieron a las ideas icufistas. Esto sucedió por ejemplo con la entidad carioca BIBSA de Río de Janeiro (Asociación Sholem Aleijem desde 1964) o la Unión Israelita de Belo Horizonte.

En Río Grande do Sul, como parece haber ocurrido en otras organizaciones similares en Brasil, existía una franja judía aglutinada en el CC que colaboraba más con las finanzas que con las tareas de organización y militancia partidaria. Sin embargo, cabe también destacar que, con la legalización del PCB en 1945, buena parte de los judíos progresistas que eran cuadros dirigentes se volcaron a la participación directa en cargos políticos. Luego, con la proscripción de 1947, algunos volvieron a los circuitos de las instituciones, desde donde actuaban en la clandestinidad. Como bien lo expresaba César Dorfman:

Estamos falando do início da década de 1950, e é preciso lembrar que o nazismo recém havia sido derrotado e que nosso país emergia do Estado Novo de Getúlio: ser “de esquerda” quase se restringia a pertencer ao Partido Comunista Brasileiro, o PCB, que era ilegal. Consequentemente, podia-se, e era comum, ser preso. Os caminhos da militância, por isso, se dividiam entre clandestinidade e desvios camuflados. O Clube, foi, para muitos, um desses desvíos (2002:10).

La institución en la cual se reflejó con intensidad el apogeo del icufismo fue la Casa do Povo (*Folk Hoiz*), en San Pablo, cuando se construyó ese enorme edificio como monumento vivo y homenaje a la victoria de las fuerzas soviéticas. Durante la Batalla de Stalingrado, Manuel Cossoy, judío comunista con una buena posición económica, prometió a sus compañeros que, si las fuerzas soviéticas salían triunfantes, él donaría una cuantiosa suma de dinero para construir esa institución. Así, junto a otros aportes, la Casa del Pueblo se edificó con el importante trabajo del sector progresista paulista en agradecimiento a la gesta soviética (Kinoshita, 2000: 386). Aún con la proscripción del PCB en Brasil y las crisis que implicó el Relatorio Krushev de 1956, el periodo que se extendió entre el fin de la Segunda Guerra Mundial y el golpe cívico militar de 1964 ofreció un clima favorable para el florecimiento del campo judeo-progresista.

La composición social heterogénea que integró la construcción y fundación del Club de Cultura de Porto Alegre es un buen ejemplo de la colaboración de diferentes estratos económicos en la calle judía, en pos de luchar contra el enemigo fascista. Empresarios, comerciantes, industriales y trabajadores aportaron conjuntamente para construir

la institución, lo que revela el predominio de una identificación ideológica por sobre una identidad de clase. No obstante, predominaba una atmósfera ligada al comunismo. Ello es evidente, al menos desde mediados de siglo XX cuando, debido a la inestabilidad política, el CC era sitio de refugio en las rutas que utilizaban varios intelectuales y artistas comunistas que huían de la persecución política, tanto en el Río de La Plata como dentro de Brasil. Existen testimonios de esa práctica clandestina, donde la red icufista, como otras ligadas al comunismo, ofrecían protección y espacios solidarios de contención. El caso del inmigrante judío polaco-brasileño Hersch Schechter es emblemático. Siendo un adolescente del barrio de Bom Retiro, en San Pablo, durante los años 20, Schechter se había vinculado a Octavio Brandão, uno de los dirigentes del PCB, quien lo invitó a participar del grupo redactor del diario *A Nação*. Mientras distribuía el periódico, el joven Hersch de 15 años cayó preso en una redada y fue deportado a Alemania. Su familia no supo más de él. Al llegar a Hamburgo, Schechter pidió auxilio a los portuarios pudiendo explicar en idish que era un preso político y logró ser ayudado por una delegación de Socorro Rojo Internacional (sección alemana) que lo envió a Moscú y allí fue recibido por el líder comunista brasileño Astrojildo Pereira. Después de cursar unos años en la Escuela de Cuadros de la *Komintern*, Schechter retornó a Brasil cuando se preparaba el levantamiento de 1935, del cual participó y, perseguido por eso, debió exiliarse en Uruguay. En Montevideo, los camaradas idishistas lo integraron a la redacción del periódico recién fundado, *Unzer Fraint*, órgano de prensa del judeo-progresismo.

Así, la solidaridad, vista como un valor fundamental entre las entidades de esta red, también tenía lugar en Rio Grande do Sul. En el libro de memorias de Zélia Gatai, *Um chapéu para viagem* (1995), la escritora y esposa del escritor comunista Jorge Amado, contaba que, en Porto Alegre, ambos fueron recibidos y ayudados por su amigo Henrique Scliar, militante, socio fundador del CC y pieza clave del judeo-progresismo gaúcho. Era el año 1952 y, en esas circunstancias, Jorge Amado conversó con los activistas del CC y presentó su libro *O Mundo da Paz* (1951), publicado por la editorial del PCB Vitória, donde relataba su experiencia en los países socialistas. De acuerdo a otros testimonios, Scliar acogió militantes e intelectuales como Graciliano Ramos, Pablo Neruda y Barão de Itararé, entre otros. Con gran suerte, Henrique Scliar había ganado en el juego de lotería un dinero que utilizó para adquirir una quinta en las afueras, también conocida como “Nueva Birobidyán”, donde alojaba a los visitantes (Scliar, 2014). En la literatura ficcional de Moacyr Scliar, las menciones al judeo-progresismo gaúcho son recurrentes y su tío Henrique es caracterizado como el “Capitán Birobidyán”, el CC de Porto Alegre como su “Palacio de Cultura” y el 19 de abril como “su

día sagrado”. Esa fecha refiere al día más significativo en el calendario icufista: el homenaje a los héroes del levantamiento del Ghetto de Varsovia, iniciado el 19 de abril de 1943.

La especial conmemoración de la fecha es común a todas las entidades icufistas de Brasil y Sudamérica. La lucha de los partisanos judíos contra el nazismo fue y aún es el mayor símbolo de resistencia judía frente al fascismo. Tras su principal lema, “Por vuestra y nuestra libertad”,¹⁰ las máximas de Varsovia se extienden a otras causas universalistas que se oponen a la opresión y la injusticia, y reivindican la dignidad y la igualdad del ser humano. A lo largo de los años, el icufismo brasileño (como el argentino y el uruguayo) utilizaron la potencia simbólica de esa fecha para reafirmar su condición judía, pero al mismo tiempo colocarse en un campo común con otras fuerzas democráticas y progresistas nacionales. La correspondencia entre el nazi-fascismo y las fuerzas opresivas locales brasileñas, en palabras de Benjamin, se ubicaba en la perspectiva de que “articular históricamente el pasado no significa conocerlo como de hecho fue, sino apropiarse de una reminiscencia de él, tal como un rayo, en un momento de peligro” (1986: 224).

Desde los años 50, el CC vinculaba el levantamiento de 1943 con los grupos que enfrentaban al imperialismo en las guerras de Corea o Vietnam. Los actos en Porto Alegre aglutinaban a distintos sectores de izquierda. En 1961, el evento anual contaba ya con numeroso público y se configuraba como “semana conmemorativa”. Se realizaban exposiciones fotográficas y exhibición de filmes alusivos, invitando a delegaciones extranjeras a participar. Ese año parece haber sido muy particular porque participaron como oradores el cónsul polaco, el diputado federal Armando Temperani Pereira, el diputado estadual Sinval Guazzelli, el director de teatro y escritor Delmar Mancuso, y Fulvio Petraco, representante de la Unión Estadual de Estudiantes. La semana fue cerrada con una conferencia del Dr. Hugolino Andrade Uflacker sobre el candente caso de la captura de Eichmann en Argentina, quien analizó la competencia y legitimidad de la justicia israelí desde el punto de vista jurídico. En la época existía una importante serie de controversias alrededor del caso. En Argentina, el hecho había despertado algunas expresiones antisemitas en la sociedad por parte de grupos como Tacuara, y la colectividad judía se había polarizado en cuanto a la forma de responder a esos ataques (Visacovsky, 2015: 128-134). Los progresistas llamaban a conformar un frente de lucha antifascista con todo el pueblo, mientras los sionistas buscaron otras alternativas como

10. Si bien la frase ha nacido en el frente de lucha de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil Española, es acuñada luego por los combatientes del Ghetto de Varsovia en 1943.

formar grupos de autodefensa, migrar a Israel o fortalecer el sectarismo en sus instituciones. Posiciones similares tomaron forma en la izquierda judía brasileña. En Porto Alegre, los progresistas gaúchos decidieron realizar un acto contra el antisemitismo el 18 de diciembre de 1961, invitando a personalidades no judías como Leonel Brizola, gobernador del Estado do Rio Grande do Sul; Helio Carlo Magno, Presidente de la Asamblea Legislativa; Alfeu Barcelos, presidente de la Cámara de Concejales de Porto Alegre; Manoel Braga Gastal, prefecto de Porto Alegre; el diputado Sinval Guazzelli; Aldo Sirangelo, Jefe de Policía Civil; y el profesor Rubem Maciel. Junto a estas figuras propusieron formar un “Comité no judío de lucha contra el antisemitismo”. La iniciativa muestra la temprana apuesta del CC por establecer alianzas políticas por fuera de la colectividad; en este caso, alegando que la lucha contra la discriminación y la opresión, sobrepasaba las fronteras de la identidad judía. La relevancia del CC en la sociedad portoalegrense de los años 50 puede observarse también en su programa radial bilingüe, en ídish y portugués, que salía al aire en una de las principales emisoras de Rio Grande do Sul.

A pesar del paulatino pasaje al portugués con la incorporación de la juventud, el ídish fue fundante del progresismo y la defensa de esa lengua, uno de los más importantes objetivos de la fundación del ICUF porque, según declaraban en sus discursos, las experiencias emancipatorias que dieron origen al movimiento se realizaron en esta lengua. En Brasil, la más reconocida publicación fue el semanario biligüe *Unzer Shtime (Nossa Voz)*, editado en San Pablo y Río de Janeiro desde abril de 1947.¹¹ La prensa ofrecía un canal de expresión que contaba con cierta seguridad, dado que los materiales políticamente más comprometidos podían publicarse en ídish. Desde Porto Alegre, participaban como corresponsales Naftal Rotemberg y Marco Faerman y, asimismo, desde otros estados de Brasil llegaban contribuciones que parecen evidenciar la formación de una estructura en red como especie de agencia de noticias judeo-progresista brasileña. Cuando la sede del CC fue oficialmente inaugurada, el 29 de noviembre de 1958, con la finalización del “auditorio Henrique Scliar”, varias delegaciones de todo el país viajaron para participar y el acto fue cubierto por *Unzer Shtime*. En ese evento se enfatizaba la importancia del paso de una década (1947) desde la votación en Naciones Unidas que establecía la partición de Palestina y la conformación de “dos pueblos, dos estados”. Aquella fue también

11. Aunque no aparece firmando los artículos por cuestiones de seguridad, el liderazgo y alma del periódico, como los artículos editoriales y los reportes internacionales, eran del intelectual Hersh Schechter (Dina Lida Kinoshita, comunicación personal a Airan Milititsky Aguiar, Río de Janeiro, 5 de dezembro de 2008).

una bandera histórica del judeo-progresismo, que siempre reivindicó la creación del Estado de Israel, pero nunca acordó con las vías belicistas para resolver los conflictos en Medio Oriente.

Dado que la cultura constituía el pilar de las asociaciones progresistas, la educación constituía uno de sus valores fundamentales. Así, ricas experiencias educativas fueron promovidas por estos sectores de la colectividad progresista judía brasileña. Se destacaron, principalmente, dos escuelas ídich Scholem Aleichem en San Pablo y Río de Janeiro. Las escuelas eran integrales, dictaban contenidos generales de enseñanza en portugués y a contraturno funcionaban como *shule*, dictando cultura judía laica y moderna. La de San Pablo se fundó en 1949, y fue cerrada en 1982 por falta de recursos. Ambas enseñaban con pedagogías nuevas y experimentales, constituyendo escuelas modelos en ambas ciudades. Asimismo, en Río de Janeiro, en 1951, la Associação Feminina Israelita-Brasileira de Auxílio à Infância Israelita Vitima da Guerra da Europa Vita Kempner (AFIB) organizó la primera colonia de vacaciones infantil *Kinderland* (aún vigente). Sus principios fundamentales se constituyeron sobre la paz, la solidaridad, el respeto a las diferencias, la amistad, la cooperación y la vida en colectividad (Sochaczewski, 2007). En Porto Alegre se replicó la experiencia. La AFIB en Río Grande do Sul fue oficialmente creada el 19 de abril de 1951, como una asociación de mujeres que se agruparon para realizar tareas de beneficencia, pero cuya acción se había iniciado en los años de la Segunda Guerra, procurando ropas y alimentos para enviar a Europa. Pasado el tiempo de posguerra, AFIB concentró su trabajo en tareas educativas y promovieron la integración de los niños en la sociedad brasileña. Su nombre, en homenaje a la partisana polonesa Vita Kempner, indica el carácter combativo que esas mujeres le imprimieron a la asociación.

La actividad teatral fue también un pilar fundamental del icufismo, y asimismo del CC. Siguiendo las enseñanzas del popular escritor polaco Isaac Leibush Peretz, quien decía que “el teatro era la escuela de los adultos”, esta actividad contó con especial atención en Porto Alegre, que recibió en ocasiones a figuras del Idish Folks-Teater (IFT) de Buenos Aires, como Mario Frankel en 1958, quien viajó para colaborar con la organización del Teatro del CC. Varias obras se presentaron entre fines de los años 50 e inicios de los 60, a pesar de que no había condiciones y recursos. Las compañías teatrales de Brasil viajaban y los elencos se alojaban en las casas de socios y activistas. En 1959 se presentó en Porto Alegre el Teatro de Arte Israelita Brasileiro (TAIB), de Casa do Povo de San Pablo. La programación de ese año, propuesta por el ICUF, versaba sobre el nacimiento de Scholem Aleichem. El grupo TAIB poseía un marcado compromiso político, tanto por el contenido de las piezas que representaba como por los posicionamientos y militancia comunis-

ta de sus integrantes. Existen varios indicadores de la relación entre esos elencos, iniciados en los círculos dramáticos de *Casa do Povo* y su posterior incorporación en el entorno teatral brasileño progresista a nivel nacional (Kinoshita, 2000: 387). En el año 1961, el grupo Teatro de Arena de San Pablo presentó la obra de Augusto Boal, *Revolução na América do Sul*, de fuerte contenido contestatario. La nueva dramaturgia brasileña también se evidencia en la obra *Vianinha*, de Oduvaldo Viana Filho, importante cuadro cultural del PCB realizada el mismo año en el CC. Asimismo, en agosto de 1962 se presentó el grupo dramático de la Asociación Cultural Israelita Jaim Zhitlovsky (ACIZ) de Montevideo. Parte del teatro vanguardista portoalegrense nació en el CC porque todas estas experiencias, potenciadas con la edificación del auditorio Henrique Scliar, fueron incentivando un interés generalizado por la actividad teatral.

A fines de los años 50, la amalgama que el idish había conservado vinculando a la primera y la segunda generación de judíos en el país fue perdiendo fuerza gradualmente. En cierto modo, la tan buscada integración con la sociedad brasileña llevó a las nuevas generaciones a no usar más esa lengua. Consciente de esto, el ICUF brasileño, desde 1958, había visto la necesidad de volcarse al idioma nacional.¹² Ese fue uno de los componentes del comienzo de la crisis del ICUF, que tal vez había tomado esa decisión muy tardíamente, cuando ya se habían perdido muchos jóvenes en las instituciones. Además del problema lingüístico, un hecho político de enormes proporciones en la izquierda mundial y que había incidido particularmente con tremenda fuerza sobre el icufismo en 1956 fue el Relatorio Jruschev. Aquello repercutió en la “Declaración de Marzo” de 1958 del PCB, que reorientó su línea política generando escisiones. Como resultado de este proceso, hubo una gran división de la izquierda comunista brasileña con la creación del Partido Comunista de Brasil (PC do B), que pronto se unió al maoísmo (Prestes, 2011) y mucha juventud se sumó al PC do B. El informe secreto de Jruschev, con sus revelaciones de la era stalinista, sobre todo el asesinato de los escritores en 1952 y el complot de los médicos judíos en 1953, trajo innumerables problemas para mantener cohesionado al campo judeo-progresista. Extendida mundialmente, y no sólo entre la izquierda judía, esa crisis generó un significativo apartamiento de importantes cuadros de base en el icufismo de Brasil. En Porto Alegre la situación no fue diferente: intelectuales idishistas como Salomão Schwartz, se retiraron de la asociación.

12. União Cultural Israelita-Brasileira – ICUF, “Tesis sobre el trabajo cultural entre los judíos que hablan preferencialmente la lengua portuguesa”, Río de Janeiro, 25 de agosto de 1958.

Ese contexto llevó al CC a buscar estrategias para su subsistencia, y una de ellas fue abandonar su especificidad judía, aunque nunca negar los principios rectores y fundacionales de su creación. A pesar de la crisis del comunismo y el desinterés por el ídich en estos años, el CC logró seguir siendo un bastión de la izquierda judaica portoalegrense. La apertura, lejos de mostrar un debilitamiento, mostró una fortaleza porque permitió un mayor ingreso de artistas e intelectuales no judíos a sus filas, resultando, en un primer momento, en una fuerte efervescencia cultural, principalmente volcada al teatro. Cabe recordar las escenas de la compañía del CC interpretando piezas como *La prostituta respetuosa* de Sartre y el montaje inédito de los textos de *Qorpo Santo* a principios de los 60. Estas obras no sólo fueron fundamentales en la proyección cultural local, sino que colocaron al CC y su *troupe* en la gran historia del teatro nacional.¹³

El golpe de estado de 1964 generó un fuerte anticomunismo apoyado por sectores conservadores de la elite política que se prepararon para garantizar el “Estado de compromiso” derivado de la revolución del 30 (Skidmore, 1982: 367). El golpe cívico militar pesó duramente sobre las asociaciones icufistas que, inmediatamente después del 1 de abril de 1964, pasaron a ser investigadas por los servicios de inteligencia. El régimen de excepción instaurado en Brasil fue bien definido por José Paulo Netto como la “más larga y brutal de las dictaduras brasileñas que, en sus procedimientos operativos y sus finalidades, sirvió a la burguesía brasileña y a sus socios y fue indiscutiblemente una dictadura de clase” (2014: 83). La red progresista sufrió profundas pérdidas, tanto porque algunos activistas fueron llevados a prisión, como por el clima de pánico instaurado, que ocasionó el alejamiento de una cantidad muy significativa de asociados. Uno de los dirigentes históricos del CC recordaba que el golpe “ocasionó un gran miedo, principalmente en la clase media y en la clase pequeño-burguesa, por lo que muchos socios dejaron de frecuentar el Club”, y más aún, “caminaban por la Rua Ramiro Barcelos del otro lado de la vereda, para ni siquiera pasar por la puerta” (Milititsky Aguiar, 2009). Esas pérdidas acarrearón también problemas financieros en el CC, pero también hubo que comenzar a trabajar en la clandestinidad, debiendo tener sumo cuidado con el tono político de las actividades que se ofrecían para no poner en riesgo a los asociados. Sin embargo, todo aquello no amedrentó a sus activistas.

13. Por esta representación, el Club de Cultura ganó varios premios en los festivales de Teatro. Además de posicionar a *Qorpo Santo* como un clásico de la literatura gaucha y brasileña, a partir de 1964, el trabajo quedaría asociado a una de las más altas expresiones de lucha contra la dictadura y a favor de la libertad de pensamiento.

Epílogo

En este trabajo hemos visto cómo, entre 1950 y principios de la década del 60, el Club de Cultura de la ciudad de Porto Alegre en Río Grande do Sul, Brasil, funcionó como espacio de la izquierda judía de habla idish para desarrollar actividades políticas y culturales. Desde su fundación estuvo ideológicamente adherido al ICUF y ligado al Partido Comunista Brasileño. A pesar de su importante identidad idishista, el CC buscó una permanente integración con la izquierda local, proceso que atravesó con gran éxito, puesto que al comenzar los años 60, se había convertido en un club porto-alegreño de la sociedad gaucha, especialmente dedicado a la actividad teatral. Posteriormente, y no sin grandes dificultades, resistió a la dictadura cívico-militar de 1964 y se constituyó como refugio del progresismo local.

En ese marco, el Club de Cultura estableció una buena relación con la juventud de escuelas secundarias y de la Universidad de Río Grande do Sul. Su sede fue múltiples veces utilizada durante los años de dictadura para reuniones y eventos, porque se sabía que, al interior de ese espacio, se podía hablar con libertad y oponerse al régimen. Allí tuvo lugar el “Frente Gaúcho de Música Popular”, un grupo de músicos que tuvieron por objetivo recuperar el arte y los valores locales, que no tenían lugar en la radio y televisión. Así también, varias actividades tuvieron apoyo y divulgación en circuitos académicos. Un buen ejemplo fue el éxito en la conferencia dictada por Vinicius de Moraes en el CC, el 13 de abril de 1967, organizada en menos de 24 horas.

Cuando retornó la democracia en 1985, el CC fue reconocido por la sociedad porto-alegreña como “Casa de la Resistencia a la Dictadura”, que era una resistencia tanto política como cultural y vanguardista. La “apertura” a la sociedad fue un camino apropiado, aunque, con la redemocratización, los dirigentes del CC esperaban un reverdecer y crecimiento de actividades e integrantes. Al contrario, eso no ocurrió. Las asociaciones progresistas comenzaron a pasar por serias dificultades financieras, y comenzó a degradarse su patrimonio.

Durante la dictadura cívico-militar, las graves pérdidas para el PCB (que recién se legalizó nuevamente en 1985) se reflejaron también en las clases trabajadoras y sectores medios que se fragmentaron. La democracia trajo nuevos actores, como el Partido de los Trabajadores (PT), que reunió a una parte significativa de la izquierda brasileña. Asimismo, la política conciliadora de los comunistas llevó a que se perdieran importantes cuadros del partido (Mazzeo, 1999: 175-176).

En la historia del progresismo brasileño, muchas entidades tuvieron corta vida aunque otras, cada una a su manera permanecen abiertas hasta hoy: el CC de Porto Alegre, la Asociación Sholem Aleijem de Río

de Janeiro, la Casa do Povo de San Pablo y la Biblioteca y Associação David Frischman de Niteroi, entre las principales. A pesar de su lugar marginal en la vida judía contemporánea brasileña, han dejado huella en el campo democrático popular, el pensamiento crítico y la cultura alternativa. El estudio del Club de Cultura entre las décadas del 50 y 60 ha permitido observar un proceso a través del cual, vehiculizado por el desarrollo de sus instituciones, la izquierda judía inmigrante de habla ídich e ideas comunistas se integró a la sociedad brasileña. Esto se demuestra, por ejemplo, a través del reconocimiento oficial que, en el año 2011, el Municipio de Porto Alegre le hizo al Club de Cultura como patrimonio cultural de la ciudad, no tanto por su arquitectura, sino por su legado cultural.

Bibliografía

- Basbaum, Leoncio (1976), *Uma vida em seis tempos (memórias)*, San Pablo: Alfa Omega.
- Benjamin, Walter (1986), *Magia e técnica, arte e política: ensaios sobre literatura e histórias da cultura*, San Pablo: Brasiliense.
- Benjamin, Walter y Gershom Scholem (1993), *Correspondência*, San Pablo: Perspectiva.
- Carneiro, Maria Luiza Tucci (2003), *O Veneno da serpente: reflexões sobre o anti-semitismo no Brasil*, San Pablo: Perspectiva.
- Chilcote, Ronald H. (1982), *Partido Comunista Brasileiro: conflito e integração 1922-1972*, Rio de Janeiro: Graal.
- Corrêa Weffort, Francisco (1967), "Le populisme dans la politique brésilienne", *Les Temps Modernes*, n° 257, Paris.
- Dassú, Marta (1985), "Frente única e frente popular: O VII Congresso da Internacional Comunista", en Eric Hobsbawm (org.), *História do Marxismo VI: o Marxismo na época da Terceira Internacional*, Rio de Janeiro: Paz e Terra.
- Dorfman, César (2002), "O Clube de Cultura, um sonho, a utopia", *Gente Judaica RS*, Porto Alegre, diciembre.
- Eban, Abba (1973), *A história do povo de Israel*, Rio de Janeiro: Bloch.
- Fausto, Boris (2000), *A revolução de 1930: historiografia e história*, San Pablo: Companhia das Letras.
- (2002), *História do Brasil*, San Pablo: Edusp.
- (dir.) (2006), *História geral da civilização brasileira*, t. 3, vol. 8, Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Guinsburg, Jacó (1996), *Aventuras de uma língua errante: ensaios de literatura e teatro ídiche*, San Pablo: Perspectiva.
- Ianni, Octavio (1991), *A formação do estado populista na América Latina*, Rio de Janeiro: Civilização Brasileira.

- Kinoshita, Dina Lida (2000), “O ICUF como uma rede de intelectuais”, *Universum*, n° 15, Talca.
- Kornecki, Vladimir (2005), *Notas para la historia de ACIZ*, Archivo ACIZ, Montevideo, traducida del ídish.
- Lesser, Jeffrey (1995), *O Brasil e a questão judaica: imigração, diplomacia e preconceito*, Rio de Janeiro: Imago.
- Mazzeo, Antonio Carlos (1999), *Sinfonia inacabada: a política dos comunistas no Brasil*, San Pablo: Boitempo.
- Milititsky Aguiar, Airan (2009), *Saudações para um mundo novo: o Clube de Cultura e o progressismo judaico em Porto Alegre (1950-1970)*, , tesis de maestría, Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul.
- Moura, Gerson (1980), *Autonomia na dependência: a política externa brasileira de 1935 a 1942*, Rio de Janeiro: Nova Fronteira.
- Nascimento, Evando (2015), “A Semana de Arte Moderna de 1922 e o Modernismo Brasileiro”, *Gragoatá*, n° 39, Niterói, pp. 376-391.
- Netto, José Paulo (2014), *Pequena história da ditadura brasileira (1964-1985)*, San Pablo: Cortez.
- Pereira, Astrojildo (1980), *Construindo o PCB (1922-1924)*, San Pablo: LECH.
- Prado Junior, Caio (1962), *História econômica do Brasil*, San Pablo: Brasiliense.
- Prestes, Anita Leocádia (2011), “Da Declaração de Março de 1958 à renúncia de Jânio Quadros: as vicissitudes do PCB na luta por um governo nacionalista e democrático”, *Crítica Marxista*, n° 32, Campinas, pp.147-174.
- Scliar, Moacyr (2014), *O Exército de um homem só [1973]*, Porto Alegre: LP & M.
- Skidmore, Thomas (1982), *Brasil de Getúlio a Castelo Branco (1930-1964)*, São Paulo: Paz e Terra.
- (1998), *Uma história do Brasil*, San Pablo: Paz e Terra.
- Sochaczewski, Monique (2007), *Senhoras progressistas e uma terra de crianças: a história da criação da Associação Israelita Brasileira (1947) e da colônia de férias Kinderland (1952)*, Rio de Janeiro: SENAI.
- Visacovsky, Nerina (2015), *Argentinos, judíos y camaradas*, Buenos Aires: Biblos.

Anexo

Instituciones judeo-progresistas ICUF (1941-1970)

Nota: Los nombres de las entidades y las fechas fundacionales en algunos casos remiten a agrupaciones de principios de siglo XX, y en otros a formaciones y sedes de los años 40 y 50, lo cual no significa que no existiesen asociaciones previas en varias de las localidades.

Instituciones	Año de fundación	Localidad
ARGENTINA		
Asociación Cultural Israelita Residentes de Varsovia	1945	Villa Crespo, Ciudad de Buenos Aires (CABA)
Asociación Cultural Israelita de Córdoba (ACIC) y Escuela Sholem Aleijem	1913	Córdoba
Asociación Cultural Israelita de Tucumán (ACIT)	1952	San Miguel de Tucumán
Asociación Cultural y Deportiva y Escuela Jaim Zhitlovsky-CEAEZ (Centro de Ex Alumnos de Escuela Zhitlovsky)	1940	Villa del Parque y Paternal, CABA
Asociación Israelita Pro-Arte IFT (I-Dramst)	1932	Once-Balvanera, CABA
Asociación Israelita y Centro Educativo Recreativo (CER) Sarmiento	1951	Villa Crespo, CABA
Ateneo Juventud Israelita Biblioteca Obrera I.L.Peretz y Centro Cultural Israelita de Rosario (CCIR)	1940	Rosario
Centro Cultural y Deportivo I.L.Peretz de Villa Lynch	1940	Villa Lynch, San Martín, provincia de Buenos Aires
Centro Cultural David Berguelson	1949	Villa Urquiza-Parque Chas, CABA
Centro Cultural Israelita de Mendoza Escuela I.L.Peretz y Centro Cultural Ana Frank	1951	Mendoza

Centro Cultural Israelita Emanuel Ringuelblum	1953	Pompeya, CABA
Centro Cultural Israelita I.L.Peretz de Lanús	1940	Lanús, provincia de Buenos Aires
Centro Cultural Israelita (CIR) Manuel Belgrano de Ramos Mejía	1932	Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires
Centro Cultural Peretz Hirschbein	1952	Villa Luro, CABA
Centro Cultural I.L.Peretz de San Fernando	1940	San Fernando, provincia de Buenos Aires
Centro Literario y Biblioteca Israelita Max Nordau y Escuela Popular Israelita Sarmiento	1912	La Plata, provincia de Buenos Aires
Club Israelita Zalman Raizen y Escuela Sarmiento de Avellaneda	ca. 1920	Avellaneda, provincia de Buenos Aires.
Colonia vacacional Zumerland	1950	Mercedes, provincia de Buenos Aires. Experiencias en: Córdoba (1959- 1979), Mendoza y Tucumán (1957-1960)
Escuela Israelita Januz Korchak	1949	La Paternal, CABA
Hogar Cultural Méndele	1925	Gral. San Martín (centro), provincia de Buenos Aires
Asociación Cultural y Deportiva Scholem Aleijem	1930	La Paternal, CABA
Sociedad Cultural Israelita Isaac León Peretz de Santa Fe	1912	Santa Fe

URUGUAY

Centro Cultural Morris Winchevsky (CCMW)	1925	Barrio Centro. Montevideo
Asociación Cultural Israelita Jaim Zhitlovsky (ACIZ)	1950	
Club Obrero "Avangard" y Escuela	1929	Barrio Goes. Montevideo

BRASIL

Instituto Israelita Brasileiro de Cultura e Educação y Colegio Israelita-Brasileiro Scholem Aleichem	1928	Tijuca, Río de Janeiro
Associação Femenina Israelita Brasileira (AFIB) y Colonia de férias Kinderland	1947	Río de Janeiro
	1952	

Biblioteca Israelita Brasileira Scholem Aleichem (BIBSA)	1915	Praça Onze-Botafogo, Rio de Janeiro
Associação Scholem Aleichem de Cultura e Recreação (ASA)	1964	
Biblioteca David Frischman Associação David Frischman (ADAF)	1922 1960	Icaraí, Niterói, Rio de Janeiro
Centro Operario Brasileiro Morris Winchevsky	1928	Río de Janeiro
Club de Cabiras	1950	Río de Janeiro
Liga Cultural Israelita Club de Cultura de Porto Alegre	1932 1950	Porto Alegre, Rio Grande do Sul
Cozinha Popular da Praça Onze (Árbeter Kich)	1937	Praça Onze, Río de Janeiro
Escola Israelita Brasileira Eliezer Steinbarg	1953	Laranjeiras, Río de Janeiro
Escuela I.L.Peretz	ca.1950	Madureira, Río de Janeiro
Instituto Cultural Israelita Brasileiro (ICIB) Casa do Povo (Folks Hoiz) con Escola Scholem Aleijem, Kinder-club I.L. Peretz y Teatro de Arte Israelita Brasileño (TAIB)	1920 1953 1960	Bom Retiro, São Paulo
Sociedade Cultural Israelita Brasileira (SOCIB)	1953	Paraná, Estado de Paraná
Sociedad Israelita de Bahía	1947	Salvador de Bahía
Unión Israelita de Belo Horizonte Escuela Israelita Peretz	1922	Belo Horizonte Minas Gerais
CHILE		
Sociedad Progresista Israelita Centro Cultural Scholem Aleijem	1938 1951	Santiago de Chile

ARTÍCULOS

Izquierda peronista como cultura política (1955-1973)

Valeria A. Caruso

Instituto Ravignani, UBA / CONICET
caruso.valeria@gmail.com

Title: Peronist left as a political culture (1955-1973)

Resumen: Este trabajo analiza el proceso formativo de la izquierda peronista como cultura política durante el período de la proscripción del peronismo (1955-1973). En primer lugar, examina las doxas interpretativas que predominan en los trabajos historiográficos que abordan las relaciones entre intelectuales y política durante las décadas del 60 y 70. En segundo término, revisa someramente las trayectorias e intervenciones de distintos referentes intelectuales peronistas que incidieron en el proceso de gestación de una cultura política en el interior del movimiento proscripito, atravesada por el tamiz teórico del marxismo.

Palabras claves: izquierda peronista – cultura política – proscripción al peronismo – intelectuales.

Abstract: This paper analyzes the formative process of the peronist left as a political culture during the period of the proscription of peronism (1955-1973). In the first place, it examines the interpretative doxas that predominate in the historiographical works that address the relations between intellectuals and politics during the decades of the 60s and 70s. Secondly, it briefly reviews the trajectories and interventions of different peronist intellectual referents that influenced the process of gestation of a political culture within the proscribed movement crossed by the theoretical sieve of Marxism.

Key words: left Peronism – political culture – proscription of peronism – intellectuals

Recepción: 24 de julio de 2019. **Aceptación:** 10 de agosto de 2019.

Puntos de partida

El golpe de Estado perpetrado por las Fuerzas Armadas en septiembre de 1955 hizo estallar el sistema de representaciones políticas por entonces vigente. El peronismo fuera del poder del Estado inició un proceso de reformulación política forzado por la expulsión, persecución e inhibición “legal” de sus referentes, de sus organizaciones y de su simbología. La continuidad de la proscripción y la clausura de los canales formales de la democracia liberal para el peronismo, junto con la persistente adhesión popular al gobierno depuesto, abrieron un umbral de discusión acerca de las comprensiones y saberes del fenómeno e inauguró un denso proceso de reformulación de idearios y prácticas políticas que signó de diferente manera a distintas tradiciones políticas por casi veinte años.

En este trabajo propongo analizar la crisis mencionada y sus efectos en el interior del peronismo. Es decir, observar cómo paulatinamente en el devenir de ese proceso político, y en relación con la coyuntura internacional, se articularon nuevas prácticas, discursos y representaciones sobre el peronismo que posibilitaron la emergencia de la izquierda peronista (IP) como una cultura política. Tomo como referencia los postulados de Jean François Sirinelli al advertir que

una cultura política es un conjunto de representaciones que cohesionan a un grupo humano en el plano político, es decir una visión del mundo compartida, una lectura común del pasado, una proyección hacia el futuro, vivida en grupo. Esto desemboca, dentro del combate político cotidiano, en la aspiración a tal o cual forma de régimen político y de organización socioeconómica, al mismo tiempo que sobre normas, creencias y valores compartidos. (Sirinelli, 1999: 462)

Una mirada atenta a las instancias formativas de la izquierda peronista (IP) permite evaluar una serie de elementos que están presentes desde sus comienzos, y que fueron resignificados por distintos actores retrospectivamente, interpelados por la necesidad de intervenir en la coyuntura política local para transformarla. Fue bajo esa égida que se gestaron prácticas, símbolos e ideas que dieron forma a un peronismo de nuevo tipo, cimentando una activa comunidad de sentido que nutrió los contenidos y las formas de la IP como cultura política a lo largo de dieciocho años. Lo cual no quiere decir que esta cultura política que comienza su proceso formativo apenas unos años después de la proscripción al peronismo fuera homogénea y cerrada. Por el contrario, el análisis de los casos que se desarrollan en el segundo apartado de este

trabajo muestra la mutación de ciertos tópicos e ideologemas de la tradición peronista resultantes del fragor de las luchas que ciertos actores mantuvieron con otros, dentro y fuera del heterogéneo Movimiento peronista, para sostener sus posiciones respecto al peronismo como vector de la transformación de la sociedad argentina.

Al respecto, vale recordar el planteo que realiza Serge Berstein en relación con el momento de surgimiento de las culturas políticas. El autor ha sugerido que su emergencia está asociada a grandes traumas políticos que “en la medida en que cuestionan las identidades, provocaron efectivamente la mutación, el abandono de culturas políticas sólidamente instaladas o la adhesión a nuevas formas de culturas políticas” (Berstein, 1999: 402). Es decir, una cultura política emerge como un “conjunto de representaciones de carácter normativo” en un contexto de crisis política en el que se busca generar opciones con vistas a recomponer o transformar el orden político en un momento determinado. Asimismo, advierte su carácter evolutivo y relacional con otras culturas políticas, dado que una cultura política no puede transformarse “si no es chocando de frente con las tradiciones de las cuales obtiene precisamente una parte importante de su fuerza” (Berstein, 1999: 400). Otro aspecto señalado por el autor refiere a la doble dimensión de toda cultura política, en tanto “es al mismo tiempo un fenómeno individual, interiorizado por el ser humano, y un fenómeno colectivo compartido por grupos numerosos” (Berstein, 1999: 401).

Es en ese intersticio, entre lo individual y lo colectivo, que resulta relevante recuperar la trayectoria de personalidades políticas, intelectuales y sindicales en el primigenio entramado de la IP como cultura política. Es decir, el intento recurrente de dotar de significaciones a las ideas, iniciativas y acciones llevadas adelante por un sector del Movimiento peronista que intentó –en el transcurrir de los dieciocho años de la proscripción– direccionarlo en pos de la construcción del peronismo como una doctrina de liberación nacional. De allí la necesidad de recurrir a referencias desde las cuales fundamentar/legitimar prácticas, discursos y representaciones sobre los significados del peronismo en un contexto interpelado por la incidencia de la Revolución Cubana, las luchas de liberación nacional del Tercer Mundo y el despliegue de la hegemonía estadounidense a escala planetaria.

Al respecto, Guillermina Georgieff ha advertido que

la persistencia del peronismo como fenómeno político, la revolución cubana y los movimientos de liberación nacional fueron elementos primordiales en el horizonte político-ideológico de aquellos años, y sus presencias exigieron nuevas matrices para pensar la nación y reconsiderar la relación entre las

izquierdas. [...] En ese contexto histórico cualquier narrativa no era posible y la “delimitación del rango de interpretaciones aceptables” estuvo dada por dichos procesos que obligaron a pensar el problema de la nación en referencia a un eje “nacional-popular”. (Georgieff, 2016: 282)¹

En ese marco, resulta relevante explorar el proceso formativo de la IP como cultura política, y poner en suspenso algunos aspectos que predominan en los abordajes historiográficos sobre las décadas del 60 y 70. En particular, me referiré a cinco cuestiones.

La primera de ellas se vincula con los resultados de distintos trabajos sobre las formaciones políticas identificables con la IP. Estudios como los de Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984), María Matilde Ollier (1986, 1989) y Hugo Vezzetti (2002, 2009), centrados en desentrañar las causas del “fenómeno insurreccional” en la Argentina, terminan generando –implícita o explícitamente– distintas genealogías que tienden a diagramar una suerte de “teleología de la violencia” subyacente a los fines políticos de estas organizaciones. Estas interpretaciones predominan en estudios recientes destinados a analizar las características culturales y políticas de los grupos que se identificaron con el peronismo entre fines de la década del 60 y principios de los 70, como se advierte en los trabajos de Sebastián Carassai (2013), Daniela Slipak (2015), Moira Cristá (2016) y Mónica Bartolucci (2018), entre otros. No obstante, considero que ampliar la lente para observar los procesos formativos de las comunidades de sentido que se estructuraron por entonces permite matizar los juicios sobre la “primacía de la violencia revolucionaria” de los fines políticos, y apreciar no sólo la porosidad de esas experiencias, sino también alejarnos de la preminencia del paradigma “violentológico” tan presente en los trabajos sobre los 60 y 70 (Acha, 2012).

En segundo lugar, matizar la incidencia de la clausura del proceso de “modernización” cultural como clave interpretativa del proceso de politización de los intelectuales que se identificaron con la IP, presente en los ensayos de Silvia Sigal (1991) y Oscar Terán (1991). Estos autores plantean que, tras el derrocamiento de Perón en 1955, se inició un proceso de modernización científico y cultural que posibilitó la edificación del campo intelectual (Bourdieu, 2002). Este proceso, cancelado por el golpe de Estado de 1966, clausuró las posibilidades de proseguir con los programas de actualización cultural e intelectual, excluyendo a los intelectuales de los ámbitos de legitimación de sus prácticas espe-

1. En ese sentido, llama la atención la recurrente omisión de la Izquierda Peronista dentro de la “nueva izquierda” argentina emergente en los primeros años de la década del 60. Al respecto véase el trabajo de Sergio Friedemann (2018).

cíficas (Sigal, 1991). En este contexto político se habrían generado las condiciones para que un amplio sector de la intelectualidad argentina abandonara las concepciones del intelectual comprometido (Sartre, 1981) y adoptara la posición del intelectual revolucionario. Ese pasaje habría implicado la entrega a la acción política en detrimento de sus prácticas profesionales específicas. La influencia de la Revolución Cubana y de las luchas de liberación nacional, actuaron en la opción de la lucha armada como estrategia para superar la situación creada por el “bloqueo tradicionalista” instaurado por la autodenominada “Revolución Argentina” en junio de 1966 (Terán, 1991, 2008).

Estos ensayos han alumbrado una serie de investigaciones referidas a las características y modalidades de la participación de los intelectuales en el ámbito político durante el período. En esa línea de análisis se inscriben los trabajos de José de Diego (2000) y Claudia Gilman (2003) acerca de la politización de las letras latinoamericanas, los de Ana Longoni y Mariano Mestman (1999, 2008) y Ana Longoni (2014), en los que examinan las vinculaciones de los artistas plásticos de vanguardia con distintos colectivos políticos vinculados a la izquierda peronista, los concernientes al grupo Cine Liberación (Mestman, 1993, 2008), así como los dedicados a la indagación sobre la adhesión de los universitarios al peronismo (Barletta, 2000, 2002; Barletta y Lenci, 2000; Bartolucci, 2006).

Los trabajos antes mencionados, cuyas contribuciones son notorias, parten del supuesto de que la clausura del proceso de modernización cultural determinó las transformaciones intelectuales que se dieron en la Argentina entre 1955 y 1973. Incluso su influencia se observa en recientes investigaciones destinadas al análisis de los sectores medios (Carassai, 2013) y de las juventudes (Manzano, 2010, 2017). Sin embargo, las implicancias de la utilización de dicho supuesto como clave explicativa impide observar las características de la participación de los intelectuales en la conformación de las premisas prácticas, ideológicas y conceptuales que nutrieron el bagaje político e ideológico de la izquierda peronista.

El paradigma del intelectual de izquierda vigente en la Argentina durante las décadas del 60 y principios del 70 obligaba a la toma de posición respecto de las expectativas de transformación política y social vigentes por entonces. La existencia de este paradigma no inhibió las posibilidades de creación artística y de indagación intelectual. Más bien se orientó a una paulatina reconfiguración de las incumbencias intelectuales en estrecha vinculación con las expectativas de cambio radical existentes en el período.²

2. El establecimiento de normas y pautas de validación científica en el ámbito de las

Por lo cual resulta pertinente recuperar la noción elaborada por Bauman (1995) del “intelectual” como intérprete de la cultura, en tanto su función social es la de generar una comunidad de significados. Lo cual posibilita una aproximación a la dimensión contingente y contextual de las prácticas intelectuales, en tanto éstas no pueden ser comprendidas acabadamente a través de la teoría de campo intelectual elaborada por Bourdieu. Las acciones e iniciativas realizadas por los referentes de la IP durante el período difícilmente puedan reducirse a sus ambiciones de validación intelectual en los términos planteados por el sociólogo francés. Resulta más apropiado como herramienta de análisis el concepto de “productores culturales” acuñado por Raymond Williams (1994), dado que posibilita examinar las acciones de aquellos agentes intervinientes en procesos de elaboración, circulación y reapropiación cultural. Una aproximación de esta índole permitirá observar las motivaciones y transformaciones que condujeron a un sector de la intelectualidad argentina a identificarse y actuar en la izquierda peronista desde los comienzos de la proscripción del peronismo.

En tercer lugar, dejar en suspenso los juicios sobre las causas de la “derrota” del paradigma revolucionario en pos de acceder a las dimensiones estructurantes de sentido que signaron las ideas y las acciones que llevaron adelante hombres y mujeres en la gesta de un proyecto político del cual conocemos su resultado. Al respecto, resulta pertinente recuperar los planteos teórico-metodológicos elaborados por Quentin Skinner (2007) en lo que respecta a la comprensión de los discursos políticos en su contexto de producción histórica. Su enfoque permite reconstruir las prácticas significativas, los usos e intenciones de las “ideas”, eludiendo la imposición de modelos puramente externos. Realizar esta operación, habilita considerar a la IP en la contingencia de su devenir en tanto tal, y observarla como una cultura política en gestación permanente, aunque estructurada en torno a ciertos principios políticos e ideológicos que se irán condensando y rearticulando en el desarrollo de una coyuntura política situada. Es decir, apreciar tanto su dimensión contingente como la heterogeneidad de una cultura política porosa y conflictiva, signada por las desavenencias de su vértice político que siempre es Perón. Pero aun cuando éste desautorice, denueste o expulse a sus huestes, éstas persistirán en su adhesión al líder exiliado, elaborando diversas prácticas y narrativas que permitirán la cohesión de distintos grupos políticos en el entendimiento de que sin peronismo no hay revolución social posible en la Argentina. Y es en el plano del “rechazo”, de la exclusión o de la desautorización en donde, en

ciencias sociales y las humanidades escindidas de objetivos políticos explícitos recién se consolida en nuestro país en 1984.

distintas ocasiones, se ponen en escena iniciativas creativas para seguir concibiendo al peronismo como una doctrina de liberación nacional.

Una cuarta cuestión a tener en cuenta refiere a la dificultad historiográfica para considerar a los peronistas como intelectuales, más aún a los que se presentaban en sociedad como “peronistas y marxistas”.³ Considero que esa dificultad se explica, en parte, por la persistencia de identificar a la izquierda peronista dentro de la órbita de la izquierda nacional, homologando ambas identificaciones, cuando los referentes de cada una de esas tradiciones, si bien podían compartir ámbitos de sociabilidad política e intelectual, perseguían y militaban proyecciones políticas bastante disímiles.⁴ Lo cual no implica negar contactos y líneas de convergencias de distintos referentes de la IP con militantes de las izquierdas disidentes desde mediados de los 50, estudiados por Herrera (2016), Tortti (2009), Rot (2016) y Mangiantini (2018), entre otros, sino intentar cubrir una vacancia historiográfica en relación a cómo repensó el peronismo un sector de ese hemisferio durante la proscripción.

Lo cual nos introduce a una quinta cuestión, que refiere a la habitualidad historiográfica de pensar la permanencia de la identidad peronista en esos años en términos de “estructura de sentimiento” dando por sentado un *ser y estar* en el peronismo que la evidencia empírica muestra problemática y conflictiva. La utilización de una categoría analítica como un insumo descriptivo ha conllevado a dar como dada la identidad peronista durante los primeros años de la proscripción. Abordajes de este tipo obturan la posibilidad de interrogarnos acerca de cómo la crisis política iniciada en 1955, prolongada durante dieciocho años, intervino en la reconfiguración identitaria de un sector del heterogéneo movimiento.

No obstante, es preciso señalar que se ha configurado un campo específico de estudios sobre la izquierda peronista. El trabajo pionero de Germán Gil (1989) examinó la evolución del signifiante peronismo situándolo en su contexto de emergencia y evaluando las múltiples determinaciones que lo atravesaron en su conformación ideológica. Richard Gillespie (2008), Lucas Lanusse (2010) y Julieta Bartoletti (2011) han explorado el proceso formativo de la organización armada Montoneros; Esteban Campos (2016) y Daniela Slipak (2015) han analizado la

3. Una cuestión similar ha planteado Guillermo Korn (2018) para el periodo 1945-1955.

4. Esas divergencias fueron públicas en los debates de la época como, por ejemplo, los que se presentan en el semanario *El popular*, en el que Hernández Arregui rechazaba cualquier tipo de homologación con los juicios políticos e históricos realizados por Jorge Abelardo Ramos. Véase Hernández Arregui, “Doble enfoque sobre la izquierda nacional”, *El popular*, n°10, 17 de noviembre de 1960, p. 10.

configuración identitaria de esta organización a través de sus órganos de prensa. Los trabajos de Daniel James (1990), Juan Bozza (2001) y Marcelo Raimundo (2001) reconstruyen el contexto histórico en el que se reelaboraron las prácticas políticas de la izquierda peronista. Sin embargo, carecemos de un abordaje de historia intelectual que permita acceder a las transformaciones ideológicas y conceptuales que produjo un sector del peronismo durante la proscripción.

De allí que convenga explicitar la especificidad de la izquierda peronista y examinar su proceso formativo prestando especial atención al contexto de emergencia y desarrollo de una forma de entender el peronismo, distinta al período 1945-1955. La disputa por los sentidos y las formas que debía adoptar el peronismo estuvo signada por la prohibición legal de su existencia. Desde entonces, se dinamizaron distintas estrategias de visibilidad y cohesión política no sólo para dirimir rivalidades hacia el interior del movimiento, sino también para movilizar adhesiones, presentar alternativas políticas que, incluso, pudieron ser disímiles a los planes de Perón en el ejercicio de un liderazgo remoto, amenazado permanentemente por la dispersión de sus referentes y la dilución de su dominio sobre la conducción local.

Durante los dieciocho años que duró la proscripción emergieron formas de “ser” y actuar en el peronismo condicionadas por un contexto continuamente transformado por los avatares de la coyuntura política local e internacional. Esto incidió en la paulatina configuración de la izquierda peronista como cultura política, atravesada por la necesidad de distintos actores por gestionar y mantener adhesiones para sus proyecciones políticas. En su interior se gestaron símbolos e ideas tendientes a legitimar nuevos espacios de poder dentro del movimiento. Esto no implicó la “virtualidad” de la izquierda peronista, sino que, por el contrario, fue intrínseco a su devenir activo y militante en relación con una nueva comprensión del fenómeno, que fue mutando en función de las necesidades de los actores por sostener sus posiciones y proyecciones sobre la fuerza política proscripita.

En ese sentido, las disputas por la vigencia del peronismo, pero sobre todo por el ejercicio del poder al interior del movimiento, no se iniciaron en 1966 o en 1973, sino que atravesaron toda su historia. Las pujas por el poder de mando en el interior del movimiento se potenciaron con la finalización abrupta del gobierno de Perón. Estas disputas no sólo expresaron distintas estrategias políticas, sino también tensiones por quién ostentaba mayor capital simbólico y político para conducir las cuerdas del heterogéneo movimiento. Tales fricciones expresaban la situación de tensión permanente entre distintos liderazgos que incidieron en el proceso formativo de la izquierda peronista como cultura política.

En el transcurrir de los dieciocho años, esas tensiones se manifestaron

de distinta manera potenciando, por momentos, determinados liderazgos en detrimento de otros. En ese juego de tensiones, los actores emprendieron distintas acciones para mantener su vigencia política, e incluso intentar construir alternativas de poder cuando los canales tradicionales o instituidos para imponer sus posiciones estuvieron vedados.

Al estudiar los textos de Cooke (Caruso, 2017), Eguren (Caruso, en prensa) y Hernández Arregui (Caruso, 2019a), puede advertirse que la introducción del lenguaje marxista no solo tenía una función ideológica, sino también práctica y “posicional” respecto a otros peronistas y a las distintas formaciones de izquierda que, luego de 1955, pero sobre todo luego de la “traición de Frondizi”, disputaban con el peronismo la representación de los sectores populares que persistían en su adhesión al movimiento proscripto. Es decir, la introducción del marxismo en el peronismo no sólo se debió a su vinculación con referentes de las izquierdas, sino que fue también tramitada por intelectuales peronistas en función de su necesidad de intervenir en las discusiones políticas de la época para reafirmar el carácter revolucionario del peronismo y sus posiciones, dentro y fuera del Movimiento. Justamente, como el peronismo fue concebido por los peronistas como una fuerza revolucionaria desde su emergencia en la escena pública, durante los primeros años de la proscripción comenzó a tramarse una discursividad política que fue condensando, a lo largo de dieciocho años, una promesa de transformación económica social revolucionaria que, a su vez, actuaba como umbral de diferenciación respecto de otros sectores del peronismo y de las izquierdas.

En ese contexto, distintos actores desarrollaron prácticas e ideas que le dieron sentido a un conjunto de prescripciones políticas que diferenciaran a la IP de otras izquierdas. En primer lugar, el reconocimiento de la soberanía política del peronismo sobre cualquier otro proyecto de transformación político-social. Los usos del marxismo tramados desde la IP son del orden de la praxis contra la “derecha burocratizada” del Movimiento. Su verdad reside en reexaminar la gesta del líder exiliado a través de distintas herramientas teórico-conceptuales provenientes del legado marxista que permitieron la reformulación del peronismo como una doctrina de la liberación nacional anticapitalista.

Las convergencias y líneas de fuga de esa comunidad de sentido pueden advertirse no sólo en distintas publicaciones y emprendimientos de la IP, sino también en las prácticas e ideas que desarrollaron distintos actores interpelados por el “núcleo duro” de significaciones y principios que le dieron sentido a esa cultura política. Nos referimos a un conjunto de prescripciones políticas que diferenciaran a la IP de otras izquierdas.⁵

5. En particular, con la denominada izquierda nacional de los 60. Es habitual en-

Asimismo, es necesario aclarar una cuestión más en relación con la noción de IP. Si bien la denominación “Peronismo Revolucionario” fue utilizada por distintos actores durante el período que aborda este trabajo, la misma no da cuenta de la magnitud de las mutaciones ideológicas, políticas y discursivas que se dieron en el interior del peronismo en las décadas del 60 y 70. Más aún si observamos que esta fuerza política se consideraba a sí misma revolucionaria desde el mismo momento de su emergencia, y que incluso durante las décadas que aborda esta indagación los sectores más ortodoxos del movimiento ensalzaban el carácter revolucionario del peronismo (Besoky, 2016). Para estos últimos, la gesta por hacer era la de forjar las condiciones para el retorno de Perón al poder, y así continuar con la transformación peronista interrumpida por el golpe de Estado de septiembre de 1955. Sin embargo, desde ese momento, comenzaron a estructurarse nuevas formas de entender el contenido revolucionario del peronismo en función de la realización de un socialismo nacional sólo edificable desde el seno del Movimiento proscrito, sin que ello conllevara a la reedición de las iniciativas del primer peronismo.

Al respecto, es preciso considerar que entre 1955 y 1973 distintos referentes intelectuales –aunque no únicamente ellos– incidieron en la elaboración de distintas prácticas, ideas y símbolos que posibilitaron concebir al peronismo como una doctrina de liberación nacional anticapitalista. De allí que sólo algunos años después de la Revolución Cubana, de manera heterogénea, comience a formularse la noción de izquierda peronista como categoría nativa (Acha, Campos, Caruso y Vigo, 2017). Esta concepción discute con una narrativa “nativa” (de la ortodoxia o derecha peronista) acerca de la IP como formación política no obrera, de clase media o intelectual-universitaria, porque si bien esos elementos de clase están presentes en su formación, se desarrollaron en interacciones de clase múltiples en las que los sindicatos y activistas obreros no estuvieron ausentes.

Los intelectuales, junto con otros sectores del movimiento peronista, formularon los principios políticos e ideológicos que nutrieron y guiaron el accionar del ala izquierda del peronismo como respuesta a la proscripción en 1955. Durante dieciocho años, los integrantes de la izquierda

contrar en la bibliografía referida a las izquierdas de los 60 y 70 la homologación de las interpretaciones de Jorge Abelardo Ramos con las de Cooke, a quienes algunos autores los emparentan dentro de la Izquierda Nacional. Sin embargo, un análisis exhaustivo de sus propuestas políticas pone en evidencia los disensos que los separan. Los referentes de la izquierda nacional se conciben a sí mismos siempre desde el exterior del peronismo, al que conciben como una experiencia de nacionalización de la clase obrera en lucha contra el imperialismo alienante desde la primacía teórica del marxismo.

peronista examinaron los problemas internos del movimiento peronista que posibilitaron el derrocamiento de Perón y la continuidad de la prohibición de esta fuerza política. Los diagnósticos sobre las limitaciones y disputas internas del peronismo, junto con las condiciones políticas impuestas por los gobiernos democráticos y de facto que gobernaron la Argentina durante el período, condujeron a la reelaboración de una cultura política peronista a través de la adopción de premisas ideológico-políticas marxistas (en algunos casos no sin dosis de crítica), con el fin de crear las condiciones que posibilitaran el retorno al poder del líder depuesto y, con él, lograr la consumación de la “revolución nacional” anticapitalista.

Puntos de llegada

En relación con lo anterior, resulta significativo el recorrido político e intelectual transitado por John William Cooke. Desde su actividad parlamentaria durante el primer peronismo, su rol en la comandancia del peronismo local en el período inicial de la proscripción y las discrepancias con Perón acerca del rumbo que debía de adoptar el movimiento prohibido, se advierte la intención de fundamentar su posición siempre en tensión con otros liderazgos. En esos contextos críticos Cooke tramó nuevos entendimientos para concebir al peronismo como un movimiento de liberación nacional. La experiencia cubana, de la cual fue testigo y participante, no sólo le brindó un marco para pensar nuevas maneras de intervención política a través de la lucha armada, sino también novedosos andamiajes discursivos para evaluar las causas que habían determinado el fin de la experiencia peronista en el poder del Estado. La imposibilidad de reeditar la alianza democrático-burguesa del período 1945-1955 ponía en evidencia las limitaciones de esa estrategia para enfrentar los peligros que significaban el capital monopólico en el país. La defensa de la nación y de las clases populares, por la que pugnaba el peronismo, sólo podría imponerse a través de la lucha insurreccional que erradicara las formas capitalistas de producción.

Desde la perspectiva de Cooke, la identificación de las burocracias políticas y sindicales que actuaban en el interior del Movimiento habían provocado el fin del gobierno de Perón. De allí que demandara una actualización doctrinaria, que purgara a las conducciones claudicantes y que evitara el desfase del peronismo respecto de los problemas que afectaban a la sociedad argentina durante la década del 60. Esa reformulación doctrinaria por la que clamaba el ex delegado de Perón no debía realizarse en cualquier dirección, sino que debía orientarse en el marco de los postulados teóricos del marxismo. La obra de Marx señalaba que “el capital” y sus reglas dominan por completo cualquier

entendimiento sobre los destinos de las naciones. Dicho entendimiento deviene de la advertencia acerca de la potencialidad revolucionaria del peronismo en tanto encarnación de la nación y del sentir del pueblo oprimido. Su defensa y su triunfo demandaba una definición ideológica y estratégica como movimiento de liberación nacional anticapitalista. Esto, a su vez, significaba una potencial amenaza para el orden que se expresaba en la continuidad de la proscripción. Las prohibiciones que recaían sobre el peronismo y un Estado cada vez más violento con aquellas fracciones del peronismo y del movimiento obrero que resistían los intentos de integración al sistema político-institucional daban cuenta de la potencial amenaza que significaban las fuerzas populares. La toma del poder en términos revolucionarios sólo se podría efectuar a través del peronismo proscripto, única fuerza política con capacidad de movilizar y conducir a las masas. El déficit del movimiento estaba en sus conducciones, por lo cual también era preciso formar cuadros revolucionarios que desplazaran a las dirigencias burocráticas para emprender el camino insurreccional.

Si bien la actuación política de Cooke hacia el interior del peronismo fue marginal durante este período, su legado intelectual nutrió los derroteros políticos de nuevas camadas de militantes peronistas. Su esfuerzo teórico y político no se redujo al ámbito del peronismo, sino que intentó interpelar a otros actores. Particularmente, a aquellos que se autopercebían revolucionarios y defensores de los intereses nacionales, para advertirles que el peronismo era el vehículo a través del cual se expresaba el pueblo en su lucha por la liberación.

En ese sentido, la empresa historiográfica iniciada por Juan José Hernández Arregui, continuada por Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, forjó una *renarración* de la historia efectiva al brindar una lectura del pasado nacional que resituaba al peronismo como continuidad histórica de la expresión política de las gestas populares. Asimismo, Hernández Arregui habilitó un contexto que permitió otorgarle inteligibilidad a su manera de entender el peronismo: “Soy peronista porque soy marxista”, decía a principios de los años 60,⁶ y en ese decir, inauguró una formulación que creció en visibilidad y contundencia en el transcurso de los dieciocho años en los que el peronismo estuvo proscripto. La difusión de estas premisas a lo largo de la década del 60 se observó en las colaboraciones realizadas en distintas revistas políticas de la época, en las polémicas que entablaron con distintos referentes de la historiografía revisionista, pero también en los emprendimientos editoriales autogestivos que llevaron adelante con el objeto de dar a conocer

6. Hernández Arregui, “Doble enfoque sobre la izquierda nacional”, *El popular*, n°10, 17 de noviembre de 1960, p. 10

su reinterpretación del pasado nacional. Crearon, junto a otros actores, un espacio para su realización intelectual a través de la relectura que realizaron del peronismo y de la historia nacional.

En esa línea se destacan los semanarios *18 de marzo* y *Compañero* de Mario Valotta.⁷ En estas publicaciones se fue construyendo una “peronicidad” particular en un contexto político marcado no sólo por las prohibiciones vigentes para el peronismo,⁸ sino también por las disputas internas que atravesó el movimiento en el contexto de reorganización partidaria ordenado por Perón en 1963.⁹ En esa coyuntura, se difundieron de marcas de autoridad, símbolos y referencias tendientes a afirmar una forma específica de comprender la pertenencia al peronismo, ponderando a las bases peronistas como sujeto de la liberación nacional por hacer. Esta concepción se basaba en la potencialidad transformadora de los trabajadores y trabajadoras argentinos que habían creado el peronismo. Dentro de este entendimiento, resultaba imprescindible que fuera esclarecida su centralidad en el proceso revolucionario. La exhortación permanente a la “rebelión de las bases”, estructurada ideológicamente en torno al decálogo obrero de Huerta Grande, precisaba de conducciones adecuadas para la toma del poder. La confianza que, en un primer momento, estos semanarios depositaron en el liderazgo de Framini comenzó a ser cuestionado luego de que su proceder fuera considerado zigzagueante ante el aumento de la injerencia del vandomismo en los órganos de conducción del peronismo local. En ese contexto, los cuadros intermedios del sindicalismo combativo, sobre todo los del interior del país, fueron ponderados como potenciales impulsores de las tendencias revolucionarias que anidaban en el peronismo.¹⁰

Asimismo, la lectura de *Compañero* posibilita observar las manifestaciones de descontento de los y las militantes “de a pie” frente a los liderazgos peronistas locales. La publicación de cartas de lectores en las que eran evaluados los resultados del proceso eleccionario de 1963 y el proceder de los referentes políticos del Movimiento dio visibilidad a voces

7. Estas publicaciones, dirigidas por Mario Valotta entre 1962 y 1964, alcanzaron tiradas superiores a los 30.000 ejemplares por número. Además, contaba con un grupo de prestigiosos colaboradores como Rogelio García Lupo, Pedro Barraza, Julio Notta, Álvaro Abós, German Rozenmacher, Ricardo Carpani, Juan José Hernández Arregui, Rodolfo Ortega Peña y Eduardo Luis Duhalde, entre otros.

8. Por peronicidad nos referimos a las maneras situadas en las que los actores desplegaron enunciados para probar su condición de peronistas. Lo cual requería que estos fueran “interpretables, comprensibles, inteligibles para otros actores dedicados ellos también a producir de manera exitosa su condición de peronistas” (Garzón Rogé, 2017).

9. Sobre la relevancia del proceso de reorganización partidaria véase Smulovitz (1988).

10. Un análisis pormenorizado de estas publicaciones se encuentra en Caruso (2019b).

que pensaron al peronismo como una fuerza de liberación política y social que no podía ser contenida dentro de la institucionalidad burguesa.

El análisis de la trayectoria sindical y política de Raimundo Ongaro permite recuperar la dimensión intelectual de este referente de la izquierda peronista, y problematizar las relaciones entre intelectuales y clase obrera. Éstas, habitualmente, han sido tematizadas o abordadas desde una posición en la que se pondera la intención de los “intelectuales” comprendidos desde la exterioridad del mundo del trabajo y de la clase obrera, de influenciar el accionar de los trabajadores en torno a proyecciones políticas que le son ajenas. En general, las tesis sobre el “entrismo” que intelectuales y políticos radicalizados realizaron durante los 60 y 70, además de concluir sobre la inoperatividad de esta práctica, terminan enfatizando –implícitamente– la pasividad de los y las trabajadores y su imposibilidad para pensar alternativas al orden de cosas imperante. Con esto no se busca poner en discusión el “entrismo” en sí, ni negar esa práctica. Interesa poner en cuestión el carácter pasivo de los trabajadores y las trabajadoras para resignificar sus propias vivencias.

De allí que la exploración de la actuación política, pero, sobre todo, intelectual, de Ongaro habilite nuevas perspectivas para analizar la gravitación de este referente del sindicalismo combativo. Más si tenemos en cuenta que ya en sus primeros escritos públicos presentó una reflexión sobre la explotación laboral y sus perjuicios para el bienestar obrero. El sindicato fue su espacio de aprendizaje y de reflexión. La preocupación por mejorar la vida de sus representados fue un primer incentivo para ganar la conducción de la Federación Gráfica Bonaerense, desde la cual fomentó la representación de base como modalidad antitética de las prácticas burocratizantes predominantes en el sindicalismo local. En marzo de 1968 esa prédica pareció ampliarse –desde el gremio hacia el conjunto de la sociedad–, a través de la CGT de los Argentinos (CGTA), impulsando la iniciativa de articular la “rebelión de las bases” en un frente civil de resistencia contra la opresión política y económica que impuso con violencia la dictadura de Onganía.

La clausura de la CGTA no impidió que la prédica de Ongaro continuara proyectándose sobre la sociedad argentina. No solamente en el plano político –estrechamente vinculado al peronismo de base–, sino también filosófico. Sus reflexiones sobre la explotación del sistema capitalista, sus alternativas y el rol que les correspondía a los y las trabajadoras en las luchas por hacer, abrieron un umbral de cognición en el que las bases obreras estaban en el centro de la escena como actores y promotores de su propia liberación.¹¹

La incidencia de Ongaro en el empoderamiento de las bases obreras,

11. He desarrollado esta cuestión en Caruso (2019c).

además de reposicionar el accionar político de los sindicatos en las gestas de la época, colaboró en la cristalización de una nueva forma de concebir el peronismo como una fuerza política anticapitalista más allá del ámbito sindical. También intentó influir y confluir con otros actores en un ámbito donde la izquierda peronista fue pensada y actuada como una doctrina de liberación. Sobre este último entendimiento Ongaro tuvo un lugar capilar, no sólo como tenaz disertante y difusor de nuevas formas de entender la actividad gremial, sino también como referente político e intelectual de las trabajadoras y trabajadores contra la opresión capitalista.

Otra referente fundamental de la izquierda peronista ha sido Alicia Eguren. El estudio de su devenir militante pone de manifiesto las dificultades que atravesó para construir su propio capital político en el interior del peronismo durante el período de la proscripción. Sus intentos por incidir en la resistencia peronista y en la reorganización de la rama femenina, a contrapelo de los lineamientos sostenidos por sus dirigentes tradicionales, se vieron mitigados por la autoridad de Perón. Las desavenencias de las luchas políticas en el interior del movimiento proscripto y, posteriormente, su activa participación en la experiencia cubana nutrieron sus expectativas de transformación social a través del movimiento peronista.¹²

Luego de su retorno a la Argentina en 1964 organizó junto a Cooke la agrupación Acción Revolucionaria Peronista, un espacio de militancia que sostuvo incluso ante el desencanto de la promesa que albergaba el retorno de Perón. Eguren se percibía a sí misma como la “madre” de la opción revolucionaria de nuevas camadas militantes. A raíz de ese alumbramiento, y de una tenaz lucha por su vigencia –que incluyó la organización y publicación de la correspondencia Perón-Cooke–, reclamó para sí un lugar de poder en el heterogéneo movimiento. Sus expectativas sobre el peronismo en el poder se fueron licuando en la medida en que el “mito” –como llamaba a Perón– parecía haberse escindido de sus bases, alejado de su pueblo y de todos y todas aquellas que, como ella, habían luchado de distintas maneras por la promesa que albergaba el regreso del general al país. Esos días felices, los de la expectativa, se volvían amargos en la medida en que “el Líder” se negaba a recibirla para escuchar las alternativas revolucionarias que Eguren había pergeñado a lo largo de dieciocho años. El despliegue de credenciales militantes

12. Alicia Eguren, “La revolución nacional cubana y la Argentina”, *El popular*, n° 9, Buenos Aires, 10 de noviembre de 1960, pp. 14-15. Un estudio exhaustivo de la trayectoria político-intelectual de Eguren durante el período de la proscripción al peronismo se encuentra en Caruso (en prensa).

pareció insuficiente ante el vacío que dejaba la ausencia de los gestos anhelados de Perón.

A principios de las décadas del 70, la noción de “socialismo nacional” resultaba nodal para muchos peronistas. No sólo para aquellos que integraban organizaciones armadas. Esta cuestión se advierte en las transcripciones de un ciclo de mesas redondas en las que sindicalistas combativos, referentes intelectuales y políticos de la izquierda peronista se reunieron para discutir en qué consistía el socialismo para el peronismo. Estas “Mesas redondas sobre socialismo nacional” se llevaron a cabo durante el mes de septiembre de 1972.¹³ La relevancia de este documento no sólo radica en que contiene un conjunto de pareceres que habitualmente no han sido suficientemente tenidos en cuenta en los trabajos sobre el período, sino que, además, estas intervenciones estuvieron condicionadas por la particularidad de un contexto político signado por la cercanía temporal con la masacre de Trelew y la crisis terminal que atravesaba la autodenominada “Revolución Argentina”.

En el marco de estas disertaciones se vertieron distintos pareceres acerca de las confluencias y desencuentros entre marxismo y peronismo. Las posiciones de distintas personalidades –de extracciones disímiles tanto profesionales como territoriales– respecto del peronismo como vehículo del socialismo nacional da cuenta de un entendimiento com-

13. “Mesas redondas sobre el socialismo nacional”, Buenos Aires, CIPLÉN, septiembre de 1972, Archivo Carpani, IIPC-Tarea, Unsam. El ciclo fue organizado por los “Centros Iberoamericanos para la Liberación Nacional” (CIPLÉN), una institución coordinada por Carlos Oscar Suárez y Juan José Hernández Arregui. Su realización se llevó a cabo en tres encuentros desarrollados en las sedes de tres sindicatos vinculados al sindicalismo combativo como la Federación Gráfica Bonaerense (FGB), el sindicato de empleados de Farmacia y el de telefónicos de la Capital Federal. En el primero de ellos, disertaron Carlos Suárez del Frente Peronista Octubre, Osvaldo Villafior por la FGB, Luis Tossi, como representante del Ateneo de Estudios Sociales, y Mario L. Aguirre, secretario general de ATE Rosario. El segundo encuentro contó con la participación de Juan Carlos Gené en representación de la Asociación Argentina de Actores; Roberto Digón, secretario general de la Asociación de Empleados del Tabaco seccional Capital; Jorge Di Pascuale, secretario general de la Asociación de Empleados de Farmacia (ADEF); Roberto Páez, por la Agrupación “Revolución Peronista”; Leandro Fote, dirigente gremial de la FOTIA (Federación Obrera de los Trabajadores de la Industria del Azúcar) Tucumán, y Jorge Cerletti, del periódico *Hacia el Socialismo Nacional*. En la última mesa participaron Juan José Hernández Arregui; Julio Guillán, secretario general de FOETRA; Luis Cerruti Costa, abogado laboralista y defensor de presos políticos; Ricardo Carpani, artista plástico, muralista y ensayista de temas políticos; Benito Romano, dirigente de la Coordinadora de ingenios cerrados de Tucumán, y directivo de la FOTIA en distintos períodos; Alfredo Carballeda, dirigente de la Agrupación “Lealtad y Soberanía del Peronismo Revolucionario”; y Tomás Saraví, representante de la “Agrupación de Periodistas Peronistas 26 de Enero”. Un análisis pormenorizado de estas discusiones se encuentra en Caruso (2019a).

partido respecto de la centralidad del movimiento proscrito en la transformación política y social del país. Cada uno de los expositores vinculó su experiencia militante con sus entendimientos sobre el socialismo y el peronismo, a la vez que desplegaron diversas síntesis interpretativas que condensaban nuevas conexiones entre dos postulados políticos que dos décadas atrás parecían no sólo irreconciliables, sino también antagónicas. Ese viejo antagonismo fue puesto en discusión en cada uno de estos encuentros e, incluso, llegó a preguntarse por qué los obreros argentinos reivindicaban al peronismo y no al marxismo como estandarte de liberación.

Los esfuerzos de los participantes en estas mesas de discusión estuvieron dirigidos a develar la amalgama de sentidos que contenía la izquierda peronista en su anhelo por el “socialismo nacional”. En esas intervenciones primó la necesidad de diferenciarse de las “burocracias” políticas y sindicales que transgredían sistemáticamente el contenido emancipador del Movimiento proscrito, pero también, de fundamentar sus propias aspiraciones de construcción de un poder popular que eliminara la explotación capitalista. Consideraban que los trabajadores argentinos en sus luchas por la vigencia del peronismo habían afirmado su percepción acerca de que, sin la erradicación de las normativas jurídicas e institucionales sobre las cuales el capitalismo sustentaba su reproducción, no podría lograrse la definitiva emancipación nacional que anhelaban.

Por otro lado, estas discusiones permitieron advertir cómo en el seno del movimiento fue reconsiderada la vigencia del peronismo como una fuerza de liberación nacional anticapitalista. Las experiencias militantes vivenciadas durante los dieciocho años de proscripción, junto con las limitaciones de la coyuntura política argentina y la existencia de un paradigma revolucionario para los países del Tercer Mundo, alimentaron las expectativas de transformación política y social que el peronismo debía realizar. Lo cual pone en tensión aquellas tesis que sostienen la “virtualidad” de la izquierda peronista en relación con la “materialidad” de las decisiones de Perón, que a su vez, evidenciaría el equívoco de concebir al peronismo como una expresión política de izquierda. Esas perspectivas pierden de vista las reelaboraciones creativas que distintos actores realizaron en su devenir militante durante los dieciocho años de la proscripción. Durante esas casi dos décadas, distintos referentes políticos e intelectuales crearon distintas maneras de entender el peronismo para fundamentar sus intenciones de transformación política y social en el país.

Reflexiones finales

Desde mediados de los años 50, en el interior del peronismo se tramaron nuevas claves de intelección para la recuperación del poder del Estado que incidió no sólo en las ideas, sino también en las prácticas desarrolladas por los referentes de la IP en pos de la consecución de sus anhelos de transformación política, económica y cultural. En el transcurrir de la proscripción, las experiencias intelectuales aquí estudiadas evidencian aportes de distinta índole que delinearón los márgenes de la izquierda peronista como cultura política. Es decir, recuperando una vez más los postulados de Sirinelli, “un conjunto de representaciones que cohesionan a un grupo humano en el plano político” en su entendimiento de que el peronismo expresaba los anhelos de liberación nacional de las mayorías oprimidas. Para su realización debía repensarse su doctrina a través del prisma del marxismo, no como entelequia teórica sino como expresión de las luchas que los y las peronistas vivenciaron durante los dieciocho años de proscripción. Además, la adopción de este lenguaje permitió reafirmar los balances sobre la derrota del 55 y diferenciar a las burocracias políticas y sindicales que transgredían el contenido emancipador y popular del peronismo.

La categoría de “productores culturales” resultó pertinente para reconsiderar las contribuciones de los referentes políticos e intelectuales analizados en la medida en que, cada uno de ellos, colaboró en la reelaboración del legado peronista como una fuerza de liberación nacional anticapitalista. Esa directriz se advierte desde los primeros años de la proscripción como un esfuerzo por diferenciar posiciones en el interior del movimiento y a la vez crear espacios de legitimidad política. Aunque su incidencia concreta en los espacios de decisión política del peronismo fue marginal, la influencia de sus ideas respecto a los cauces que debía adoptar el movimiento como fuerza de emancipación anticapitalista nutrió los imaginarios políticos de la época.

Durante la década de 1960 se articuló una profunda renovación simbólica del peronismo que difícilmente pueda ser comprendida dentro de los lineamientos de un “bloqueo tradicionalista” a un proceso de modernización cultural o a las necesidades insatisfechas de reconocimiento intelectual. Por el contrario, fueron las tensiones y disputas de la coyuntura política de la época las que delinearón los márgenes y los nudos argumentativos que posibilitaron la paulatina articulación de la IP como cultura política. Hacia fines de esa década ya existía un corpus de representaciones disponibles para expresar no solo una diversidad de experiencias, sino también de intelecciones para fundamentar la existencia de un peronismo atravesado por el tamiz teórico del marxismo.

Por otro lado, dejar de lado las premisas del paradigma “violentológi-

co” posibilitó apreciar la emergencia de diversas instancias de intervención política no reducibles a la primacía de la violencia revolucionaria. Las proyecciones que desarrollaron los actores analizados en este trabajo deben ser contempladas en el marco de la temporalidad que contienen los conceptos políticos en la modernidad. Los horizontes de expectativa que abrieron tanto el peronismo en el período de la proscripción como la revolución cubana alumbraron perspectivas de futuro en el que la liberación nacional parecía realizable.

Todo proyecto por hacer se mide en función de sus condiciones de posibilidad en el presente en el que se desarrollan. Ese futuro que habitamos ha juzgado esos convencimientos pasados como equivocados, errados, velados, autoengañosos en relación con unas expectativas de presente que no fueron las de los actores que estudiamos ¿Cómo hacer para comprender, en vez de juzgar aquello acontecido? La única respuesta a ese interrogante es la de tratar de entender, antes que enjuiciar, los anhelos de los hombres y mujeres del pasado por materializar sus ideas. Estas no han trascendido en soledad en el llano de la historia. Contuvieron un conjunto de rugosidades, contingencias y novedades que condicionaron sus opciones en el complicado e inestable devenir de sus propias elecciones.

Bibliografía

- Acha, Omar (2009), *Historia crítica de la historiografía argentina. Las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires: Prometeo.
- (2012), *Un revisionismo histórico de izquierda: y otros ensayos de política intelectual*, Buenos Aires: Herramienta.
- Acha, Omar, Esteban Campos, Valeria Caruso y Mariano Vigo (2017), “Izquierda peronista: una categoría útil para el análisis histórico”, *Historiografías, revista de historia y teoría*, n° 17, Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Barletta, Ana María y Laura Lenci (2000), “Politización de las ciencias sociales en Argentina. Incidencia de la revista *Antropología Tercer Mundo*”, *Sociohistórica: Cuadernos CISH*, n° 8.
- Barletta, Ana (2000), “Universidad y política: la «peronización» de los universitarios (1966-1973)”, *Pensamiento Universitario*, n° 9, UNQui.
- (2002), “Una izquierda peronista universitaria. Entre la demanda académica y la demanda política, 1968-1973”, *Prismas, Revista de historia intelectual*, n° 6.
- Bartoletti, Julieta (2011), *Montoneros: de la movilización a la organización*, Rosario: Laborde Libros.
- Bartolucci, Mónica (2006), “Juventud rebelde y peronistas con camisa. El clima cultural de una nueva generación durante el gobierno de Onganía”, *Estudios Sociales*, año 16.

- (2018), *La juventud maravillosa. La peronización y los orígenes de la violencia política, 1958-1972*, Buenos Aires: Eduntref.
- Bauman, Zygmunt (1995), *Legisladores e intérpretes*, Buenos Aires: UNQui.
- Berstein, Serge (1999), “La cultura política”, en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, México: Taurus.
- Besoky, Juan Luis (2016), *La derecha peronista. Prácticas políticas y representaciones (1943-1976)*, tesis de doctorado: Universidad Nacional de La Plata.
- Bourdieu, Pierre (2002), “Campo intelectual y proyecto creador”, *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*, Buenos Aires: Montessor.
- Bozza, Juan (2001), “El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969”, *Sociohistórica*, n° 9-10.
- Campos, Esteban (2016), *Cristianismo y revolución. El origen de Montoneros*, Buenos Aires: Edhasa.
- Carassai, Sebastián (2013), *Los años setenta de la gente común. La naturalización de la violencia*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Caruso, Valeria (2017), “La forja de la izquierda peronista como cultura política a través de la trayectoria de John W. Cooke”, *Páginas*, revista digital de la Escuela de Historia.
- (2019a), “Intelectuales e izquierda peronista: sus relaciones con la universidad y el movimiento obrero. 1955-1973”, tesis de doctorado, FFyL-UBA.
- (2019b), “Derivas de la izquierda peronista a través de las lecturas de *18 de marzo* y *Compañero*”, *Avances del Cesor* (en prensa).
- (2019c), “Raimundo Ongaro, un intelectual para la liberación de las bases”, *Claves. Revista de Historia*, vol. 5, n° 8, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República.
- (en prensa), “Del nacionalismo a los cauces de la izquierda peronista: Un recorrido posible por la trayectoria política e intelectual de Alicia Eguren durante el período de proscripción del peronismo”, *Izquierdas*.
- Cristá, Moira (2016), *Imaginaire péroniste. Esthétique d'un discours politique (1966-1976)*, Rennes: Presses Universitaires de Rennes.
- De Diego, José (2000), *¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986)*, La Plata: Al Margen.
- Friedemann, Sergio (2018), “La izquierda peronista de los años 60 como fenómeno argentino de la nueva izquierda”, *Tempo e Argumento*, vol. 20, n° 24.
- Garzón Rogé, Mariana (2017), “Un espécimen peronista. Pruebas de identidad y modos prácticos de ser en el primer peronismo”, *Pilquen*, vol. 20, n° 4.
- Gil, Germán (1989), *La izquierda peronista (1955-1974)*, Buenos Aires: CEAL.
- Gillespie, Richard (2008), *Soldados de Perón. Historia crítica sobre los Montoneros*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Gilman, Claudia (2003), *Entre la pluma y el fusil. Debates y dilemas del escritor revolucionario en América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI.

- Georgieff, Guillermina (2016), *Nación y revolución: Itinerarios de una controversia en Argentina 1960-1970*, Buenos Aires: Prometeo.
- Herrera, Carlos (2016), *¿Adiós al proletariado? El Partido Socialista bajo el peronismo (1945-1955)*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Hilb, Claudia y Daniel Lutzky (1984), *La nueva izquierda en Argentina: 1960-1980. Política y violencia*, Buenos Aires: CEAL.
- James, Daniel (1990), *Resistencia e integración: el peronismo y la clase trabajadora argentina, 1946-1976*, Buenos Aires: Sudamericana.
- Korn, Guillermo (2018), *Hijos del pueblo. Intelectuales peronistas: de la internacional a la marcha*, Buenos Aires: Las Cuarenta.
- Lanusse, Lucas (2010), *Montoneros. El mito de sus doce fundadores*, Buenos Aires: Zeta.
- Longoni, Ana (2014), *Vanguardia y revolución. Arte e izquierdas en la Argentina de los sesenta-setenta*, Buenos Aires: Ariel.
- Longoni, Ana y Mariano Mestman (1999), "Vanguardia y revolución. Acciones y definiciones por una «nueva estética»", en Alfredo Pucciarelli (ed.), *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la nueva Izquierda en tiempos del GAN*, Buenos Aires: Eudeba.
- (2008), *Del Di Tella a "Tucumán Arde". Vanguardia artística y política en el 68 argentino*, Buenos Aires: Eudeba.
- Mangiantini, Martín (2018), *Itinerarios militantes. Del Partido Revolucionario de los Trabajadores al Partido Socialista de los Trabajadores (1965-1976)*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- Manzano, Valeria (2010), "Juventud y modernización sociocultural en la argentina de los sesenta", *Desarrollo Económico*, vol. 50, n° 199.
- (2017), *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Mestman, Mariano (1993), "Aproximaciones a una experiencia de cine militante (Argentina, 1968-1973)", en AA.VV., *Arte y poder*, V Jornadas de Teoría e Historia de las Artes, Buenos Aires, Centro Argentino de investigadores de las Artes, FFyL, UBA.
- (1997), "Semana CGT. Rodolfo Walsh, periodismo y clase obrera", *Causas y Azares*, n° 4.
- (2008), "Raros e inéditos del Grupo Cine Liberación", *Sociedad*, n° 27.
- Ollier, María Matilde (1986), *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*, Buenos Aires: CEAL.
- (1989), *Orden, poder y violencia*, Buenos Aires: CEAL.
- Raimundo, Marcelo (2001), "Compañero y los orígenes del Peronismo Revolucionario", *Sociohistórica*, n° 8, Universidad Nacional de La Plata.
- Rot, Gabriel (2016), *Itinerarios revolucionarios. Eduardo L. Duhalde - Haroldo Logiurato. De la resistencia peronista al partido revolucionario de los obreros argentinos*, Buenos Aires: De la Campana.
- Sartre, Jean-Paul (1981), *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires: Losada.
- Sigal, Silvia (2001), *Intelectuales y poder en la década del sesenta*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

- Sirinelli, Jean-François (1999), "Las elites culturales", en Jean-Pierre Rioux y Jean-François Sirinelli, *Para una historia cultural*, México: Taurus.
- Skinner, Quentin (2000), "Significado y comprensión en la historia de las ideas políticas", *Prismas: revista de historia intelectual*, n° 4.
- Slipak, Daniela (2015), *Las revistas montoneras. Cómo la organización construyó su identidad a través de sus publicaciones*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Smulovitz, Catalina (1988), "Crónica de un final anunciado: las elecciones de marzo de 1962", *Desarrollo Económico*, vol. 28, n° 109.
- Terán, Oscar (1991), *Nuestros años sesenta. La formación de la nueva izquierda intelectual argentina*, Buenos Aires: Puntosur.
- (2008), *Historia de las ideas en la Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980*, Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Tortti, María Cristina (2009), *El "viejo" partido socialista y los orígenes de la "nueva" izquierda*, Buenos Aires: Prometeo.
- Vezzetti, Hugo (2002), *Pasado y presente. Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- (2009), *Sobre la violencia revolucionaria. Memorias y olvidos*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- Williams, Raymond (1994), *Sociología de la cultura*, Barcelona: Paidós.

El Partido Comunista argentino y sus organizaciones de masas en relación con el movimiento de derechos humanos

Marianela Scocco

(UNR / ISHIR - Conicet)
maria_nob4@hotmail.com

Title: The Partido Comunista of Argentina and its mass organizations in relation to the human rights movement

Resumen: Tradicionalmente los estudios referidos al movimiento de derechos humanos argentino se centraron sobre un conjunto de organizaciones que resistieron a la última dictadura militar (1976-1983), desvinculadas de las luchas políticas del pasado. En este artículo examino las estrategias que tomó el Partido Comunista argentino y sus organizaciones de masas –la Liga Argentina por los Derechos del Hombre y la Unión de Mujeres Argentinas– frente a la represión de la última dictadura militar (1976-1983) y los vínculos que generó con el movimiento de derechos humanos, como espacio político de referencia. En esta ocasión, se puso especial atención en el espacio regional de la provincia de Santa Fe, particularmente en Rosario.

Palabras clave: represión – Partido Comunista argentino – organizaciones de masas – movimiento de derechos humanos

Abstract: Traditionally, the studies referring to the Argentine human rights movement focused on a group of organizations that resisted the last military dictatorship (1976-1983), detached from the political struggles of the past. In this article I examine the strategies adopted by the Argentine Communist Party and its mass organizations –the Argentine League for Human Rights and the Union of Argentine Women– in the face of the repression of the last military dictatorship (1976-1983) and the links that it generated with the human rights movement, as a political space of reference. On this occasion, special attention was paid to the regional space of the province of Santa Fe, particularly in Rosario.

Keywords: repression – Partido Comunista of Argentina – mass organizations – human rights movement

Recepción: 10 de diciembre de 2018. **Aceptación:** 10 de agosto de 2019.

Introducción

En la década de 1970 en Argentina, junto al surgimiento de diversas organizaciones político-militares, hubo también distintas organizaciones políticas de izquierda que discutieron y rechazaron explícitamente la estrategia de la lucha armada. En este artículo examino las estrategias que tomó uno de esos partidos políticos de la izquierda no armada –el Partido Comunista argentino (PC)– y sus organizaciones de masas –la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH) y la Unión de Mujeres Argentinas (UMA)– frente a la represión de la última dictadura militar (1976-1983) y los vínculos que generó con el Movimiento de Derechos Humanos (MDH), como espacio político de referencia. Este partido, por su larga historia, es uno de los más trabajados por la historiografía. En esta ocasión, se puso especial atención en el espacio regional de la provincia de Santa Fe, particularmente en la ciudad de Rosario.

La vinculación de los partidos políticos con el MDH representa una deuda historiográfica que recientemente ha comenzado a ser indagada, aunque todavía en forma parcial. Luciano Alonso (2017) sostiene que una de las vacancias en el estudio de las luchas por los derechos humanos desplegadas contra la última dictadura militar argentina es el papel de las izquierdas peronistas y marxistas en la conformación de las agrupaciones de derechos humanos, advirtiendo que, además del PC, que fue el más estudiado, otras organizaciones partidarias incentivaron la reunión de afectados para organizar la defensa o la denuncia, les proveyeron de recursos materiales y lugares, les ofrecieron contactos y/o disponían la intervención de militantes en las actividades de los organismos de derechos humanos.

La magnitud de la represión desatada por la última dictadura significó un cambio en la lucha por los derechos humanos y las entidades que se conformaron con dicha bandera lo hicieron ya no como frentes de derechos humanos de organizaciones partidarias sino como organismos donde los derechos humanos aparecían como el elemento principal (y no como un frente más de lucha), con su consiguiente instalación en tanto reclamo universal. Como sostiene Alonso (2017: 100-101), muchos de los integrantes del MDH “compartían un imaginario liberal-democrático o comunista que era crítico respecto de las acciones guerrilleras, sea por convencimiento de las virtudes republicanas, sea por la crítica a la sobrevaloración del elemento subjetivo en la tradición leninista”. Una crítica a la lucha armada puede encontrarse tanto en el acta constitutiva de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH) como en los posicionamientos de la LADH y del PC. Esto también queda insinuado en la participación en el movimiento, aunque esporádica, de otros

partidos que no adherían a la lucha armada, como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST) y el Partido Comunista Revolucionario (PCR).

Florencia Osuna (2015) afirma que es posible encontrar en algunos pocos trabajos un análisis de los discursos que grupos como el PST, el PCR y el PC desarrollaron frente al golpe del 24 de marzo de 1976, sobre el gobierno de Jorge Rafael Videla y algunos indicios de las actitudes frente a la guerra de Malvinas. En general, con la excepción del libro de Natalia Casola (2015) sobre el PC, estos estudios solo reparan en las percepciones y posiciones que los partidos construyeron sobre algunos elementos muy puntuales del proceso histórico. Entre las deudas, para la autora, se encuentra la vinculación de estos partidos políticos con la cuestión de los derechos humanos. Para Casola (2011), en algunos trabajos sobre el MDH en Argentina, que se nutrieron de los enfoques teóricos sobre movimientos sociales provenientes fundamentalmente de Europa, está soslayada la experiencia que los militantes de diversas organizaciones aportaron a la organización del movimiento de denuncia. El encuadre en dichas teorías ha impedido indagar más sobre las disputas por las distintas orientaciones políticas que representaban la alianza entre diferentes actores, entre ellos algunos partidos políticos y sectores de la Iglesia, dentro del MDH.

Por último, el establecimiento de una lista de ocho organismos que adquirió características canónicas y que constituirían el MDH en Argentina, ha dificultado pensar la participación en el movimiento social de otros grupos de diversas adscripciones que actuaron en la defensa de los derechos humanos en la última dictadura militar (Alonso, 2014a). Un ejemplo de ello es la UMA, que en algunas ciudades del país prestó una importante colaboración en la denuncia por los desaparecidos y en la organización de los familiares de los represaliados en plena dictadura.

En este artículo, como anticipo, considero la vinculación del MDH con las organizaciones de masas del PC. Una de las fuentes utilizadas, además del análisis de la prensa escrita, son los informes y memorándum de la Dirección General de Informaciones (DGI) de la provincia de Santa Fe y, en menor medida, de la Dirección Inteligencia de la Policía de la provincia de Buenos Aires (DIPBA). Estas fuentes muestran una sostenida vigilancia sobre el PC y sus organizaciones de masas en general pero especialmente en el ámbito provincial, lo que me lleva a indagar –aunque de manera exploratoria– la particularidad local tanto del partido como de los servicios de inteligencia. Por otro lado, incorporo al análisis una entrevista clave que realicé a Carlos Ochoa, historiador y militante de la LADH, quien hizo un trabajo pionero sobre los comienzos de los organismos de derechos humanos de Rosario (Ochoa, 2012; una versión anterior de este trabajo fue publicada en 1997) y además

aportó a esta investigación con el importante corpus documental que pertenece a su archivo personal.

La razón por la que utilizo fuentes de inteligencia para mirar las estrategias que construyó un partido para enfrentar la represión tiene que ver con la dificultad, al menos por el momento, de acceder a fuentes del propio partido a nivel regional. Advertir aquí el problema de la escasez de fuentes específicas interesa porque de ello se desprende, en cierta medida, la manera de militar de este partido, que concentraba la mayoría de su producción en Buenos Aires y/o que no se preocupó por construir un archivo local propio. La entrevista a un protagonista clave, por otro lado, permite detectar la intervención del partido en el MDH rosarino, al tiempo que posibilitó el acceso a los únicos documentos propios hallados hasta aquí.

La Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH) y la Unión de Mujeres Argentinas (UMA)

Si bien la historiografía del MDH ha reconocido la trayectoria de la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (LADH) como antecedente de este movimiento, también ha insistido con la idea de un “vacío” de organización en los años previos a la dictadura de 1976-1983. Sin embargo, es un hecho que la LADH fue el organismo más antiguo en la defensa de las personas represaliadas.

La LADH fue fundada el 20 de diciembre de 1937 en el marco de la creación, en el período 1930-1955, de la mayoría de los aparatos coercitivos y represivos especializados con que contó el Estado nacional durante todo el siglo XX. Integrada principalmente por miembros del PC, también se compuso con otros participantes, que no necesariamente estaban afiliados al partido.

En la década de 1930, la LADH se convirtió en refugio para perseguidos políticos y espacio de contención para los familiares de detenidos. Sin embargo, hacia mediados de la década de 1950 su composición interna fue variando hasta perder su impronta pluralista y tener mayor notoriedad los dirigentes provenientes del PC (Vecchioli, 2007).

En la ciudad de Rosario, el 17 de junio de 1955, con anterioridad al golpe que derrocó a Perón, la policía detuvo, torturó e hizo desaparecer a Juan Ingallinella, médico y dirigente del PC en la provincia de Santa Fe. Se lo reconoce como el primer caso de desaparición en Argentina. La LADH contribuyó a la movilización por la aparición del cadáver de Ingallinella. Los abogados de la LADH, Guillermo Kehoe y Alberto Jaime, también fueron detenidos y torturados en la Jefatura de Rosario y fueron quienes participaron del equipo jurídico que llevó adelante el caso Ingallinella, aunque nunca apareció su cuerpo. A partir del golpe

de 1955, en Rosario se confeccionaron más de 1.200 *habeas corpus*,¹ en su gran mayoría vinculados a la represión de obreros peronistas. Fueron presentados con el patrocinio de la LADH a través de sus abogados (Ochoa, 2012).

Para quienes se iniciaron en la defensa de presos políticos y sociales en las décadas del 50 y del 60, los vínculos con colegas referentes políticos resultaron esenciales y encontraron en la Comisión Jurídica del PC y en la LADH no sólo un espacio de militancia sino además, y fundamentalmente, un mundo de saberes y experiencias que los formarían y orientarían en sus prácticas profesionales (Bacci, Carnovale y Oberti, 2010).

En Buenos Aires, la mayoría de los presos políticos miembros de las organizaciones armadas fueron defendidos por los abogados de la Gremial,² que no fue integrada por los letrados comunistas. Este hecho se relaciona, por un lado, con el posicionamiento crítico que asumió el PC en relación con la lucha armada³ y, por otro, con el hecho de que las distintas expresiones de la nueva izquierda pertenecían o se encontraban de alguna manera representadas en la Gremial. Bacci, Carnovale y Oberti (2010: 26) sostienen que “es plausible pensar que en el interior del país las circunstancias y las urgencias ofrecieran menos alternativas o permitieran ciertas contemplaciones”. En Rosario, esos presos fueron defendidos por los abogados nucleados alrededor de la Agrupación de Abogados de Rosario (AAR) (Bereciartúa, 2013).⁴ Los abogados del PC no adhirieron a la AAR pero la LADH participaba de la mayoría de las actividades que realizaron las agrupaciones de abogados. En todo caso, el apoyo por parte de la LADH se hacía sin adherir a la lucha armada o sin defender directamente presos involucrados en ella.

Por otro lado, mucho menos conocida es la participación en el MDH de la Unión de Mujeres Argentinas (UMA) en algunas ciudades del país, ya que la lista canonizada de ocho organismos de derechos humanos a nivel “nacional” no la incluye. Había nacido en Argentina el 17 de julio de 1947 y en 1949 ingresó como miembro de la Federación Democráti-

1. Este es un dato importante porque muestra que había un repertorio de lucha anterior a 1976 que luego proveyó de las primeras herramientas a los familiares de detenidos-desaparecidos.

2. La Asociación Gremial de Abogados (AGA), gestada a mediados de 1971, estaba exclusivamente integrada por profesionales del derecho y se conformó en contraposición con los organismos profesionales que agrupaban a los abogados de la Capital Federal, que se negaban a asumir la defensa de los presos políticos. Ver Chama (2010).

3. Para ver más acerca de la postura del PC sobre la lucha armada ver Prado Acosta (2014) y Rot (2006).

4. También funcionó en la ciudad el cuerpo de profesionales de CGT de los Argentinos, que compartía algunos integrantes con la AAR.

ca Internacional de Mujeres (FDIM) con sede central en Berlín oriental (Casola, 2015).⁵ En 1963 se la incluyó dentro del decreto-ley 4.214 que ilegalizaba al PC. En octubre de 1972 realizó un congreso en la ciudad de Santa Fe, que incluía en su temario “el respeto por los derechos humanos”.⁶ Según la propia entidad, para 1976 contaban con más de 200 filiales en casi todas las provincias.⁷

En Rosario tenían su local en la calle Maipú 1124, siendo su presidenta María Muñoz de Cerro, vicepresidenta María Severo de Gómez y secretaria Susana Osés, a su vez pareja de Rubén “Tito” Messiez, militante del PC, desaparecido el 22 de agosto de 1977 en Rosario.

El PC frente a la última dictadura militar (1976-1983)

Ahora bien, en cuanto a la visión y el posicionamiento del PC frente a la última dictadura militar, tras el golpe de Estado, éste decidió mantener y reforzar la propuesta que venía desarrollando desde 1975 de llamar a la conformación de un gobierno de coalición cívico militar para poner límite al ascenso del llamado “pinochetismo”.⁸ El PC consideraba que Videla encarnaba las posturas “profesionalistas” dentro de las Fuerzas Armadas. Como sostiene Casola (2010: 140):

Aunque el golpe no era recibido como una buena noticia, consideraban que la situación anterior debía concluir de algún modo, y que el arribo de Videla a la conducción de la Junta Militar no representaba la salida más temida. Si bien la suspensión de las actividades políticas era vista con preocupación, por el momento, el principal peligro seguía siendo la consumación de un «golpe» de los militares llamados «pinochetistas». Estos últi-

5. Para un mayor información sobre el surgimiento de la UMA, ver Valobra (2005).

6. Informe de la Delegación Rosario de la DGI, 8 de noviembre de 1976, Caja 58, APMSF.

7. Revista *Aquí Nosotras*, N° 63, septiembre-octubre de 1976, p. 2. Informe “UMA”, DGI, Caja 460, Legajo 2, APMSF. *Aquí Nosotras* era la publicación oficial de la UMA. El primer número de la revista apareció en 1964 (Casola, 2010).

8. Hace referencia a los sectores ultraderechistas dentro de las Fuerzas Armadas, identificados con el dictador chileno Pinochet. Casola demuestra que la distinción entre “pinochetistas” y “moderados” no era un patrimonio exclusivo del PC. Ver Casola (2016). Rot también sostiene que “tras el golpe de 1976, la dirección del PC siguió hallando aliento para diferenciar militares «pinochetistas» y «democráticos» o institucionalistas, en una aberración política apañada en el incremento del comercio de la dictadura con la Unión Soviética y en una cierta connivencia en foros internacionales en los que la URSS, y aun los cubanos, no condenaron a la dictadura de Videla” (Rot, 2006: 25).

mos anidaban en la Marina y en algunos sectores del Ejército como en el III Cuerpo, dirigido por Luciano Benjamín Menéndez, con centro en la provincia de Córdoba, en conjunción con las bandas paraestatales de derecha que venían actuando a su libre albedrío desde fines de 1973.

En la visión del PC, quienes conspiraban contra el gobierno contribuían a imponer un régimen pinochetista.

Siguiendo a Casola, la expectativa generada al interior del partido en el sector encabezado por Videla fue alimentada por el mantenimiento de su legalidad y por la actitud parcialmente abierta adoptada por el gobierno en relación a la Unión Soviética, con quien mantenía relaciones comerciales. La apertura política en el plano internacional y el pragmatismo económico que asumiría la Junta Militar implicaba una ruptura respecto de los cánones impuestos por la Guerra Fría. Esto fue leído por los comunistas como un rasgo de progresismo que la diferenciaba de las dictaduras anteriores que los habían perseguido categóricamente. Por ello, frente a esta evaluación, adoptaron la estrategia política de luchar por los presos y los desaparecidos sin luchar abiertamente contra el régimen militar.

En junio de 1976, la Junta Militar dictó las leyes 21.322 y 21.325 que disolvían y/o declaraban ilegales numerosas organizaciones políticas, sindicales, estudiantiles y profesionales. No obstante, el tradicional PC no fue incluido. Eso permitió que su dirección continuara moviéndose con cierta legalidad y sus dirigentes hasta tuvieran espacio para hacer gestiones y presentaciones. El mantenimiento de la legalidad del partido consistió en mantener los locales y, frente a una posible detención, no ocultar la pertenencia al PC. Sin embargo, contra todos los pronósticos, esa política condujo a que las medidas de seguridad interna del partido se relajaran, facilitando la represión sobre sus militantes.⁹ Como sostiene Águila (2009: 14):

A los comunistas les afectaron las restricciones a la actividad partidaria y sufrieron el cierre o allanamiento de algunos de sus locales (como sucedió, por ejemplo, en Rosario),¹⁰ la

9. Es conocida la lista de 154 de sus militantes que fueron secuestrados y continúan desaparecidos (Casola, 2015).

10. Por entonces el PC en Rosario tenía su sede en Saavedra 667. En marzo había sufrido un atentado que destruyó la parte central del edificio. Memorandum n° 3004, 16 de marzo de 1976, Policía de la Provincia de Santa Fe, Caja 50, APMSF. Además, el PC tenía y tuvo durante toda la dictadura un local en el centro, en calle Mitre al 700. El día del golpe ese local fue allanado (Águila, 2009).

persecución de militantes y afiliados y tuvieron un conjunto importante de presos y desaparecidos por la represión estatal.

Dos años más tarde de las leyes mencionadas, el 2 de junio de 1978, la Ley 21.325 amplió la proscripción y declaró disueltas más organizaciones políticas, estudiantiles, gremiales y de derechos humanos. En esta última también se incluía a la LADH, que quedó ilegalizada. En agosto de ese año, probablemente debido a tal decreto, la Junta Ejecutiva Nacional de la LADH envió una carta a todas sus filiales donde se anunciaba que tenía un plan de construir 100 filiales.¹¹

De esta forma, el PC constituyó la única organización política de importancia declaradamente marxista que no fue prohibida. Sin embargo, esta línea partidaria coexistió con la participación en prácticas de oposición de su militancia. Tras el golpe de Estado, un sector de su militancia fue volcado a las “organizaciones de masas”.

Las “organizaciones de masas” y su participación en la defensa de los derechos humanos

Las “organizaciones de masas” orientadas por el PC crecieron en el contexto de la Segunda Guerra Mundial y replicaron la política impulsada desde la Unión Soviética de construcción de espacios amplios que aspiraran a convertirse en referencia para el progresismo mundial (Casola, 2015). Estas funcionaban como instancias de incorporación de militantes pero también eran los enlaces entre el partido y otros espacios. De estas organizaciones, la LADH y UMA fueron las más importantes.

Las acciones de la LADH no pueden ser completamente reducidas a las líneas del PC, pero sus tendencias eran dominantes. Como sostiene Mauricio Chama (2014: 112), la LADH “representaba el organismo con mayor trayectoria pública y grado de institucionalización en la asistencia jurídica y solidaridad con los presos políticos y sus familiares, así como también en la labor de denuncia contra procedimientos represivos estatales”.

Como una muestra del seguimiento y la concepción que tenían los servicios de inteligencia sobre la LADH, interesa resaltar un informe de la DIPBA,¹² de junio de 1979, el cual sostenía que “todavía hoy actúan dentro de su ámbito, personas de otras extracciones políticas, pero

11. En la misma también se sugería llamar a los familiares a prestar una colaboración más estrecha en el desarrollo de las Comisiones de Familiares. Carta de la Junta Ejecutiva Nacional de LADH, agosto de 1978. Archivo personal de Carlos Ochoa.

12. Marengo sostiene que la DIPBA desde 1955 amplió su persecución del PC en todo aquello considerado “colateral” al partido, donde se estipulaban sectores como

esto no impide de ninguna manera que las actividades de la LADH estén dirigidas por elementos pertenecientes al PC, los que son sin duda gran mayoría”.¹³ En el mismo informe, la DIPBA afirmaba que con la cobertura de la LADH, el PC realizaba un “reclutamiento de afiliados” y “propagando política”, que alcanzaba de manera especial a los familiares de detenidos y desaparecidos: “La Liga trabaja a nivel político con familiares de detenidos y desaparecidos, con el rótulo de «solidaridad», la cual se manifiesta por la «preocupación», que la LADH presta a esos familiares, en lo que se refiere a su situación jurídica y económica”.¹⁴ El informe indicaba que la LADH obraba también en colaboración con otros organismos nacionales e internacionales, entre los cuales mencionaba a la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH).¹⁵ Finalmente, especificaba el trabajo de las filiales, que eran promovidas en otras ciudades de las provincias, así como en barrios, fábricas, etc.

Para el mismo año, una caracterización similar se hacía de la UMA en un informe de la DGI de la provincia de Santa Fe, que la describía como “una organización internacional, reconocida y adherida a organismos de esta naturaleza, no proscripta y cuenta en nuestro medio [Rosario] con un local habilitado”.¹⁶ El seguimiento de los servicios de inteligencia de Santa Fe sobre esta organización se destaca en relación a otras, incluso la LADH, para la misma época. Esto se explica, en parte, por el trabajo de superficie que realizaban, al no estar proscripta, como dice la cita.

En este sentido, interesa analizar por qué los servicios de inteligencia santafesinos seguían poniendo su blanco sobre el PC durante la última dictadura. Puedo ensayar como respuesta que esto se debió a que estos servicios seguían pensando con la lógica de la Guerra Fría, donde el enemigo principal era el comunismo. Pero también es posible pensar que el seguimiento estuvo relacionado a que, como estos agrupamientos continuaron siendo legales, sus acciones eran más visibles y públicas, lo que facilitaba la obtención de información para una agencia de pocos recursos como era la DGI.¹⁷

el estudiantil, el agro, entidades barriales, culturales, sindicatos, la UMA, derechos humanos y sectores intelectuales (Marengo, 2015).

13. Informe Especial, Asunto “Liga Argentina por los derechos del hombre”, Div. C.R.E. Ext., DIPBA, 14 de junio de 1979, Mesa “D(s)”, Carpeta Varios, Legajo 14395, Sección “C”, N° 11808, Comisión Provincial por la Memoria, Provincia de Buenos, p. 2.

14. Ídem, p. 3.

15. Lo mismo ocurrió con la DGI, que con el tiempo también consideraba colaterales del PC a la APDH y Familiares.

16. Informe de la Delegación Rosario de la DGI, 14 de agosto de 1979, Caja 460, Legajo 2, APMSF.

17. La DGI dependía del gobierno provincial de Santa Fe. Era una agencia gubernamental.

Ahora bien, por distintas razones, la LADH aportó experiencia, trayectoria, continuidad, apoyo de abogados, etc., a un proceso que se iniciaba. En otras palabras, prestó una indiscutible contribución en la organización de los familiares de detenidos-desaparecidos durante la última dictadura. En muchas ciudades del país, incluyendo Rosario, las primeras actividades de los familiares fueron organizadas en función de las indicaciones dadas por la LADH.

Carlos Ochoa (2012) ha detectado que en Rosario, en los meses previos al golpe de Estado, la LADH se encontraba en estado de reconstrucción. En enero de 1976, la dirección de la LADH en el orden nacional convocó a Daniel Zapp,¹⁸ para ayudar a reconstruir la filial en dicha ciudad.

Mientras Zapp se dedicaba a buscar casa por casa a los familiares de detenidos-desaparecidos para ayudarlos a organizarse, paulatinamente muchos familiares comenzaron a seguir las recomendaciones de la LADH, en cuanto a la necesidad de presentar *habeas corpus* y comenzar a agruparse. El único sistema de difusión era boca a boca, la visita domiciliaria la mayoría de las veces protegidos por una cuota de clandestinidad. Cuando se terminaban las reuniones, los participantes debían hacer largos rodeos para evitar que fueran seguidos a sus domicilios particulares.

La presentación de *habeas corpus* perseguía el objetivo de motivar la acción de los tribunales y había sido uno de los repertorios utilizados en períodos anteriores al golpe de Estado. Para Ochoa, el pedido que se les hacía a los familiares de realización de *habeas corpus* también se requería como elemento para constatar la autenticidad de los familiares¹⁹ y como una cuestión de seguridad para el organismo.

La recomendación de la LADH local hacia los familiares en cuanto a la necesidad de empezar a agruparse se encontraba en sintonía con la línea nacional de la LADH y fue el criterio adoptado por Zapp, quien insistió para que cada organismo tuviera su independencia. De esta forma, la LADH promovió la formación de las filiales de la APDH²⁰ y,

mental no policial que se encargaba de recibir y remitir información a otras entidades. Para mayor información sobre la DGI, ver Águila (2013).

18. Secretario General de la filial de Rosario de la LADH entre 1976 y 1982.

19. Este principio de autenticidad de los familiares se encontraba ya en algunos agrupamientos surgidos en la década del 60. Ejemplo de ello es Cofade, que en su Declaración de Principios expresaba que “deben probar ser parientes cercanos de algún detenido político o gremial” (citado en Chama, 2014: 117). De todas formas, como ha mostrado Chama, la tensión entre posiciones defensivas no partidarias (de familiares) y partidarias se fue definiendo a favor de las segundas a mediados de la década de 1960. Finalmente, este principio se reinstaló con la última dictadura militar.

20. Para la fundación de la APDH en Rosario, ver Scocco (2016).

como veremos, de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas en Rosario.

En junio y diciembre de 1976 los miembros de la LADH de Rosario realizaron dos reuniones en hoteles céntricos de la ciudad. Allí ya denunciaban algunas detenciones, presentando los *habeas corpus* respectivos y reclamando por algunos locales partidarios allanados y saqueados. Con estas reuniones y con la participación de familiares de los represaliados y abogados comprometidos, identifico el comienzo de un período formativo del MDH en Rosario, donde la LADH ofreció la posibilidad de la constitución de organismos de carácter más amplios que aquellos surgidos en contextos represivos previos a la última dictadura militar.

Otro organismo que lateralmente abordó el tema de los derechos humanos ligado al PC fue la UMA. El 29 de mayo de 1976, la UMA filial Rosario enviaba una nota dirigida al Comando del II Cuerpo, Genaro Díaz Bessone, con la excusa de enviarle sus felicitaciones y saludos por el día del Ejército. Entre otras consideraciones, la nota señalaba su preocupación por la situación de los detenidos sin causa ni proceso y a disposición del PEN.²¹ En septiembre del mismo año, la delegación enviaba una carta, ahora al gobernador de la provincia, Jorge Desimone, en la cual lo invitaban a su Asamblea Provincial a realizarse en noviembre y también le solicitaban que interponga sus “buenos oficios” para contribuir a la pronta liberación de los ciudadanos presos sin causa ni proceso.²² Pocos días después, remitió otra carta al gobernador, esta vez “para ponerlo en conocimiento” de un procedimiento cumplido la noche del 19, en su sede central de calle Maipú 1124, “por personal de seguridad que manifestó actuar en base a órdenes del Comando del Cuerpo de Ejército II”. Además agregaba: “El hecho nos ha sorprendido por cuanto nuestra institución, como usted conoce, está plenamente encuadrada en las disposiciones vigentes”.²³

El 17 de octubre de 1977 la misma filial dirigió otra nota, esta vez al obispo de Rosario, exponiendo la situación de los hogares ante los casos de detenciones y desapariciones.²⁴ Asimismo, una delegación se presentó en el Comando del II Cuerpo de Ejército e hizo entrega de una petición por el mismo tema. Por otra parte, un informe del Ejército Argentino, afirmaba que “se tiene conocimiento que la presente agrupación

21. Revista *Aquí Nosotras*, n° 63, septiembre-octubre de 1976, p. 28.

22. Nota de la UMA, filial santafesina, al gobernador de la provincia, Jorge Desimone, 1 de septiembre de 1976. Informe “UMA”, DGI, Caja 460, Legajo 2, APMSF.

23. Nota de la UMA, filial santafesina, al gobernador de la provincia, Jorge Desimone, 21 de octubre de 1976. Informe “UMA”, DGI, Caja 460, Legajo 2, APMSF.

24. Informe de la DGI, 17 de noviembre de 1977, Caja 460, Legajo 2, y nota n° 1738 del D-2 de la Policía de la Provincia, 6 de diciembre de 1977, Caja 460, Legajo 2, APMSF.

se interesa por delincuentes subversivos detenidos (trato, comida, etc.), lo cual es explotado convenientemente, a los efectos de captar adeptos entre los familiares de estos”.²⁵

Este breve repaso de las diligencias que llevó a cabo esta entidad da cuenta de su compromiso en la denuncia por las violaciones a los derechos humanos en los primeros años de la dictadura. Sin embargo, también advierto cierto nivel de moderación del organismo e incluso de confianza en la relación establecida con las Fuerzas Armadas, particularmente con el Ejército.

Esto último no impidió la contribución de la UMA con el agrupamiento de los familiares de detenidos y desaparecidos en los primeros años de la dictadura, incluso con anterioridad a que la pareja de una de sus integrantes fuera afectada por la represión. Carlos Ochoa recuerda que, en esos primeros años, la UMA colaboró intensamente con los familiares, incluso cedió su local para reuniones, una de las cuales es recordada como la fundacional de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas de Rosario, el 15 de abril de 1977. “En ese momento, la que trabajaba mucho era la UMA, porque en ese momento, hasta que empezó Ricardone, era la gente del PC, los que empezaron eso, que le prestaban el local de UMA, que estaba Susana Osés, todavía a Tito no lo habían secuestrado”.²⁶

Según Fidel Toniolli, fundador de Familiares de Rosario, uno de los factores determinantes para que la LADH en Rosario se fijara como objetivo “aportar a la constitución en su jurisdicción de un movimiento de familiares que actuara con plena autonomía” (Toniolli, 1999) fue el hecho ocurrido en Buenos Aires en la sede nacional de la LADH, en donde un agrupamiento integrado exclusivamente por familiares de las víctimas de la represión venía desarrollando un dinámico y permanente accionar en favor de la búsqueda de sus seres queridos, que desembocó en la constitución de Familiares de Desaparecidos y Detenidos por Razones Políticas en septiembre de 1976.

Toniolli relataba la formación de Familiares de Rosario de la siguiente manera:

Con el entonces Secretario General del antes citado organismo [LADH] Daniel Zapp, previo a la convocatoria de los familiares, viajamos a Buenos Aires con vista a lograr un amplio asesoramiento en el mismo escenario y con los propios protagonistas de las experiencias de los familiares que residían

25. Informe Ejército Argentino n° 0016/268, 24 de noviembre de 1977, Caja 460, Legajo 2, APMSF.

26. Entrevista a Carlos Ochoa, LADH y APDH, Rosario, 15 de diciembre de 2016.

allí. [...] Algunos familiares convocamos a una Asamblea de Familiares para dejar formalmente constituido dicho agrupamiento, fijándose como fecha de la convocatoria el día 15 de abril de 1977, a las 19 horas y el lugar Maipú 1124, planta alta, que la Liga compartía con la Unión de Mujeres Argentinas (UMA). (Toniolli, 1999)²⁷

En 1978 la LADH le cede un espacio a Familiares para reunirse. Era en una vieja casona de la cortada Ricardone n° 58, en el centro de la ciudad, donde se encontraba el local de la LADH. Este local es, hasta la actualidad, el más recordado por el MDH rosarino al momento de conmemorar su historia, ya que a partir de allí el movimiento alcanzó mayor grado de organización.

Para el año 1980, en Rosario la LADH ya había perdido cierto protagonismo o influencia en el reclamo por los derechos humanos y el rol de organismo coordinador que había tenido en los primeros años de la dictadura, que comenzó a ocupar la APDH. Al mismo tiempo, la LADH mantenía su renuencia a realizar actividades más confrontativas, por lo que se negó a participar de las marchas por la vida y de la resistencia realizadas simultáneamente en Buenos Aires y Rosario en 1982. Proponía actividades más moderadas como sacar solicitada en los diarios (Scocco, 2018). Esto se debía a la consecuencia de la evaluación y la estrategia política del PC: luchar por los presos y los desaparecidos sin luchar contra el régimen militar.²⁸ Según Casola (2015), la política de la LADH puede conceptualizarse como de organización sin confrontación, ya que, entre otras cosas, la LADH ocultaba la responsabilidad de los militares en las desapariciones y esa fue una de las mayores causas de pérdida de combatividad.

En 1982 Daniel Zapp dejó su cargo como secretario general de la filial de Rosario de la LADH, que fue ocupado por José Luis Bazán. Todo el trabajo llevado a cabo mientras fue secretario deja de manifiesto el lugar central que ocupó la LADH local como entidad coordinadora de los familiares y allegados. No obstante, al tiempo que crecía la centralidad de Familiares de Detenidos y Desaparecidos de Rosario y la APDH, la LADH fue perdiendo preponderancia, lo que significaba un reflejo de lo que ocurría a nivel nacional.

27. Para un análisis exhaustivo de la constitución de Familiares de Rosario, ver Scocco (2018).

28. Para un mayor desarrollo del PC rosarino en la década del 80, ver Bona (2018).

Las acciones del PC frente a la represión

El mantenimiento de la legalidad le dio al PC la posibilidad de realizar presentaciones ante diferentes organismos públicos firmadas por los propios apoderados que podían hacer uso de la personería jurídica. Además, en todas las provincias, delegaciones comunistas pudieron presentarse habitualmente en los cuarteles militares y dependencias oficiales para reclamar cuando un militante se encontraba desaparecido, preso o había sido cesanteado. Por otra parte, aconsejaban a los familiares que aclararan que el represaliado pertenecía al PC, porque si eran comunistas y no tenían vinculación con la guerrilla serían puestos en libertad (Casola, 2015).

Prueba de lo anterior fueron las diligencias llevadas a cabo a partir de la desaparición de Messiez. Rubén “Tito” Messiez fue secuestrado el 22 de agosto de 1977 en pleno centro de Rosario mientras cumplía misiones relacionadas con sus responsabilidades en el aparato de propaganda del PC.²⁹ Sus camaradas del Comité Central del PC denunciaron su desaparición ante el II Cuerpo de Ejército.³⁰ Hugo Ojeda, secretario general, y el abogado Alberto Jaime, apoderado, suministraron información sobre el secuestro al coronel Gazari Barroso.³¹ Su hermano, Oscar Messiez, realizó la presentación de *habeas corpus*, al tiempo que enviaba telegramas al presidente de la Nación, al Ministro del Interior y al Comandante del II Cuerpo, “solicitando intervención tendiente a asegurar la aparición e integridad física de Messiez”.³²

Simultáneamente, comenzaron las actividades públicas en reclamo por la aparición de Messiez. Los servicios de inteligencia marcaron algunas de ellas organizadas por la UMA que, recordemos, tenía como secretaria a Susana Osés, pareja de Tito.

Es difícil rastrear en la prensa de los primeros meses de 1976 notas con respecto a secuestros y desapariciones en el ámbito local. No aparecen referencias a estos casos, excepto algunos aislados, hasta el

29. Tito Messiez ya había estado detenido en Tucumán durante la dictadura de Onganía y luego había sufrido un ataque en la vivienda familiar en Rosario durante el gobierno de Isabel Perón. De las causas judiciales se desprende que Messiez fue llevado al centro clandestino de detención “La Calamita”, en la localidad de Granadero Baigorria. “El juicio Guerrieri II ventiló la desaparición de Tito Messiez”, diario *La Capital*, 27 de Septiembre de 2013.

30. Los mismos hicieron la denuncia en la Conadep. Legajo de Conadep n° 1999. Su caso fue tratado en la causa 48.169. Galtieri fue indultado por su asesinato.

31. “A cinco años de la desaparición de Tito Messiez”, diario *La Tribuna*, 21 de agosto de 1982.

32. “Hábeas corpus para dos desaparecidos”, diario *La Capital*, y “Habeas Corpus”, diario *La Tribuna*, ambas del 31 de agosto de 1977.

año siguiente, cuando la desaparición sistemática de personas era un hecho incontrastable. A principios de 1977 hubo algunas noticias a nivel nacional sobre secuestros que fueron publicadas incluso en la prensa local. Si bien, como sostiene Laura Luciani (2007), las desapariciones no pasaban desapercibidas para los medios, quedaba un manto de duda sobre cómo se producían y por qué, como sucedía al menos desde 1974 en adelante. La primera noticia de resonancia relacionada a desapariciones de personas a nivel local fue a partir del secuestro de Messiez. En este caso las notas referidas a su desaparición se mantuvieron como constante durante el resto del año 77 y parte del 78 e incluso una solicitada de un familiar por primera vez se difundió en los medios, como la que publicó su pareja Susana Osés el 30 de septiembre de 1977.³³ Desde entonces, Osés realizó distintas diligencias para encontrarlo y año tras año publicó una solicitada en los diarios para recordarlo.³⁴ Posiblemente la repercusión del caso se debió a las presiones que el PC impuso para la mediatización del hecho.

Luciani (2007) sostiene que el caso Messiez constituyó una bisagra en el tratamiento de los desaparecidos en la prensa local, que a partir de ese momento tuvieron más espacio en los medios gráficos. Así, por ejemplo, hubo una primera nota en términos colectivos publicada en el diario *La Capital* donde también se mencionaba el caso de Messiez.³⁵

Según Casola (2015), la estrategia de reconocer la pertenencia al PC con frecuencia fue exitosa y varios casos dan cuenta de ocasiones en que las delegaciones del partido consiguieron revertir situaciones represivas. No obstante, la preservación de los militantes también dependía de la predisposición de las fuerzas militares locales.

En esta sintonía puede pensarse otro caso resonante en Rosario, el de Sergio Schilmann, también militante del PC, secuestrado en la noche del 22 de agosto de 1979 y liberado el 28 del mismo mes. El caso fue relevante porque, tras haber sido ferozmente torturado, fue llevado ante un juez que no tomó en consideración sus denuncias por torturas. Luego de ser trasladado al mismo lugar de detención, el Servicio de Informaciones (SI) de la Policía de Rosario, fue visitado por dos médicos y luego liberado. Es probable que estos acontecimientos –la entrevista con el juez, la visita de los médicos y la posterior liberación– fueran resultado de las diligencias llevadas a cabo por el PC. Los abogados

33. “Solicitada ¿dónde está Rubén Messiez?”, diario *La Tribuna*, 3 de octubre de 1977.

34. Casola (2015) analiza varios casos de militantes del PC secuestrados que presentan similitudes con el caso de Messiez en cuanto a la participación del partido en las denuncias y a las expresiones de los familiares en los comunicados públicos.

35. “Presentación por varios desaparecidos”, diario *La Capital*, 13 de septiembre de 1977.

de Sergio Schilman lograron que por este caso visitara Rosario la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH),³⁶ que llegó en septiembre de ese año.³⁷

Al día siguiente del secuestro de Schilman, fue prohibida una concentración programada por la LADH en la que Daniel Zapp pensaba hacer entrega de un documento al II Cuerpo. El 25 se arrojaron en Rosario volantes titulados: “Messiez debe aparecer sano y salvo”. El 20 de septiembre el padre de Schilman mediante un comunicado de prensa informaba que había dado a conocer a la CIDH la situación de su hijo. Todo ello se reseñaba en un informe de la DGI sobre las actividades del PC en la provincia, lo que da cuenta del seguimiento exhaustivo que se hacía del partido a pesar de continuar legalizado.³⁸

En 1980 fueron arrojados en el centro de Rosario panfletos titulados “Solicitamos la libertad de Enzo Tossi”.³⁹ Tossi había sido secuestrado el 13 de noviembre de 1976, alojado en el SI y luego puesto a disposición del PEN.⁴⁰ Como también era militante del PC, podemos deducir que estos volantes hayan sido distribuidos por el partido.

Los tres casos mencionados –Messiez, Schilman y Tossi– demuestran que el PC se movilizaba y reclamaba públicamente por sus afiliados detenidos y/o desaparecidos,⁴¹ al tiempo que realizaba diligencias privadas con distintas instituciones gubernamentales.

36. En ocasión de la visita de la CIDH, el PC denunciaba el asesinato de 25 militantes y el secuestro de más de 500 afiliados, de los cuales 105 continuaban desaparecidos (Casola, 2015).

37. El Informe de la CIDH publicado en 1980 hizo pública la situación de Sergio Hugo Schilman con el Caso N° 4674.

38. Informe de Inteligencia. Asunto “Accionar del Partido Comunista en la provincia de Santa Fe (últimos 6 meses)”. 01-V-79 04-XI-79, 16 de noviembre de 1979. Cajo 407B, APMSF. Como anticipé, prácticamente la misma exploración se hacía con la UMA. Prueba de ello es un informe en el cual, tras mencionarla, se aclaraba: “de quien ya hablamos en repetidas oportunidades”, Panorama semanal de la jurisdicción n° 9, DGI, Caja 182, Legajo 7, APMSF.

39. Parte de Inteligencia diario n° 4171/80, del 13 al 14 de noviembre de 1980, D-2, Policía de Santa Fe, Cajo 50. APMSF.

40. Enzo Tossi transitó las cárceles de Coronda, Caseros y La Plata desde donde salió en libertad a fines de 1981.

41. En Buenos Aires, el reclamo fue incluso más explícito, evocando su posición política frente al régimen. Casola cita una declaración pública donde el PC peticionaba por sus militantes represaliados y afirmaba: “De más está señalar que la línea política fijada por el Partido Comunista ante el pronunciamiento militar del 24 de marzo de 1976 es absolutamente clara y coherente y, consecuentemente, que cada uno de sus afiliados ha aceptado y respetado. [...] Es así que podemos afirmar con toda responsabilidad, que los hechos ocurridos con afiliados del Partido Comunista y de su Federación Juvenil, como también contra sus bienes materiales, no han alterado nuestro

Ahora bien, por otro lado, el PC seguía sosteniendo que existían “sectores terroristas” por fuera del gobierno militar, a quienes responsabilizaba de algunos atentados sufridos por sus afiliados. En nuestro ámbito, esto se evidenció en una solicitada publicada por reconocidos abogados del PC de la provincia de Santa Fe que denunciaban que cuando el presidente de la Nación anunciaba la convocatoria a un diálogo político, “desde sectores seguramente interesados en hacer fracasar dichos propósitos [...] se impulsa un recrudecimiento terrorista, dirigido en primer lugar contra afiliados del Partido Comunista”. Entre las “víctimas de esa escalada terrorista” se encontraba Daniel Zapp por dos veces consecutivas.⁴² Afirmaban que se trataba de “desestabilizar” al gobierno y de “hacer fracasar los propósitos de establecer un diálogo”, máxime cuando estaba próxima la visita de la CIDH. En la misma solicitada, sin embargo, sostenían que “Los comunistas seguirán defendiendo su convicción [...] por la libertad de los presos políticos sin causa ni proceso; por el esclarecimiento de la situación de los desaparecidos; porque se ponga fin al terrorismo”.⁴³

A modo de cierre

Investigaciones recientes sobre el MDH en Argentina han comenzado a indagar la vinculación de algunos partidos políticos con la lucha por los derechos humanos, especialmente aquellos de izquierda que no optaron por la opción armada, poniendo en cuestión cierto solapamiento de la experiencia que los militantes de diversas organizaciones aportaron a la organización del movimiento de denuncia. Este artículo se inscribe en esa línea.

La escala local confirma la teoría acerca de que la política del PC frente a la dictadura fue la de organizar a los familiares de detenidos y desaparecidos pero sin confrontar abiertamente con el gobierno militar. Dicha política les reportó además cierta capacidad para interceder por

enfoque global del conjunto de los problemas nacionales”. Al momento de realizar la denuncia manifestaban contar con 173 detenciones y 69 afiliados desaparecidos. Comunicado de prensa, 8 de junio de 1977, en *Resoluciones y Declaraciones. Año 1976/1977*, Buenos Aires, Fundamentos, 1978, p. 56 (citado en Casola, 2016: 53).

42. Según Ochoa, Daniel Zapp sufrió dos atentados en su domicilio, el primero el 28 de febrero de 1977 y el segundo el 17 de octubre del mismo año, este último destruyó el frente de su casa. Ese mismo día la UMA había enviado una nota al obispo Bolatti y Familiares presentaba un petitorio al II Cuerpo de Ejército.

43. Solicitada “Detener el terrorismo para establecer la convivencia pacífica y democrática entre los argentinos”, *El Litoral*, Rosario, 28 de marzo de 1979, archivo de Carlos Ochoa.

la vida de muchos de sus militantes, aunque no siempre pudieron evitar las detenciones o desapariciones.

La faz pública y reconocida del PC durante la última dictadura militar, que fue posible por el mantenimiento de su legalidad, se complementó con el trabajo de la UMA y la LADH, que además de las denuncias y reclamos se ocuparon de promover la creación de organismos de carácter más amplio que aquellos surgidos en contextos represivos previos. Principalmente la LADH logró, bajo una nueva modalidad de represión, colaborar activamente en la organización de nuevos reclamos que significaron un cambio en la lucha por los derechos humanos, ya no como frentes partidarios sino como organismos que hicieron de su defensa la bandera principal, con la consiguiente instalación de ella en tanto reclamo universal.

De ello da cuenta el impulso, en Rosario, de la UMA y la LADH en la creación de Familiares de Detenidos y Desaparecidos por Razones Políticas de dicha ciudad. Este organismo evidenció un salto cualitativo en términos organizativos y de visibilidad del reclamo cuando se trasladó al espacio cedido por la LADH en su local en el año 1978. Lo que demuestra para Rosario la postura de la LADH en todo el país: que pese a la autonomización de algunos grupos como Familiares, siempre estimuló la acción coordinada de los organismos de derechos humanos. Pero también interesa resaltar la participación de la UMA en contribución con el MDH, menos referenciada a nivel nacional pero de una importante colaboración en la organización de la denuncia por los desaparecidos, al menos, en la ciudad de Rosario, siendo incluso su local el lugar donde se produjo la formalización de Familiares.

Por último, las fuentes de inteligencia muestran una sostenida vigilancia sobre el PC y sus organizaciones de masas. Esto se debió a que estos servicios seguían pensando con la lógica de la Guerra Fría donde el enemigo era el comunismo. Pero la particularidad local posiblemente está dada en que la persecución estuvo relacionada con que, como estos agrupamientos continuaron siendo legales, sus acciones eran visibles y públicas, lo que facilitaba el seguimiento y la obtención de información.

Pese a la advertencia de que restan formular y responder otras preguntas en las que se podría avanzar en trabajos futuros –pues se trata de un estudio exploratorio–, el aporte del texto consiste en reafirmar la política del PC de organizar a los familiares en la escala local pero de importancia nacional como la ciudad de Rosario.

Bibliografía

- Águila, Gabriela (2009), “El Partido Comunista argentino entre la dictadura y la transición democrática (1976-1986)”, *Revista de Historia Actual*, n° 6, pp. 1-25.
- (2013), “Las tramas represivas: continuidades y discontinuidades en un estudio de caso. La Dirección General de Informaciones de la Provincia de Santa Fe, 1966-1991”, *Sociohistórica*, n° 31, pp. 1-26.
- Alonso, Luciano (2014), “El estudio de las luchas pro derechos humanos en Argentina: problemas de enfoque en torno a la categoría de movimiento social”, en P. Flier (comp.), *Dilemas, apuestas y reflexiones teórico-metodológicas para los abordajes en Historia Reciente*, La Plata: Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación.
- (2017), “Terror de Estado y luchas pro derechos humanos en Argentina: las dimensiones ocluidas”, *Ayer*, vol. 107, n° 3, pp. 99-124.
- Bacci, Claudia, Vera Carnovale y Alejandra Oberti (2010), *Abogados, derecho y política*, Buenos Aires: Memoria Abierta.
- Bereciartúa, Leticia (2013), *Abogados y defensas políticas 1968-1973*, tesis de licenciatura inédita, UNR.
- Bona, Victoria (2018), “El «viraje» en la memoria de los comunistas rosarinos, 1984-1987”, *Estudios del ISHiR*, n° 21, pp. 84-116.
- Casola, Natalia (2010), “Cuando lo «nuevo» es tan «viejo» como «nuevo» lo «viejo». El movimiento de derechos humanos durante la última dictadura militar en Argentina. El papel del Partido Comunista de Argentina y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre (1976-1983)”, *Historia Oral*, vol. 13, n° 2, pp. 137-155.
- (2011), “Apuntes para una historia política de los derechos humanos en Argentina: El caso del Partido Comunista y la Liga Argentina por los Derechos del Hombre durante la última dictadura militar”, *Actas del IV Seminario Internacional de Políticas de la Memoria*, Buenos Aires.
- (2015), *El PC argentino y la dictadura militar. Militancia, estrategia política y represión estatal*, Buenos Aires: Imago Mundi.
- (2016), “El Partido Comunista argentino y la última dictadura militar. La cuestión de la legalidad”, *Contracorriente*, vol. 13, n° 2, pp. 37-69.
- Chama, Mauricio (2010), “La defensa de presos políticos a comienzos de los 70: ejercicio profesional, derecho y política”, *Cuadernos de Antropología Social*, n° 32, pp. 195-217.
- (2014), “Activismo social, militancia política y radicalización de los años sesenta. La experiencia de la Comisión de Familiares de Detenidos (Cofade)”, en María Cristina Tortti (dir.), *La nueva izquierda argentina (1955-1976). Socialismo, peronismo y revolución*, Rosario: Prohistoria.
- Luciani, Laura (2007), *Entre el consenso, la censura y el silencio*, tesis de licenciatura, Universidad Nacional de Rosario.
- Marengo, María Eugenia (2015), *Lo aparente como real: Un análisis del sujeto “comunista” en la creación y consolidación del servicio de inteli-*

- gencia de la policía de la Provincia de Buenos Aires*, La Plata: Memoria Académica-UNLP.
- Ochoa, Carlos (2012), “Ricardone 58. Historia de las entidades de Derechos Humanos en Rosario (1976-1983)”, *Jornadas de Historia Social Regional*, Villa Constitución.
- (1997), “Historia de las entidades de derechos humanos en Rosario (1973-1983)”, en Irma Antoniazzi y Rosa Ferrer, *Argentina, raíces históricas del presente*, Rosario: UNR.
- Osuna, Florencia (2015), *De la revolución socialista a la revolución democrática: las prácticas políticas del Partido Socialista de los Trabajadores-Movimiento al Socialismo durante la última dictadura, 1976-1983*, La Plata-Los Polvorines-Posadas: UNLP-UNGS-UNM.
- Prado Acosta, Laura (2014), “El Partido Comunista argentino y la ruptura con los «muchachos» de la revista *Pasado y Presente*”, *Prismas*, vol. 18, n° 2, pp. 1-4.
- Rot, Gabriel (2006), “El Partido Comunista y la lucha armada”, *Lucha Armada en la Argentina*, año 2, n° 7, pp. 14-25.
- Scocco, Marianela (2016), “Búsqueda, denuncia y organización. Los comienzos de los organismos de derechos humanos en Rosario (1976-1982)”, *Revista de Historia*, n° 17, pp. 224-246.
- (2018), *La conformación del movimiento de derechos humanos de Rosario (1970-1985)*, tesis doctoral, Universidad Nacional de Rosario.
- Toniolli, Fidel (1999), “15 de abril de 1977. La fundación de Familiares”, *Página 12*, Buenos Aires, 15 de abril.
- Valobra, Adriana (2005), “Partidos, tradiciones y estrategias de movilización social: de la Junta de la Victoria a la Unión de Mujeres de la Argentina”, *Prohistoria. Historia - políticas de la historia*, año IX, n° 9, pp. 67-82.
- Vecchioli, Virginia (2007), “La invención de la causa por los derechos humanos en Argentina”, *Primeras Jornadas de Estudio sobre compromiso militante y participación política*, Olavarria.

El papel de las luchas previas en la trayectoria de una empresa pesquera recuperada por sus trabajadores (Necochea, 2004-2011)

María Luciana Nogueira

CEIL (Conicet) - GESMar (UNMDP)
nogueiramluciana@gmail.com

Title: The role of previous struggles in the trajectory of a fishing company recovered by its workers (Necochea, 2004-2011)

Resumen: Este trabajo analiza el papel que jugaron las luchas obreras en los años previos al proceso de recuperación de una fábrica pesquera de la ciudad de Necochea. Este conflicto se reconstruyó desde 2004 a 2011 a partir de una multiplicidad de fuentes y se estableció un diálogo entre el mismo y los conceptos de *escuela de guerra*, de Lenin, y de *potencialidad* de la clase obrera, de Collado y Roitman. Los resultados obtenidos establecen vínculos entre los conflictos emprendidos durante la gestión patronal y la lucha por la recuperación de la empresa que se expresan en la constitución de un colectivo fabril, la obtención de apoyo por parte de otros sectores de trabajadores, la generación de una “moral de lucha” y el cuestionamiento de la política de división obrera y de la desigualdad en la relación capital-trabajo.

Palabras clave: empresas recuperadas – luchas previas – escuela de guerra

Abstract: This paper analyzes the role played by workers’ struggles in the years prior to the recovery process of a fishing factory in the city of Necochea. This conflict was rebuilt from 2004 to 2011 from a multiplicity of sources and a dialogue was established between it and the concepts of war school (Lenin) and potential of the working class (Collado and Roitman). The results obtained establish links between conflicts undertaken during the patronal management and the struggle for the recovery of the company, which are expressed in the unity of the workers, the obtaining of support from other sectors of workers, the generation of a “fighting moral” and the questioning of the policy of division of the workers’ collective and of inequality in the capital-labor relationship.

Keywords: recovered factories – previous struggles – war school

Planteo inicial del problema e hipótesis general

Este trabajo partirá de una pregunta relativa a las condiciones de surgimiento y consecución de empresas recuperadas por sus trabajadores, en situaciones de cierre y despidos por parte de la empresa originaria. Muchos estudios se han preguntado por el contexto en que se produjeron las recuperaciones de empresas y el modo en que las mismas se llevaron adelante (Brunet y Pizzi, 2011; Rebón, 2004; Ruggeri, 2009). En esta oportunidad, queremos poner bajo la lupa un elemento que consideramos central a la luz de nuestro trabajo de campo: las experiencias de organización y lucha previas al proceso de recuperación de una empresa pesquera de Necochea.¹

El enfoque que proponemos retoma una hipótesis de Collado y Roitman que postula que las luchas particulares tienen un “potencial clasista” (2015: 145). Para alcanzar dicho potencial, las autoras refieren que estas luchas deben “trascender el ámbito particular para adquirir una disposición solidaria” (ibidem), lo cual permitiría ampliar paulatinamente el alcance de un programa común, reducir la fragmentación y “religar” a la clase obrera (2015: 149). Aquí proponemos que dicho potencial clasista también puede derivar de las luchas parciales, en tanto las mismas pueden constituirse como reservorio de experiencias para luchas futuras. Su consecución y proceso tienen la potencialidad de actuar en tanto “caja de herramientas” de un acervo de prácticas y de conclusiones, y de constituirse como bagaje de experiencias colectivas que persisten como sedimentos en la memoria obrera (Pérez Álvarez, 2013). Sobre estos sedimentos, entendidos como materiales construidos que decantaron de combates precedentes, es posible reemprender y reconstruir la unidad obrera, las acciones de combate contra el capital y la solidaridad de clase (en términos de establecimiento de intereses y acciones comunes para alcanzar objetivos comunes).

Por ello, relacionamos este potencial clasista del que hablan las autoras con el concepto de “escuela de guerra” de Lenin (2013), quien refiriéndose a las huelgas destacó su carácter pedagógico, posibilitador de enseñanzas y aprendizajes plausibles de ser utilizados a posteriori. Aquí nos basaremos en el concepto de “escuela de guerra” expuesto en el texto “Sobre las huelgas”, de 1899, el cual se refiere específicamente a la acción de lucha huelguística. Proponemos extender los alcances de dichas conceptualizaciones a otros formatos de combate obreros, y

1. Ciudad costera localizada al sudeste de la provincia de Buenos Aires (Argentina), a 110 km de Mar del Plata, en la cual se ubica Puerto Quequén. Cuenta con una población de 86.600 habitantes de acuerdo al último Censo Nacional del año 2010.

específicamente a los enmarcados en conflictos por cierre, ocupación y recuperación de empresas.

Al abordar la reconstrucción del proceso de lucha que dio lugar a la conformación de La Recuperada, Cooperativa de Industria Pesquera y Alimenticia, en el trabajo de campo detectamos situaciones de lucha precedentes vinculadas con el desarrollo de la recuperación. La indagación sobre conflictos anteriores fue motivada por su referencia espontánea por parte de los propios trabajadores durante las entrevistas efectuadas meses después de conformarse la cooperativa, lo cual mostraba un enlace que ellos mismos establecían entre combates anteriores y la gestión obrera.

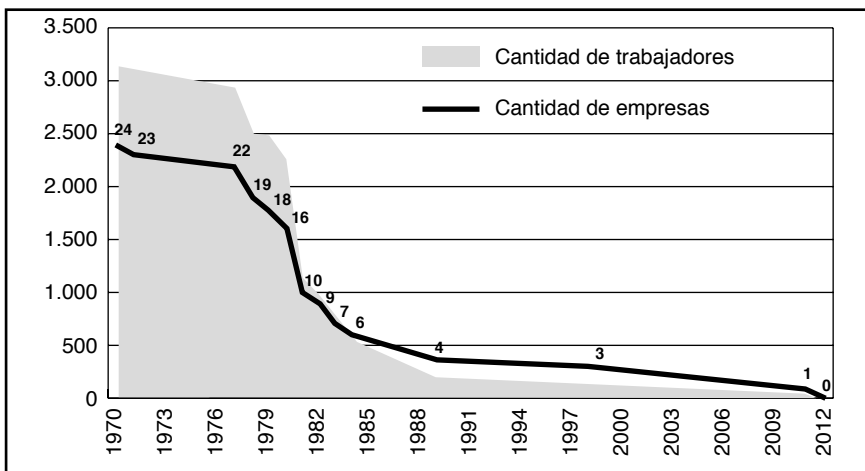
A continuación, expondremos una síntesis del caso en cuestión, la metodología de investigación implementada y las fuentes de información. Seguidamente analizaremos el vínculo entre las luchas previas y la recuperación de la fábrica desde los conceptos de potencial clasista y escuela de guerra. Por último, presentaremos una síntesis de las conclusiones a partir de lo hallado.

La Recuperada, Cooperativa de Industria Pesquera y Alimenticia, en el movimiento argentino de empresas recuperadas

Nuestro recorrido de investigación sobre empresas pesqueras recuperadas consiste en el abordaje en profundidad de dos casos que acontecieron en la ciudad portuaria de Necochea: La Recuperada y Engraucoop. Ambas se originaron a partir de la quiebra de dos firmas que se radicaron allí durante la década del 70, época dorada del sector industrial pesquero local. Sus procesos de recuperación se iniciaron en el año 2011, luego de cuatro décadas de un progresivo desguace de la industria pesquera local que implicó el cierre de más de 20 plantas de procesamiento de pescado, con la consecuente pérdida de más de 3.000 puestos de trabajo. En el gráfico de página siguiente se muestra la disminución en la cantidad de empresas y puestos de trabajo desde 1970 en adelante.

En esta oportunidad nos centraremos en el caso de La Recuperada, que proviene de Industrial Pesquera S.A., empresa dedicada al procesamiento de pescado fresco para exportación. A partir de diciembre de 2010, en esta unidad productiva acontecieron secuencias típicas de la generalidad de los procesos de recuperación propios de la historia reciente argentina (Ruggeri, 2009: 161): atrasos salariales, retiro inusual de materia prima, anuncio de ingreso a concurso de acreedores, despidos sin indemnizaciones y abandono patronal. Dichas generalidades confluyeron con ciertas particularidades del caso. En primer lugar, esta experiencia se constituyó como la primera empresa recuperada

Gráfico 1. Desmantelamiento del sector industrial pesquero de Necochea-Quequén entre 1970 y 2012



Fuente: Elaboración propia en base al archivo de La Recuperada.

argentina perteneciente al sector industrial pesquero, rubro en el que desde los 90 predominaba el gran capital concentrado y transnacional, cuyos correlatos fueron el cierre de cientos de pequeñas y medianas empresas en la provincia de Buenos Aires (del cual lo ocurrido en la ciudad de Necochea es expresión) y el aumento de la precarización de la fuerza de trabajo (Mateo, Nieto y Colombo, 2010). En segundo lugar, aconteció luego de la oleada masiva de recuperaciones de empresas, en una ciudad cuya tradición en este tipo de experiencias era escasa y desconocida para los obreros de Industrial Pesquera.² En tercer lugar, es peculiar la efectividad de ciertas acciones directas de los obreros, que lograron imponerse sobre la voluntad patronal de cerrar la fábrica y efectuar los despidos sin mediar conflicto.

Del total de los 27 trabajadores con relación contractual por tiempo indeterminado que allí se desempeñaban, fue una minoría de 7 obreros

2. De acuerdo a nuestros rastreos sobre la historia local de las empresas recuperadas en Necochea, hasta el momento hemos hallado una primera experiencia de corta vida entre los años 1999 y 2000, en la panadería llamada “La Central”. La cesión de los bienes inmuebles y maquinarias se realizó de forma pacífica por un mutuo acuerdo entre el empresario y los trabajadores. Luego, en el año 2003 se conformó como empresa recuperada la cooperativa de salud “Libra”, que funcionaba en la ciudad como sociedad anónima desde el año 1979, y también se caracterizó por la transición pacífica a la figura de cooperativa.

la que dio los primeros pasos y finalmente llevó a cabo la recuperación de la empresa, entre los meses de enero y abril del año 2011. A ese grupo original se sumó un trabajador temporario que había sido peón en la planta años anteriores, y un miembro de una organización de la llamada “izquierda popular”, Frente Popular Darío Santillán (FPDS),³ que participó activamente del proceso de recuperación.

El nombre que eligieron para la cooperativa de trabajo enmarcada en el proyecto autogestivo fue “La Recuperada”, cuya conformación inicial fue de nueve integrantes. De acuerdo a su género, tarea y tipo de relación contractual, vemos que siete eran varones y dos mujeres, de los cuales ocho tenían una vinculación con la firma anterior, dos eran fileteros, cuatro eran peones y dos envasadoras; cuatro poseían contrato por tiempo indeterminado, tres eran eventuales y uno temporario (que al momento de la recuperación realizaba la venta ambulante de pescado fresco). El miembro de la organización del FPDS se encontraba desocupado cuando se integró a la cooperativa, y cursaba el segundo año de las carreras Licenciatura en Administración de Empresas y Contabilidad. En la siguiente tabla volcamos la información precedente, a la cual se agregan los nombres y los cargos que ocuparon cada uno de los integrantes en el consejo de administración de la cooperativa conformada:

Tabla 1. Conformación inicial del colectivo obrero de La Recuperada

Nombre	Puesto anterior	Tipo de contratación	Cargo en cooperativa
Darío	Filetero	Planta permanente	Presidente
Julio	Peón	Planta permanente	Secretario
Mario	Filetero	Planta permanente	Síndico
Hugo	Peón	Eventual	Tesorero
Angélica	Envasadora	Planta permanente	Vocal
Natalia	Envasadora	Eventual	Vocal
Edgardo	Peón	Eventual	Vocal
Julián	Peón	Temporario	Vocal
Matías	Desocupado	–	Vocal

Fuente: Elaboración propia en base a las entrevistas realizadas.

3. Esta organización, a nivel nacional, nació a partir del movimiento de desocupados organizado en el marco de la crisis neoliberal de 2001. Fue un desprendimiento del MTD Aníbal Verón, y sus posicionamientos políticos incluyen la coexistencia de variadas tradiciones de izquierda, autonomistas y peronistas. En el caso de Necochea, quienes fueron sus fundadores y participaron activamente en este proceso de recuperación eran adherentes del movimiento zapatista. Desde esa perspectiva pregonaban la autogestión y la autonomía con respecto al patrón capitalista.

Como sucede en la mayoría de este tipo de emprendimientos obreros, conformaron cooperativas de trabajo a fin de poder gestionar subsidios, el ingreso a programas estatales y también guardar el carácter jurídico necesario para solicitar los permisos provisorios para la continuidad laboral inmediata y la expropiación de la unidad productiva (Brunet y Pizzi, 2011: 269). En los meses iniciales del conflicto contaron con un importante apoyo social, político y comunitario, ya que intervinieron a favor de los trabajadores la dirigencia local del Sindicato de Trabajadores de la Industria Alimenticia que los nucleaba, la organización Cruz del Sur que formaba parte del Frente Popular Darío Santillán, docentes y estudiantes de la carrera terciaria de Trabajo Social, investigadores, la Corriente Sindical Peronista (CSP, agrupación liderada por Hugo Moyano a nivel nacional) que integraba la CGT, funcionarios y concejales del kirchnerismo y el peronismo federal, y vecinos.

El caso se produjo durante el gobierno nacional de Cristina Kirchner, en una etapa que Dinerstein ubica como marcada por la contención estatal de este tipo de experiencias (2007: 544). De acuerdo a la autora, esta política se inició a partir del año 2003 con el objetivo de “despolitizar” las acciones más radicales de los trabajadores (2007: 529), lo cual se expresa en los programas sociales destinados a este tipo de experiencias desde el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (tales como el Programa de Trabajo Autogestionado, que llegó a incluir a 318 empresas recuperadas hacia 2013)⁴ y en las facilidades estatales otorgadas para realizar la inscripción como cooperativa con la mediación del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social. En el ámbito local gobernaba el radicalismo, y la principal fuerza política opositora era el kirchnerismo, apoyado por la CSP. Esta corriente política y sindical se presentaba como opositora a otro sector de la CGT vinculado al espacio político denominado 62 Organizaciones Gremiales Peronistas, conducido por el “Momo” Venegas.⁵ La CSP, en comunicados de prensa referidos a la situación en la fábrica pesquera, expuso a su vez críticas al ejecutivo y otros reclamos municipales,⁶ y luego impulsó la candidatura electoral de Horacio Tellechea, concejal en funciones al momento del cierre de Industrial Pesquera, que resultó ganador de la intendencia en octubre de 2011.

4. “Informe del Programa de Trabajo Autogestionado”, del Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación, noviembre de 2013.

5. Un desarrollo del posicionamiento político de la CSP hacia fines del año 2010 puede encontrarse en el diario digital *Voces de Necochea*, en un artículo publicado el 13 de noviembre de 2010, disponible en www.vocesdenecochea.com.ar/noticias/print.php?id=1289665680&archive=1297547489

6. *Ecos Diarios*, 31 de enero y 25 de abril de 2011.

La seccional necochense del STIA estaba dirigida por Juan Pablo Moreno (de filiación política peronista) y alineada –durante el tiempo en el que se desarrolló el conflicto– con la CSP. Su accionar fue diferente en los tres cierres empresariales ocurridos en la zona entre 2011 y 2012: Industrial Pesquera, Engraucoop y Incoop. Si bien en diversas ocasiones acompañó e impulsó acciones junto a los obreros para impedir el cierre de las fábricas y participó de las reuniones en el Ministerio de Trabajo hasta el ingreso al concurso de acreedores, solo en el caso de La Recuperada promovió la recuperación de la empresa y la conformación de la cooperativa. En el caso de Engraucoop, se desvinculó del colectivo obrero una vez que la patronal se retiró de la fábrica, y las obreras llevaron a cabo la conformación de la cooperativa de trabajo con el asesoramiento de funcionarios de la Secretaría de Producción y empleados del Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (Nogueira, 2013: 4-5). En el caso de Incoop, la dirigencia gremial fue parte del acuerdo con el empresariado que pautó el compromiso del pago de las indemnizaciones a la totalidad de empleados al momento de la quiebra.⁷ Esta diferenciación en su política ante los tres cierres de empresas pesqueras locales muestra que la promoción de la recuperación con autogestión obrera no formaba parte de su lineamiento político. De acuerdo a testimonios obreros, en febrero comenzaron a realizarse asambleas abiertas en la fábrica con frecuencia semanal en las que se debatía sobre posibles acciones a realizar, a las que además de los trabajadores de Industrial Pesquera concurrían asiduamente el secretario gremial y el abogado del STIA, integrantes de la organización del FPDS y docentes y estudiantes de la carrera de Trabajo Social del ISFD n° 31. En ese contexto, en el mes de marzo de 2011 comenzó a circular la posibilidad de conformar una cooperativa de trabajo y de recuperar la empresa, idea que los obreros atribuyeron al FPDS y al STIA. La transmisión de las experiencias de la fábrica ceramista Zanón⁸ y del Hotel Bauen⁹ actuaron como puentes para que los trabajadores conozcan en términos concretos de qué se trataba esta propuesta. Así lo expresan dos testimonios:

7. *Ecos Diarios*, 1 de febrero de 2012.

8. La experiencia de Zanón fue transmitida a los obreros por parte de integrantes del FPDS a través de un audiovisual realizado por los trabajadores de la fábrica ceramista. Luego, este video fue expuesto en una de las peñas realizadas en la planta de Industrial Pesquera, en el marco del conflicto.

9. La experiencia del Hotel Bauen fue transmitida por miembros del equipo de investigación dirigido por el doctor José Mateo, que junto a él se acercaron a brindar apoyo a la fábrica durante el conflicto.

Nos empezamos a informar, ahí vino Santiago [dirigente del FPDS], vino con sus ideas, sus cosas, nos empezó a explicar junto con Guille [abogado del STIA] cómo era el tema de la cooperativa. Nosotros teníamos ganas de trabajar, no sabíamos qué nombre ponerle, cooperativa o no cooperativa, no sé qué formato. La idea era ponernos a laburar. (Darío, trabajador de La Recuperada, 35 años)¹⁰

...del video de Zanón, creo que de ahí salió todo y nos dio un poco más de fuerza, o sea, de fuerza de todo lo que podíamos hacer, yo cuando entre acá no tenía ni idea que me podía quedar acá y trabajando de forma de trabajador, trabajando entre nosotros. (Julián, trabajador de La Recuperada, 29 años)¹¹

Cabe destacar que, previamente al conflicto por la recuperación, no había vínculos previos entre el FPDS y obreros de Industrial Pesquera, y que la decisión de concurrir a la planta por parte de integrantes de Cruz del Sur fue motivada a partir del conocimiento del conflicto mediante la prensa local.

A continuación, presentaremos una breve crónica de este proceso de lucha obrera, a la que luego añadiremos referencias a conflictos previos y sus vínculos con la recuperación. Su reconstrucción fue efectuada a partir de un encuadre metodológico que incluyó una pluralidad de fuentes y técnicas de recolección de datos. Por un lado, fuentes orales que se basaron en entrevistas semiestructuradas individuales y grupales realizadas entre los años 2011 y 2018. En las mismas participaron trabajadores, miembros de la dirigencia sindical y de la organización del FPDS. Asimismo, efectuamos observaciones no participantes en la fábrica durante el curso del conflicto y posteriormente a la conformación de la cooperativa. Por otra parte, mediante la observación y análisis documental abordamos fuentes escritas, que consistieron en archivos de la prensa gráfica local, de la empresa recuperada, judiciales, documentos oficiales del Instituto Nacional de Investigación y Desarrollo Pesquero, el Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca, la Secretaría de Pesca y Acuicultura de la Nación, y literatura académica sobre el sector pesquero nacional. También utilizamos fuentes audiovisuales que incluyeron documentales realizados por los propios obreros y medios de comunicación locales.

10. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011. Las edades de los entrevistados corresponden al momento de realización de las entrevistas.

11. Entrevista a Julián, realizada por la autora el 30 de octubre de 2011.

Crónica del conflicto por la recuperación

El conflicto en Industrial Pesquera S.A. se inició en diciembre de 2010 a raíz de la parálisis de la producción, cese del pago de los salarios y desabastecimiento de materia prima. Los propietarios de la firma eran Concepción Ursino y sus dos hijos, Pablo Bruno y Carmelo Bruno, que se dividían las acciones en partes iguales desde su instalación en la ciudad en el año 1972 hasta el momento del ingreso al concurso de acreedores como antesala de la quiebra. En el marco de la inactividad en la planta, los empresarios ofrecieron a los trabajadores tomarse una licencia sin goce de sueldo. La mayoría de los trabajadores no aceptó, ya que significaba pasar varios días sin ingresos, en fechas que incluían los festejos de fin de año. Por eso, decidieron continuar yendo a la planta procesadora ubicada en la zona portuaria local a cumplir horario con la ropa de trabajo. Las jornadas se aletargaban ya que no había tareas que realizar, por lo que transcurrían entre charlas y mates en la cocina de la planta. Estas acciones no eran habituales en la cotidianidad obrera fabril, en la cual solo se disponía de quince minutos de descanso por jornada laboral en forma separada para fileteros, peones y envasadoras. Luego de varios días, al no obtener respuestas por parte de la patronal, un grupo de obreros planteó salir a la vereda de la planta y quemar gomas en la calle aledaña, para visibilizar que estaban sin trabajo y sin ingresos. Darío y Rubén, delegados gremiales de planta, interpelaban todos los días a los empresarios para exigirles el pago de los salarios atrasados, sin obtener respuesta. La bronca se incrementaba día a día, y tuvo un punto de inflexión cuando un trabajador encontró a la propietaria de la empresa en un supermercado local, con su carro de compras lleno de productos. La noticia se esparció con indignación entre los obreros y motivó que, tras una insistencia telefónica de Darío, los empresarios concurrieran a la planta con 2.200 pesos para distribuir entre todos los trabajadores que allí se encontraban. Su reparto dio un total de 120 pesos para cada uno, lo cual representaba entre el 4 y el 5% de su salario promedio para el año 2010.

En ese momento, un trabajador (Julio), expresó a Darío la idea de utilizar ese dinero para comprar pescado en la banquina del puerto, procesarlo y luego venderlo. Darío estuvo de acuerdo con la propuesta, ambos la compartieron con el resto de los trabajadores y consiguieron que otros dos se unieran a ese proyecto autogestivo. Un quinto obrero fue el encargado de realizar la compra de pescado en la banquina, ya que era quien efectuaba esta tarea en Industrial Pesquera y por ello tenía vínculos previos con los capitanes de barco que allí desembarcaban. Filetearon el pescado entre los cuatro, pero solo Darío y Julio salieron a venderlo de forma ambulante. Una vez terminada la venta de la totalidad

de pescado procesado, los integrantes del grupo autogestivo lograron duplicar los 120 pesos iniciales. En las semanas siguientes repitieron el procedimiento cada vez que obtuvieron pescado en el puerto.

La situación conflictiva en la fábrica cobró un nuevo viraje a inicios de febrero, cuando al llegar los trabajadores se encontraron con la planta cerrada sin la presencia de la patronal. Darío fue el encargado de consultar qué sucedía al sereno de la fábrica de hielo lindante, empresa cuyos propietarios eran los mismos dueños de Industrial Pesquera. Este empleado refirió que tenía la llave de la planta, pero también órdenes patronales de no abrir la puerta. A los pocos minutos ya circulaba entre los obreros la idea de entrar a la planta y ocuparla, para que los empresarios no vuelvan a impedir el ingreso. A tal fin, un grupo fue a buscar gomas por el barrio para cortar la calle nuevamente. Uno de los propietarios acudió prontamente a la planta, y tras una discusión le dejó la llave a Darío.

A partir de allí comenzó la ocupación permanente de la fábrica. Además de Darío y Julio, otros obreros se sumaron a pasar la noche. Uno de ellos fue Julián, que había sido trabajador temporario en la planta y pasó una mañana de enero vendiendo cornalitos. Allí se anotició del conflicto y comenzó a participar activamente de las acciones emprendidas.

En esas semanas iniciales se acercaron a los obreros las organizaciones políticas y actores comunitarios mencionados en el apartado anterior. Se realizaron varias audiencias en la sede local del Ministerio de Trabajo, a las que concurrían representantes empresariales y gremiales. Los empresarios aducían una crisis por la cual habían contraído grandes deudas que no podían pagar con proveedores y entidades públicas, debido a un descenso de la rentabilidad. Por esta misma razón, decían, tampoco poseían dinero para abonar los sueldos atrasados. Entonces, como resultado de estas primeras reuniones en la dependencia estatal, se procedió a solicitar ayuda financiera tanto al gobierno nacional como provincial, con intermediación de funcionarios y concejales locales ligados al kirchnerismo. En sus inicios, las gestiones realizadas fueron en vistas al ingreso al programa REPRO, destinado a empresas en crisis, y a los créditos Bicentenario, lanzados desde el año 2010.¹² Sin embargo, con el correr de los días quedó en evidencia la distancia entre los montos que ofrecían los planes de financiamiento estatal y la suma que según los propietarios era necesaria para reactivar la fábrica.¹³ El retiro definitivo de la patronal se concretó a principios de abril.¹⁴ En este nuevo contexto la conformación de una cooperativa de trabajo se presentó

12. *Ecos Diarios*, 8 de febrero de 2011.

13. *Ecos Diarios*, 31 de marzo de 2011.

14. *Ecos Diarios*, 7 de abril de 2011.

como la única posibilidad de continuidad laboral. Fue entonces cuando el emprendimiento espontáneo de fileteado de pescado en la planta se enlazó con un movimiento más amplio a nivel nacional e internacional: la recuperación de empresas con autogestión obrera de la producción.

En el transcurso de estos cuatro meses, muchos obreros se retiraron de la fábrica impulsados por la necesidad de obtener otro trabajo en vistas de la reproducción propia y de su familia.¹⁵ El tiempo extendido durante el cual no obtuvieron ningún ingreso (a excepción de los 120 pesos anteriormente mencionados) fue uno de los factores que contrariaron el involucramiento de la totalidad de obreros en la recuperación, cuestión que algunos de los integrantes de La Recuperada combatieron con la venta ambulante de pescado durante enero, febrero y marzo. Las amenazas patronales, que versaban sobre la imposibilidad de obtener financiamiento estatal para lograr la reactivación de la unidad productiva si se conformaba una cooperativa, fue otro punto que jugó en contra de la decisión de un sector de obreros para integrar el formato laboral autogestivo. Además de una aversión hacia la forma “cooperativa”,¹⁶ vinculada con las propias experiencias en cooperativas fraudulentas.¹⁷ Finalmente, el descreimiento de que los obreros, por sí solos, podrían llevar adelante una fábrica¹⁸ también operó como limitante para la integración al formato autogestivo. A pesar de todo esto, la recuperación fue emprendida por un tercio de los trabajadores de planta de Industrial Pesquera, que vencieron todos estos obstáculos.

El grupo autogestivo, a excepción de Darío y Julio, fue fluctuante en cuanto a sus miembros durante sus primeros días. Finalmente, se incorporaron los 6 trabajadores que junto a ellos conformaron “La Recuperada”, constituida como cooperativa de trabajo entre fines de abril y principio de mayo del 2011. Debido a que en algunas oportunidades tenían dificultades para adquirir materia prima en el puerto, buscaban otras tareas laborales que les permitieran obtener algún ingreso, tales como lavado de autos en la planta, venta de hielo y organización de peñas.

A continuación, realizaremos un análisis de las luchas previas tenien-

15. *Ecos Diarios*, 31 de marzo de 2011.

16. Entrevista a Mario, 52 años, filetero en La Recuperada, realizada por la autora el 27 de octubre de 2011.

17. En referencia a las cooperativas conformadas por el empresariado a fin de precarizar la fuerza de trabajo en la industria pesquera, formato laboral que se impuso en los 90 en el sector pesquero bonaerense en el marco de la crisis y reconfiguración de la industria pesquera (Mateo, Nieto y Colombo, 2010)

18. Entrevista a Julián, realizada por la autora el 30 de octubre de 2011.

do en cuenta sus objetivos, sus resultados y su impacto en el proceso de recuperación posterior.

Las luchas previas como detonantes de combates futuros: recuperando la potencia de la clase obrera

Cuando la industria prospera, los patronos obtienen grandes beneficios y no piensan en compartirlos con los obreros; pero durante las crisis tratan de cargar las pérdidas sobre los obreros.

Lenin (2013: 6)

Lenin, en su texto “Sobre las huelgas”, expresa que las mismas surgen de la necesidad de los obreros de luchar colectivamente contra los patronos por sus reivindicaciones, ya que, individualmente, el obrero es impotente frente al patrón (2013: 5). Les atribuye a las huelgas varias funciones. En primer lugar, durante las mismas los trabajadores reconocen y se rebelan ante las condiciones de explotación que habían soportado en “tiempos pacíficos”, y exigen la modificación de las mismas (Lenin, 2013: 7). En segundo lugar, generan unidad de la clase permitiendo que los obreros se reconozcan como iguales e identifiquen al capitalista como su enemigo. En tercer lugar, pueden producir adhesión y apoyo social, por parte de otras fábricas de la rama y de las ubicadas en sectores aledaños. Finalmente, les adjudica una poderosa influencia moral al cuestionar la desigualdad de clases, porque los obreros pasan de considerarse “esclavos” a “personas con los mismos derechos que los ricos” (Lenin, 2013: 8). Por todo ello, y por su potencial para conducir –con la mediación de la propaganda revolucionaria– a la conclusión de la lucha socialista, Lenin las considera “escuelas de guerra” (Lenin, 2013: 11). Este concepto lo retoma de Engels, quien se refirió de igual manera a las huelgas en *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, en donde resalta la valentía obrera que permiten desplegar y la eficacia sin igual en el combate contra la dominación de la burguesía (Engels, 1974: 316). Aquí nos parece interesante retomar este concepto, imbricado con el de “potencial clasista” previamente mencionado, extendiendo a todo formato de lucha obrera esta posibilidad de constituirse como “escuela de guerra”. Siguiendo a Collado y Roitman, retomamos el papel de los conflictos previos en cuanto a su incidencia en la historia y la memoria de los grupos obreros que los emprenden, ya que “permiten anudar la historia y la trayectoria con el presente, tanto de las configuraciones socioespaciales y económicas como de las tradiciones de lucha y enfrentamientos” (2015: 171). A su vez, sus lecciones permiten retomar

prácticas conjuntas de organización y lucha contra el capital, ya que la propia práctica permite aprender sobre “la organización colectiva y la configuración de una praxis de clase” (2015: 151).

En primer lugar, hallamos referencias obreras sobre acciones conflictivas previas que iniciaban en el año 2005 y se remitían a las condiciones de trabajo al interior de la planta de Industrial Pesquera, vinculadas con determinados formatos de explotación capitalista en el proceso de trabajo mediante diversos mecanismos que burlaban la legislación laboral vigente:

Darío: Arrancamos con los reclamos y medidas para mejorar las condiciones laborales de los trabajadores: pago de horas extras, entrega de ropa de trabajo, se consiguió que nos den los tiempos de descanso según la ley de contrato de trabajo, que nos paguen en tiempo y forma, se efectivizó a personas que estaban pasadas en tiempo de contrato eventual, se dejó de utilizar mujeres para trabajar dentro de la cámara de frío, como así también se eliminó la tarea de trabajo pesado a mujeres.

Entrevistadora: ¿Qué medidas tomaron para obtener esos reclamos?

Darío: Nunca fue necesaria una medida de paro total de la planta, fue un trabajo de presión en conjunto entre el sindicato, la comisión interna y los compañeros para lograr las mejoras laborales que necesitábamos. Hacíamos reuniones y cuando no cumplían parábamos de trabajar. Ellos nos respetaban mucho porque nosotros siempre íbamos en apoyo cuando había conflicto en otras fábricas, y sabían que si llegamos a tener que tomar una medida de fuerza grande íbamos a contar con mucho apoyo y no querían tener un quilombo grande. (Darío, 42 años, filetero de La Recuperada)¹⁹

Los combates precedentes se referían a la recuperación de ciertas condiciones de trabajo que fueron arrebatadas mediante la flexibilización y precarización laboral que en el sector pesquero se implementaron con fuerza en la década del 90, en un contexto de cierres empresariales, incremento de la concentración del capital en las grandes corporaciones pesqueras y cooperativización fraudulenta de gran parte de la fuerza de trabajo (Mateo, Nieto y Colombo, 2010), que para 1996 alcanzaba a 40% de la fuerza de trabajo en el sector industrial pesquero de la provincia de Buenos Aires (Bertolotti, Erratzi y Pagani, 1997). A pesar de la recuperación y crecimiento posterior a 2003, el empresariado mantuvo

19. Entrevista a Darío, filetero y delegado de Industrial pesquera, realizada el 2 de marzo de 2018.

intactos estos niveles de precarización laboral, y para revertirlos fue necesario recurrir a la lucha obrera. En las entrevistas, Darío menciona que tras su elección como delegado comenzó a entablar vínculos con la dirigencia gremial local, y a cotejar junto a sus compañeros diferencias entre sus condiciones de trabajo reales con respecto a las pautadas por el Convenio Colectivo de Trabajo n° 372/04, que regula la contratación laboral y las remuneraciones en la rama para la ciudad de Necochea. La identificación de estos incumplimientos fue resultado de la vivencia material diaria en la fábrica como peones, ya que para este puesto de trabajo no se cumplían reglamentaciones que sí se respetaban para el caso de los fileteros. Los obreros observaron, con el convenio en mano, que este incumplimiento era una imposición de la patronal de la fábrica, ya que la letra del convenio pautaba similares derechos laborales para peones y fileteros. A su vez, de la lectura de la reglamentación también se deducía la carencia de otros derechos que afectaban a todos los puestos de trabajo.

Cotejando los reclamos obreros con el CCT n° 372/04, podemos situar diferentes mecanismos de incremento de la explotación “legal” que implementaba la patronal, haciendo caso omiso a las regulaciones planteadas por dicho convenio:

- el incumplimiento del pago de los salarios y horas extras en la fecha estipulada;
- la contratación por tiempo indeterminado de peones eventuales que ya habían finalizado el tiempo máximo estipulado bajo el tipo de contratación en forma temporal;
- el incumplimiento de la provisión de ropa y herramientas de trabajo;
- el retraso en el inicio de los tiempos de descanso, que se aplicaban una hora después de lo estipulado, eran más cortos con respecto a lo establecido por ley y a su vez se aplicaban en distintos horarios para los fileteros y para los peones, y
- la imposición de tareas que excedían las propias del puesto de trabajo para las mujeres, tales como tareas pesadas o en la cámara de frío.²⁰

Por todos estos motivos, los obreros de Industrial Pesquera realizaron acciones diversas, como reuniones, huelga de brazos caídos, manifestaciones en el interior de la planta procesadora; y lograron eliminar

20. Ver el Convenio Colectivo de Trabajo n° 372/04: contratación de personal eventual y plazos para la contratación por tiempo indeterminado (arts. 7 y 9), fecha de pago de los salarios (art. 21), pago de horas extras (art. 64), turnos de descanso (art. 61), equipo de trabajo (art. 65) y exclusión de las mujeres del trabajo pesado e insalubre (arts. 70 y 71).

uno a uno estos mecanismos de precarización laboral, a excepción de la contratación por tiempo indeterminado de trabajadores eventuales, que se obtuvo solo en algunos casos.

Primeramente, el reclamo se efectuó de manera individual por parte del delegado de planta, quien concurrió en varias oportunidades a las oficinas de la patronal y expuso las reivindicaciones obreras. El resultado fue infructuoso, los patrones o bien no atendían a Darío, o bien contestaban que tales solicitudes “no correspondían”. Fue entonces que los obreros decidieron implementar medidas conjuntas afectando la producción en la planta, y tras obtener sus primeros objetivos se convencieron de que esa era la forma por la cual podían imponerse sobre la patronal.

Las vivencias previas de unidad y solidaridad interfábrica en la industria pesquera local se remontaban al año 2004, cuando parte de la fuerza de trabajo de Industrial Pesquera se desempeñaba en una cooperativa fraudulenta integrada por fileteros y peones de diferentes fábricas. Tras meses de soportar una extendida precarización laboral y bajas remuneraciones, decidieron unirse y plantear la exigencia del régimen de contratación como asalariados. Para ello efectuaron una acción judicial que consistió en la renuncia de la totalidad de integrantes de la cooperativa y una gran manifestación en el Ministerio de Trabajo, que tuvo el apoyo de obreros que ya eran efectivos en las distintas plantas pesqueras. Finalmente, la cooperativa fue disuelta y sus trabajadores fueron incorporados como asalariados efectivos, dejando como saldo sedimentos de solidaridad interfábrica disponibles para futuros conflictos. Otra consecuencia de este conflicto fue la constitución del liderazgo de Darío, constatada en su elección como delegado de planta tras quedar efectivo en Industrial Pesquera. Hasta ese momento, Darío no tenía vínculos con la dirigencia sindical ni con corrientes políticas dentro o fuera del gremio, y solo tras su elección concurrió a la sede local del STIA a informarse sobre legislación laboral y plantear denuncias sobre condiciones de trabajo intrafabriles.

Retomando los avatares de la lucha por la recuperación en su período inicial, al rechazar la propuesta de vacaciones impagas y continuar concurriendo a la fábrica, esas jornadas laborales sin actividades a realizar posibilitaron la vivencia de un tiempo compartido entre los trabajadores. El tiempo y espacio fabril se reconfiguró y permitió la preparación de la lucha contra los despidos y cierre de la empresa. Así lo expresan testimonios de obreros:

Hasta que llegó el momento de salir a la calle. “Vamos a salir afuera, estamos acá cagándonos de calor...” Estábamos acá adentro y nadie nos veía lo que nos pasaba a nosotros,

nadie sabía. Hasta que un día empiezan a surgir algunas ideas, por qué no empezamos a quemar gomas, empezamos a hacer esto, a hacer lo otro... Y bueno yo siempre lo que me pasó en ese momento era decirle a los compañeros que a mí me ha tocado tener experiencia de otros conflictos al ser delegado, de compartir conflictos en otras fábricas y he tenido un poco más de experiencia en eso. Un conflicto arranca y sabés cuándo empieza pero no sabés cuando termina, y cuando uno está decidido tiene que estar muy decididos y concientes aunque a veces la necesidad y todo te impulsa a decir acá hay que hacer algo, hay que salir, hay que salir. Pero yo lo que volcaba en mis compañeros era que se arranca y hay que seguir y no hay que abandonar y acá va a haber desgaste... (Darío, 35 años, filitero de La Recuperada)²¹

Esta reconfiguración contrarió las intenciones de la patronal, que buscaba realizar el vaciamiento de la empresa y llegar al inicio del concurso de acreedores como antesala de la quiebra con la fábrica vacía, y su fuerza de trabajo ya desarticulada e individualizada, resignada a su destino de desempleo.

En este período previo a la toma de la planta las acciones directas fueron emprendidas por los propios obreros, y en algunas de ellas tuvieron el acompañamiento de la dirigencia gremial y del FPDS. La CSP expresó su apoyo de forma indirecta, mediante una declaración en la prensa en la que manifestó “solidaridad con los trabajadores de Industrial Pesquera”.²²

¿Por qué consideramos que las luchas previas influyeron en el conflicto por la recuperación? En primer lugar, porque generaron cierta experiencia compartida que hizo palpable la efectividad del reclamo colectivo, y otorgaron determinados saberes sobre la posibilidad de imponer los objetivos obreros relativos a la continuidad laboral en el contexto inicial del conflicto.

En segundo lugar, promovieron la constitución de ciertos liderazgos que luego se volcaron en el proceso de recuperación, en especial en la figura del delegado gremial, pero extendida a todo el grupo que junto a él emprendió las diversas acciones de combate, que se autodenominaban como “los que estábamos más firmes al lado de Darío”.²³ Como ejemplo de actualización de un aprendizaje producto de luchas previas,

21. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011.

22. *Ecos Diarios*, 30 de enero de 2011.

23. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011.

observamos que Darío pudo anticipar el desgaste que el conflicto podría provocar, que se expresó en su extensa duración.

En tercer lugar, el grupo de obreros que encabezó las diversas acciones emprendidas obtuvo el apoyo de trabajadoras y trabajadores de la fábrica pesquera Engraulis, con la cual ya había experiencias previas de lucha compartida. Este apoyo se materializó en la presencia de esos obreros en la planta: “La gente de Engraulis nos venía a acompañar acá a tomar mate, traían ellos torta”, y también en el aporte de insumos para la realización de las peñas: “Las compañeras de Engraulis deciden donarnos 5 kilos de carne y hacerlos el sábado”.²⁴

En cuarto lugar, vemos que la obtención de sucesivas conquistas de derechos fabriles producto de las luchas previas generó lo que Lenin describe como “poderosa influencia moral”, en el sentido de que los obreros llegaron a la conclusión de que para obtener sus derechos negados debían alzarse contra la patronal. Esta influencia no se detuvo al concluir el conflicto con la salida autogestiva, sino que se extendió luego de haberse consumado la recuperación de la fábrica, como veremos a continuación.

La recuperación de la empresa y las nuevas conquistas sobre la base de las luchas previas

Eso es lo que tienen los patrones, te hacen socio cuando van en pérdida o no ganan lo que tienen que ganar. Ahora, cuando ganan mucho no te hacen socio, de compartir las ganancias o darte más plata cuando hubo una buena exportación.

Darío, trabajador de La Recuperada, 35 años

El carácter de las luchas parciales previas como “escuelas de guerra” también se manifestó en los momentos inmediatamente posteriores al conflicto a partir de abril de 2011, cuando se conformó la cooperativa “La Recuperada”, en tres puntos principales.

Por un lado, en el cuestionamiento de la división obrera que la patronal impuso en la planta entre fileteros, peones y envasadoras, que generó mayor unidad en el grupo autogestivo.

Por otra parte, en el cuestionamiento de la obligación de tareas pesadas a las mujeres, que se impuso ubicando el cuidado del cuerpo

24. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011. La participación de trabajadores de Engraucoop en el proceso también se constata en *La Recuperada: una historia de lucha, trabajo y dignidad*, documental realizado por integrantes de la Cooperativa Coomunicar, del año 2011.

femenino obrero por encima de la repartición de tareas. Finalmente, en el cuestionamiento hacia el empresariado, que generó un acrecentamiento en la concientización sobre el carácter desigual de la relación capital-trabajo.

En referencia a la división entre fileteros y peones, la rebelión contra el trato distintivo en cuanto a derechos laborales formó parte de las luchas previas, y se expresó en las entrevistas mediante diversas frases:

Estaba muy dividido en el trabajo lo que eran los fileteros y los peones. El operario por hora ganaba una plata y el filetero otra, había una diferencia abismal entre lo que cobrara uno y el otro, y diferencia no solamente en plata sino también en los beneficios. (Darío, 35 años, filetero de La Recuperada)²⁵

Los peones y las envasadoras trabajaban al margen de los fileteros, es por un tema que yo creo que es que yo gano tanto y soy más que vos, porque nosotros ganábamos mucho menos de la mitad que ganaba un filetero, si el filetero ganaba doscientos pesos nosotros ganábamos sesenta, y en relación trabaja más el peón que el filetero, es más fuerte el trabajo, y además que de las puertas para afuera somos todos iguales. (Julián, 29 años, filetero de la Recuperada)²⁶

En estas narrativas obreras observamos una tensión relativa a la división que la patronal buscó imponer entre los trabajadores, al oponer puestos de trabajo no solo en cuanto a su función sino en cuanto a derechos laborales, tiempos de trabajo y salarios. Por ello, vemos que el reclamo se refería no tanto a las tareas sino al mayor grado de precarización impuesto por el empresariado hacia peones y envasadoras.

El CCT, como acuerdo entre las partes (sindicato y patronales), contiene las fórmulas para el cálculo salarial estipulado para los tres puestos de trabajo que, como vemos en la tabla n° 2, muestra diferencias significativas.²⁷

25. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011.

26. Entrevista a Julián, realizada por la autora el 30 de octubre de 2011.

27. Para realizar un cálculo comparativo de los salarios de los diferentes puestos de trabajo tomaremos como base el CCT n° 372/04, que establece un pago por hora de \$ 3 para peones y envasadoras y un pago promedio por kilo de \$ 0,25 para los fileteros, y tomaremos como referencia para las tres categorías de trabajadores una jornada laboral de 8 horas diarias de lunes a sábados, un total mensual de 200 horas de trabajo total, y para los fileteros, un promedio mensual de 3.750 kilos fileteados por mes (extraído de Zelaya, 2013).

Tabla 2. Estimación de salarios básicos mensuales correspondientes a las categorías de peones, envasadoras y fileteros para el año 2010

Puesto de trabajo	Cálculo salarial	Salario básico mensual
Peones y envasadoras	\$10,74 x 200 horas	\$ 2.148
Fileteros	\$ 0,82 x 3.750 kilos	\$ 3.075

Fuente: Elaborado en base a la Disposición n° 287/2010 del Convenio Colectivo de Trabajo n° 372/04.

De acuerdo a los testimonios, la diferencia era aún mayor que la expresada en la tabla, pero tomando el cálculo salarial basado en el CCT, se estima para los fileteros un salario superior al menos²⁸ en un 50% en relación con el de los peones y las envasadoras, para una misma jornada laboral. Sin embargo, en Industrial Pesquera la división entre fileteros, peones y envasadoras no se limitaba a las condiciones de trabajo previstas en la legislación (referidas a las tareas a desempeñar y el cálculo salarial), sino que los propietarios añadían otros dispositivos para provocar una mayor división: la obligación de cumplir horas extras para los peones (a riesgo de quedar desempleado de no cumplirlas) y la imposición de tareas pesadas y en cámaras de frío para las mujeres.

Al adjudicarles tareas propias del puesto de peón a las mujeres envasadoras, el empresariado incrementaba su explotación sobre la fuerza de trabajo femenina y generaba una nueva división intraobrero. También se ahorra la contratación de nueva fuerza de trabajo para ejecutar estas tareas, reduciendo el número de peones necesarios para efectuar las labores en la planta.

En contraposición con esta división, que expresaba una jerarquía intraobrero al interior de la planta, los integrantes de La Recuperada decidieron eliminar las categorías laborales y abordar la totalidad de tareas de la producción en forma conjunta: todos realizaban la carga, descarga, fileteado y envasado del pescado, a excepción de las mujeres, para quienes mantuvieron la conquista previa de la eliminación de las tareas pesadas. Además, decidieron efectuar una repartición igualitaria de los ingresos, replicando el mecanismo adoptado para la venta ambulante y autogestiva durante los meses iniciales del conflicto.

La persistencia de la exclusión de las tareas pesadas para las mujeres se vincula también con la reivindicación de las luchas previas tendientes a que los empresarios no impongan a las envasadoras labores que excedían las pautadas por el CCT para su puesto de trabajo.

28. Realizamos esta aclaración porque, al calcularse el pago de acuerdo a la producción, el monto total varía si se filetea mayor volumen de pescado en esa franja horaria.

Finalmente, observamos un quiebre en la consideración de los patrones en relación con la concientización del carácter desigual en la relación entre capital y trabajo. Esta desigualdad fue comprobada al advertir la riqueza obtenida por los empresarios, palpable en el contexto de la crisis empresarial. En dicha crisis, mientras estos seguían disponiendo de recursos monetarios, hectáreas en terrenos cultivables y un vehículo oneroso, los obreros no habían cobrado salarios y corrían riesgo de quedarse sin trabajo. Esto se constata en los siguientes testimonios:

Siempre amenazaban con que iban a cerrar para que entendamos si se atrasaban en el pago de alguna quincena por equis motivo, te lloraban... cuando en realidad el que necesitaba era el trabajador, no ellos, con algo compraron el campo que tienen, una chata, una camioneta de más de cien lucas... (Julio, trabajador de La Recuperada 32 años)²⁹

El tipo nos cagó, no nos pagó y todavía tratarlo bien viste... Y ahí cambió todo, cambió todo para nosotros con respecto a los patrones. (Darío, trabajador de La Recuperada 35 años)³⁰

Julio: Más que nada que había gente que por las fiestas necesitaba un mango, y un compañero la vio a la Chola (una de las dueñas) en el supermercado con el carro lleno y nosotros nada.

Darío: Ellos sí se la guardaban y la tuvieron. El tema que a veces te pegaban una llorada bárbara que te daba ganas de salir a hacer una vaquita para prestarles plata...³¹

Ahora se trabaja todos juntos, todos iguales. Ahora repartimos las ganancias iguales, antes la patronal se quedaba con toda la torta, a nosotros nos pagaban lo que nosotros hacíamos y siempre ellos llevándose su plata y los trabajadores siempre como trabajadores... Nosotros veníamos en bicicleta y el patrón en camioneta 4x4... (Julián, trabajador de La Recuperada, 29 años)³²

Esta diferencia fundamental entre obreros y patrones es otro de los aprendizajes productos de las huelgas como escuelas de guerra, tal como lo explica Lenin:

29. Entrevista grupal a La Recuperada, realizada por la autora el 24 de octubre de 2011.

30. Ibidem.

31. Ibidem.

32. Entrevista a Julián, realizada por la autora el 30 de octubre de 2011.

Ocurre muy a menudo que un patrón trata de engañar a todo trance a los obreros, de presentarse ante ellos como un bienhechor, de encubrir la explotación de sus obreros con una dádiva cualquiera, con cualquier promesa falaz. Cada huelga destruye siempre de golpe este engaño, mostrando a los obreros que su “bienhechor” es un lobo con piel de cordero. (Lenin, 2013: 7)

Los obreros enlazaron las vivencias de luchas previas, en las cuales el empresariado amenazaba con cerrar la planta y aducía que no poseía riqueza acumulada, con la situación actual, en la que producto de la inactividad en la planta solo los trabajadores eran empujados a la escasez. Esta conclusión se conjugó con la bronca generada por la deuda salarial, la falta de respuestas, el encontrarse de forma imprevista con la fábrica cerrada, el desentendimiento del pago de las indemnizaciones y las maniobras empresariales para impedir la conformación de la cooperativa de trabajo.

Todo pasa y todo queda

A partir de las espontáneas referencias de los trabajadores de La Recuperada hacia luchas anteriores al proceso de recuperación, se reconstruyó su impacto en el conflicto por la continuidad laboral. Observamos evidencia del carácter pedagógico de conflictos precedentes y cómo los mismos decantaron en potencialidad de este colectivo obrero para enfrentar al empresariado que amenazaba con dejarlos sin empleo y sin indemnizaciones. La colectividad fabril, la confianza en las propias fuerzas, la construcción de una moral obrera dispuesta a alzarse por sus derechos y la solidaridad de clase extendida a otros sectores obreros caracterizaron este proceso, y fueron producto de la puesta en juego de herramientas teóricas, metodológicas y prácticas que no surgieron de la nada, sino que se retrotraen a experiencias conjuntas anteriores que se relanzaron en 2011.

Asimismo, otros aspectos del bagaje de las luchas previas se retomaron una vez constituida la cooperativa de trabajo autogestiva. Se reorganizaron aspectos del régimen fabril y se cuestionó la división intraobrero que la patronal impuso en el proceso de trabajo y el tipo de contratación, mediante la anulación de mecanismos de precarización laboral de los tres grupos obreros más perjudicados por la gestión patronal: los eventuales, los peones y las envasadoras. La igualación de los ingresos, los tiempos y las tareas de trabajo (manteniendo la separación de las mujeres de las tareas pesadas, desde una perspectiva de cuidado del cuerpo femenino) fueron los dispositivos obreros para

llevar a cabo tales transformaciones. Estas modificaciones muestran que, si las luchas previas ya habían anticipado conclusiones referidas al cuestionamiento en las divisiones hacia su interior, solo la gestión obrera pudo revertirlas desde una perspectiva igualitaria y democrática.

Finalmente, en la misma operación por la cual se apropiaron de los medios de producción, quienes conformaron La Recuperada alcanzaron mayor conciencia de la desigualdad en los términos de la relación entre capital y trabajo, de la diferencia entre la propiedad y la desposesión de los medios de producción, entre ganancia y salario.

Por todo ello, concluimos que, a la manera de escuelas de guerra, los combates previos a la recuperación fueron fundacionales de la misma, cobraron un sentido pedagógico retrospectivo y ampliaron el potencial clasista, al emerger sus conclusiones, prácticas, solidaridad y moral previamente alcanzadas. Al andar, los trabajadores de Industrial Pesquera hicieron camino, y de esta forma lograron imponer a la patronal la voluntad de continuar trabajando en la empresa, conservar su lugar y sus puestos de trabajo, golpe a golpe, verso a verso.

Bibliografía

- Bertolotti, M., E. Erratzi y A. Pagani (1997), “Resultados preliminares del Censo Nacional Industrial Pesquero. Año 1996. Provincia de Buenos Aires. Plantas instaladas en tierra. Mar del Plata, Buenos Aires”, *Informe técnico interno*, n° 34, INIDEP.
- Brunet, I. y C. Pizzi (2011), *Capitalismo y subjetividad obrera. El movimiento de empresas recuperadas en Argentina*, Madrid: Biblioteca Nueva.
- Collado, P. y S. Roitman (2015), “Más allá de la revitalización sindical: la subjetivación política de los trabajadores”, en Marcelo Delfini y Juan Montes Cató (comps.), *Recomposición del capital y respuestas sindicales ¿Hacia nuevas relaciones laborales?*, Buenos Aires: UNGS, pp. 147-178.
- Dinerstein, A. (2007) “Workers’ factory takeovers and new state policies in Argentina: towards an «institutionalisation» of non-governmental public action?”, *Policy & Politics*, vol. 35, pp. 529-550.
- Engels, F. (1974), *La situación de la clase obrera en Inglaterra* [1845], Buenos Aires: Esencias.
- Federación de Trabajadores de Industrias de la Alimentación (2003), *Convenio colectivo de trabajo n° 372/04. Industrialización del pescado y subproductos de la pesca. Cámara Argentina Patagónica de Industrias Pesqueras y Cámara Industrial Pesquera y afines de Necochea*, Buenos Aires, 30 de octubre de 2003.
- Lenin, V. (2013), “Sobre las huelgas” [1899], en *Obras selectas*, t. I, Buenos Aires: Ediciones IPS, pp. 61-68.
- Mateo, J.M., A. Nieto y G. Colombo (2010), “Precarización y fraude laboral

- en la industria pesquera marplatense. El caso de las cooperativas de fileteado de pescado. Estado actual de la situación y evolución humana de la rama, 1989-2010”, en *Concurso Bicentenario de la Patria, Premio Juan Bialett Massé*, Buenos Aires: Ministerio de Trabajo de la Provincia de Buenos Aires, pp. 177-203.
- Nogueira, M.L. (2013), “Deconstruyendo la organización interna en dos fábricas pesqueras recuperadas de Necochea y Quequén”, ponencia presentada en las *V Jornadas Interdisciplinarias de Estudios Portuarios*, organizada por la Red de Estudios Portuarios (REDEP), Quequén, Necochea, 6 al 8 de noviembre.
- Pérez Álvarez, G. (2013), “Juego, resistencia y cultura obrera en la Patagonia Argentina: el fútbol ante contextos represivos”, *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*, disponible en <http://journals.openedition.org/nuevomundo/65161>.
- Rebón, J. (2004), *Desobedeciendo al desempleo. La experiencia de las empresas recuperadas*, Buenos Aires: La Rosa Blindada y Picaso.
- Ruggeri, A. (comp.) (2009), *Las empresas recuperadas: autogestión obrera en Argentina y América Latina*, Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras.
- Zelaya, M. (2013), *La cooperativización del trabajo en la industria del pescado marplatense*, monografía, Mar del Plata: Facultad de Ciencias Económicas y Sociales.

Colección Archivos

Hernán Díaz
(coord.)

Espionaje y revolución en el Río de la Plata

Los archivos secretos
de una red diplomática
de persecución al
maximalismo (1918-1919)



Desde que el movimiento obrero empezó a organizarse, el poder recurrió de manera sistemática al espionaje, la delación y la infiltración, utilizando agentes e informantes para conocer y prevenir los levantamientos sociales.

Poco se sabe de estas actividades de inteligencia. En este libro, el décimo de la Colección Archivos, ofrecemos una investigación sobre la red de espionaje creada en Buenos Aires por las embajadas de Francia, Inglaterra, Estados Unidos e Italia, al finalizar la Primera Guerra Mundial en 1918, con el fin de tener un conocimiento preciso de lo que en la época se llamaba “maximalismo”: anarquistas, revolucionarios, bolcheviques, todos favorables a la revolución rusa.

Incluimos también un anexo con una selección de los documentos elaborados por la red de espías, entre los que sobresale un listado de los 400 maximalistas más peligrosos de ambas márgenes del Río de la Plata.

El libro, coordinado por Hernán Díaz, se ha realizado a través de una escritura colectiva, donde participan también Pascual Muñoz, Walter Koppmann, Sabrina Asquini, Lucas Glasman y Cristian Aquino.

Transformaciones de la clase trabajadora uruguaya en tiempos de dictadura (1973-1985)

Estado de la cuestión y coordenadas para su estudio

Sabrina Álvarez y Álvaro Sosa

Instituto de Historia - FHCE - UdelaR
s.alvarez.torres@fhuce.edu.uy - docentealvaro1917@gmail.com

Title: Transformations of the Uruguayan working class during dictatorship (1973-1985). State of the question and coordinates for its study.

Resumen: El artículo presenta un estado de la cuestión que pretende facilitar un acercamiento a las transformaciones que sufrió la clase trabajadora en el marco de la última dictadura uruguaya, haciendo énfasis en una de sus principales formas de organización como es la sindical.

En el período seleccionado para este artículo se procesaron una serie de transformaciones en la estructura económica, la legislación laboral y las relaciones socio-culturales que tuvieron un importante impacto en la clase trabajadora en diversos ámbitos de su desarrollo.

El objetivo de este trabajo es analizar las principales fortalezas y carencias de la bibliografía existente al momento de trabajar una temática aún escasamente abordada.

Palabras clave: dictadura – Uruguay – clase trabajadora– sindicatos.

Abstract: The article presents a state of the art that aims to facilitate an approach to the transformations suffered by the working class within the framework of the last Uruguayan dictatorship, emphasizing one of its main forms of organization, such as the trade union.

During the period selected, a series of transformations were processed in the economic structure, labor legislation and socio-cultural relations that had an important impact on the working class in various areas of its development.

The objective of this work is to analyze the main strengths and shortcomings of the existing bibliography at the time of working on a topic that is still scarcely addressed .

Keywords: dictatorship – Uruguay – working class – trade unions

Recepción: 17 de junio de 2018. **Aceptación:** 10 de agosto de 2019.

Introducción

El golpe de Estado del 27 de junio de 1973 fue un punto culminante en el proceso de deterioro de la presuntamente excepcional institucionalidad democrática del Uruguay.

Durante la década anterior la clase trabajadora organizada había logrado un creciente nivel de coordinación, marcando un hito fundamental la convocatoria a la Convención Nacional de Trabajadores (CNT). Gracias a esto alcanzó un protagonismo incuestionable en la escena política local, impulsando una importante oposición a las políticas económicas tendientes a la liberalización que siguieron los distintos gobiernos de la época (Notaro, 1984).

A pesar de numerosos intentos de diálogo y negociación impulsados por la CNT, la tendencia liberalizadora tuvo como una de sus principales consecuencias un constante deterioro del salario real, de las condiciones laborales y de vida de los trabajadores. La contención del creciente descontento social se articuló a través de la represión y la violencia estatal. Esta tendencia se fue intensificando a lo largo de la década, pero la instalación del gobierno civil-militar en 1973 marcó una profundización. La misma comenzó a revertirse hacia principios de la década siguiente aunque perduraron varios de los ejes que se habían trazado.

La primera expresión de resistencia al golpe de Estado fue la huelga general iniciada el mismo 27 de junio y levantada por voto mayoritario de la Mesa Representativa de la CNT quince días después (Rico *et al.*, 2005: 567-573).

Como señala Alicia Morón (2003), para el régimen fue una temprana preocupación el rol de los trabajadores y el sindicalismo en el proceso de “reconstrucción” nacional que pretendía llevar adelante. Así, a lo largo de los trece años de gobierno de facto, se intentó a través de diversos mecanismos construir una “base social” dando cierto espacio a la actividad sindical. También fue un elemento central de su política “fundacional” la reconfiguración del sistema de seguridad social y los escasos mecanismos que quedaban de negociación colectiva.

Parece ser que la mayoría de las principales organizaciones sindicales quedaron desarticuladas producto de la persecución a la militancia, en especial a partir de la “Operación Morgan”.¹ Asimismo, es posible iden-

1. La “Operación Morgan” fue una acción represiva impulsada por la dictadura uruguaya en coordinación con sus homónimas de la región, que tuvo como destinatarios al Partido Comunista de Uruguay (PCU), la Unión de la Juventud Comunista (UJC) y el Partido por la Victoria del Pueblo (PVP). Su saldo fue de cientos de militantes torturados y presos, así como decenas de asesinados y desaparecidos. Para más información de la Operación Morgan ver Rico (2008: 28).

tificar acciones sindicales en pequeña escala en los lugares de trabajo, realizando reclamos ante las autoridades y en articulación con otros colectivos sociales como el movimiento cooperativista de viviendas por ayuda mutua. Finalmente, hay que reconocer la existencia de un sector del sindicalismo que se mantuvo en la legalidad.²

Este artículo propone presentar un estado general de la cuestión respecto de las diversas transformaciones sufridas en la clase trabajadora durante el período dictatorial, prestando especial atención a las expresiones de organización de la misma. Lo antedicho implica dar cuenta de cuáles han sido las principales fortalezas y carencias de los abordajes existentes sobre la temática, comenzando por los históricos, pasando por los realizados desde distintas ciencias sociales y humanas hasta aquellos de corte memorial. Por último se plantean una serie de posibles caminos de indagación que podrían permitir un estudio profundo de la temática. Materia que aún está pendiente y a la que se espera contribuir.

Precisiones previas y necesarias

Los estudios sobre la clase trabajadora admiten diversos enfoques que se han movido entre dos extremos: desde deterministas hasta subjetivistas. Consideramos valiosa la invitación de Geoff Eley y Keith Nield (2010) por la que sugieren retomar aportes de la tradición estructuralista de la historia social combinados con aspectos políticos (instituciones, partidos, ideologías) y culturales (discursos, prácticas) para abordar la complejidad de la misma.

El acercamiento al período que recorta esta investigación nos plantea el desafío de observar a la clase trabajadora y sus formas de acción por fuera de las “instituciones” que tradicionalmente la canalizan (organizaciones sindicales e instancias de negociación colectiva) y sus formas habituales (movilizaciones en la esfera pública). Esto obliga a prestar mayor atención a dinámicas y expresiones en espacios micro, alejándonos de ciertos sentidos comunes instalados que asumen una directa relación entre trabajadores, sindicalismo e izquierdas.

En este sentido nos basamos en varios aportes teóricos respecto

2. En la mayoría de los casos se trató de organizaciones con escasa representatividad entre los trabajadores y cierta cercanía con el régimen de facto y las patronales. El mejor ejemplo de una central de estas características en dictadura fue la Confederación General de Trabajadores del Uruguay. Nacida a finales de 1973 estaba constituida por varias asociaciones de obreros y empleados rurales y urbanos (Morón, 2003: 26). A su vez, en dictadura también actuaron otros sindicatos no afiliados a esta confederación que no fueron ilegalizados o prohibidos de hecho como el Sindicato Autónomo Tabacalero.

del estudio de la clase trabajadora y sus formas de acción en distintos contextos históricos. Especialmente sugestivos son los planteos de Jean-Paul de Gaudemar (1991) respecto de las formas de disciplinamiento en la producción y sus consecuencias en otras esferas de las relaciones sociales. Por otra parte resulta pertinente considerar el estudio de Michael Burawoy (1989) sobre el consentimiento en la producción y los distintos mecanismos por los que los trabajadores se las “arreglan” para obtener la mayor ventaja posible de sus horas laborales. Esta misma lógica se podría trasladar a las organizaciones sindicales en el contexto de sus relaciones con las patronales y el Estado. John Womack (2007) invita a reflexionar sobre el “poder estratégico” (técnico-industrial, económico y social) de determinados sectores industriales y laborales al interior de las fábricas. Sugiere que poner el foco en estos problemas, en particular en contextos autoritarios, permite conocer la potencialidad transformadora de la acción de los trabajadores y no solo las formas de resistencia al poder dominante.

Estos planteos enfocan el análisis del poder en el lugar de trabajo, al tiempo que reconocen que el Estado tiene un papel especial en la mediación del conflicto entre capital y trabajo, inherente al sistema capitalista. Esto resulta central al momento de indagar las transformaciones sufridas por la clase trabajadora en un contexto particularmente autoritario tendiente a modificar las reglas de juego del sistema de relaciones laborales para la reestructuración de la economía. Para lo cual además fue clave controlar y disciplinar a los trabajadores y, en consecuencia, a sus organizaciones.

Omitidos de la historia

La historiografía uruguaya que ha estudiado el proceso dictatorial prestó poca o nula atención a temáticas vinculadas a los trabajadores y el sindicalismo.

Esto es claro en un conjunto de trabajos producidos al final de la dictadura y en los primeros años del período democrático que buscaban realizar una labor de síntesis y ordenamiento de hechos y procesos, así como aportar a su estudio a partir de la recopilación, sistematización y análisis de testimonios orales (Bruschera, 1986; Caetano y Rilla, 1987; Achard, 1992; Dutrenit Bielous, 1994).

Se observa la misma ausencia en obras posteriores que, respondiendo a un afán totalizador y buscando incluir nuevos tópicos y protagonistas en el análisis del período, sumaban trabajos de diversos autores originarios de distintas disciplinas (Marchesi *et al.*, 2004; Demasi y otros, 2013; Nahum, 2012). En el mejor de los casos estos trabajos referían a la actividad de las organizaciones sindicales (específicamente CNT

y PIT) de forma tangencial o tributaria de otros fenómenos. Así, salvo excepciones (Lacuesta, 2004; Leicht, 2016), ni siquiera era incluido un capítulo específico que estudiara el tema referido.³

En la mayoría de estos trabajos la acción sindical durante el período se reducía al inicio del relato, cuando se historiaba la resistencia que la CNT impulsó durante los 15 días de huelga general. Luego las referencias a esta se volvían mínimas o nulas, reapareciendo a inicios de 1983. Nuevamente el activismo sindical era considerado en relación a la lucha antidictatorial impulsada por las organizaciones de trabajadores junto con otros movimientos sociales y partidos políticos.

Este enfoque parece deberse al peso de la historia política en la historiografía uruguaya, y las dificultades de ver a los sindicatos y la organización colectiva de la clase trabajadora más allá de las dimensiones político-institucionales y político-partidarias. El fenómeno aparece entonces como tributario de estas dimensiones, haciéndose especial foco en el análisis de las corrientes político-sindicales presentes en el seno de las organizaciones obreras, las que generalmente son pensadas en relación de dependencia con las estructuras políticas externas a los sindicatos (partidos, grupos armados, frentes de masas, etc.).

Esta visión olvida el impacto de lógicas coyunturales (a nivel político o socioeconómico), culturales, vinculares, de condiciones de trabajo, de legislación laboral, etc., que afectan en las diferentes decisiones y acciones de los trabajadores. A su vez, se centra en establecer grandes hitos o acontecimientos de los cuales son protagonistas las corrientes político-sindicales, los militantes y los dirigentes, dejando de lado una historia un poco menos heroica constituida por expresiones cotidianas, desarrolladas en espacios muchas veces acotados y rutinarios. Finalmente, contribuye a que la historia de los trabajadores y sus organizaciones se transforme únicamente en una historia de las corrientes político-sindicales y sus elites militantes y dirigentes.

De todos modos, allí también está su aporte al estudio de los trabajadores en dictadura, ya que permiten una aproximación al tema desde una perspectiva política amplia que ubica a los trabajadores y al sindicalismo en referencia a otros actores.

Historias sindicales

Hay escasas memorias, historias de vida o biografías elaboradas a partir de los recuerdos y vivencias de sindicalistas durante la dictadura,

3. Los artículos de Lacuesta y de Leicht son trabajos sintéticos que, si bien realizan un útil ordenamiento de datos y atinada selección de bibliografía, no aportan elementos novedosos al estudio de la materia.

ya que la mayoría de ellos fueron encarcelados o debieron partir al exilio en los primeros años del régimen de facto (Turiansky, 1987; Masi, 1989; Fernández Huidobro, 1995; Bouzas, 1997).

Existen excepciones como la biografía de José D'Elía (Chagas y Trullen, 1988). Allí el período de la dictadura es estudiado a partir de los ejes de análisis tradicionalmente abordados por la historiografía sindical, como ser la huelga general de 1973 y los meses que siguieron a su levantamiento, y la etapa posterior a la aprobación de la Ley de Asociaciones Profesionales.

También el trabajo *Gol del pueblo uruguayo* cuenta con varias entrevistas a sindicalistas, en especial vinculados al Sindicato Único de la Construcción (SUNCA), la Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines (UNTMRA) y el Partido Comunista de Uruguay (PCU) que permiten reconstruir elementos del período partiendo del recuerdo de los entrevistados (Autores Anónimos, 2012).

Por otro lado existen obras elaboradas por historiadores profesionales e “historiadores militantes”⁴ que a partir del análisis de fuentes orales y escritas reseñan la ofensiva del régimen contra el sindicalismo clasista (ya sea a través de la legislación laboral, la represión directa o el impulso de centrales sindicales “democráticas” o “nacionalistas”) y las diversas estrategias impulsadas por este con el fin de articular la resistencia. Se trata tanto de historias generales del movimiento sindical uruguayo desde sus orígenes (Sala de Toursón y Landinelli, 1984; González Sierra, 1989; Rodríguez *et al.*, 2006) o trabajos que abordan específicamente el estudio de los sindicatos en dictadura (Chagas y Tornarelli, 1989).

A su vez Rodolfo Porrini (2018) plantea que es necesario analizar las formas de expresión que los trabajadores construyeron, ya fuera en clave de resistencia o consenso. Enfatiza además la importancia de conocer los factores que influyeron en las acciones y decisiones tomadas por los núcleos sindical-políticos organizados que reconocían la continuidad y representatividad de la CNT y sus sindicatos, así como profundizar en las polémicas que los atravesaron durante el período. Finalmente considera esencial lograr traducir lo heterogéneo de la realidad de la época, poniendo en juego lo territorial y geográfico (barrio, localidad, pueblo, ciudad) como elementos centrales que influyeron en las opciones y decisiones tomadas por individuos y colectivos.

También hay trabajos que centran el estudio de los sindicatos en una coyuntura determinada del período dictatorial. Por ejemplo, la obra de Rico *et al.* (2005), un completo estudio de la huelga general con la que el movimiento sindical respondió al golpe de Estado, donde se analizan

4. Tomamos los conceptos de “historiadores militantes” e historiadores profesionales de Rodolfo Porrini. Ver Porrini, 2004: 164.

sus antecedentes, su desarrollo y las principales derivaciones inmediatas. La información allí contenida sobre el sindicalismo a inicios de la dictadura es vasta y muy bien documentada.

También el trabajo de Alicia Morón (2003), que se encuentra a medio camino entre la historia sindical y la historia político-institucional, hace un interesante aporte para el estudio de las políticas impulsadas por el gobierno entre los años 1973 y 1976, frente a una doble necesidad: reprimir las formas de acción colectiva que suponían espacios de resistencia, y habilitar mecanismos que posibilitaran la canalización de reclamos de los trabajadores. En este sentido, la autora estudió por un lado los mecanismos tendientes a la constitución de un sindicalismo adicto, a la vez que analizó la legislación laboral propuesta por el régimen.

Finalmente la obra de Roger Rodríguez *et al.* (1991), una mixtura de ensayo periodístico y trabajo historiográfico, aborda el estudio del movimiento sindical durante los últimos años de la dictadura y los inicios del período democrático, jerarquizando el análisis de las tensiones generadas por la coexistencia y posterior fusión del PIT y la CNT.

Existe también una relativamente amplia bibliografía que analiza la trayectoria de organizaciones sindicales puntuales. Generalmente el sindicato es estudiado desde sus orígenes hasta la posdictadura, aunque también hay algunas producciones que centran su análisis exclusivamente en el período de facto. Son elaboradas por militantes de la organización o por autores externos (historiadores, periodistas, ensayistas) a solicitud de la misma. El relato pretende englobar la acción de la organización sindical analizada en el marco de una amplia resistencia colectiva (impulsada por el “movimiento sindical” o el “movimiento popular”). Por lo general en estas obras el grueso del relato se centra en describir y analizar el itinerario de estos sindicatos en los primeros años de la dictadura (1973 a 1975-1976) y el final de la transición (1982-1983 a 1985). De la lectura se extrae la idea de que su capacidad de acción fue mínima o prácticamente nula pues no podían organizarse de forma legal. A su vez, las reivindicaciones puntuales en un centro de trabajo o las actividades clandestinas de propaganda y finanzas, consideradas esporádicas e inorgánicas, no merecerían ser valoradas como expresiones de acción sindical. Se destacan aquí los trabajos sobre la Unión de Obreros Curtidores (García, 2010), la Asociación de Funcionarios Postales del Uruguay (Álvarez *et al.*, 2014), la Federación Uruguaya de la Salud (2015), la Confederación de Organizaciones de Funcionarios del Estado (Girona y Siola, 2016).

En segundo lugar encontramos enfoques que además de estudiar a los sindicatos en los primeros años de la resistencia y en la transición, se proponen, dentro de sus posibilidades, profundizar el análisis del

período que podríamos considerar más álgido para el movimiento sindical: 1975-1976 a 1981-1982.

De esta forma, el trabajo de José López Mercao (2004) sobre el sindicato de trabajadores de las Fábricas Nacionales de Cerveza recoge a través de testimonios orales diversas acciones llevadas adelante por obreros en sus lugares de trabajo, las cuales generalmente se centraron en reclamos puntuales por condiciones salariales, laborales, etc. Muestra además la forma en que un reducido número de militantes buscó darle continuidad a la existencia del sindicato por medio del cobro de la cotización, el cuidado del local sindical y el despliegue de mínimas formas de propaganda.

Los trabajos sobre la Asociación de Empleados Bancarios (AEBU) realizados por Héctor Ruíz Valente (1992) y Juan Pedro Ciganda (2007) permiten conocer el itinerario de un sindicato que durante toda la dictadura actuó al límite de la legalidad, realizando abiertamente tareas inherentes a una organización sindical a la vez que llevaba adelante formas de resistencia clandestina. La estrategia utilizada para ello fue la de “recostarse” sobre su local sindical, el cual se transformó en un espacio de organización y resistencia de los trabajadores a partir de actividades sociales, culturales y deportivas.

Un análisis similar es el realizado por José R. Bottaro (1985) y Gley Eyherabide (1993) en sus respectivas historias de la Acción Sindical Uruguaya (ASU), una corriente gremial de tendencia católica que actuó al interior de varios sindicatos, teniendo especial incidencia durante las décadas del 60, 70 y 80. Esta organización, si bien sintió el hostigamiento de las fuerzas represivas, nunca fue ilegalizada, transformándose en un importante foco de asesoramiento y apoyo a trabajadores en conflictos laborales, organización de pequeñas celebraciones del 1° de Mayo y realización de cursos y encuentros sindicales.

Finalmente hay obras que consideran la existencia de una prolífica actividad clandestina por parte de varios sindicatos y de la CNT. En ese marco se proponen identificar, describir y explicar cómo funcionaron estructuras que se considera lograron mantener direcciones y organizaciones de base, militantes y colaboradores, centros de producción y distribución de propaganda, capacidad de relevo luego de la detención de dirigentes, etc. Según esta visión, generalmente las acciones desarrolladas en los centros de trabajo en pos del logro de reivindicaciones puntuales estaban también vinculadas a las actividades de estas estructuras subterráneas. Hay algunos casos donde los autores intentan además sumar nuevos elementos interpretativos, ya sea analizando el impacto que la legislación laboral del régimen tuvo sobre los trabajadores estudiados o la importancia de acciones colectivas desarrolladas a consecuencia de accidentes laborales de entidad. En esta línea se

destacan los trabajos realizados sobre el sindicato metalúrgico (García, 2016) y de la construcción (Rodríguez y Visconti 2008; Álvarez y Sosa 2014a, 2014b, 2014c, 2015, 2017).

Miradas desde las ciencias sociales

Hacia el final de la dictadura y durante los primeros años de la democracia creció sensiblemente la producción respecto al movimiento sindical desde el campo de las ciencias sociales y políticas. Dada la importancia que los movimientos sociales habían tenido en la transición estos trabajos proponían una mirada de largo plazo que observara la relación existente entre el movimiento sindical y el Estado, las organizaciones políticas y los empresarios a lo largo del siglo XX. Se intentaba analizar la forma en que ingresaba el movimiento sindical a la democracia y el papel que jugaría en ella como factor político.

El objetivo central de estas obras no era el estudio de los trabajadores y las organizaciones sindicales en dictadura, pero hacían algunas referencias al tema, sosteniendo que existieron en el período estructuras clandestinas mínimas, generalmente recostadas a organizaciones político-partidarias, que realizaban actividad propagandística.

De esta manera nuevamente el activismo gremial era mirado en clave político-institucional y político-partidaria, dejando en segundo lugar las otras dimensiones del fenómeno, o considerándolas tributarias del análisis antedicho.⁵

Se destacan trabajos como el de Gustavo Cosse (1985), quien indagó en los factores que posibilitaron la supervivencia de un movimiento sindical luego de más de una década de persecución. El autor argumenta que esto se debió a la histórica independencia de clase que logró respecto al poder estatal, a que fue portador de un proyecto “nacional democrático” y tuvo un papel protagónico en la defensa de los derechos ciudadanos y de los trabajadores. Se trataría de un agente que aportó a la configuración de la democracia uruguaya y por tanto se mantuvo en el inconsciente colectivo durante la dictadura, desarrollando mínimas acciones clandestinas siendo un permanente escollo para el régimen en lo que a generación de una base social se trata.

Por otra parte, el sociólogo Francisco Pucci centró su trabajo en identificar diferencias entre el movimiento sindical de la transición y su homónimo predictatorial. Afirma que durante la dictadura transicional el movimiento sindical fue dirigido por militantes jóvenes, sumamente politizados y radicalizados, que actuaron en un ambiente de eferves-

5. Entre otros se destacan los trabajos de Martín Gargiulo (1984); Gustavo Cosse (1985); Jorge Lanzaro (1986); Francisco Pucci (1992) y Natalia Doglio *et al.* (2004).

cencia política y le disputaron la mayoría a la dirección comunista. Pero con la vuelta a la democracia regresaron a la dirección sindical muchos referentes históricos vinculados al PCU, que tenían posiciones más moderadas y reconocían determinados límites en torno a los cuales debería desarrollarse la actividad sindical (Pucci, 1992).

Los trabajos de Martín Gargiulo y Jorge Lanzaro realizan interesantes aportes en referencia a la manera como la dictadura buscó controlar y disciplinar a los trabajadores con el fin de que prevaleciera el “bien nacional” por encima de los intereses particulares.

Gargiulo (1984) sostiene que la visión del régimen respecto de la actividad sindical estaba emparentada con los postulados de la Doctrina de la Seguridad Nacional. Bajo su influjo el gobierno consideró al sindicalismo previo a 1973 como un grupo ilegítimo que hacía peligrar la unidad nacional al anteponer intereses corporativos a los intereses de la patria. Pero cuando este intentó rearticular los mecanismos institucionales a través de los cuales los trabajadores canalizaban sus reclamos laborales, creando para ello nuevas normas o dependencias estatales (como la Oficina de Asuntos Laborales dependiente del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas), estaba reconociendo la existencia de intereses en pugna en la sociedad, los cuales en determinados marcos eran tolerables y debían ser negociados. Estas eran consideradas luchas exclusivamente laborales, y que por tanto debían involucrar solamente a trabajadores y patronales. El régimen exigía que estos diferendos se dilucidaran por la vía de la negociación capital-trabajo, y si esta no prosperaba el Estado intervenía inclinando la balanza hacia el lado donde se salvaguardaran los “intereses nacionales” por encima de los sectoriales. De este modo, si los agentes en pugna no se ajustaban a esta forma de gestión del conflicto y ensayaban formas de presión como huelgas, movilizaciones o “lock out”, su acción pasaba a ser “ilegítima” y sancionable.

Lanzaro (1986) por su parte enmarcó la política laboral del régimen en un proceso de centralización del poder iniciado con la Constitución de 1967 que se agudizó luego del golpe de Estado. Se trató de una centralización radical y excluyente a partir de una estructura autoritaria y vertical, produciéndose una fuerte intervención de lo estatal en la esfera privada y un importante control de las actividades sociales.

Pero, por otro lado, el propio régimen promovió una “descentralización” de la fuerza de trabajo a partir de la persecución de la acción colectiva y la promoción de la acción individual de los sujetos (por ejemplo, exigir que los conflictos laborales fueran planteados y tratados de forma particular por el afectado). Esta individualización, que según Lanzaro es típica del capitalismo, actuó conjuntamente con la intimidación y vigilancia, transformándose en un mecanismo clave para vencer

resistencias y conseguir obediencia, o sea disciplinar las conductas personales de los ciudadanos. De esta forma las mediaciones colectivas preexistentes fueron amputadas y el Estado promovió que los sujetos obraran en el marco de un libre juego de competencias, sin esperar la intervención pública. El individuo quedó librado entonces al imperio del Estado (centralización autoritaria) y de las jerarquías empresariales (individualismo liberal).

En los 90 del siglo pasado los análisis desde las ciencias sociales se interesaron más por el problema de los cambios en las estructuras productivas y en el mercado de trabajo, así como en el impacto que estos tuvieron en los trabajadores y en sus organizaciones. Se trata de la época de la avanzada neoliberal y la desregulación laboral. Estas preocupaciones en buena medida se mantuvieron en el nuevo milenio. En este sentido el interés por los trabajadores y el sindicalismo en periodos de autoritarismo disminuyó, aunque se siguieron proponiendo algunos análisis que, buscando respuestas a nuevas preguntas, bucearon en los procesos de larga duración.

Ejemplo de esto es el trabajo de Marcos Supervielle y Mariela Quiñones contenido en la obra colectiva *El Uruguay desde la Sociología* (2003). En él los autores afirmaron que la dictadura buscó por un lado reducir y flexibilizar la legislación laboral que protegía a los obreros, a la vez que otorgó ciertas ventajas a los trabajadores con el objetivo de demostrar que la acción del Estado podía sustituir a los sindicatos. Los autores plantean como ejemplo del primer caso la abolición de las limitaciones de las horas extras y la caducidad de los créditos anuales, mientras que respecto al segundo destacan entre otras la creación del centro de Asistencia y Asesoramiento al Trabajador.

Finalmente, desde la antropología Álvaro de Giorgi (2000) plantea que el objetivo de la dictadura fue quebrar la identidad de los trabajadores, por lo que preservarla se transformó en uno de los fines centrales de su accionar. Para ello jugaron un papel fundamental pequeñas acciones de resistencia enmascaradas o incluidas en actividades recreativas, culturales, deportivas y sociales. Muchas veces se trataba de expresiones más que nada simbólicas, pero con un fuerte sentido identitario, como ser cantar el himno o hacer un minuto de silencio antes de un partido de fútbol entre obreros celebrando un 1° de Mayo. También microacciones colectivas por problemas puntuales en un centro de trabajo se transformaron en coyunturas que posibilitaron la transmisión identitaria.

Estas interpretaciones constituyen una contribución significativa al estudio de los trabajadores en dictadura pues proponen novedosas conceptualizaciones y categorías de análisis, así como en lo que refiere a la ponderación y estudio de fuentes.

Los trabajadores ante los cambios económicos y sociales del período

La bibliografía producida por varios economistas y científicos sociales aporta información sumamente valiosa respecto de los trabajadores, pero especialmente sobre las políticas y el desarrollo de la economía en el período. Esto permite contar con más elementos para comprender el proceso de deterioro de las condiciones laborales, salariales y de vida que sufrieron los trabajadores y pensar cómo esto pudo haber incidido en la actividad/inactividad colectiva, así como la variación en sus formas.

La bibliografía disponible ha sido escrita indagando desde distintos ángulos: análisis macroeconómicos, estudio de las medidas económicas y su impacto en distintos sectores industriales y en la clase trabajadora a lo largo del período. Hay dos trabajos del economista Jorge Notaro (1984 y 2003) que resultan sumamente valiosos para la caracterización del proceso económico de la dictadura. El autor sostiene que entre marzo de 1972 y agosto de 1973 se comenzó a delinear y llevar adelante la política que caracteriza como “intervencionismo reestructurador”. La misma significó una definición más precisa del modelo de acumulación que llevó a la profundización de la caída del salario real y la concentración del ingreso. Esta se cerró hacia noviembre de 1978 cuando se pretendió establecer un “liberalismo estabilizador”, etapa que culminó en noviembre de 1982. El principal objetivo era lograr la estabilización de los precios a través de la liberalización de la economía, lo que en última instancia generó las condiciones para la instalación de un “centro financiero internacional” en el Uruguay.

Por su parte, Walter Cancela y Alicia Melgar (1985) interpretaron la política económica de la dictadura como otro “modelo liberal” que aplicó “viejas recetas para problemas recurrentes”. Informan que en el período hubo crecimiento en todas las ramas de la industria, pero en especial en aquellas vinculadas con el comercio exterior de productos no tradicionales, equipamiento doméstico y material de transporte. Asimismo, se dio un importante crecimiento en el sector pesca (29,3% anual) y la construcción (14,5% anual); mientras el sector industrial manufacturero creció a un promedio anual de 4,8%. Destacan que el crecimiento de estos sectores no respondió a las demandas del mercado, sino a las políticas económicas que los impulsaron, como el Plan pesquero o, en el caso de la industria de la construcción, el incentivo al ingreso de capitales argentinos, la inversión en obra pública y el financiamiento del Banco Hipotecario del Uruguay (BHU) a la construcción de viviendas. Coincidiendo con la lectura de Notaro, señalan que hacia los 80 comenzó a ser más redituable la especulación financiera que la

inversión en producción. Todo esto llevó a un destacado aumento del gasto y la deuda pública.⁶

En la década del 2000 nuevos aportes complementaron los análisis antedichos al enfocarse en aspectos específicos de la economía y de las políticas económicas desde miradas de largo plazo. Surgieron trabajos sobre regímenes fiscales en Uruguay y modelos de seguridad social (Azar *et al.*, 2009), el papel de las asignaciones familiares como salario indirecto (Mariño, Noboa y Parada, 2009), la evolución de la PEA (Fleitas y Román, 2010) y la productividad en la industria manufacturera (Camou y Maubrigades, 2006). Asimismo, hay algunos estudios sobre cuestiones de género, juvenilización y precarización laboral, empleo y desempleo. Estos últimos muestran una tendencia al crecimiento en el empleo público –a pesar de las numerosas destituciones– tanto en las empresas estatales como en la administración central (Camou y Maubrigades, 2007).

Estos trabajos se basan principalmente en datos estadísticos producidos por el propio Estado que son constantemente relativizados, reconociéndose los límites que imponen estas fuentes de información. En algunos casos se mencionan artículos aparecidos en prensa que reproducen opiniones de actores políticos, como el Ministro de Economía, o de dirigentes de gremiales empresariales.

Las opiniones de los trabajadores no son consideradas, quedando sus experiencias invisibilizadas detrás de las estadísticas. De este modo poco informan sobre cómo era el trabajo en ese momento, de qué forma transcurría la vida de los trabajadores y sus familias, si existían formas de solidaridad y socialización facilitadas por el desarrollo de la labor específica, entre otros.

De la lectura de la bibliografía referida se puede deducir que las condiciones salariales en general tendieron a decaer, aunque hubo sectores de la economía que lograron mantener e incluso mejorar sus ingresos. Asimismo el mayor deterioro salarial se produjo entre los grupos de menores ingresos.

De la misma manera se aceleró un proceso de reestructuración económica que tuvo como principal víctima a los trabajadores, pero que también generó importantes consecuencias en el empresariado.

En la investigación que hemos desarrollado sobre el SUNCA durante el período de facto, pudimos cotejar lo que tempranamente planteó Notaro (1984): el Estado lejos de oficiar como “juez y gendarme” jugó un papel interventor a fin de favorecer, mediante distintas políticas económicas, a

6. El trabajo de Luis Macadar (1982) aporta sugestivos datos sobre el proceso económico dando cuenta de los crecimientos desiguales en distintos sectores de la economía y, por ende, de los trabajadores.

sectores empresariales que entendía estratégicos de acuerdo al modelo diseñado en el Plan Nacional de Desarrollo 1973-1977. Entre estos estaba, por ejemplo, la industria de la construcción, que se transformó al beneficiarse a los promotores privados en detrimento de las empresas constructoras de capital local. Esto se logró también gracias a la desarticulación de la principal organización sindical del sector (el SUNCA) que había impulsado y conquistado en 1971, con el acuerdo de algunos sectores patronales, una ley que distaba mucho de los lineamientos sostenidos por el gobierno civil-militar.

Se puede inferir, por lo tanto, que a pesar de la mejora salarial y del aumento del empleo en el sector, hubo un importante deterioro en las condiciones laborales y una transformación de la clase trabajadora. Al mismo tiempo, el Estado-empresario o Estado como factor de desarrollo económico tuvo un renovado repunte inspirado en ideas desarrollistas, impulsando en simultáneo mecanismos de cooptación y control social. Así, como señalamos, se volvió un gran impulsor de la obra pública.

A partir de la información proporcionada por las investigaciones mencionadas en este apartado es posible realizar una caracterización inicial de la situación de la clase trabajadora en el período estudiado, a la vez que pensar en la transformación que sufrieron distintos sectores de la economía en ese período, así como en sus consecuencias a corto, mediano y largo plazo.

Transformaciones en la seguridad social y la legislación del trabajo. Cambios del sistema de relaciones laborales.

Tanto el sistema de seguridad social como la legislación del trabajo son elementos centrales en la configuración y desarrollo de las relaciones entre trabajadores, patronales y Estado (Notaro, 2011). En el período que abordamos fueron objeto de significativas modificaciones, por lo que es menester presentar un acercamiento a la bibliografía que da cuenta de ellas.

Hay una voluminosa cantidad de textos que enfocan distintos aspectos del tema. Por lo general, no se dedican en detalle al período que trata este artículo, pero aportan información muy valiosa a fin de mapear las políticas del régimen de facto en la materia, desde aquellas que no pasaron de la enunciación hasta las que se aplicaron y continuaron vigentes.

Oscar Ermida Uriarte y Antonio Grzetich (1991) entienden que el sistema de seguridad social uruguayo sufrió un corte sustancial en 1968 con la eliminación de la convocatoria a los consejos de salarios, lo que evidenció un claro cambio de tendencia: se pasó a un sistema de predominio de lo económico por sobre lo social. Sostienen que las políticas dictatoriales respondían a esta tendencia. Subrayan varias leyes

(a través de un registro minucioso respecto de cuatro ejes principales: pasividades, desocupación, prestaciones familiares y enfermedad común) que resultan de interés para entender la reconfiguración del sistema de relaciones laborales y la seguridad social, así como sus consecuencias en la vida de los trabajadores, sus organizaciones y sus posibilidades de organización y acción colectiva.

Asimismo, señalan que a pesar de la tendencia a la centralización y monopolización de la gestión de este tipo de mecanismos por parte del Poder Ejecutivo, hubo un breve interregno de “libertad” a través del decreto-ley 14.407 de julio de 1975, por el cual se creó como servicio descentralizado la Administración de los Seguros Sociales por Enfermedad (ASSE), que habilitó que surgieran casi de inmediato “seguros convencionales de enfermedad” o “cajas de auxilio” emanando de acuerdos “obrero-patronales” y dirigidos por comisiones bipartitas y paritarias. En este marco se constituyeron “seguros convencionales” en toda la industria química, Bao, Azucarlito, Paycueros, Bayer, Phillips, Sandoz, Metzen y Sena, Onda, Conaprole, Compañía del Gas, Alpargatas, Aco-dike, Sudamtex, Ipusa y Fanapel. Según interpretan los autores, esto revelaría “la tendencia histórica de la sociedad oriental a cogestionar o aun a autogestionar los seguros sociales”. Tiempo después se suprimió esta posibilidad no dando trámite a nuevos expedientes.

El acto institucional n° 9 de 1979 aparece como punto máximo en la mutación del sistema de seguridad social. Este pretendía “racionalizar” el sistema vigente mediante la centralización administrativa y financiera. Asimismo, eliminó algunos beneficios, ajustó la cobertura, modificó el mecanismo de financiamiento (disminuyendo la “carga” para las patronales) y de funcionamiento (eliminó la participación de las partes concentrando el Poder Ejecutivo la potestad definitiva en la materia) (Azar *et al.*, 2009).

El aporte de esta bibliografía resulta muy valioso a fin de conocer las políticas llevadas adelante por el régimen de facto orientadas a reestructurar el sistema de relaciones laborales y la seguridad social uruguaya, elemento central, aunque no exclusivo, para comprender el tema que nos convoca. Es una mirada enfocada en los aspectos institucionales que debería ser complementada por el estudio concreto del impacto de los mismos en la vida de los trabajadores. El cruce de este tipo de información, junto con la que surge de trabajos realizados desde otras ópticas que hemos reseñado, y las fuentes aún inexploradas permitirá responder a esa interrogante y enriquecer la mirada.

Algunas reflexiones a modo de cierre

Como se puede apreciar a lo largo de las páginas precedentes los

avances en el plano estrictamente historiográfico han sido importantes pero aún limitados, extremo que llevó al historiador Rodolfo Porrini a afirmar que la investigación sobre trabajadores y sindicatos en dictadura se encuentra aún en una etapa exploratoria (2018: 4).

Consideramos que en buena medida la forma de enriquecer el camino hasta ahora recorrido es lograr mayores niveles de integración de la perspectiva historiográfica con la información y los análisis que presentan los trabajos elaborados por otros científicos sociales, lo cual permitirá ensayar una caracterización mucho más acabada de la situación de los trabajadores en el periodo. Así sería posible abordar a la clase trabajadora con una mirada amplia que considere desde aspectos estructurales hasta subjetivos pasando por la diversidad de aspectos que hacen a su dinámica.

Entendemos que las transformaciones en la legislación referente al mundo del trabajo (la concerniente a las relaciones laborales y seguridad social) pero especialmente la política represiva desplegada por el régimen tenían como objetivo disciplinar a la fuerza de trabajo y a sus principales representantes. Este disciplinamiento ha sido estudiado fundamentalmente en su faceta política. Cabría analizar cómo se manifestó en el ámbito laboral teniendo en cuenta también las dinámicas de consentimiento que se pudieron ir desplegando en simultáneo para generar nuevos “arreglos”. Algunas pistas hemos rastreado para el caso de la industria de la construcción e, inferimos, se debe haber desarrollado de forma similar en otros sectores de la producción.

Por otra parte, creemos que tanto mirar más allá de las instituciones sindicales tradicionales como conocer el funcionamiento interno de los ámbitos laborales permitiría observar el ejercicio de poder (estratégico o no) de los trabajadores.

En este sentido es posible pensar en la existencia de variadas formas de acción desplegadas por los trabajadores que no supusieron la existencia de estructuras sindicales o político-sindicales clandestinas permanentes. Ejemplo de ello son las instancias de debate, organización y lucha puntual frente a conflictos específicos surgidos en los lugares de trabajo, para la instrumentación de instancias de negociación previstas por la legislación laboral del régimen (como las comisiones paritarias); o la realización de actividades sociales, deportivas, culturales, etc., que representan factores de producción y reproducción de identidades.

Por último, destacamos que del análisis bibliográfico se desprende la necesidad de ensayar nuevas periodizaciones que, sin descuidar la influencia de procesos políticos más amplios, tomen en cuenta factores intrínsecos al devenir de los trabajadores y las organizaciones sindicales durante el periodo, sin olvidar que cada sector vivió durante la dictadura experiencias propias que marcaron su itinerario particular,

por lo que toda generalización al respecto conlleva también problemas e inexactitudes.

Proponemos una periodización en tres etapas. La primera se habría iniciado luego del golpe de Estado y la huelga general, finalizando con la desarticulación de la mayoría de las organizaciones sindicales a partir de la “Operación Morgan” en octubre de 1975. La segunda transcurre hasta diciembre de 1981, cuando los trabajadores de AEBU decidieron acogerse a la Ley de Asociaciones Profesionales, generándose una limitada legalización de las organizaciones sindicales. Este último subperiodo se cerró con la unificación del sindicalismo legal, el clandestino y el del exilio, en mayo de 1984, en torno a la sigla PIT-CNT.

Referencias bibliográficas

- Achard, Diego (1992), *La transición en Uruguay*, Montevideo: EBO.
- Álvarez, Sabrina *et al.* (2014), *La constancia de la lucha. Una historia del Sindicato de Postales*, Montevideo: Udelar-PIT-CNT.
- Álvarez, Sabrina y Álvaro Sosa (2014a), *Dando la primera batalla: el SUNCA en la huelga general*, Fascículo 3 de la serie “Construyendo resistencia: el SUNCA durante la dictadura (1973-1985)”, Montevideo: SUNCA-Udelar-FHCE-CEIU.
- (2014b), *Haciéndole “gambetas” a la represión: itinerarios del SUNCA de la post-huelga a la reafiliación*, Fascículo 1 de la serie “Construyendo resistencia: el SUNCA durante la dictadura (1973-1985)”, Montevideo: SUNCA-Udelar-FHCE-CEIU.
- (2014c), *Valor y firmeza: las acciones del año 1974 y el paro del 9 de octubre*, Fascículo 2 de la serie “Construyendo resistencia: el SUNCA durante la dictadura (1973-1985)”, Montevideo: SUNCA-Udelar-FHCE-CEIU.
- (2015), *Destellos en la oscuridad: militancia clandestina del SUNCA en los años de plomo (1975-1983)*, Fascículo 4 de la serie “Construyendo resistencia: el SUNCA durante la dictadura (1973-1985)”, Montevideo: SUNCA-Udelar-FHCE-CEIU.
- (2017), *Abriendo las puertas de la libertad: el PRO-SUNCA y la reconstrucción del movimiento obrero (1975-1985)*, Fascículo 5 de la serie “Construyendo resistencia: el SUNCA durante la dictadura (1973-1985)”, Montevideo: SUNCA-Udelar-FHCE-CEIU.
- Autores Anónimos (2012), *Gol del pueblo uruguayo*, Montevideo: s/d.
- Azar, Paola *et al.* (2009), *¿De quiénes, para quiénes y para qué?: las finanzas públicas en el Uruguay del siglo XX*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Bottaro, José R. (1985), *25 años de movimiento sindical uruguayo. La vida de ASU*, Montevideo: Avanzada.
- Bouzas, Carlos (1997), *La generación de Cuesta*, Montevideo: s/d.
- Bruscherá, Oscar (1986), *Las décadas infames. Análisis político. 1967-1985*, Montevideo: Linardi y Risso.

- Burawoy, Michael (1989), *El consentimiento en la producción. Los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista* [1979], Madrid: Ministerio de Trabajo y Seguridad Social de España.
- Caetano, Gerardo y José Rilla (1987), *Breve historia de la dictadura (1973-1985)*, Montevideo: EBO.
- Camou, María Magdalena y Silvana Maubrigades (2006), “El desafío de la productividad en la industria tradicional uruguaya”, en María Magdalena Camou y Rodolfo Porrini (comps.), *Trabajo e historia en el Uruguay: investigaciones recientes*, Montevideo: FCS-FHCE-CSIC.
- (2007), “Desigualdades de género en Uruguay en perspectiva histórica”, *Boletín de Historia Económica*, año V, n° 6, Montevideo, pp. 33-49.
- Cancela, Walter y Alicia Melgar (1985), *El desarrollo frustrado. 30 años de economía uruguaya, 1955-1985*, Montevideo: CLAEH-EBO.
- Chagas, Jorge y Gustavo Trullen (1988), *José D’Elía: memorias de la esperanza*, tomo II: *Los años turbulentos. 1965-1984*, Montevideo: Trilce.
- Chagas, Jorge y Mario Tornarelli (1989), *El sindicalismo uruguayo bajo la dictadura (1973-1984)*, Montevideo: Del Nuevo Mundo.
- Ciganda, Juan Pedro (2007), *Sin desensillar... y hasta que aclare. La resistencia a la dictadura*, AEBU, 1973-1984, Montevideo: Cauce.
- Cosse, Gustavo (1985), “Clase obrera, democracia y autoritarismo”, en Carlos Filgueira (comp.), *Los movimientos sociales en el Uruguay de hoy*, Montevideo: EBO.
- De Georgi, Álvaro (2000), “El caso uruguayo”, en Álvaro De Georgi y Susana Dominzain, *Respuestas sindicales en Chile y Uruguay bajo las dictaduras y en los inicios de la democracia*, Montevideo: Udelar.
- Demasi, Carlos et al. (2013), *La dictadura cívico-militar. Uruguay 1973-1985*, Montevideo: EBO.
- De Gaudemar, Jean-Paul (1991), *El orden y la producción. Nacimiento y formas de la disciplina de fábrica* [1982], Madrid: Trotta.
- Doglio, Natalia et al. (2004), “Izquierda política y sindicatos en Uruguay (1971-2003)”, en Jorge Lanzaro (coord.), *La izquierda uruguaya entre la oposición y el gobierno*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Dutrenit Bielous, Silvia (1994), *El maremoto militar y el archipiélago partidario: Testimonios para la historia reciente de los partidos políticos uruguayos*, Montevideo: ECS-Instituto Mora.
- Eley, Geoff y Keith Nield (2010), *El futuro de la clase en la historia. ¿Qué queda de lo social?*, Valencia: Universitat de Valencia.
- Ermida Uriarte, Oscar y Antonio Grzetich (1991), “La estructura de la seguridad social, su evolución y situación actual”, en AA.VV., *La seguridad social en el Uruguay*, Montevideo: FCU, pp. 71-118.
- Eyherabide, Gley (1993), *Historia de ASU. 33 Años de lucha popular*, Montevideo: Contexto
- Federación Uruguaya de la Salud (2015), *1965-2015. Federación Uruguaya de la Salud. Cinco décadas de lucha*, Montevideo: Primero de Mayo.

- Fernández Huidobro, Eleuterio (1995), *El tejedor Héctor Rodríguez*, Montevideo: Tae.
- Fleitas, Sebastián y Carolina Román (2010), “Evolución de la población económicamente activa en el siglo XX: un análisis de la estructura por sexo, edad y generaciones”, *Boletín de Historia Económica*, año VIII, n° 9, Montevideo, pp. 41-64.
- García, Lorena (2010), “Curtidores, organización y acción (fines del siglo XIX-1985)”, en Rodolfo Porrini Beracochea (coord.), *Del cuero “mal educado” y afines. Una historia de los obreros curtidores en el Uruguay*, Montevideo: Udelar.
- (2016). “Tiempos difíciles”, en Susana Dominzain (coord.), *Así se forjó la historia. Acción sindical e identidad de los trabajadores metalúrgicos en Uruguay*, Montevideo: Primero de Mayo-Udelar.
- Gargiulo, Martín (1984), “Movimiento sindical y estabilidad democrática”, en *Cuadernos del CLAEH*, n° 20, Montevideo.
- Girona, Martín y Lucía Siola (2016), *Historia y memoria de COFE. A 50 años de su fundación*, Montevideo: COFE.
- González Sierra, Yamandú (1989), *Reseña histórica del movimiento sindical uruguayo (1870-1984)*, Montevideo: CIEDUR-DATES.
- Lacuesta, Mariela (2004), “El movimiento sindical”, en AA.VV., *El Uruguay de la dictadura (1973-1985)*, Montevideo: EBO.
- Lanzaro, Jorge (1986), *Sindicatos y sistema político*, Montevideo: FCU.
- Leicht, Federico (2016), “El sindicalismo y los trabajadores en la dictadura”, en Juan Pablo Bohoslavsky, *El negocio del terrorismo de Estado. Los cómplices económicos de la dictadura*, Montevideo: Debate.
- López Mercao, José (2004), *Una historia cervecera*, Montevideo: Ediciones de la Memoria.
- Macadar, Luis (1982), *Uruguay 1974-1980: ¿un nuevo ensayo de reajuste económico?*, Montevideo: Estudios CINVE-EBO.
- Mariño, Natalia et al. (2012), *Las asignaciones familiares como salario indirecto: una aproximación a su incidencia distributiva en el largo plazo*, Montevideo: FCEA-Udelar.
- Marchesi, Aldo et al. (coord.) (2004), *El presente de la dictadura. Estudios y reflexiones a 30 años del golpe de Estado*, Montevideo: Trilce.
- Mariño, Natalia, Cecilia Noboa y Cecilia Parada (2009), *Las asignaciones familiares como salario indirecto. Una aproximación a su incidencia distributiva en el largo plazo*, monografía de Licenciatura en Economía, FCEA-Udelar. Disponible en <http://biblioteca.fcea.edu.uy/monografias/2009/M-CD3878.pdf>.
- Masi, Hugo (1989), *Vida de un metalúrgico: reportaje a Rosario Pietrarroia*, Montevideo: EPU.
- Morón, Alicia (2003), “El estado y la cuestión sindical en los inicios de la dictadura (1973- 75/76)”, III Jornadas de Historia Económica de AUDHE, julio. Disponible en http://www.audhe.org.uy/Jornadas_Internacionales_Hist_Econ/III_Jornadas/Simposios_III/18/Moron.pdf.

- Nahum, Benjamín (coord.) (2012), *1960-2010. Medio siglo de historia uruguaya*, Montevideo: EBO.
- Notaro, Jorge (1984), *La política económica en el Uruguay, 1968-1984*, Montevideo: CIEDUR-EBO.
- (2003), “La batalla que ganó la economía”, en *El Uruguay del siglo XX*, tomo I: *La Economía*, Montevideo: EBO.
- (2011), *El origen del sistema de relaciones laborales en el Uruguay. IECON. DT 1/11*, Montevideo: CIEDUR. EBO.
- Porrini, Rodolfo (2004), “Una aproximación a la bibliografía e historiografía sobre la clase obrera y el movimiento obrero en el Uruguay”, en Rodolfo Porrini (comp.), *Historia y memoria del mundo del trabajo*, Montevideo: Udelar-FHUCE-CSIC.
- (2018), *Trabajadores y sindicatos uruguayos durante la dictadura (1973-1985). Consensos y resistencias*. Disponible en: http://historiapolitica.com/datos/biblioteca/dicsind_porrini.pdf.
- Pucci, Francisco (1992), *Sindicatos y negociación colectiva*, Montevideo: CIESU.
- Rico, Álvaro (coord.) (2008), *Investigación histórica sobre la dictadura y el terrorismo en Uruguay (1973-1985)*, t. III, Montevideo: Udelar-CSIC-FHUCE-CEIU, p. 28.
- et al. (2005), *15 días que estremecieron al Uruguay*, Montevideo: Fin de Siglo.
- Rodríguez, Universindo et al. (2006), *El sindicalismo uruguayo. A 40 años del congreso de unificación*, Montevideo: Taurus.
- y Silvia Visconti (2008), *Albañiles. Esos obreros del andamio*. Montevideo: SUNCA.
- Rodríguez, Roger et al. (1991), *¿Réquiem para el movimiento sindical?*, Montevideo: IFIS-CAAS.
- Ruíz Valente, Héctor (1992), *Contribución a la historia de AEBU*, Montevideo: s/d.
- Sala de Tourón, Lucía y Jorge E. Landinelli (1984), “50 años del movimiento obrero uruguayo”, en Pablo González Casanova (coord.), *Historia del movimiento obrero en América Latina*, vol. 4, México: Siglo XXI.
- Supervielle, Marcos y Mariela Quiñones (2003), “Las nuevas funciones del sindicalismo en el cambio del milenio”, en Enrique Mazzei (comp.), *El Uruguay desde la Sociología. Integración, desigualdades sociales, trabajo y educación*, Montevideo: FCS-Udelar.
- Turiansky, Wladimir (1987), *Apuntes contra la desmemoria*, Montevideo: Arca.
- Womack, John Jr. (2007), *Posición estratégica y fuerza obrera. Hacia una nueva historia de los movimientos obreros*, México: FCE.

COMUNICACIONES

Sobre espías y revoluciones en el Río de La Plata

Daniel Lvovich

UNGS – CONICET

La aparición de *Espionaje y revolución en el Río de la Plata*¹ en el año del centenario de la Semana Trágica es un buen motivo para revisar el período, y en particular el accionar de las agencias de inteligencia en esa etapa.

Se trata de una investigación colectiva sobre unos setenta documentos producidos entre fines de 1918 y mayo de 1919 por una red de espionaje sostenida por las embajadas de Francia, Italia, Inglaterra y Estados Unidos para investigar al movimiento obrero de Argentina y Uruguay y combatir al *maximalismo*. Las fuentes de la red FABI (por las iniciales de los países participantes) fueron conservadas y halladas un siglo después en los archivos del ministerio de Relaciones Exteriores de Francia. Una red de espionaje de los aliados preexistía en el Río de la Plata, pero orientada a controlar la presencia de agentes y propaganda alemana.

El libro reconstruye los perfiles de los responsables de la red en cada legación diplomática, provee información sobre sus agentes e informantes y sobre el objetivo central de FABI: controlar a los maximalistas, “conglomerado impreciso que abarca a los anarquistas que

1. Hernán Díaz (coord.), Pascual Muñoz, Walter Kopmann, Sabrina Asquini, Lucas Glasman y Cristian Aquino, *Espionaje y revolución en el Río de la Plata. Los archivos secretos de una red diplomática de persecución al maximalismo (1918-1919)*, Buenos Aires, CETHI –Imago Mundi, 2019.

utilizan métodos de acción directa, a los socialistas de izquierda y a los rusos que se consideran solidarios con el gobierno revolucionario de su país”.² Las centrales obreras quedaron fuera de esta vigilancia, aunque algunas organizaciones sindicales de actividades directamente vinculadas a los intereses angloamericanas fueron objeto de control. Los responsables de la red partían del supuesto de que el movimiento revolucionario no tenía una voluntad independiente, sino que recibían directivas y financiación de Alemania.

El texto coordinado por Hernán Díaz da cuenta de las exageraciones de los informantes con respecto al peligro y a las acciones revolucionarias, de la animadversión hacia la figura de Hipólito Yrigoyen y del foco de atención puesto en los rusos residentes en Argentina y en Uruguay. Con relación a la Semana Trágica, los informes de la red señalan que, aunque existían grupos interesados en promover una revolución, “el movimiento de enero no fue planificado y en cierto modo fue precipitado por los acontecimientos espontáneos de la fábrica Vasena”.³ Esta interpretación choca con la que sostendría el gobierno argentino y que sería asumida por muchos actores contemporáneos y analistas posteriores, según la cual la Semana Trágica constituyó en efecto un intento revolucionario.

El libro se cierra con un apéndice documental en el que se reproducen informes sobre la Semana Trágica, el periódico en lengua rusa *Golos Trudá*, informaciones sobre militantes y organizaciones maximalistas y listados de dirigentes y agitadores en Montevideo y Buenos Aires.

Siendo un libro breve y sencillo, *Espionaje y revolución* es un aporte importante para la comprensión del periodo, y en particular de la coyuntura de la Semana Trágica, permitiendo completar un cuadro que antes se presentaba fragmentario en ciertos aspectos.

Por ejemplo, sabíamos que distintas informaciones, originadas en legaciones argentinas en el exterior o en el cuerpo diplomático extranjero acreditado en Buenos Aires, advertían, en diciembre de 1918, sobre la llegada al país de agitadores rusos que preparaban un complot bolchevique. También teníamos conocimiento de que en sus memorias, el por entonces embajador norteamericano en Buenos Aires Frederick Jessup Stimson afirmaba haber recibido información acerca de la existencia en 1918 y 1919 de un movimiento internacional liderado por el comunismo, que debía estallar simultáneamente en los cinco puertos más importantes para los aliados –Estocolmo, Rotterdam, Liverpool, Nueva

2. Ídem, p. 31.

3. Ídem, p. 62.

York y Buenos Aires— y cuyos dirigentes eran en su mayoría judíos.⁴ Conocemos ahora las fuentes e intencionalidad de esas informaciones.

En los archivos norteamericanos

En una investigación que desarrollé recientemente en los archivos de Estados Unidos, no encontré evidencia directa de la existencia de FABI (en mis propósitos de pesquisa, formulados previamente a la aparición del libro, ese no era un objetivo), pero sí diversos indicios que en todos los casos parecen confirmar la participación norteamericana en la red.

En primer lugar, tanto en las perspectivas de la inteligencia como en las del Departamento de Estado norteamericano se tendía a emparentar a los movimientos bolcheviques en el mundo con la acción alemana. En los archivos del Departamento de Estado norteamericano y en los del presidente Wilson se constata que, a fines de 1918 y comienzos de 1919, la preocupación norteamericana se centraba en dos temas. Por un lado la revolución soviética, la guerra civil y la intervención occidental en Rusia que la sucedieron y el temor ante la posibilidad de que acontecimientos similares ocurrieran en otras latitudes. El seguimiento de las huelgas en todo el mundo, desde Noruega y Bélgica hasta Cuba o Brasil, del movimiento de dinero y personas proveniente de Rusia y por supuesto de la revolución espartaquista, era permanente en los cables diplomáticos y de inteligencia norteamericanos. Por otro lado, la información se concentraba en las conversaciones de paz en Francia, y en las maniobras alemanas para tratar de obtener una situación más ventajosa. A menudo ambos factores se coaligaban en la mirada estadounidense. Así, por ejemplo, en una comunicación de enero de 1919 se afirmaba que tanto los bolcheviques como el gobierno alemán explicaban el estallido de conflictos sociales en Francia, mientras en los cables diplomáticos relativos a las huelgas de Cuba de enero de 1919 se sostenía que el partido liberal y el gobierno alemán atizaban el conflicto.

El Secretario de Estado Lansing, creyendo o no en la colusión entre bolcheviques y alemanes, explotaba esta acusación, promoviendo para ello la publicación de libelos, como el folleto *The German Bolshevik Conspiracy*,⁵ que entre otros usos fue enviado a funcionarios rusos del régimen depuesto con fines de propaganda.⁶ No sorprende entonces que en el parte diario de inteligencia que se enviaba al presidente Wilson

4. Frederick Jessup Stimson, *My United States*, Nueva York y Londres, 1931.

5. War information series. The Committee on Public Information, octubre de 1918.

6. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, fondo Presidente Woodrow Wilson, rollo de microfilm 471. Telegrama de la inteligencia militar, Christiania, 4 de diciembre de 1918.

apareciera, en la sección dedicada al bolchevismo, una información que daba cuenta del rumor según el cual se contratarían oficiales alemanes como instructores para el ejército argentino, lo que nos da un indicio acerca de la centralidad de dicha asociación hasta en los más altos niveles del gobierno estadounidense.⁷

Tal como señala el libro *Espionaje y revolución...*, en las fuentes norteamericanas se constata que los telegramas originados en Buenos Aires con información de inteligencia eran firmados por el agregado militar Alfred Smith, uno de los miembros de la red. Desde fines de 1918 Smith enviaba informaciones acerca del aumento de la conflictividad social en Argentina, señalando que en los conflictos de Rosario y Mendoza se registraba la presencia de agitadores anarquistas y maximalistas.⁸ Y sería el propio Alfred Smith quien enviaría los partes de inteligencia con los que se informó sobre el devenir de la Semana Trágica.

Igualmente, tal como se afirma en la investigación, existían divergencias interpretativas entre el embajador Frederic Stimson, quien “no era del todo idóneo para las tareas de inteligencia” y las fuentes de inteligencia.⁹ El embajador señalaba en sus informes la responsabilidad de Hipólito Yrigoyen en los acontecimientos de enero de 1919 –por lo que consideraba una débil actitud frente al movimiento obrero–, pero estaba convencido de encontrarse frente a un complot maximalista. Stimson señalaba como una prueba de la existencia de dicho complot que de los 182 muertos en lo que definía como los “primeros combates del levantamiento”, 150 de los cadáveres recogidos por las autoridades en las calles correspondían a judíos rusos.¹⁰ Ese mismo día, en un telegrama a su gobierno, el embajador transmitía las estimaciones oficiales que calculaban las bajas entre los manifestantes en 500 muertos y 550 heridos, pero dos semanas después, en una comunicación del 27 de enero, informaba al Departamento de Estado que el número de muertos en el “levantamiento” era de 1.356 y el de heridos de alrededor de 5.000.¹¹

7. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, fondo Presidente Woodrow Wilson, rollo de microfilm 469. Sumario diario de inteligencia, 4 de abril de 1919.

8. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, fondo Presidente Woodrow Wilson, rollo de microfilm 471. Partes de inteligencia, telegramas de los días 17 y 30 de diciembre de 1918.

9. *Espionaje y revolución...*, p. 24.

10. “The part of maximalism in the disturbances of January 9, 10 and 11th, in Buenos Aires and other Places of the Argentine Republic, Enclosure 1 in Despatch n° 7421”, del embajador Frederic Stimson al Departamento de Estado, 13 de enero de 1919, en National Archives and Record Administration (EE.UU.) II, Records of the Dept. of State ref. to internal affairs of Argentina, 1910-1929, 835.00/66-216, microcopy n° 514, rollo 3.

11. Telegramas de los días 13 y 27 de enero de 1919, en NARA II, *idem*.

En contraste, fuentes de inteligencia militar, sin descartar una eventual instigación bolchevique a lo que era considerado no ya un *levantamiento* sino un *estallido*, estimaban las víctimas en 800 muertos y 2.000 heridos.¹² Pocas semanas más tarde, el boletín semanal de inteligencia que recibía el presidente Wilson y las más altas autoridades norteamericanas mostraba lo poco fundado del rumor que atribuía a los rusos la responsabilidad en la agitación de enero, apelando para ello a las cifras acerca de la nacionalidad de los más importantes dirigentes anarquistas que se declararon “maximalistas” de la Argentina, entre los cuales los originarios de Rusia eran solo 8 en un total de 116.¹³ Sin duda alguna, esa información está extraída del listado de la red FABI que se reproduce entre las páginas 105 a 110 del anexo documental de *Espionaje y revolución...*

Como se plantea muy acertadamente en ese libro, la transnacionalización de la investigación histórica se corresponde con la internacionalización del espionaje y la vigilancia policial –acompañada con la intromisión de las autoridades diplomáticas extranjeras en la vigilancia de fuerzas políticas locales– y con la internacionalización de las luchas obreras. Esta forma de internacionalización de la investigación supone una amplia colaboración a la que este breve texto quiere resultar un aporte.

12. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, fondo Presidente Woodrow Wilson, rollo de microfilm 471. Partes de inteligencia, telegrama 1357 del 22 de enero de 1919.

13. Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, fondo Presidente Woodrow Wilson, rollo de microfilm 469. Weekly Intelligence Summary 91, 22 de febrero de 1919.

ARCHIVOS de historia del movimiento obrero y la izquierda

Nº 12

Dossier: “Tras las huellas de la Reforma Universitaria: historias del movimiento estudiantil”: • Evolución del movimiento estudiantil en el siglo XX, por *Pablo Buchbinder* • Reclamos de los estudiantes porteños, de Avellaneda a Yrigoyen, por *Natalia Bustelo*

• La Universidad de La Plata bajo el frondicismo, por *Nayla Pis Diez* • El movimiento estudiantil en los años 60 y 70, por *Pablo Bonavena, Juan S. Califa y Mariano Millán* • La izquierda estudiantil en la transición democrática, por *Yann Cristal y Guadalupe Seia*

Artículos: • La lista Marrón del SMATA Córdoba, por *Rodolfo Laufer* • El socialismo pampeano y la organización agraria, por *Federico Martocci*

Nº 13

Dossier: “Las derechas frente a la clase obrera y las izquierdas”:

• El catolicismo social, por *Miranda Lida* • El Círculo de Obreros de Rosario, por *María Pía Martín* • El nacionalismo de los años 30, por *Mariela Rubinzal* • Sindicatos católicos en Mendoza y Córdoba, por *Jessica Blanco* • Las patronales argentinas de los años 60 ante las luchas obreras, por *Silvia Simonassi*.

Artículos: • El Partido Socialista Argentino de Alfredo Palacios, por *Carlos Herrera* • El Partido Comunista ante la radicalización política después de la caída de Perón, por *Ezequiel Murmis*

Entrevista: • Michael Burawoy, por *Paula Varela*

Nº 14

Dossier: “Trabajadores y trabajadoras en el siglo XIX”: • Huelgas antes de los sindicatos, por *Gabriel Di Meglio, Raúl Fradkin y Florencia Thul* • Socialismo y comunismo en Colombia, por *Miguel Ángel Urrego* • Los mercados de Buenos Aires, por *Valeria Pita* • Los obreros agrícolas pampeanos, por *Pablo Volkind* • Trabajo y desocupación en la prensa socialista, por *Sabina Dimarco*.

Artículos: • Historiografía de las izquierdas en Chile, por *Rolando Álvarez Vallejos* • El neutralismo del PC (1939-1941), por *Gabriel Piro*.

Intervenciones: • Los estudios sobre las clases trabajadoras y las izquierdas, por *Sergio Grez Toso, Gabriela Águila y Hernán Camarero*.

Crítica de libros

Josep Fontana, *El siglo de la revolución. Una historia del mundo desde 1914*, Barcelona: Crítica, 2017, 808 pgs.

El siglo de la revolución fue la última obra del historiador catalán Josep Fontana publicada un año antes de su muerte. En cierta continuidad epistemológica con la labor de Hobsbawm, este trabajo representa un ambicioso intento por dar cuenta de una historia global del “corto siglo XX” que alcanza las primeras décadas del XXI con el objetivo autoimpuesto de comprender las causas que dieron forma al mundo actual a partir de un análisis en retroalimentación de la historia económica, política y cultural.

La periodización inicia con la Primera Guerra Mundial dado que, para Fontana, ella explica el fin de un viejo orden que acabaría por materializarse con la revolución bolchevique acaecida tres años después. Es la primera victoria del campo del marxismo el eje central sobre el que el autor focalizará su análisis para abordar un derrotero histórico de más de cien años. La elección del año 2017 como cierre recae en el centenario de aquel triunfo que, sostiene el autor, continúa siendo un fantasma atemorizador de las clases dominantes independientemente de los disímiles balances que puedan realizarse sobre su experiencia.

Si bien el autor manifiesta la intención de focalizar su estudio en el terreno de la política, entendida esta como la acción colectiva y, en razón de ello, relevar las luchas pasadas que aspiraron a lograr los objetivos de libertad e igualdad, a lo largo del trabajo el planteo se torna en demasía descriptivo con un acento fuerte en la factualidad y la narración empírica. Por ello, en *El siglo de la revolución* no queda temática trascendental sin cubrir, amplitud que se vuelve, a la vez, un atractivo pero también su debilidad central.

El ambicioso periodo escogido, pero, sobre todo, la enorme cantidad de tópicos que pretenden cubrirse, imposibilita, por ejemplo, referenciar a los autores que reflexionaron sobre los diversos momentos y fenómenos (más allá de la profusa bibliografía citada al finalizar el libro). En el mismo sentido,

es notoria la omisión de los debates historiográficos vigentes alrededor de los distintos tópicos y la ausencia de reflexiones y conclusiones relegadas ante un paradigma descriptivo.

El objetivo de una historia totalizadora en términos geográficos se vuelve problemático porque la primacía dada al análisis sobre los sucesos acaecidos tanto en Europa como en los Estados Unidos supone un desbalance con relación a la descripción de los mencionados acontecimientos africanos, asiáticos y latinoamericanos, que también pretenden ser abarcados pero que, al gozar de una menor ponderación, las conclusiones sobre ellos terminan por caer en generalizaciones que homogeneizan fenómenos no del todo asimilables.

No obstante estas observaciones, la obra no carece de miradas que habilitan a la polémica. Particularmente, en lo pertinente al análisis sobre la Revolución rusa resulta sintomática una tendencia del autor por establecer una diferenciación entre la dirección bolchevique y las masas movilizadas que dieron la dinámica inicial al proceso. Para Fontana, por ejemplo, fueron los sindicatos los que forjaron en Rusia el control de la producción por parte de los trabajadores, contrariamente a un proyecto de “capitalismo de Estado” diseñado por el propio Lenin en el que el control obrero se limitaría a una inspección para evitar abusos sin excluir la continuidad de los patrones. Del mismo modo, los sucesos de Kronstadt son analizados como la represión a una serie de demandas en torno a mayores derechos de participación y reformas democráticas en un contexto en el que se debatía la subordinación o la independencia de los sindicatos al Estado. Se desprende de esta visión una mirada que identifica en la acción de las bases objetivos aún más radicales que la propia dirección bolchevique. De algún modo, se visualiza la tesis de que la burocratización se hallaba implícita en la propia dinámica del bolchevismo al desarrollar un tipo de dirección que terminaba por bloquear iniciativas de amplios núcleos de trabajadores aún más proclives a la transformación. Esta hipótesis se encuentra, luego, en contradicción con el análisis que se esboza sobre el periodo de Nikita Jrushchov en el escenario de la desestalinización, al afirmar que, desde el Estado soviético, se sostenía un proyecto renovador para consolidar una sociedad socialista por medios pacíficos, lo que se vio imposibilitado por una población que no se encontraba apta para este cambio, teniendo que apelarse nuevamente a la represión como garante del orden interno y de la propia revolución.

Más atención aún merece el análisis que el historiador catalán realiza sobre la deriva estalinista del proceso revolucionario. La colectivización mediante ejecuciones, el trabajo forzado, las purgas y la depuración del viejo bolchevismo bajo el argumento del complot internacional y la amenaza trotskista son vislumbrados como iniciativas que no se encontraban dirigidas a la preservación de un poder individual por parte de Stalin sino como la consecuencia del temor a los peligros que ponían en jaque la continuidad de la revolución. En una línea que matiza el significado que el estalinismo supuso para el bolchevismo, Fontana sostiene que no existió por parte de este

líder una aspiración de dominio mundial, confiando en que la superioridad del socialismo daría su triunfo a largo plazo. Del mismo modo, afirma que no hubo intención agresiva alguna, siendo la amenaza estadounidense lo que obligó a la URSS a un rearme que disuadiera al enemigo de una posible represalia. Es factible ubicar este análisis como subsidiario del campo historiográfico que encuentra en el estalinismo una línea de continuidad con respecto a los objetivos originarios de la Revolución y del leninismo como modelo.

Resulta llamativo el abordaje realizado alrededor de la caída del “socialismo realmente existente”. Se afirma que una causante fundamental para comprender la crisis de la URSS recayó en un proyecto económicamente inviable que implicaba que la población rusa costeara el nivel de vida del resto de la Europa del Este. Se destaca también la mirada sobre las movilizaciones que enfrentaron el dominio soviético en las que, omitiendo el componente juvenil y la participación sindical, Fontana asevera que no son factibles de identificar como revoluciones y que la movilización popular en ellas no fue significativa, tratándose, en realidad, de movimientos de las propias elites comunistas que acabaron por forjar un suicidio colectivo.

Las conclusiones de *El siglo de la revolución* se hallan marcadas por el escepticismo. Si bien al referirse al fin de la Guerra Fría el autor rechaza la tesis de Francis Fukuyama que proclamó el fin de la historia y el cese de la lucha de clases, al avanzar algunas décadas y detenerse en la coyuntura actual asevera que la situación de estancamiento productivo y empobrecimiento de la mayoría de la población no dio lugar a una crisis sino a una nueva normalidad que llevó al fin del estado de bienestar, al debilitamiento de los sindicatos y a la precarización de los trabajadores junto a la ruptura de sus lazos de solidaridad. En este esquema, asegura que un siglo de luchas por la igualdad y la libertad culminó con un triunfo de la desigualdad en dos planos simultáneos. Por un lado, aquella desigualdad presente al interior de las sociedades capitalistas desarrolladas donde la brecha entre la minoría privilegiada y una mayoría empobrecida es cada vez más notoria y extendida. Por otro, la creciente desigualdad entre naciones, ya no como el resultado de las fuerzas naturales del mercado, sino como la victoria en la lucha de clases de los grupos económicos concentrados. En este marco, el autor visualiza en las primeras décadas del siglo XXI la ausencia de una izquierda alternativa, el crecimiento de una extrema derecha que logró acoger el descontento colectivo y, finalmente, una escasa posibilidad de resistencia para revertir el orden establecido.

En definitiva, se trata de una obra minuciosa, abundante en datos y detallada en descripciones pero no carente de aseveraciones polémicas en la que se extraña un mayor debate historiográfico y contraposición de visiones. A la vez, se identifica un trabajo que, preocupado por rescatar y poner en un primer plano a la acción colectiva en la búsqueda de una sociedad igualitaria, acaba por sostener el fracaso de tales iniciativas y la improbable posibilidad de que ello se modifique. Esto último, pareciera más

la exteriorización de un frustrado sentir por parte del autor que un análisis fehaciente y metódico de las múltiples y variadas formas de resistencia que permanecen aún en pie.

Martín Mangiantini (ISP Joaquín V. González - CEHTI)

* * *

Marina Franco, *El final del silencio. Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*, Buenos Aires: FCE, 2018, 411 pgs.

El final del silencio, de la historiadora argentina Marina Franco debe leerse en línea con las inquietudes y problemas ya planteados en su anterior libro, *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y “subversión”* (2012). En ese libro, Franco examina el proceso de construcción del “consenso antisubversivo” durante el tercer gobierno peronista (1974-1976). En esta ocasión, continúa trabajando sobre las mismas coordenadas pero a partir del análisis del otro extremo temporal: el de los últimos años de la dictadura militar. El objetivo de la obra es discutir ese tramo específico que va de 1979 hasta el traspaso de gobierno en diciembre de 1983. Desde el inicio, la autora propone una interpretación del período a contrapelo de lo que, según ella, conforma el “sentido común” más fuerte en torno de la crisis de la dictadura militar: la idea de que el movimiento de derechos humanos y, más concretamente, las denuncias sobre la represión y el terrorismo de Estado habrían ganado visibilidad y un impacto social suficiente como para horadar la legitimidad del régimen. De acuerdo con Franco, esta interpretación edulcorada del período de transición está influida por las sobrecargas de sentido que imprimen los marcos interpretativos actuales que tienen a la figura de los desaparecidos y al movimiento de derechos humanos como elementos centrales para referir y simbolizar qué ocurrió durante la dictadura militar. Por el contrario, la autora propone que la centralidad ganada por las denuncias sobre el terrorismo de Estado debe entenderse como consecuencia y no como causa de la crisis de la dictadura. Dicho en sus propias palabras, “el tema represivo fue tomando envergadura no tanto, o no solo, por su propio peso e importancia intrínseca, sino más bien, o también, en relación dependiente con otras dimensiones de ese derrumbe castrense: el fracaso político, la derrota escandalosa en la guerra de Malvinas y la gravísima crisis económica y social” (p. 31). El libro es efectivo en su objetivo de demostrar que la cuestión represiva no constituyó una prioridad para la mayoría de los actores políticos de la sociedad civil de la época, sino hasta los últimos meses del autodenominado Proceso de Reorganización Nacional y que, cuando abordaban la temática, lo hacían sin cuestionar los pilares fundamentales del consenso antisubversivo. Sin embargo, es menos contundente a la hora de determinar cuándo cristalizó el sentido

común contrario al que la autora refiere y quiénes lo encarnan. Este aspecto del libro no queda claro, porque hay poca cita bibliográfica y porque no se menciona a ningún sector explícitamente por fuera del ámbito académico. ¿Se trata acaso de un relato compartido por la mayoría del país o por un sector identificado con una porción del arco político? ¿Qué indicios son los que permiten pensarlo como un relato compartido? ¿Acaso la intención no dicha es mostrar cierta impostura por parte de algunos sectores políticos de la actualidad que se paran en el paradigma de los derechos humanos pero que no decían lo mismo durante los años de la dictadura? A grandes rasgos afirma que “el surgimiento de los derechos humanos ha sido narrado fundamentalmente desde los organismos, así como sus luchas y denuncias [...] Sin embargo, [...] ciertos aspectos que parecen más amplios en su alcance, o muy significativos si son contados desde el activismo, deberían ser relativizados” (p. 26). En mi opinión, el libro de Franco no demuestra la marginalidad de los organismos de derechos humanos (como expresión de una variedad de militancias de oposición entre las que no son consideradas, por ejemplo, las del movimiento obrero), pero sí que no fue gracias a los partidos políticos tradicionales (en especial el PJ y la UCR) ni a otro actor civil con poder que la dictadura debió responder por las secuelas del “problema represivo”.

Dicho esto y volviendo a su hipótesis central, Franco se pregunta por las razones que explican que las denuncias del movimiento de derechos humanos no hayan ganado centralidad sino hasta un momento muy tardío del régimen. Esta pregunta se sostiene a lo largo del libro a partir de la lectura crítica de varios diarios nacionales, revistas, bibliografía secundaria, entrevistas disponibles, además de las Actas de las Juntas Militares. Sobre este punto, la originalidad de la obra reside menos en las fuentes que utiliza, casi todas de un mismo tipo, como en el análisis que hace de las mismas a partir de una lectura personal que no esconde posiciones. En este sentido, si la elección de ese registro a lo largo del libro torna por momentos árida su lectura, es indiscutible que eso mismo es lo que lo vuelve más contundente.

El capítulo I es interesante porque coloca desde el inicio el problema que demostrará: la información sobre las características de la represión estaba disponible para los actores civiles de la época al menos desde 1979. En su visión, esta situación mostraba que el consenso en torno de la necesidad de la lucha antisubversiva para resolver el “caos” anterior había sido eficaz y le permitía a la dictadura, aún después de la visita e informe de la CIDH, gozar de niveles altos de legitimidad que operaron en contra de una revisión de lo actuado. Entonces, como afirma Franco, “el problema no era la existencia o no de información [...] sino la disposición política para construir un problema público en torno al tema” (p. 64). Se trata de un aspecto importante del libro que, si no es completamente original –una obra ya clásica como la de Hugo Quiroga (citado por la autora) había hecho en el pasado el ejercicio de poner a dialogar las voces civiles de la época–, Franco consigue aislarlo, poner el foco en ello y problematizarlo en su especificidad, como

un elemento decisivo para comprender la dinámica que fue adquiriendo el proceso de transición. En este sentido, la autora demuestra que, si los partidos políticos tradicionales –los partidos de izquierda no son tomados en cuenta– no impulsaron las demandas del movimiento de derechos humanos ni hicieron de la cuestión represiva un asunto de agenda política, fue por decisión propia.

En el capítulo II, Franco muestra cómo, inclusive durante la conformación de la Multipartidaria en 1981, la cuestión represiva siguió sin ocupar un lugar central en los reclamos formulados hacia la dictadura y que, inclusive, los partidos que la integraron llegaron a barajar ofertar una “ley de olvido” a cambio del inicio del proceso de apertura política (p. 100). Cuando en 1982 comenzaron a incorporar el reclamo de “verdad” y “esclarecimiento” del “problema de los desaparecidos”, como se lo denominaba entonces, lo hicieron en forma estratégica, “como una variable más del juego” y “no considerada con autonomía o peso propio” (p. 134). De igual modo, muestra que la iglesia católica y los grandes medios de comunicación (salvo excepciones como el diario *The Buenos Aires Herald*) acompañaron ese mismo proceso y funcionaron como cerrojos a las denuncias del movimiento de derechos humanos, que recién consiguieron transformarse en noticia hacia 1981. Con todo, para ese año los indicios seguían siendo escasos. En palabras de Franco: “La misma posibilidad de enumerarlos aquí [en el libro], indica justamente su carácter limitado” (p. 112).

En el capítulo III, la autora hace foco en el clima conflictivo de posguerra de 1982 y muestra que el crecimiento de las críticas y la sensación de defraudación no redundaron en una nueva centralidad en torno de la cuestión de “los desaparecidos”. El foco de las críticas siguió puesto en las políticas económicas, la corrupción y el autoritarismo más en general. La inflexión al respecto, según Franco, aparece con la publicación del “Documento final de la Junta Militar sobre la guerra contra la subversión y el terrorismo” de principios de 1983. El proceso de fuerte deslegitimación y descomposición del poder que comenzó desde entonces lo aborda en capítulo IV. En ese apartado final del libro muestra cómo, a lo largo del último año, comenzó a registrarse un crecimiento cuantitativo y cualitativo de la crítica social y política a la represión.

Uno de los aspectos centrales del libro, entonces, es subrayar la persistencia y estabilidad de la dimensión consensual de la dictadura. Un régimen de terror que no se construyó exclusivamente sobre bases represivas, sino que precisó de diferentes niveles de consenso, complicidades, colaboraciones, consentimientos y participación para imponerse y, sobre todo, sostenerse a lo largo del tiempo. Sin embargo, considero que existe una tendencia a sobredimensionar los niveles de consenso social como resultado de proyectar la actitud de los principales actores políticos (quienes sí contaban con poder e información para incidir en la construcción de una agenda pública) al conjunto de la sociedad civil. En todo caso, la pregunta podría ser si lo que decían los actores políticos en los medios de comunicación era representa-

tivo de la opinión pública. Ese interrogante desplaza a Franco del terreno del análisis de los discursos públicos al de las actitudes sociales. Aunque la autora deja explicitada la dificultad para generalizar actitudes en la sociedad, en un sentido amplio, en varios tramos del libro aparece la idea de que la dictadura gozaba de niveles altos de consenso entre la sociedad civil entendida como el conjunto de la ciudadanía. Por ejemplo, al referirse al Mundial 78 afirma: “El evento generó una oleada de campañas y denuncias internacionales sobre la situación de los desaparecidos en Argentina que no horadó de manera visible las convicciones de los ciudadanos en torno a la idea de que detrás de esas denuncias de torturas y desapariciones había una verdadera «campaña antiargentina» contra el país” (p. 42). De acuerdo con Franco, ese consenso había sido fundado en la fuerza del relato gestado anteriormente en torno de la necesidad de enfrentar la violencia terrorista: “El relato socialmente compartido y cristalizado sobre la experiencia vivida en los años previos a 1976” (p. 60). Desde luego, no se trata de negar aquí la existencia de apoyos concretos de la sociedad a la experiencia represiva. Sin embargo, pensamos que el registro de tales niveles de normalización social permite expresar una parte de lo que ocurría en la “sociedad” y no todo. Si los consensos antisubversivos hubiesen tenido el nivel de legitimidad que adjudica la autora, ¿para qué fue necesario un proyecto tan represivo como el desplegado por la dictadura? ¿Con qué objetivo se organizó un sistema criminal al servicio de la desaparición de personas? El otro problema es que medir los niveles de consentimiento social durante las dictaduras militares requiere distinguir entre aquello que expresa el consentimiento explícito de aquello que es efecto del terror. Nuevamente, la propia extensión del terror pone en evidencia la presencia de disidencias previas. En el caso de Argentina, los niveles de conflicto social eran altísimos y alcanzaban a una parte importante de la población comprometida con los procesos de transformación social. Aunque sea una obviedad, la función de los regímenes de terror es eliminar las condiciones para que esas disidencias se expresen. Desarticular los canales de organización y disciplinar al conjunto mediante una política de terror. Así las cosas, lo que quedaba en pie para 1976 eran sólo las condiciones para las expresiones de apoyo y el empoderamiento de una parte de la sociedad que interpretó como suya la causa del orden y legitimó, sin condiciones, la lucha antisubversiva. En última instancia, como afirma Franco, para ese sector social la vida de los sujetos represaliados no valía, porque como afirmaría en 1983 el General Ramón Camps “desaparecieron subversivos, no personas.” (p. 87)

Para concluir, considero que el libro constituye un gran aporte para demostrar que los actores políticos civiles (partidos políticos tradicionales, medios de comunicación, cúpulas religiosas y empresariales) fueron un engranaje fundamental para blindar a la dictadura militar y exonerarla hasta el final de su responsabilidad para rendir cuentas sobre el problema represivo. En este sentido, el libro también muestra que el propio paradigma de

justicia transicional que llevó hasta el Juicio a las Juntas fue resultado del agotamiento de otras opciones, más que la voluntad preexistente de justicia.

En suma, se trata de una obra importante porque invita a la reflexión sobre el período menos trabajado por la historiografía de la dictadura militar. Qué dijeron, qué hicieron los actores de la sociedad civil en esos años resulta clave para comprender los límites de la democracia que se construyó en los años siguientes. Muestra que los marcos interpretativos de la lucha antisubversiva gozaron de buena salud durante mucho tiempo y, quizás, no fueron nunca desmontados por completo.

Natalia Casola (IIEGE, UBA-Conicet)

* * *

Enzo Traverso, *Melancolía de izquierda. Marxismo, historia y memoria*, México: FCE, 2018, 416 pgs.

Los intentos por parte de Enzo Traverso de amplificar el espacio de análisis de la izquierda del siglo pasado y del actual desde una perspectiva político conceptual a otra delimitada por el ancho campo de las formas culturales y las representaciones colectivas (de hecho, el libro en cuestión es un ensayo historiográfico inscripto en el campo de las representaciones colectivas), no reviste una novedad en el autor. Diversos trabajos publicados en distintos idiomas en forma de artículos en la obra del historiador italiano ya habían corrido el campo de análisis de la izquierda de un nivel topológico (el espacio partidario e institucional de la izquierda) a otro ontológico, la percepción colectiva de los movimientos emancipatorios del siglo pasado y su estado actual. El centro conceptual de ese espacio producto del corrimiento del foco reside en la centralidad de la melancolía en la perspectiva de Traverso. En ese sentido, este último trabajo intenta reunir su perspectiva sobre la melancolía aplicada a la izquierda. ¿Qué es la melancolía según Traverso? La categoría en cuestión, de claro corte benjaminiano, no reviste una definición propedéutica (la mera descripción por intermedio de sus atributos transhistóricos) sino que describe un momento situado históricamente de la izquierda (el actual) producido por la interrupción de la dialéctica entre las derrotas y las victorias del pasado y un principio de esperanza (un futuro promisorio y hasta teleológico) que ocurrió intempestivamente en nuestras sociedades hacia la década del 90 del siglo pasado, luego de la caída de los regímenes comunistas de Europa del Este y de la URSS y la lucha contra el antiburocratismo contra los mismos desde la izquierda, el desenlace trágico hacia la guerra civil de las luchas anticoloniales y la pérdida de horizonte de luchas anticapitalistas de las izquierdas en los países occidentales. Desde el prisma de las formas culturales y las representaciones colectivas, la melancolía entonces, en tanto “estructura de sentimiento, estado de ánimo

y campo de emociones”, es para la izquierda un residuo que conserva la perspectiva de poder unir nuevamente la dialéctica cortada entre pasado y futuro sobre nuevas bases emancipatorias contra el capitalismo imperante.

El sentido positivo de la melancolía, que Traverso atribuye a la cultura de la izquierda en la actualidad, conlleva, sin embargo, enormes dificultades para su despliegue histórico. La primera, evidente en todas las páginas del ensayo, es la necesidad de cambiar definitivamente el sentido de impotencia que tiene actualmente la memoria vaciada de utopía. En efecto, el autor detecta que la memoria histórica de la izquierda del siglo pasado se vio siempre proyectada hacia el futuro utópico en la medida en que correspondía a una interpretación donde las épicas derrotas históricas de los movimientos populares siempre resurgían a través de una interpretación del duelo de los vencidos, decantando un residuo subversivo para las generaciones venideras. Esa dialéctica entre pasado y futuro se ve amenazada por una expansión de la memoria en términos de culto a las víctimas, pero ésta se presenta como vaciada de las intencionalidades y finalidades de sus luchas y proyecciones políticas en la medida en que forma parte de un núcleo de interpretación (arraigado en el poder de los vencedores) donde impera la idea de violencia en abstracto. La generalización de la idea de víctima, en tanto mero objeto pasivo de dicha violencia desarraigada de sus fines y que nace con la interpretación actual del Holocausto pero que incluye la victimización de las muertes que compondría cualquier proyecto liberador, anula el paso generacional del vínculo virtuoso entre derrota y utopía.

La estrategia demostrativa de Traverso de la operatividad histórica de sus categorías se amplía también en la medida en que se amplía su objeto, como veíamos. En efecto, el autor escoge un tratamiento de las fuentes que va más allá de las ideas y los conceptos mismos para detectar la carga melancólica de la izquierda a través de lo que Benjamin llamaba “imágenes que piensan”, en ese sentido, el ensayo nos mostrará las ideas y formas de vida de ciertos pensadores de la izquierda desde su ideario bohemio (como Courbet, Baudelaire, Marx o el Trosky hacinado en el exilio vienés), recorrerá las diferencias de perspectiva crítica de un C.L.R. James en comparación con la más conservadora de Theodor Adorno, nos interiorizará del virtuoso rescate de la figura de Walter Benjamin por parte de los escritos de Daniel Bensaid y pondrá en comparación la desesperada vida de los últimos años de Benjamin en contraposición trágica con un Adorno, analista racional y escéptico ya instalado en los Estados Unidos durante la década del 30. Pero la ampliación al espacio de la cultura melancólica de la izquierda reside con mayor especificidad en sus análisis de la pintura, la fotografía y el cine de los que Traverso se sirve para desarrollar, con el mismo estatuto historiográfico que las ideas y los conceptos, las categorías de melancolía, memoria y derrota. Un capítulo específico de su trabajo recorre películas y pinturas icónicas de la melancolización de la experiencia histórica de la izquierda en el siglo pasado tras las huellas de una redención de sucesivas derrotas.

En cierto sentido, la elipsis que el trabajo describe apunta a la cons-

trucción de una genealogía de la impronta melancólica de una izquierda establecida sobre nuevas bases. Esa genealogía –estoy tentado de decir, de la que el autor se siente parte- incluye el análisis crítico de un Marx ambivalente entre la idea de progreso que conlleva el capitalismo y la crítica al sistema, el mesianismo redentor de Walter Benjamin, la fuerza de síntesis de victorias y derrotas del comunismo del documentalismo de Chris Marker, la despiadada lucha por analizar la realidad sin concesiones de Daniel Bensaid antes de su fallecimiento en 2010 y el sostenimiento de una izquierda utópica y melancólica de Michael Löwy, a quien en este sentido está dedicado el libro. El autor, entonces, no solo reconstruye un campo cultural novedoso, sino que también en forma militante se incluye en esa línea genealógica.

De todas maneras, el libro recorre un camino sinuoso que evidencia desde el vamos que su estructura es más una conjunción, no siempre articulada, de ensayos anteriores de más breve aliento, que un libro diseñado desde el principio hasta el fin como un cuerpo homogéneo. Por último, el estatuto que ocupa el marxismo y más en particular el análisis de la obra de Marx en el campo de la melancolía de izquierda denuncia una lectura que no ha pasado por las últimas reconsideraciones sobre su obra y el, a esta altura, gigantesco volumen de relecturas que se han hecho sobre Marx y el marxismo en la última década. La relación entre marxismo y memoria, que se desarrolla en el capítulo II como parte del campo melancólico de la izquierda, nos muestra un Marx más cercano al mito construido en el siglo pasado que a un cuerpo de ideas revivificado por la crítica marxológica actual mostrando, en nuestra opinión, los alcances y los límites de una historia que ha virado en el recorrido historiográfico de Enzo Traverso hacia una historia cultural y de las identidades colectivas.

Antonio Oliva (UNR)

Instrucciones para los autores

Los autores interesados en enviar colaboraciones deben hacerlo por correo electrónico a archivosrevistadehistoria@gmail.com. Las colaboraciones deben ser originales y no estar siendo sometidas simultáneamente a evaluación en ninguna otra publicación. **Archivos** se compromete a acusar recibo de la colaboración en la semana de recepción y a comunicar la respuesta de la evaluación en un lapso no mayor a cuatro meses.

1. Extensión.

Artículos: hasta 55.000 caracteres con espacios (incluyendo las notas al pie, las referencias bibliográficas al final del texto y el resumen).

Reseñas: hasta 8.000 caracteres con espacios.

2. Formato.

Los trabajos deberán ser enviados en formato .doc, .docx o .rtf, en tamaño de hoja A4, con fuente Times New Roman tamaño 12, interlineado a espacio y medio (1,5), sin justificar. Todas las páginas deberán ser numeradas. Las reseñas se recibirán exclusivamente en español. En el caso de propuestas de artículos en otro idioma consultar previamente al Consejo editorial antes de realizar el envío.

La primera página deberá contener la siguiente información:

- a) Título en castellano
- b) Nombre del autor o los autores y su pertenencia institucional.
- c) Resumen de no más de 130 palabras y cuatro palabras clave. Ambos en castellano y en inglés.

Cualquier referencia que permita inferir el nombre del autor deberá ser eliminada del texto, con excepción de la primera página, para permitir la evaluación anónima.

3. Citas

Las citas, o reproducción de palabras de otro texto, de fuentes, etcétera, deben ir entre comillas, sin bastardillas. Si la cita es de más de tres renglones, se recomienda dejarla como párrafo aparte, sin comillas, con un blanco arriba y otro abajo.

4. Bibliografía

Las referencias bibliográficas deben indicarse siempre en el propio texto con un paréntesis que mencione el autor, año de aparición de la obra y número de la página. No se aceptarán textos con referencias bibliográficas a pie de página.

Ejemplo: (Hobsbawm, 1989: 25-65).

Al final del trabajo se incluirán las referencias bibliográficas, con el formato: Apellido, Nombre (año de edición), Título del texto (número de volumen o tomo, si lo tuviera), Lugar de edición: Editorial. En caso de textos relevantes, se puede agregar, después del título y entre corchetes, el año de edición original, pero referenciar bibliográficamente por la edición de consulta. Véanse los siguientes ejemplos:

Libros (con autor individual)

Falcón, Ricardo (1984), *Los orígenes del movimiento obrero, 1857-1899*, Buenos Aires: Centro Editor de América Latina.

Marx, Karl (1987), *Trabajo asalariado y capital* (1849), Buenos Aires: Cartago.

Libros (con varios autores)

Batalha, Claudio H.M., Fernando Teixeira da Silva y Alexandre Fortes, (comps.) (2004), *Culturas de classe: identidade e diversidade na formação do operariado*, Campinas, SP: Editora da Unicamp.

Capítulo de libro:

Anderson, Perry (1984), “La historia de los partidos comunistas”, en Raphael Samuel (ed.), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona: Crítica, pp. 150-165.

Artículo de Revista:

Aricó, José (1973), “Espontaneidad y dirección conciente en el pensamiento de Gramsci”, *Pasado y Presente*, año IV (nueva serie), n° 1, Buenos Aires, pp. 87-101.

5. Evaluación

Los artículos serán evaluados en primer lugar por el comité editorial y luego enviados a por lo menos dos árbitros externos anónimos. Las reseñas serán evaluadas por el comité editorial.

6. Ética y buenas prácticas editoriales

Asumiendo la necesidad de explicitar los criterios y procedimientos que deben resguardar las relaciones entre este medio y sus autores, así como de objetivar los derechos y responsabilidades que a cada uno compete en el proceso de participación en el espacio público comunicacional, *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda* da cuenta y promueve un adecuado marco de prácticas difusionales. Estas se basan en las orientaciones que a este respecto propone el Committee on Publication Ethics (COPE), en su “Code of Conduct and best Practice Guidelines for Journal Editors” (<http://publicationethics.org/>).